TESTIMONIOS PARA LA IGLESIA, TOMO 9

Elena G. de White

Los tiempos del tomo nueve

Al considerar el momento cuando se escribió el tomo 9, nos encontramos con un período de cinco años que se extiende hasta las postrimerías del verano de 1909. En lo que se refiere a la vida de la Sra. White, el período se inicia y se cierra con viajes desde su hogar en Santa Elena, California, hasta el este del país, para asistir a importantes reuniones. Para la denominación, ése fue un tiempo de plena recuperación de las crisis de 1902 a 1903 y de expansión de la obra, de iniciación de nuevas empresas y de establecimiento de nuevas instituciones.

La Sra. White, después de asistir a importantes reuniones efectuadas en el Estado de Míchigan en la primavera de 1904, visitó el sur del país y de allí se dirigió a la ciudad de Washington, donde se daban los primeros pasos para la construcción de edificios necesarios para la obra que se estaba estableciendo en la capital de la nación. Había que levantar un nuevo edificio donde funcionaría la sede denominacional; había que proveer las

facilidades necesarias para la imprenta Review and Herald; había que edificar un sanatorio y fundar un colegio. El hecho de que la Sra. White se estableciera en Washington durante algunos meses, a fin de supervisar la obra en la primera etapa de desarrollo de estas cuatro empresas, infundió mucho ánimo a los obreros. Además, ejerció una abarcante influencia en todos los sectores de la denominación, al afirmar la confianza de los miembros en que Dios había dirigido el proceso de transferir la administración y la casa publicadora a la capital de la nación.

Este fue un período de rápido progreso en el desarrollo de nuestra obra médica en la costa del Pacífico. En California se establecieron sanatorios en National City, Glendale y Loma Linda. Desde el mismo comienzo, Loma Linda dio muestras de estar destinado a convertirse en un centro de preparación de obreros médicos, a fin de llevar a cabo para la denominación la obra que se había comenzado en Battle Creek. Durante los años críticos del establecimiento del colegio médico, la Sra. White realizó frecuentes visitas al sur de

Califomia, para aconsejar y animar personalmente, y asesorar en la preparación de planes para el progreso de la obra. Sus declaraciones, basadas en revelaciones que Dios le dio, nos guiaron paso a paso hasta el establecimiento de un colegio médico totalmente reconocido. Los obstáculos eran tan insuperables, que si no hubiera sido por la fe y la confianza inspiradas por los frecuentes consejos recibidos del espíritu de profecía, la empresa no hubiera podido sobrevivir.

Estas importantes actividades que alejaron a la Sra. White de su hogar y de su tarea de escribir, produjeron una gran demora en la publicación de libros que ella esperaba que pronto se encontraran en el campo para llevar a cabo su obra. El ministerio de curación fue el único nuevo libro de Elena G. de White que se publicó durante este período de cinco años.

La obra de la denominación, por ese tiempo, se había vuelto muy extensa, lo cual no nos permite mencionar detalladamente el progreso que se realizaba en diversos sentidos. El mensaje, para

entonces, ya circuía el globo, un número creciente de misioneros iba al extranjero; más instituciones se dedicaban a promover los intereses de la educación, las publicaciones y la medicina. El mensaje ciertamente estaba llegando hasta los confines de la tierra.

La Sra. White se regocijó al encontrarse con los representantes de la obra mundial que se habían reunido en la ciudad de Washington, en la primavera de 1909, para asistir al Congreso de la Asociación General. Tenía en ese momento 81 años de edad y había dedicado una larga porción de su vida al servicio de la causa de Dios. Había visto crecer la obra desde los difíciles comienzos, cuando eran pocos los observadores del sábado que esperaban el regreso del Señor. En ese momento su número había aumentado a 85.000, y la obra contaba con 1.200 pastores ordenados y con licencia. Cuando Elena G. de White se presentó ante el Congreso de la Asociación General, fue inducida a hablar acerca de ciertos temas de gran importancia que debían ser repasados. Entre ellos se encontraba la reforma pro salud. Durante 45

años ella había tomado la iniciativa en la enseñanza de los grandes principios de salud recibidos en visión; y había visto el fruto de estas enseñanzas. Sin embargo, había quienes no las aceptaban, y otros se iban a los extremos; por eso, recapituló punto por punto nuestra posición y enseñanzas. Esta presentación realizada ante el Congreso de la Asociación General constituye un capítulo importante del tomo 9.

Otro tema que presentó fue el colegio médico de Loma Linda. Delineó los objetivos de esa institución y solicitó la colaboración de obreros y laicos para que tuviera éxito. Esta importante exposición forma también parte del tomo 9.

La Sra. White había visto desarrollarse la obra de la administración de la iglesia, desde cuando estaba constituida por una comisión de tres personas que había sido establecida en 1863 para hacerse cargo de la Asociación General, hasta su condición de organización con departamentos de la Asociación General, con divisiones y uniones que compartían las responsabilidades entre cientos de

obreros que llevaban la carga de la obra en diversas partes del campo mundial. En sus palabras finales, exhortó a los asistentes a que manifestaran unidad y consagración. En sus declaraciones escritas trató el tema de la autoridad de la Asociación General y la importancia de los acuerdos adoptados por ella en sesión plenaria. Escribió acerca de la responsabilidad y la necesidad de manifestar humildad y fe. Estos consejos constituyen una parte importante de la sección final del tomo 9.

En los comienzos del nuevo siglo, Elena G. de White había comenzado a exhortar a los dirigentes para que manifestaran renovado interés en la evangelización de millones de personas que vivían en los centros metropolitanos del mundo. Estas necesidades habían sido presentadas vez tras vez con gran énfasis a los dirigentes. El interés en la obra en las ciudades se reanimó como respuesta a estos mensajes. Se llevaron a cabo numerosas campañas, se fortalecieron antiguas iglesias y se establecieron nuevas. Se ha dedicado toda una sección del tomo 9 para preservar en forma permanente las exhortaciones referentes a esta obra

y su administración.

En ese tiempo, además, las diversas empresas que se estaban estableciendo exigían los talentos y las energías de nuestros miembros laicos. Comenzaba a verse con claridad que esta obra nunca se terminaría, a menos que los laicos se unieran vigorosamente con el ministerio en la tarea de proclamar el mensaje al mundo. La obra de los laicos adquirió nueva, importancia. En los últimos dos tomos de los Testimonios se ha puesto creciente énfasis en la obra de los laicos, lo que alcanza su culminación en el tomo 9. Tras una descripción de la crisis final y de los acontecimientos que ocurrirán en las escenas postreras de la historia terrena, se dedican varios capítulos a llamar a todos los adventistas a que participen activamente en el evangelismo, en la obra misionera de casa en casa y en la distribución de publicaciones.

Hay otros dos temas sobre los que la Hna. White dio consejos detallados. Se los ha incluido por primera vez en los Testimonios, aunque a

través de los años se había dado una cantidad considerable de instrucciones referentes a ellos. El primero tiene que ver con la obra entre la gente de color. El segundo se refiere a la obra en relación con la libertad religiosa, En gran medida como respuesta a las exhortaciones realizadas por Elena G. de White, en sus artículos publicados en la Review and Herald a mediados de la década de 1890, los obreros y los laicos avanzaron hacia la región del sur del país y comenzaron su ministerio, algunos en educación, otros en especialidades médicas, muchos en la predicación del mensaje y otros en dar testimonio con sus vidas, al vivir el mensaje en sus hogares establecidos en regiones que todavía no habían recibido la luz. Y también estaban los que se habían unido a esta obra como respuesta a las exhortaciones contenidas en el tomo 7. Los obreros tuvieron que hacer frente a numerosos problemas. Había que trazar planes para el progreso. Era necesario resolver nuevas situaciones, especialmente las relacionadas con la obra en lugares donde existía antagonismo racial. En los años críticos, la iglesia recibió consejos que sirvieron de guías seguros para la obra, y con el fin

de registrarlos en forma permanente para beneficio de la iglesia, se han incluido en el tomo 9.

La obra de libertad religiosa era un ramo de actividad al que nos habíamos dedicado durante muchos años. Algunos dirigentes favorecían posiciones extremas y enseñaban que la verdadera observancia del sábado incluía mostrar inequívocamente ante los vecinos que trabajábamos los domingos. En algunos lugares esta actitud produjo persecuciones. El Señor, en su bondad, envió mensajes a su pueblo para darnos un concepto equilibrado en relación con asuntos de esta naturaleza. También éstos aparecen en este tomo, en la sección titulada “La obra de libertad religiosa”, que se inicia con el capítulo titulado “Nos espera un tiempo de prueba”, y concluye con el capítulo “Palabras de advertencia”. De manera que el tomo 9 se convirtió en una especie de resumen de los Testimonios para la iglesia, al reunir consejos nuevos y anteriores, al reiterar ciertas líneas de instrucción, al dar consejos en otros aspectos, al animar hacia el servicio, al señalar los peligros del extremismo, al fomentar la

confianza en la organización y al señalar la recompensa del esfuerzo dedicado.

La obra de Elena G. de White no concluyó con la publicación de los Testimonios para la iglesia, tomo 9. Durante los cinco años siguientes, ella se dedicó más de lleno a la preparación de libros, y produjo Los hechos de los apóstoles en 1911 y Consejos para padres, maestros y alumnos en 1913. También hizo una revisión definitiva de los manuscritos de Obreros evangélicos y Bosquejos biográficos, publicados en 1915, y de Profetas y reyes, que se imprimió en 1916.

La Sra. White se complació especialmente en los esfuerzos que se realizaban para amonestar las ciudades, y de vez en cuando surgían de su pluma mensajes de consejo e instrucción concernientes a esta importante fase de nuestra obra. El constante progreso de la causa alrededor del mundo fue seguido por la anciana mensajera del Señor, que residía entre las tranquilas colinas del norte de California. Aunque ella sabía que su obra casi había concluido, no experimentaba ningún temor

por el futuro de la obra de Dios, lo que se evidencia en esta declaración: “Ya sea que viva o no, mis escritos hablarán constantemente, y su obra continuará llevándose a cabo mientras dure el tiempo”.[1]

A la Sra. White le hubiera encantado asistir al Congreso de la Asociación General de 1913, pero tal cosa no era aconsejable debido a su avanzada edad. Al no poder presentar un mensaje personalmente, escribió dos comunicaciones que debían leerse ante la asamblea de los delegados y los miembros de iglesia. En el segundo mensaje, que fue leído por el presidente de la Asociación General ante los delegados en sesión en la mañana del 27 de mayo, ella repasó las experiencias de los años anteriores y se regocijó por las claras evidencias que mostraban que Dios había conducido a su pueblo. Luego, contemplando el futuro, invitó a realizar renovados esfuerzos en favor de la salvación de la gente y nuevamente instó a predicar en las ciudades que permanecían sin amonestar. Al mirar hacia el futuro vio el triunfo de la iglesia y expresó palabras de ánimo:

“Tengo palabras de ánimo para vosotros, mis hermanos. Debemos avanzar con fe y esperanza, aguardando grandes cosas de parte de Dios. El enemigo procurará en toda forma posible estorbar los esfuerzos que se realizan para hacer avanzar la verdad, pero podéis alcanzar el éxito con la fuerza del Señor. Que nadie pronuncie palabras de desánimo, sino únicamente palabras que fortalezcan y sustenten a vuestros compañeros en la obra...

“Mi interés en la obra en general sigue siendo tan profundo como siempre, y deseo intensamente que la causa de la verdad presente progrese firmemente en todas partes del mundo...

“Oro fervientemente para que la obra que realizamos en este momento se impresione profundamente en el corazón, la mente y el alma. Aumentarán las dificultades, pero animémonos mutuamente como creyentes en Dios. No bajemos el estandarte, sino que mantengámoslo en alto mientras contemplamos al que es autor y

consumador de nuestra fe. Cuando no puedo dormir en las noches, elevo mi corazón en oración a Dios y él me fortalece y me da la seguridad de que está con sus siervos en este país y en países distantes. Me siento animada y bendecida al comprender que el Dios de Israel continúa conduciendo a su pueblo, y que proseguirá acompañándolo hasta el mismo fin...

“El Señor desea ver que la obra de proclamar el mensaje del tercer ángel prosiga cada vez con mayor eficiencia. Así como ha obrado para dar victorias a su pueblo, también en esta época anhela conducir sus planes y objetivos para su iglesia hasta una consumación triunfal. Ruega a sus santos creyentes que avancen en forma unida, que experimenten cada vez mayor poder, que de la fe pasen a una mayor seguridad y confianza en la verdad y justicia de su causa.

“Debemos permanecer firmes como una roca a los principios que expresa la Palabra de Dios, y recordar que Dios está con nosotros para concedernos poder a fin de hacer frente a cada

nueva experiencia. Mantengamos siempre en nuestras vidas los principios de justicia, a fin de avanzar cada vez con mayor poder en el nombre del Señor. Debemos considerar como un legado muy sagrado la fe que ha sido substanciada por la instrucción y aprobada por el Espíritu de Dios desde nuestras primeras experiencias hasta el momento presente. Debemos considerar como un legado sagrado la obra que el Señor ha estado llevando a cabo por medio de su pueblo que observa los mandamientos, la que, mediante el poder de su gracia, se fortalecerá y se tornará más eficiente a medida que pase el tiempo. El enemigo procura oscurecer el discernimiento del pueblo de Dios, y debilitar su eficiencia, pero si éste trabaja siguiendo la dirección del Espíritu de Dios, él abrirá puertas de oportunidad para llevar a cabo la obra de edificar los lugares antiguos destruidos. Experimentará un crecimiento continuo hasta que el Señor descienda del cielo con poder y gran gloria para colocar su sello de triunfo final sobre sus fieles. “La obra que tenemos por delante es de tal naturaleza que pondrá a prueba todas las facultades del ser humano. Exigirá el ejercicio de

una fe firme y vigilancia constante. En algunas ocasiones, las dificultades que encontraremos serán muy desanimadoras. La inmensidad de la tarea nos llenará de asombro. Y sin embargo, con la ayuda de Dios, sus siervos finalmente triunfarán".[2]

En los tiempos que abarcan los nueve tomos de Testimonios para la iglesia, escritos a lo largo de un período de 55 años, la iglesia creció continuamente, se desarrolló y prosperó. Los consejos dados le proporcionaron dirección segura; las reprensiones y correcciones hicieron que muchos pies descarriados volvieran a las sendas de la justicia; las palabras de gozo y ánimo hicieron revivir a más de un corazón desalentado; y la descripción de la recompensa de los fieles estimuló a miles a alcanzar el objetivo propuesto.

Al contemplar el futuro, siempre debemos recordar las palabras registradas en[3]:

"No tenemos nada que temer del futuro, a menos que olvidemos la manera en que el Señor nos ha conducido, y lo que nos ha enseñado en

nuestra historia pasada”.

Los Fideicomisarios Del Patrimonio White

Notas:

1. Writing and Sending Out of the Testimonies to the Church, 13-14.
2. The General Conference Bulletin, 28 de Mayo, 1913, 164-165.
3. Notas Biográficas de Elena G. de White, 216.

Capítulo 1

La crisis final

Estamos viviendo en el tiempo del fin. El presto cumplimiento de las señales de los tiempos proclama la inminencia de la venida de nuestro Señor. La época en que vivimos es importante y solemne. El Espíritu de Dios se está retirando gradual pero ciertamente de la tierra. Ya están cayendo juicios y plagas sobre los que menosprecian la gracia de Dios. Las calamidades en tierra y mar, la inestabilidad social, las amenazas de guerra, como portentosos presagios, anuncian la proximidad de acontecimientos de la mayor gravedad.

Las agencias del mal se coligan y combinan fuerzas para la gran crisis final. Grandes cambios están apunto de producirse en el mundo, y los movimientos finales serán rápidos.

El estado actual de las cosas muestra que tiempos difíciles están por sobrecogemos. Los

diarios están llenos de alusiones referentes a algún formidable conflicto que debe estallar dentro de poco. Son siempre más frecuentes los audaces atentados contra la propiedad. Las huelgas se han vuelto asunto común. Los robos y los homicidios se multiplican. Hombres dominados por espíritus de demonios quitan la vida a hombres, mujeres y niños. El vicio seduce a los seres humanos y prevalece el mal en todas sus formas.

El enemigo ha logrado pervertir la justicia y llenar los corazones de un deseo de ganancias egoístas. “La justicia se puso lejos: porque la verdad tropezó en la plaza, y la equidad no pudo venir”. (Isaías 59:14) Las grandes ciudades contienen multitudes indigentes, privadas casi por completo de alimentos, ropas y albergue, entretanto que en las mismas ciudades se encuentran personas que tienen más de lo que el corazón puede desear, que viven en el lujo, gastando su dinero en casas ricamente amuebladas y en el adorno de sus personas, o lo que es peor aún, en golosinas, licores, tabaco y otras cosas que tienden a destruir las facultades intelectuales, perturbar la mente y

degradar el alma. El clamor de las multitudes que mueren de inanición sube a Dios, mientras algunos hombres acumulan fortunas colosales por medio de toda clase de opresiones y extorsiones.

Estando en Nueva York en cierta ocasión, se me hizo contemplar una noche los edificios que, piso tras piso, se elevaban hacia el cielo. Esos inmuebles que eran la gloria de sus propietarios y constructores eran garantizados incombustibles. Se elevaban siempre más alto y los materiales más costosos entraban en su construcción. Los propietarios no se preguntaban cómo podían glorificar mejor a Dios. El Señor estaba ausente de sus pensamientos.

Yo pensaba: ¡Ojalá que las personas que emplean así sus riquezas pudiesen apreciar su proceder como Dios lo aprecia! Levantan edificios magníficos, pero el Soberano del universo sólo ve locura en sus planes e invenciones. No se esfuerzan por glorificar a Dios con todas las facultades de su corazón y de su espíritu. Se han olvidado de esto, que es el primer deber del hombre.

Mientras se levantaban esas elevadas construcciones, sus propietarios se regocijaban con orgullo por tener suficiente dinero para satisfacer sus ambiciones y excitar la envidia de sus vecinos. Gran parte del dinero así empleado había sido obtenido injustamente, explotando al pobre. Olvidaban que en el cielo toda transacción comercial es anotada, que todo acto injusto y todo negocio fraudulento son registrados. El tiempo vendrá cuando los hombres llegarán en el fraude y la insolencia a un punto que el Señor no les permitirá sobrepasar y entonces aprenderán que la paciencia de Jehová tiene límite.

La siguiente escena que pasó delante de mí fue una alarma de incendio. Los hombres miraban esos altos edificios, reputados incombustibles, y decían: “Están perfectamente seguros”. Pero esos edificios fueron consumidos como si hubieran sido de brea. Las bombas contra incendio no pudieron impedir su destrucción. Los bomberos no podían hacer funcionar sus máquinas.

Me fue dicho que cuando llegue el día del Señor, si no ocurre algún cambio en el corazón de ciertos hombres orgullosos y llenos de ambición, ellos comprobarán que la mano otrora poderosa para salvar, lo será igualmente para destruir. Ninguna fuerza terrenal puede detener la mano de Dios. No hay materiales capaces de preservar un edificio de lamina cuando llegue el tiempo fijado por Dios para castigar el desconocimiento de sus leyes y el egoísmo de los ambiciosos.

Raros son, aun entre los educadores y los gobernantes, quienes perciben las causas reales de la actual situación de la sociedad. Aquellos que tienen en sus manos las riendas del poder son incapaces de resolver el problema de la corrupción moral, del pauperismo y el crimen, que aumentan constantemente. En vano se esfuerzan por dar a los asuntos comerciales una base más segura. Si los hombres quisieran prestar más atención a las enseñanzas de la palabra de Dios, hallarían la solución de los problemas que los preocupan.

Las Escrituras describen la condición del

mundo inmediatamente antes de la segunda venida de Cristo. He aquí lo que está escrito tocante a los hombres que acumulan con fraude sus grandes riquezas: “Vuestro oro y plata están enmohecidos; y su moho testificará contra vosotros, y devorará del todo vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado tesoros para los días postreros. He aquí, clama el jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros; y los clamores de los que habían segado han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido en deleites sobre la tierra, y sido disolutos; habéis engordado vuestros corazones como en día de matanza. Habéis condenado y dado muerte al justo, y él no os hace resistencia”. (Santiago 5:3-6)

Mas, ¿quién reconoce las advertencias dadas por las señales de los tiempos que se suceden con tanta rapidez? ¿Qué impresión hacen a los mundanos? ¿Qué cambios podemos ver en su actitud? Su actitud no se diferencia de la de los antediluvianos. Absortos en sus negocios y en los deleites mundanos, los contemporáneos de Noé “no

entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos". (Mateo 24:39) Recibieron advertencias celestiales, pero rehusaron! escuchar. Asimismo hoy el mundo, sin prestar atención alguna a las amonestaciones de Dios, se precipita hacia la ruina eterna. Un espíritu belicoso agita al mundo. La profecía contenida en el undécimo capítulo del libro de Daniel, está casi completamente cumplida. Muy pronto se cumplirán las escenas de angustia descritas por el profeta.

"He aquí que Jehová vacía la tierra y la desnuda, y trastorna su faz, y hace esparcir a sus moradores... Porque traspasaron las leyes, falsearon el derecho, quebrantaron el pacto sempiterno. Por esta causa la maldición consumió la tierra, y sus moradores fueron asolados; por esta causa fueron consumidos los habitantes de la tierra, y disminuyeron los hombres. Se perdió el vino, enfermó la vid, gimieron todos los que eran alegres de corazón. Cesó el regocijo de los panderos, se acabó el estruendo de los que se alegran, cesó la alegría del arpa". (Isaías 24:1-8)

“¡Ay del día! porque cercano está el día de Jehová, y vendrá como destrucción por el Todopoderoso... El grano se pudrió debajo de los terrones, los graneros fueron asolados, los alfolíes destruidos; porque se secó el trigo. ¡Cómo gimieron las bestias! ¡cuán turbados anduvieron los hatos de los bueyes, porque no tuvieron pastos! También fueron asolados los rebaños de las ovejas”. “La vid está seca, y pereció la higuera; el granado también, la palmera y el manzano; todos los árboles del campo se secaron, por lo cual se extinguió el gozo de los hijos de los hombres”. (Joel 1:15-18, 12)

“¡Mis entrañas, mis entrañas! Me duelen las fibras de mi corazón; mi corazón se agita dentro de mí; no callaré; porque sonido de trompeta has oído, oh alma mía, pregón de guerra. Quebrantamiento sobre quebrantamiento es anunciado; porque toda la tierra es destruida”. (Jeremías 4:19-20)

“Miré a la tierra, y he aquí que estaba asolada y vacía; y a los cielos, y no había en ellos luz. Miré a los montes, y he aquí que temblaban, y todos los

collados fueron destruidos. Miré y no había hombre, y todas las aves del cielo se habían ido. Miré, y he aquí el campo fértil era un desierto, y todas sus ciudades eran asoladas delante de Jehová, delante del ardor de su ira". (Jeremías 4:23-26)

"¡Ah, cuán grande es aquel día! tanto, que no hay otro semejante a él; tiempo de angustia para Jacob; pero de ella será librado". (Jeremías 30:7)

No todo el mundo ha tomado posiciones con el enemigo y contra Dios. No todos se han vuelto desleales. Queda un remanente que permanece fiel a Dios; porque Juan escribe: "Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús". (Apocalipsis 14:12) Muy pronto una furiosa batalla contra los que sirven a Dios será entablada por aquellos que no le sirven. Muy pronto todo lo que es susceptible de ser removido lo será, de modo que subsistan únicamente aquellas cosas que no pueden ser quebrantadas.

Satanás estudia la Biblia con cuidado. Sabe que

le queda poco tiempo y procura en todo punto contrarrestar la obra que el Señor está haciendo sobre esta tierra. Es imposible dar una idea de lo que experimentará el pueblo de Dios que viva en la tierra cuando se combinen la manifestación de la gloria de Dios y la repetición de las persecuciones pasadas. Andará en la luz que emana del trono de Dios. Por medio de los ángeles, las comunicaciones entre el cielo y la tierra se mantendrán constantes. Por su parte Satanás, rodeado de sus ángeles, y haciéndose pasar por Dios, hará toda clase de milagros a fin de seducir, si posible fuese, aun a los escogidos. El pueblo de Dios no hallará seguridad en la realización de milagros, porque Satanás los imitará. En esta dura prueba, el pueblo de Dios hallará su fortaleza en la señal mencionada en (Éxodo 31:12-18). Tendrán que afirmarse sobre la palabra viviente: “Escrito está”. Es el único fundamento seguro. Aquellos que hayan quebrantado su alianza con Dios estarán entonces sin Dios y sin esperanza.

Lo que caracterizará de un modo peculiar a los adoradores de Dios será su respeto por el cuarto

mandamiento, puesto que es la señal del poder creador de Dios y atestigua que él tiene derecho a la veneración y al homenaje de los hombres. Los impíos se distinguirán por sus esfuerzos para derribar el monumento conmemorativo del Creador y exaltar en su lugar la institución romana. En este conflicto, la cristiandad entera se encontrará dividida en dos grandes clases: la que guardará los mandamientos de Dios y la fe de Jesús y la que adorará a la bestia y su imagen y recibirá su marca. No obstante los esfuerzos concertados de la iglesia y del Estado para compeler a los hombres, “pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos” a recibir la marca de la bestia, el pueblo de Dios no se someterá. El profeta de Patmos vio a “los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre, en pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios” y cantando el cántico de Moisés, y del Cordero (Apocalipsis 13:16; 15:2, 3).

Pruebas terribles esperan al pueblo de Dios. El espíritu de guerra agita las naciones desde un cabo de la tierra hasta el otro. Mas a través del tiempo de

angustia que se avecina, un tiempo de angustia como no lo hubo desde que existe nación, el pueblo de Dios permanecerá inconmovible. Satanás y su ejército no podrán destruirlo, porque ángeles poderosos lo protegerán.

* * * * *

Dios dirige estas palabras a su pueblo: “Salid de en medio de ellos, y apartaos... y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré; y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas”. “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable”. (2 Corintios 6:17, 18; 1 Pedro 2:9) El pueblo de Dios debe distinguirse por un servicio completo, un servicio de corazón; no debe arrogarse ningún honor, pero sí recordar que ha hecho pacto solemne de servir al Señor, y a él solamente.

“Habló además Jehová a Moisés, diciendo: Tú hablarás a los hijos de Israel, diciendo: Con todo

eso vosotros guardaréis mis sábados; porque es señal entre mí y vosotros por vuestras edades, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico. Así que guardaréis el sábado, porque santo es a vosotros: el que lo profanare, de cierto morirá; porque cualquiera que hiciere obra alguna en él, aquella alma será cortada de en medio de sus pueblos. Seis días se hará obra, mas el día séptimo es sábado de reposo consagrado a Jehová; cualquiera que hiciere obra el día del sábado, morirá ciertamente. Guardarán, pues, el sábado los hijos de Israel; celebrándolo por sus edades por pacto perpetuo: Señal es para siempre entre mí y los hijos de Israel; porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, y en el séptimo día cesó, y reposó". (Éxodo 31:12-17)

¿No nos designan estas palabras a nosotros como el pueblo peculiar de Dios? ¿No nos dicen que siempre debemos amar la distinción sagrada puesta sobre nosotros para distinguirnos como denominación? Los hijos de Israel debían guardar el sábado de generación en generación, como una "alianza perpetua". El sábado no ha perdido nada

de su significado. Es y será para siempre jamás la señal entre Dios y su pueblo.

Capítulo 2

Llamados a ser testigos

En un sentido muy especial, los adventistas del séptimo día han sido colocados en el mundo como centinelas y transmisores de luz. A ellos ha sido confiada la tarea de dirigir la última amonestación a un mundo que perece. La Palabra de Dios proyecta sobre ellos una luz maravillosa. Una obra de la mayor importancia les ha sido confiada: proclamar los mensajes del primero, segundo y tercer ángeles. Ninguna otra obra puede ser comparada con ésta y nada debe desviar nuestra atención de ella.

Las verdades que debemos proclamar al mundo son las más solemnes que jamás hayan sido confiadas a seres mortales. Nuestra tarea consiste en proclamarlas. El mundo debe ser amonestado, y el pueblo de Dios tiene que ser fiel a su cometido. No debe dejarse arrastrar a la especulación, ni asociarse con los incrédulos en empresas comerciales; porque eso entorpecería su acción en

la obra de Dios.

Cristo dice a los suyos: “Vosotros sois la luz del mundo”. (Mateo 5:14) No es un hecho de poca importancia que Dios nos haya revelado con tanta claridad sus planes y sus consejos. Comprender la voluntad de Dios, tal como está revelada en la segura palabra profética, es para nosotros un maravilloso privilegio, pero nos impone una pesada responsabilidad. Dios espera que impartamos a otros el conocimiento que nos ha dado. Según su plan, los medios divinos y humanos deben unirse para proclamar el mensaje de amonestación.

En la medida de sus oportunidades, todo aquel que recibió la luz de la verdad lleva la misma responsabilidad que el profeta de Israel, a quien fueron dirigidas estas palabras: “A ti, pues, hijo de hombre, te he puesto por atalaya a la casa de Israel, y oirás la palabra de mi boca, y los amonestarás de mi parte. Cuando yo dijere al impío: Impío, de cierto morirás; si tú no hablares para que se guarde el impío de su camino, el impío morirá por su pecado, pero su sangre yo la demandaré de tu

mano. Y si avisares al impío de su camino para que se aparte de él, y él no se apartare de su camino, él morirá por su pecado, pero tú libraste tu vida". (Ezequiel 33:7-9)

¿Aguardaremos que las profecías del fin se cumplan antes de hablar de ellas? ¿De qué servirían entonces nuestras palabras? ¿Esperaremos hasta que los juicios de Dios caigan sobre el pecador para decirle cómo evitarlos? ¿Dónde está nuestra fe en la Palabra de Dios? ¿Debemos ver realizadas las cosas anunciadas para creer en lo que él nos ha dicho? En claros y distintos rayos, nos ha llegado la luz, enseñándonos que el gran día está cercano, "a las puertas". Leamos y comprendamos antes que sea demasiado tarde.

Debemos ser conductos consagrados, por los cuales la vida del Cielo se comunique a otros. El Espíritu Santo debe animar e impregnar toda la iglesia, purificando los corazones y uniéndolos unos a otros. Los que han sido sepultados con Cristo por el bautismo deben entrar en una nueva vida, y dar un ejemplo vivo de lo que es la vida de

Cristo. Una comisión sagrada nos ha sido confiada. Esta es la orden que hemos recibido: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. (Mateo 28:19-20) La obra a la que os habéis consagrado consiste en dar a conocer el Evangelio de la salvación. Vuestro poder debe estar fundado en la perfección celestial.

La vida santificada

El testimonio que debemos dar por Dios no consiste sólo en predicar la verdad y distribuir impresos. No olvidemos que el argumento más poderoso en favor del cristianismo es una vida semejante a la de Cristo, mientras que un cristiano vulgar hace más daño en el mundo que un mundano. Todos los libros escritos no reemplazarán una vida santa. La gente creerá, no lo que diga el predicador, sino lo que viva la iglesia. Demasiado a menudo la influencia del sermón

predicado desde el púlpito queda neutralizada por la que se desprende de la vida de personas que se dicen defensoras de la verdad.

El propósito de Dios es glorificarse a sí mismo delante del mundo en su pueblo. El quiere que los que lleven el nombre de Cristo le representen por el pensamiento, la palabra y la acción. Deben tener pensamientos puros y pronunciar palabras nobles y animadoras, capaces de atraer al Salvador a las personas que los rodean. La religión de Cristo debe estar entretejida en todo lo que dicen y hacen. En todos sus negocios, debe desprenderse el perfume de la presencia de Dios.

El pecado es una cosa detestable. Por su causa fue marchitada la hermosura moral de un gran número de ángeles. Penetró en el mundo y borró casi por completo la imagen de Dios en el hombre. Mas, en su gran amor, Dios ofreció al hombre la posibilidad de recuperar la posición que había perdido al ceder al tentador. Cristo vino a ponerse a la cabeza de la humanidad para desarrollar en favor nuestro un carácter perfecto. Los que le reciben

nacen de nuevo.

Cristo vio a la humanidad, como consecuencia del enorme desarrollo del pecado, dominada por el príncipe de las potestades del aire y manifestando un poder gigantesco en obras de maldad. Vio también que un poder mayor debía hacer frente a Satanás y derrotarlo. “Ahora es el juicio de este mundo --dijo--: ahora el príncipe de este mundo será echado fuera”. (Juan 12:31) Cristo vio que si los seres humanos creían en él, se les concedería poder para afrontar el ejército de los ángeles caídos, cuyo nombre es legión. Fortificó su alma con el pensamiento de que, merced al sacrificio portentoso que estaba por hacer, el príncipe de este mundo sería arrojado fuera, y hombres y mujeres serían capacitados, por la gracia de Dios, para recuperar lo que habían perdido.

Hombres y mujeres pueden vivir la vida que Cristo vivió en este mundo si se revisten de su poder y siguen sus instrucciones. Pueden recibir, en su lucha con Satanás, todos los socorros que Cristo mismo recibió. Pueden llegar a ser más que

vencedores, por Aquel que los amó y se dio a sí mismo por ellos.

La vida de los que profesan ser cristianos sin vivir la vida de Cristo, es una burla para la religión. Cualquiera que esté inscrito en los registros de la iglesia tiene el deber de representar al Salvador llevando el adorno interior de un espíritu manso y apacible. Debe ser su testigo y hacer conocerlas ventajas que hay en vivir y trabajar conforme al ejemplo de Cristo. La verdad presente debe manifestar su potencia en la vida de los que creen en ella, para que de este modo se comunique al mundo. Los creyentes deben presentar en su vida su eficacia santificadora y ennoblecedora.

Los representantes de Cristo

Los habitantes del universo celestial esperan que los discípulos de Cristo brillen como luces en el nublado. Debe demostrarse en ellos el poder de la gracia que Cristo quiso impartirnos por su muerte. Dios quiere que los que profesan ser cristianos revelen en su vida el cristianismo en su

forma más elevada. Son los representantes reconocidos de Cristo; por su medio debe ser representada la realidad del cristianismo. Deben ser hombres y mujeres de fe, llenos de valor, íntegros, que pongan toda su confianza en Dios y en sus promesas.

Todos los que desean entrar en la ciudad de Dios, deben poner de manifiesto al Salvador en todo trato que tengan durante esta vida terrenal. Así es como los mensajeros de Cristo serán sus testigos. Deben dar un testimonio claro y decidido contra toda mala costumbre, y enseñar a los pecadores el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. A todos los que le reciben, él les da poder de ser hechos hijos de Dios. La regeneración es el único sendero que da acceso a la ciudad de Dios. Este sendero es estrecho y la puerta por la que se debe pasar, angosta; sin embargo, por este camino debemos conducir a hombres, mujeres y niños, enseñándoles que para salvarse, deben poseer un corazón y espíritu nuevos. Los antiguos rasgos de carácter hereditarios deben ser vencidos. Los deseos naturales del alma deben cambiar. Toda

malicia, toda mentira, toda calumnia, deben eliminarse. Debe vivirse la vida nueva que nos hace parecernos a Cristo.

Firme adhesión a la verdad

Nada simulado debe haber en la vida de los que tienen que proclamar un mensaje tan solemne y sagrado. Enterado el mundo de la profesión de fe y altas normas de los adventistas del séptimo día, los está vigilando, y si comprueba que su vida no se amolda a su profesión de fe, los señala con desprecio.

Los que aman a Jesús pondrán su vida entera en armonía con la voluntad de él. Se pusieron del lado del Señor, y entre su vida y la de los mundanos debe existir un vívido contraste. El tentador se les acercará con halagos y tentaciones, diciéndoles: “Todo esto te daré, si postrado me adorares”. (Mateo 4:9) Pero saben que nada bueno tiene para ofrecerles y rehúsan ceder a sus tentaciones. La gracia de Dios los capacita para mantener intactos sus principios. Angeles santos están a su lado, y

revelan a Cristo por su firme adhesión a la verdad. Son los milicianos de Cristo y, como buenos testigos, hablan con fuerza y firmeza en favor de la verdad. Demuestran cuán real es la potencia espiritual que hace a hombres y mujeres capaces de no sacrificar nada de la justicia y de la verdad, por mucho que el mundo quiera ofrecerles a cambio. El Cielo honrará a tales cristianos, porque conformaron su vida a la voluntad de Dios, sin fijarse en los sacrificios que les tocaba hacer.

Un mensaje para todo el mundo

La luz que Dios concedió a su pueblo no debe quedar recluida en el seno de las iglesias que ya conocen la verdad. Debe esparcirse en las regiones oscuras de la tierra. Los que anden en la luz como Cristo está en la luz cooperarán con el Salvador revelando a otros lo que él les hiciere conocer. El propósito de Dios es que la verdad para nuestra época sea comunicada a toda nación, lengua y tribu. Hoy cada habitante del mundo está procurando conseguir ganancias y placeres mundanales. Millones de almas no dan

consideración ni tiempo a su salvación. El momento ha llegado cuando el mensaje relativo a la próxima venida de Cristo debe resonar por el mundo entero.

Hay pruebas inequívocas de la inminencia del fin. La amonestación debe darse en lenguaje firme y directo. Es necesario preparar el camino delante del Príncipe de paz que viene sobre las nubes de los cielos. Queda aún mucho que hacer en las ciudades que todavía no han oído la verdad para nuestra época. No debemos establecer instituciones que por sus dimensiones y esplendor rivalicen con las del mundo; sino que debemos proseguir la obra del Señor en su nombre con la perseverancia y el celo incansable que puso el Salvador en su obra.

Como pueblo tenemos gran necesidad de humillar nuestros corazones ante Dios, implorando su perdón por haber descuidado su mandato misionero. Hemos establecido centros importantes en algunos lugares y dejado sin trabajar muchas ciudades populosas. Pongamos mano a la obra asignada, y proclamemos el mensaje que debe

hacer comprender su peligro a hombres y mujeres. Si cada adventista del séptimo día hubiese cumplido su parte, el número de creyentes sería ahora mucho mayor. En todas las ciudades de América habría personas a quienes el mensaje hubiese inducido a obedecer la ley de Dios.

En algunos lugares el mensaje referente a la observancia del sábado ha sido presentado con claridad y fuerza; en cambio, otros lugares han sido dejados sin amonestación. ¿No tomarán conciencia de su responsabilidad los que conocen la verdad? Hermanos míos, no os está permitido enfrascaros en las empresas y negocios terrenales. No podéis descuidar sin peligro la orden que el Señor os dio.

Todo el universo pide a los que conocen la verdad que se consagren sin reservas a proclamar la verdad tal cual les ha sido manifestada en el mensaje del tercer ángel. Lo que oímos y vemos nos llama a cumplir nuestro deber. La actividad de los agentes de Satanás invita a cada cristiano a ocupar su puesto.

La clase de obreros que se necesita

La obra que se nos confió es grande e importante; y para cumplirla, necesitamos hombres sabios, desinteresados, capaces de consagrarse abnegadamente a la salvación de las almas. No hay lugar para los tibios; Cristo no puede usarlos. Se necesitan hombres y mujeres cuyo corazón sea sensible a los sufrimientos humanos y que demuestren por su vida que reciben y transmiten la luz, la vida y la gracia.

Los hijos de Dios deben acercarse a Cristo por la abnegación y el sacrificio, con el único propósito de dar al mundo entero el mensaje de misericordia. Algunos trabajarán de una forma y otros de manera distinta, según el modo en que el Señor los llame y conduzca. Pero todos deben trabajar en armonía, esforzándose por mantener en la obra un carácter de perfecta unidad. De viva voz y por la pluma deben trabajar para él. La Palabra de la verdad impresa debe ser traducida a diversos idiomas, y llevada a los extremos de la tierra.

Mi corazón está oprimido porque un número tan grande de los que podrían trabajar no hacen nada. Son juguetes de las tentaciones de Satanás. Cada miembro de la iglesia debe trabajar mientras dura el día; porque viene la noche cuando nadie puede trabajar. Muy pronto sabremos lo que es la noche. El Espíritu de Dios contristado, se retira de la tierra. Las naciones están airadas unas contra otras. Se hacen inmensos preparativos para la guerra. La noche se acerca. Levántese la iglesia para cumplir la tarea que le ha sido asignada. Todo creyente, cualquiera que sea el grado de su instrucción, puede llevar el mensaje.

La eternidad se extiende ante nosotros. El telón está por levantarse. ¿Qué estamos pensando al aferramos egoístamente a nuestra comodidad mientras que en derredor nuestro hay almas que perecen? ¿Están nuestros corazones completamente endurecidos? ¿No podemos ver y comprender que nos incumbe hacer una obra en favor de nuestros semejantes? Hermanos y hermanas, ¿sois de aquellos que teniendo ojos no ven y teniendo oídos no oyen? ¿Será en vano que Dios os haya revelado

su voluntad? ¿Será en vano que os haya dirigido amonestación tras amonestación con respecto a la proximidad del fin? ¿Creéis las declaraciones de su Palabra referentes alas cosas que han de sobrevenir al mundo? ¿Creéis que los juicios de Dios están suspendidos sobre los habitantes de la tierra? En caso afirmativo, ¿cómo podéis quedar tranquilos, ociosos e indiferentes?

Cada día que pasa nos acerca al fin. ¿Nos acerca también a Dios? ¿Velarnos en oración? Las personas con las que tratamos continuamente necesitan recibir nuestras instrucciones. Es posible que su estado mental sea tal que una sola palabra oportuna, grabada en el alma por la influencia del Espíritu Santo, penetre como un clavo en el lugar apropiado. Puede ser que mañana algunas de estas almas estén para siempre fuera de nuestro alcance. ¿Qué influencia ejercemos sobre esos compañeros de ruta? ¿Qué esfuerzo hacemos para ganarlos para Cristo?

El tiempo es corto y nuestras fuerzas deben organizarse para hacer una obra más amplia.

Necesitamos obreros que comprendan la inmensidad de la tarea y que estén dispuestos a cumplirla, no por el salario que reciban, sino porque se dan cuenta de que el fin está cerca. El tiempo exige más capacidad y consagración más profunda. Estoy tan compenetrada de este pensamiento que clamo a Dios: “Levanta y envía mensajeros que tengan conciencia de su responsabilidad, mensajeros en quienes la idolatría del yo, fuente de todo pecado, haya sido crucificada”.

Una escena impresionante

Una escena muy impresionante pasó ante mí en visiones nocturnas. Vi una inmensa bola de fuego que caía en medio de un grupo de hermosas casas que fueron destruidas instantáneamente. Oí a alguien decir: “Sabíamos que los juicios de Dios visitarían la tierra, mas no pensábamos que vendrían tan pronto”. Otros dijeron en tono de reproche: “Vosotros que sabíais estas cosas, ¿por qué no dijisteis nada? Nosotros no lo sabíamos!” Y por todas partes oía reproches parecidos.

Me desperté angustiada. Volví a dormirme y me pareció encontrarme en una gran asamblea. Un Ser de autoridad hablaba al auditorio, señalando un mapamundi. Decía que aquel mapa representaba la viña de Dios que debemos cultivar. Cuando la luz celestial brillaba sobre alguno, debía transmitirla. Debían encenderse luces en los diferentes lugares y de estas luces se encenderían otras aún.

Estas palabras fueron repetidas: “Vosotros sois la sal de la tierra: y si la sal se desvaneciere ¿con qué será salada? No vale más para nada, sino para ser echada fuera y hollada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo: una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una lámpara y se pone debajo de un almud, mas sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras buenas, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”. (Mateo 5:13-16)

Vi focos de luz que brillaban desde las

ciudades y los pueblos, en las montañas y los llanos. La Palabra de Dios era obedecida, y como resultado, en cada ciudad y cada pueblo se levantaban monumentos a su gloria. Su verdad era proclamada en todo el mundo.

Luego el mapa fue quitado y reemplazado por otro en el cual la luz brillaba sólo en unos pocos lugares. El resto del mundo estaba sumergido en las tinieblas; apenas si se percibían algunos rayos de luz aquí y allí. Nuestro Instructor dijo entonces: “Esta oscuridad se debe a que los hombres siguieron su propio camino. Fomentaron sus tendencias al mal, heredadas o adquiridas. Se dedicaron mayormente a la duda, la crítica y la acusación. Su corazón no es recto delante de Dios. Han escondido su lámpara debajo de un almud”.

Si cada soldado de Cristo hubiese cumplido su deber, si cada centinela puesto sobre los muros de Sion hubiese tocado la trompeta, el mundo habría oído el mensaje de amonestación. Mas la obra ha sufrido años de atraso. Entretanto que los hombres

dormían, Satanás se nos ha adelantado.

* * * * *

Debemos avanzar con firmeza, poniendo nuestra confianza en Dios, haciendo su obra con abnegación, dependiendo humildemente de él, entregándonos nosotros mismos a su sabia providencia, ahora y para el futuro, reteniendo hasta el fin nuestra seguridad de los primeros días, y recordando que las bendiciones celestiales no son la recompensa de nuestros méritos, sino la recompensa de los méritos de Cristo y de nuestra aceptación, por fe en él, de la abundante gracia de Dios.

Capítulo 3

La obra misionera de la Iglesia

Dios espera un servicio personal de aquellos a quienes ha confiado el conocimiento de la verdad para este tiempo. No todos pueden ir como misioneros a países lejanos, pero todos pueden ser misioneros en el lugar donde viven, entre sus familiares y vecinos. Hay muchas maneras como los miembros de la iglesia pueden dar el mensaje a las personas con quienes se relacionan. Uno de los recursos que tienen más éxito es vivir en forma útil, desinteresada y cristiana. Los que luchan en la batalla de la vida con desventajas, pueden ser refrescados y fortalecidos por las pequeñas atenciones que nada cuestan. Las palabras bondadosas pronunciadas con sencillez, las pequeñas atenciones ofrecidas sinceramente, dispersarán las nubes de la tentación y la duda que se acumulan sobre el alma. La expresión sincera de una simpatía como la manifestada por Cristo, ofrecida con sencillez, tiene poder para abrir las puertas de los corazones que necesitan el toque

sincero y delicado del espíritu de Cristo.

Jesús acepta con gozo los servicios de cualquier ser humano que se entrega a él. Asocia lo humano con lo divino, a fin de comunicar al mundo los misterios del amor encarnado. Sea este amor el objeto de vuestras conversaciones, de vuestras oraciones y de vuestros cantos: llenad el mundo con el mensaje de su verdad, y difundidlo por las regiones lejanas.

Los seres celestiales están listos para cooperar con nosotros, a fin de revelar al mundo lo que pueden llegar a ser los seres humanos, y lo que puede realizarse por su influencia, para la salvación de las almas que están apunto de perecer. Una persona verdaderamente convertida está tan llena del amor de Dios, que anhela comunicar a otros el gozo que posee. El Señor desea que su iglesia manifieste al mundo los esplendores de la santidad y que demuestre el poder de la religión cristiana. El cielo se ha de reflejar en el carácter del cristiano. El cántico de agradecimiento y alabanza debe ser oído por aquellos que están en las tinieblas.

Esforzándonos por hacer bien a otros, hemos de expresar nuestra gratitud por las buenas nuevas del Evangelio, por las promesas que encierra y las seguridades que nos da. Al realizar esta obra, impartiremos rayos de justicia celestial a las almas cansadas, inquietas y dolientes. Este ministerio es como un manantial abierto al viandante cansado y sediento. Los ángeles de Dios asisten a cada obra de misericordia y amor.

Nuestro ejemplo

La obra de Cristo debe servirnos de ejemplo. Continuamente iba de un lugar a otro haciendo bienes. En el templo y en la sinagoga, en las calles de las ciudades, en los mercados y en los talleres, a la orilla del mar y sobre los montes, predicaba el Evangelio y sanaba a los enfermos. Su vida de servicio desinteresado debe servirnos de manual. Su tierno amor compasivo condena nuestro egoísmo y la dureza de nuestro corazón.

Doquiera fuera, Jesús esparcía bendiciones a su paso. Entre los que profesan creer en él, ¿cuántos

hay que han aprendido sus lecciones de bondad, tierna compasión y amor desinteresado? Oídle dirigiéndose a los que están débiles, cansados y desvalidos: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar”. (Mateo 11:28) Nada podía cansar su paciencia, ni reprimir su amor.

El Salvador nos invita a realizar esfuerzos pacientes y perseverantes en favor de millones de personas esparcidas en todo país, que perecen en sus pecados, como náufragos en una playa desierta. Los que quieran participar de la gloria de Cristo deben también tomar parte en su ministerio y ayudar a los débiles, a los desdichados y desanimados.

Hagan de la vida de Jesús su estudio constante aquellos que emprenden esta obra. Sean animados de un celo intenso, y empleen todas sus aptitudes en el servicio del Señor. Los esfuerzos sinceros y exentos de egoísmo obtendrán preciosos resultados. Es del gran Maestro de quien los obreros recibirán su mejor educación. Pero los que

no comuniquen a otros la luz recibida verán un día que han experimentado una pérdida espantosa.

Los seres humanos no tienen derecho a pensar que puedan tener límites sus esfuerzos en pro de la salvación de las almas. ¿Se cansó Cristo alguna vez en su obra? ¿Retrocedió él alguna vez ante el sacrificio y las privaciones? Los miembros de la iglesia deben realizar los mismos esfuerzos perseverantes e incansables. Obedientes a la orden del Maestro, deben estar siempre listos para obrar. Dondequiera que encontremos un trabajo que hacer, realicémoslo contemplando constantemente a Jesús. Centenares de almas serían ganadas para Cristo si los miembros de nuestras iglesias siguiesen esas instrucciones. Si cada miembro de la iglesia fuese un misionero activo, el Evangelio sería anunciado en poco tiempo en todo país, pueblo, nación y lengua.

El resultado del esfuerzo perseverante

Todo talento santificado debe ser alistado para proclamar la verdad presente. Si las fuerzas del

enemigo ganan la victoria ahora, será porque las iglesias descuidan la tarea que Dios les ha dado. Durante años nos ha sido presentada la tarea que debía llevarse a cabo, empero muchos han estado durmiendo. Si los adventistas del séptimo día se levantan ahora para cumplir la obra que se les asignó, la verdad será presentada por el poder del Espíritu Santo de una manera clara y distinta en las ciudades hasta ahora descuidadas.

Cuando se trabaje con sinceridad y tesón, se verá la eficacia de la gracia de Cristo. Los centinelas colocados sobre los muros de Sion deben mantenerse vigilantes y despertar a los demás. El pueblo de Dios debe ser tan ferviente y fiel en la obra del Maestro que todo egoísmo quede separado de su vida. Entonces todos trabajarán en perfecta armonía, y se manifestará el brazo del Señor, cuyo poder se revelará en la vida de Cristo. Entonces renacerá la confianza y habrá unidad en las filas de la iglesia.

Diferentes ramos de servicio

El Señor pide a su pueblo que emprenda diferentes clases de trabajos. El mensaje evangélico debe ser oído tanto en las grandes avenidas de la existencia como en los senderos más alejados. Los miembros de la iglesia deben hacer obra de evangelización entre sus vecinos que todavía no han recibido plena evidencia de la verdad para nuestro tiempo.

Dios invita a familias cristianas a que se trasladen a las comunidades sumidas aún en las tinieblas y el error, a fin de trabajar para el Maestro con tacto y perseverancia. Se necesita renunciamiento para responder a tales llamadas. Mientras que muchos esperan que toda dificultad haya desaparecido, hay almas que mueren sin esperanza y sin Dios en el mundo. Muchas personas están dispuestas a aventurarse en regiones pestilenciales y sufrir penurias y privaciones para obtener alguna ventaja terrenal o adquirir conocimientos científicos. ¿Quién está dispuesto a hacer otro tanto para dar a conocer al Salvador?

¿Dónde están los hombres y las mujeres deseosos de ir a las regiones necesitadas del Evangelio para anunciar el Redentor a quienes viven en las tinieblas?

Circulación de nuestras publicaciones

Gran número de los hijos de Dios deben ir con nuestras publicaciones a los lugares donde el mensaje del tercer ángel nunca ha sido proclamado. Nuestros libros deben ver la luz en muchos idiomas distintos. Con estos libros deben salir hombres fieles como colportores evangelistas para llevar la verdad a los que sin ese medio nunca recibirían la luz. Los que emprenden este ramo de actividad deberían también prepararse para hacer trabajo médico misionero. Hay que acudir en auxilio de los enfermos y dolientes. Muchos de los que habrán sido aliviados en esta forma, entenderán y aceptarán las palabras de vida.

La obra del colportor evangelista, cuyo corazón está saturado por el Espíritu Santo, está repleta de admirables posibilidades para hacer el bien. La

presentación de la verdad hecha con amor y sencillez de casa en casa, está en armonía con la instrucción que Cristo dio a sus discípulos cuando los envió en su primer viaje misionero. Muchos serán alcanzados por medio de cantos de alabanza y oraciones humildes y sinceras. El Obrero divino estará presente para poner convicción en los corazones. “Estoy siempre con vosotros”, es la promesa que nos ha hecho. Con la seguridad de la presencia permanente de un ayudador como él, podemos trabajar con fe, esperanza y valor.

De ciudad en ciudad y de país en país se han de llevar las publicaciones que contienen la promesa del pronto regreso del Salvador. Estas publicaciones deben traducirse a todos los idiomas, porque el Evangelio ha de predicarse en todo el mundo. Cristo promete a cada obrero la eficiencia divina que dará éxito a su trabajo.

Los que han conocido la verdad durante mucho tiempo necesitan buscar al Señor intensamente, para que sus corazones se llenen con la determinación de trabajar por sus vecinos.

Hermanos y hermanas, visitad a quienes viven a vuestro alrededor, y tratad de encontrar acceso a sus corazones mediante la simpatía y la bondad. Trabajad en forma que elimine el prejuicio en lugar de crearlo. Recordad que los que conocen la verdad para este tiempo y que sin embargo confinan sus esfuerzos a su propia iglesia, y rehúsan trabajar por sus vecinos no convertidos, serán llamados a rendir cuentas por incumplimiento del deber.

Prestad a vuestros vecinos algunos de nuestros libros pequeños. Si eso despierta su interés, llevadles algunos libros más grandes. Mostradles Palabras de vida del gran Maestro. Contadles su historia y preguntadles si no desean tener un ejemplar. Si ya lo tienen, preguntadles si desean leer otros libros parecidos. Si es posible, buscad la oportunidad de enseñarles la verdad. Debéis sembrar las semillas de la verdad junto a todas las aguas, porque no sabéis cuál prosperará.

De casa en casa

En varios Estados hay colonias de agricultores

laboriosos y de condición acomodada, que nunca han oído de la verdad para nuestra época. Debe trabajarse en tales lugares. Ese trabajo debe ser emprendido por los miembros de nuestras iglesias. Ellos pueden hacer mucho en favor de sus vecinos, al prestarles o venderles libros, al distribuirles periódicos y darles estudios bíblicos. Si tuviesen un profundo amor por las almas, podrían proclamar el mensaje con tanto poder que muchas personas se convertirían.

Dos obreros bíblicos estaban sentados en medio de una familia. Con la Biblia abierta ante ellos, presentaban al Señor Jesucristo en su carácter de Salvador que perdona los pecados. Elevaban fervientes oraciones hacia Dios y los corazones quedaban enternecidos y subyugados por la influencia del Espíritu Santo. Sus oraciones eran expresadas con sinceridad y poder. Mientras explicaban la Palabra de Dios, vi que una luz suave y radiante iluminaba las Escrituras, y yo susurré: “Vé por los caminos y por los vallados, y fuérzalos a entrar, para que se llene mi casa”. (Lucas 14:23)

Esta preciosa luz fue comunicada de casa en casa. La costumbre de celebrar el culto de familia, que en ciertos hogares fuera abandonada, revivió y muchos fueron convertidos.

Hermanos y hermanas, consagraos al servicio del Señor. No dejéis pasar ninguna ocasión favorable. Visitad a los enfermos y dolientes y manifestadles interés verdadero. Si es posible, haced algo para su mejoría. Así ganaréis sus corazones y podréis hablarles del Salvador.

Sólo la eternidad podrá revelar el alcance de una obra tal. Otros ramos de actividad se abrirán delante de aquellos que se muestren dispuestos a cumplir sus deberes inmediatos. La mayor necesidad actual no es tanto de predicadores sabios y elocuentes como de hombres y mujeres que hayan aprendido de Jesús de Nazaret a ser mansos y humildes, y que confiados en su poder, irán por los caminos y vallados para dar la invitación: “Venid, que ya está todo preparado”. (Lucas 14:17)

Los que conozcan cabalmente la agricultura,

que sepan cultivar la tierra y construir pequeñas casas, pueden hacerse muy útiles. Mientras trabajan con sus manos, pueden demostrar por su carácter el elevado nivel que nuestro pueblo puede alcanzar. Agricultores, industriales, albañiles, y otros hombres hábiles en sus oficios deberían trasladarse a los campos que no reciben atención, para cultivar la tierra, establecer industrias, construir hogares humildes para ellos mismos e impartir a sus vecinos el conocimiento de la verdad para nuestra época.

Una obra que conviene a las mujeres

Un vasto campo de actividad se abre delante de las mujeres así como de los hombres. Se necesitan cocineras competentes, costureras y enfermeras. Enseñad a los pobres a cocinar los alimentos, a remendar sus ropas, a atender a los enfermos y a cuidar debidamente sus casas. Debiera acostumbrarse a los niños a hacerse útiles prestando pequeños servicios a los que son menos favorecidos que ellos.

La familia como campo misionero

No olviden los padres el importante campo misionero que tienen en su hogar. Los hijos que Dios confió a una madre son para ella un cometido sagrado. “Toma este hijo o hija, dice el Señor, y edúcalo para mí. Dale un carácter pulido a manera de las esquinas de un palacio, para que pueda brillar siempre en los atrios del Señor”. La luz y la gloria que irradian del trono de Dios rodean a la madre fiel que se esfuerza en enseñar a sus hijos a resistir la influencia del mal.

Un lugar para cada persona

Hay para todo par de manos una obra que hacer. Que todo lo que se haga sirva para elevar el nivel de la humanidad. ¡Hay tantas personas necesitadas de ayuda! Tendrá el corazón desbordante de gozo aquel que, lejos de buscar su propia satisfacción, viva para beneficiar a los que son menos favorecidos. Despiértense los ociosos, y arrostren las realidades de la vida. Tomad la Palabra de Dios y escudriñadla. Si la ponéis en

práctica, la vida será para vosotros una realidad viviente, y recibiréis abundante recompensa.

En su vasto plan, el Señor tiene un lugar para cada uno. No ha dado talento alguno que no sea necesario. ¿Es el talento pequeño? Dios tiene un lugar para él, y si es usado con fidelidad hará precisamente aquello para lo cual Dios lo dio. Los talentos de quien habita en un hogar humilde se necesitan para la obra de casa en casa, y pueden lograr más que los dones brillantes.

Se presentan miles de ocasiones para ser útiles. Deploramos la debilidad de nuestros recursos frente a los numerosos y urgentes pedidos de dinero y hombres. Si fuésemos más diligentes, podríamos, ahora mismo, centuplicar los recursos. Pero el egoísmo y la complacencia propia lo impiden.

Miembros de la iglesia, haced brillar la luz. Haced oír vuestras voces en oración humilde, en testimonio contra la intemperancia, la insensatez y las diversiones mundanas, y en la proclamación de

la verdad para esta época. Vuestra voz, influencia y tiempo son dones de Dios y deben usarse en la ganancia de almas para Cristo.

Visitad a vuestros vecinos y mostrad interés en la salvación de sus almas. Despertad y poned en acción toda energía espiritual. Decid a las personas con quienes os relacionéis que el fin de todas las cosas está por sobrevenir. El Señor Jesucristo abrirá las puertas de sus corazones y realizará impresiones durables en sus mentes.

Esforzaos por despertar a hombres y mujeres de su insensibilidad espiritual. Decidles cómo encontrasteis a Jesús y habladles de las bendiciones que habéis recibido mientras os ocupáis en su servicio. Habladles de las bendiciones que recibís al sentaros a los pies de Jesús para aprender preciosas lecciones de su palabra. Contadles acerca del gozo y alegría que la vida cristiana proporciona. Vuestras palabras afectuosas y fervientes los convencerán de que habéis encontrado la perla de gran precio. Que vuestras palabras gozosas y animadoras demuestren que

realmente habéis encontrado un camino mejor. Esta es la obra misionera genuina, y al hacerla, muchos despertarán como de un sueño.

Aun mientras están entregados a sus ocupaciones habituales, los hijos de Dios pueden llevar almas al Señor. Al hacerlo, tendrán la reconfortante seguridad de la presencia del Salvador. No deben sentirse abandonados a sus débiles fuerzas. Cristo les dará palabras adecuadas para consolar, animar y fortalecer a las pobres almas que luchan en las tinieblas. Su propia fe se afirmará al ver el cumplimiento de la promesa del Redentor. No sólo beneficiarán a otros, sino que la obra que hagan para Cristo será una fuente de bendición para ellos mismos.

Muchos pueden y deben hacer la obra que acabo de mencionar. Hermano mío, hermana mía, ¿qué haces tú para Jesús? ¿Te esfuerzas por ser una bendición para otros? ¿Salen de tus labios palabras de simpatía y amor? ¿Estás realizando esfuerzos fervientes por ganar almas para el Salvador?

Consecuencias de la negligencia

Se hace comparativamente poco trabajo misionero y, ¿cuál es el resultado? Las verdades que el Señor nos dio no son enseñadas. Hay muchos en el pueblo de Dios que no crecen en la gracia. Muchos son dados a las quejas. Los que nada hacen para ayudar a otros a comprender la importancia de la verdad presente, tienen que sentirse descontentos de sí mismos. Satanás aprovecha este hecho para impulsarlos a la crítica y al resentimiento. Si se dedicasen activamente a conocer y practicar la voluntad de Dios, sentirían una carga tal por las almas que perecen, una preocupación tan viva, que nada podría impedirles obedecer la orden del Maestro: “Id por todo el mundo; predicad el Evangelio a toda criatura”. (Marcos 16:15)

No nos cansemos de trabajar

El Señor quiere que su pueblo despierte de su sueño. El fin de todas las cosas se acerca. Cuando los que conocen la verdad colaboren con Dios, se

manifestarán los frutos de la justicia. El amor de Dios, revelándose en el esfuerzo misionero, llevará a mucha gente a tener conciencia de la culpabilidad de su conducta. Verán que en lo pasado su egoísmo les impidió colaborar con Dios. Este mismo amor, manifestándose en un ministerio desinteresado, inducirá a muchas almas a creer en la Palabra de Dios tal cual está escrita.

Dios desea dar a su pueblo el refrigerio del Espíritu Santo, bautizándolo nuevamente en su amor. La falta de poder espiritual no tiene razón de ser en la iglesia. Después de la ascensión de Cristo, el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos que esperaban, oraban y creían, con una plenitud y poder que llenó todos los corazones. En el futuro, toda la tierra debe ser iluminada con la gloria de Dios. Los que han sido santificados por la verdad deben ejercer sobre el mundo una santa influencia. Una atmósfera de gracia debe rodear el mundo. El Espíritu Santo obrará en los corazones, tomando las cosas de Dios y revelándolas a los hombres.

Familias misioneras

Si todos los que poseen la luz de la verdad practicaran la verdad, podría hacerse mucho más por Cristo. Hay familias enteras que podrían ser misioneras y dedicarse a la obra personal, y trabajar por el Maestro ocupando activamente las manos y el cerebro y creando nuevos métodos para el éxito de la obra. Hay hombres y mujeres serios, prudentes y afectuosos que podrían hacer mucho por Cristo si se entregaran a Dios, si se acercaran a él y lo buscaran de todo corazón.

Hermanos y hermanas, desempeñad una parte activa en la obra de la salvación de las almas. Esta obra dará vida y vigor a las facultades mentales y espirituales. La luz de Cristo brillará en la mente. El Salvador morará en vuestros corazones y veréis la luz en su luz.

Consagraos totalmente a la obra de Dios. El es vuestra fortaleza y será vuestra mano derecha y os ayudará a llevar a cabo sus misericordiosos propósitos. Por medio de la obra personal poneos

en contacto con quienes os rodean y estableced vínculos de amistad con ellos. La predicación no podrá realizar la obra que debe hacerse. Los ángeles de Dios os acompañan a las casas que visitáis. Esta obra no puede hacerse mediante substituto. El dinero prestado o dado no la llevará a cabo. Los sermones no la realizarán. Al visitar a la gente, al hablar, orar y simpatizar con ella, ganaréis sus corazones. Esta es la obra misionera más elevada que podéis hacer. Para realizarla, necesitaréis una fe resuelta y perseverante, una paciencia incansable y un profundo amor por las almas.

Encontrad la manera de poneros en contacto con la gente de vuestro vecindario. Al hablarles de la verdad, emplead palabras revestidas de la simpatía manifestada por Cristo. Recordad que el Señor Jesús es el Obrero Maestro. El riega la semilla sembrada. Os pone en la mente palabras que llegarán a los corazones. Confiad que Dios sustentará al obrero consagrado y altruista. La obediencia, la fe como la de un niño y la confianza en Dios proporcionarán paz y gozo. Trabajad

desinteresadamente, con amor y paciencia por todos los que se pongan a vuestro alcance. No manifestéis impaciencia. No pronunciéis ninguna palabra áspera. Dejad que el amor de Cristo more en vuestros corazones y que la ley de la bondad permanezca en vuestros labios.

Constituye un misterio el que no haya cientos de personas trabajando donde ahora hay una sola. El universo celestial se asombra ante la apatía, la frialdad e indiferencia de los que profesan ser hijos e hijas de Dios. En la verdad existe un poder viviente. Avanzad con fe y proclamad la verdad como si creyérais en ella. Que las personas por quienes trabajáis vean que para vosotros constituye una realidad viviente.

Desarrollo por medio del servicio

Los que dedican sus vidas a llevar a cabo un ministerio como el de Cristo, conocen el significado de la verdadera felicidad. Sus intereses y sus oraciones van más allá de sus intereses personales. Ellos mismos están creciendo mientras

procuran ayudar a otros. Se familiarizan con los planes más amplios, con las empresas más emocionantes; ¿y cómo podrían dejar de crecer cuando se colocan en el canal divino por el que circulan luz y bendición? Tales personas reciben sabiduría celestial. Se identifican cada vez más con Cristo en todos sus planes. No hay oportunidad para el estancamiento espiritual. La ambición egoísta y el egoísmo son reprochados por el contacto constate con los intereses absorbentes y las aspiraciones elevadas que pertenecen a las actividades superiores y santas.

Capítulo 4

Hay que trabajar con celo

Los siervos de Cristo deben testificar por su Jefe con el poder del Espíritu Santo. El intenso deseo con el cual el Salvador anheló salvar a los pecadores debe caracterizar todos sus esfuerzos. La misericordiosa invitación, hecha primero por el Salvador, debe ser repetida por voces humanas, y resonar en todo el mundo: “Y el que quiere, tome del agua de la vida de balde”. (Apocalipsis 22:17) La iglesia debe decir: “Ven”. Todas las energías de la iglesia deben ser movilizadas al servicio de Cristo. Los discípulos de Jesús deben unirse con el fin de realizar un esfuerzo enérgico para llamar la atención del mundo hacia las profecías de la Palabra de Dios, que se están cumpliendo rápidamente. La incredulidad y el espiritismo están adquiriendo sobre el mundo un dominio cada vez mayor. ¿Permanecerán ahora también fríos e incrédulos los que recibieron gran luz?

Estamos en vísperas del tiempo de angustia y

nos esperan dificultades apenas sospechadas. Un poder de abajo impulsa a los hombres a guerrear contra el Cielo. Hay seres humanos que se han coligado con las potencias satánicas para anular la ley de Dios. Los habitantes de la tierra se están volviendo rápidamente como los contemporáneos de Noé, que el diluvio se llevó, y como los habitantes de Sodoma, que el fuego consumió. Las potencias de Satanás se esfuerzan por distraer las mentes de las realidades eternas.

El enemigo ha dispuesto las cosas de manera que favorezcan sus planes. Negocios, deportes, modas; he aquí las cosas que ocupan las mentes de hombres y mujeres. El juicio es falseado por las diversiones y por las lecturas frívolas. Una larga procesión sigue por el ancho camino que lleva a la ruina eterna. El mundo, presa de la violencia, del libertinaje y de la embriaguez, está convirtiendo a la iglesia. La ley de Dios, divina norma de la justicia, es declarada abolida.

En este tiempo, un tiempo de iniquidad desbordante, una nueva vida procedente de la

Fuente de toda vida debe posesionarse de los que tienen el amor de Dios en sus corazones, e impulsarlos a proclamar con poder el mensaje de un Salvador crucificado y resucitado. Deben hacer esfuerzos enérgicos y perseverantes para salvar almas. El ejemplo que ellos den debe ser tal que ejerza sobre quienes los rodean una influencia decisiva para el bien. Deben considerar todas las cosas como una pérdida en comparación con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús Señor nuestro.

Un celo intenso debe posesionarse ahora de nosotros. Nuestras energías adormecidas deben despertarse y consagrarse a un esfuerzo incansable. Obreros consagrados deben ir al campo de labor, para preparar el camino del Rey y ganar victorias en nuevas localidades. Hermano mío, hermana mía, ¿os deja indiferentes saber que cada día bajan a la tumba almas que no han sido amonestadas ni salvadas, ignorantes de su necesidad de la vida eterna y de la expiación que el Salvador hizo por ellas? ¿Os deja indiferentes saber que muy pronto este mundo tendrá que comparecer ante Jehová

para rendir cuenta de la transgresión de su ley? Los ángeles del cielo se asombran al ver que los que por tantos años han tenido la luz, todavía no han llevado la antorcha de la verdad a los lugares oscuros de la tierra.

El valor infinito del sacrificio requerido para efectuar nuestra redención muestra cuán terrible mal es el pecado. Dios habría podido borrar de la creación esta mancha impura barriendo al pecador de la faz de la tierra. Pero “de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. (Juan 3:16) ¿Por qué son tantos los que quedan ociosos? ¿Por qué todos los que declaran amar a Dios no tratan de alumbrar a sus vecinos y relaciones para que no descuiden por más tiempo tan grande salvación?

La falta de compasión

Entre los profesos cristianos de hoy existe una alarmante ausencia de la compasión que debieran sentir por la gente que aún no ha sido salvada. Si

nuestros corazones no laten al unísono con el de Cristo, ¿cómo podríamos comprender el carácter sagrado y la importancia de la obra a la cual nos llama y que consiste en velar por las “almas como aquellos que han de dar cuenta”? Hablamos de las misiones cristianas; y se oye nuestra voz, pero ¿poseemos nosotros el tierno amor de Cristo por la gente?

El Salvador fue un obrero incansable. No midió su trabajo por horas; dedicó su tiempo, su corazón y su fortaleza a trabajar en beneficio de la humanidad. Pasó días enteros trabajando y noches completas en oración para poder hacer frente con firmeza al astuto enemigo en todas sus obras engañosas, y para ser fortificado a fin de realizar su obra de elevación y restauración de la humanidad.

La persona que ama a Dios no mide su trabajo por el sistema de las ocho horas. Trabaja a toda hora y nunca está fuera de servicio. Hace el bien a medida que se le presenta la oportunidad de hacerlo. En todas partes, en todo tiempo y en todos lugares encuentra oportunidades para trabajar para

Dios. Lleva fragancia con él por dondequiera que vaya. Una atmósfera sana rodea su alma. La hermosura de su vida bien ordenada y santa conversación inspira en otros fe, esperanza y valor.

Se necesitan misioneros de corazón. Los esfuerzos espasmódicos harán muy poco bien. Debemos cautivar la atención. Debemos manifestar profundo empeño.

La obra de ganar almas debe llevarse adelante en forma agresiva, en medio de oposición, peligro, pérdida y sufrimiento humano. En cierta batalla, cuando uno de los regimientos de la fuerza atacante estaba siendo rechazado por las hordas enemigas, el portaestandarte mantuvo su lugar aunque las tropas habían emprendido la retirada. El capitán le gritó que se retirara con las bandera, pero el portaestandarte le contestó: “¡Traiga a sus hombres donde se encuentra la bandera!” Esta es la obra de los portaestandartes: conducir a la gente hacia el estandarte de Cristo. El Señor pide que haya sinceridad y entusiasmo. Todos sabemos que el pecado de muchos cristianos profesos es que

carecen de valor y energía para colocarse ellos mismos, y a los que con ellos se relacionan, a la altura del estandarte de Cristo.

De todas partes repercute el llamado macedónico: “Pasa y ayúdanos”. Dios ha abierto campos delante de nosotros, y si los hombres quisieran colaborar con los agentes divinos, muchísimas almas serían ganadas para la verdad. Pero quienes dicen formar parte del pueblo de Dios, se adormecieron sobre el trabajo que les fue asignado; de manera que en muchos lugares este trabajo ni siquiera se ha comenzado. Dios ha enviado un mensaje tras otro para despertar a su pueblo y animarlo a que entre en acción inmediatamente. Pero al llamamiento: “¿A quién enviaré?” pocos han contestado: “Heme aquí, envíame a mí”. (Isaías 6:8)

Cuando la iglesia haya dejado de merecer el reproche de indolencia y pereza, el Espíritu de Dios se manifestará misericordiosamente. El poder divino se revelará y la iglesia verá las obras providenciales del Señor de los ejércitos. La luz de

la verdad se derramará en rayos claros y poderosos, como en los días apostólicos, y mucha gente se apartará del error e irá hacia la verdad. La tierra será alumbrada con la gloria del Señor.

Los ángeles del cielo han esperado por mucho tiempo la colaboración de los agentes humanos, de los miembros de la iglesia, en la gran obra que debe hacerse. Ellos os están esperando. Tan vasto es el campo y tan grande la empresa, que todo corazón santificado será alistado en el servicio como instrumento del poder divino.

Al mismo tiempo obrará un poder infernal. Mientras los agentes de la misericordia divina obren secundados por seres humanos santificados, Satanás pondrá en actividad a sus propios agentes, haciendo tributarios suyos a todos los que acepten su dominación. Habrá muchos señores y muchos dioses. Se oirá el grito: “Aquí está el Cristo, o allí”. En todas partes se verán las astutas maquinaciones de Satanás, para apartar la atención de los hombres y las mujeres del cumplimiento de sus deberes inmediatos. Habrá señales y prodigios. Mas el ojo

de la fe discernirá en todas esas manifestaciones las señales precursoras de un pavoroso porvenir, y el preludio del triunfo prometido al pueblo de Dios.

¡Trabajad, oh, trabajad teniendo en vista la eternidad! Recordad que toda energía debe ser santificada. Queda una gran obra por hacer. De toda boca sincera debe subir esta oración: “Dios tenga misericordia de nosotros, y nos bendiga; haga resplandecer su rostro sobre nosotros; para que sea conocido en la tierra tu camino, en todas las gentes tu salud”. (Salmos 67:1-2)

Quienes entiendan, aunque sea en un grado limitado, lo que la redención significa para ellos y para sus semejantes, los tales andarán por la fe y podrán comprender, en cierta medida, las necesidades de la humanidad. Sus corazones se conmoverán ante la extensa miseria del mundo, la indigencia de las multitudes que sufren por falta de alimentos y de ropa y la indigencia moral de los millares a quienes amenaza un juicio terrible, ante el cual los sufrimientos físicos se desvanecen en la insignificancia.

Recuerden los miembros de la iglesia que el solo hecho de tener sus nombres escritos en un registro no bastará para salvarlos; deben ser aprobados por Dios como obreros que no tengan de qué avergonzarse. Día tras día, deben edificar su carácter conforme a las instrucciones divinas. Deben morar en él y ejercer constantemente fe en él. Así crecerán hasta alcanzar la estatura perfecta de hombres y mujeres en Jesucristo; serán cristianos sanos, animosos, agradecidos, conducidos por Dios en una luz siempre más pura. Si su vida no es tal, se encontrarán un día entre quienes exhalarán esta amarga lamentación: “¡Pasó la siega y terminó el verano, y mi alma no se salvó! ¿Por qué no busqué un refugio en la Fortaleza? ¿Por qué jugué con la salvación de mi alma y desprecié al Espíritu de gracia?”

“Cercano está el día grande de Jehová, cercano y muy presuroso”. (Sofonías 1:14) Calcémonos las sandalias del Evangelio y estemos listos a cada momento para emprender el viaje. Cada hora, cada minuto es precioso. No tenemos tiempo para

buscar nuestra propia satisfacción. En todo nuestro derredor hay gente que perece en el pecado. Cada día hay algo que hacer para nuestro Señor y Maestro. Cada día debemos conducir a la gente hacia el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

“Por tanto, también vosotros estad apercibidos; porque el Hijo del hombre ha de venir a la hora que no pensáis”. (Mateo 24:44) Por la noche, no os acostéis sin antes haber confesado vuestros pecados. Así hacíamos en 1844, cuando esperábamos ir al encuentro del Señor. Ahora ese acontecimiento está más cercano que cuando por primera vez creímos. Estad siempre apercibidos, por la tarde, por la mañana y al mediodía, para que cuando repercuta el clamor: “¡He aquí, el esposo viene, salid a recibirle!” podáis, aun si este grito os despertase del sueño, ir a su encuentro con las lámparas aderezadas y encendidas.

Capítulo 5

“De gracia recibisteis, dad de gracia”

La abnegación es la nota tónica de las enseñanzas de Cristo. Con frecuencia se la presenta y prescribe con un lenguaje que causa la impresión de ser autoritario, porque Dios ve que no hay otro modo de salvar al ser humano fuera de extirpar el egoísmo de su vida, que degradaría la totalidad del ser si se lo conservara.

Cristo se hizo pobre para que nosotros participáramos del “cada vez más excelente y eterno peso de gloria”. (2 Corintios 4:17) Debemos practicar la misma abnegación que lo indujo a entregarse hasta la muerte en la cruz para hacer posible que los seres humanos pudieran gozar de la vida eterna. Cada vez que pensemos gastar de nuestros recursos, debemos esforzamos por satisfacer el propósito de Aquel que es el alfa y la omega de todo esfuerzo cristiano.

Debemos colocar en la tesorería del Señor todos los recursos que logremos economizar. Hay campos necesitados y sin evangelizar que claman por esos recursos. Desde muchos países llega el urgente pedido: “Pasa... y ayúdanos”. Nuestros miembros de iglesia debieran sentir un profundo interés en las misiones de este país y del extranjero. Recibirán grandes bendiciones cuando hagan esfuerzos abnegados para plantar el estandarte de la verdad en un nuevo territorio. El dinero invertido en esta obra producirá cuantiosas ganancias. Nuevos conversos que se regocijan en la luz recibida de la palabra, darán a su turno de sus propios recursos para llevar la luz de la verdad a otras personas.

La benevolencia de Dios

Dios nos da constantemente, generosamente y en abundancia. Toda bendición terrenal procede de su mano. ¿Qué sucedería si el Señor cesara de derramar sus dones sobre nosotros? ¡Qué clamor de miseria, sufrimiento y necesidad se elevaría desde

la tierra! Necesitamos diariamente el flujo inagotable de la benignidad de Jehová.

Este mundo fue establecido y es sustentado por el compasivo amor del Creador. Dios es el dador de todo lo que tenemos. El nos insta a devolverle una porción de la abundancia que ha derramado sobre nosotros. Pensad en el cuidado que prodiga a la tierra, enviando la lluvia y la luz del sol a su tiempo, para hacer que la vegetación crezca y florezca. Derrama sus favores sobre justos e injustos. ¿No debieran los que reciben sus bendiciones demostrar su gratitud dando de sus recursos para ayudar a la humanidad doliente?

Hay muchas personas a quienes llevar al conocimiento salvador de la verdad. El hijo pródigo se encuentra lejos de la casa de su Padre y perece de hambre. Tenemos que hacerlo objeto de nuestra compasión. ¿Os preguntáis: “Cómo considera Dios a los que perecen en sus pecados?’ Dirijo vuestra atención hacia el Calvario. Dios “ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, sino tenga vida eterna”.

(Juan 3:16) Pensad en el amor sin parangón del Salvador. Mientras éramos aún pecadores, Cristo murió para salvarnos de la muerte eterna. A cambio del gran amor con el que Cristo nos ha amado, tenemos que llevarle nuestras ofrendas de agradecimiento. Tenemos que presentarle una ofrenda de gratitud de nuestra propia persona. Nuestro tiempo, nuestros talentos, nuestros recursos: todo debe fluir hacia el mundo en una ola de amor por la salvación de los perdidos. Jesús ha hecho posible que aceptemos su amor y que trabajemos en feliz colaboración con él bajo su fragante influencia. El requiere que usemos nuestras posesiones en servicio generoso para que su plan para la salvación de la gente se lleve a cabo con poder. El espera que entreguemos a su obra nuestras energías indivisas.

¿Deseáis asegurar vuestra propiedad? Colocadla en la mano que lleva la cicatriz donde fue horadada por el clavo en la crucifixión. Retenedla en vuestra posesión y la perderéis para siempre. Entregadla a Dios, y a partir de ese momento llevará su inscripción. Quedará sellada

con su inmutabilidad. ¿Queréis disfrutar de vuestros bienes? Entonces usadlos para bendición de los que sufren.

El mundo necesitado de ayuda

La magnitud de nuestra obra requiere la liberalidad voluntaria del pueblo de Dios. En Africa, en China y en India viven millones de personas que no han oído el mensaje de la verdad para este tiempo. Tienen que ser advertidos. Las islas del mar están esperando recibir el conocimiento de Dios. En esas islas hay que establecer escuelas a fin de preparar alumnos que asistan a los colegios superiores a su alcance, para educarse y prepararse con el fin de que puedan regresar a sus hogares isleños a presentar a los demás la luz que han recibido.

En nuestro propio país hay mucho por hacer. Hay numerosas ciudades que deben ser amonestadas. Los evangelistas debieran estar abriéndose camino hacia todos los lugares donde existe inquietud con respecto a las leyes

dominicales y la enseñanza de religión en las escuelas públicas. El descuido de los adventistas en aprovechar estas oportunidades providenciales es lo que está retrasando el progreso de la causa. El Señor nos ha hecho sus mayordomos. Ha colocado sus recursos en nuestras manos para que los distribuyamos fielmente. Nos pide que le devolvamos lo que le pertenece. Ha reservado el diezmo como su porción sagrada para que se use en la predicación del Evangelio en todo el mundo. Hermanos y hermanas, confesad y olvidad vuestro egoísmo, y llevad al Señor vuestros dones y ofrendas. Llevadle también los diezmos que habéis retenido. Confesad vuestro descuido. Probad al Señor, como os ha invitado que hagáis. "Reprenderé también por vosotros al devorador, y no os destruirá el fruto de la tierra, ni vuestra vid en el campo será estéril, dice Jehová de los ejércitos". (Malaquías 3:11)

Nuestro orgullo obstaculiza la obra de Dios

He recibido instrucciones según las cuales hay una retención del diezmo que debiera llevarse

fielmente a la tesorería del Señor para el sostén de los pastores y los misioneros que están abriendo las Escrituras a la gente y trabajan de casa en casa. La obra de evangelizar el mundo ha sido gravemente obstaculizada a causa del egoísmo personal. Algunos, aun entre los cristianos profesos, son incapaces de ver que la obra del Evangelio debe ser sostenida por los recursos que Cristo les ha dado. Se necesita dinero para que la obra que se efectúa en todo el mundo pueda continuar realizándose. Miles y miles de personas perecen en el pecado, y la falta de recursos está obstaculizando la proclamación de la verdad que debe anunciarse a toda nación, tribu, lengua y pueblo. Hay hombres listos para ir como mensajeros del Señor, pero por falta de recursos en la tesorería, no pueden ser enviados a donde la gente está rogando que vaya alguien a enseñarles la verdad.

Hay muchos en nuestro mundo que anhelan escuchar la palabra de vida. ¿Pero cómo pueden oírla sin un predicador? ¿Y cómo podrían vivir sin sostén los que sean enviados a enseñarles? Dios desea que las vidas de sus obreros sean sostenidas

con cuidado. Son su propiedad, y él es deshonrado cuando ellos se ven compelidos a trabajar en una forma que perjudica su salud. El es también deshonrado cuando los obreros no pueden ser enviados a lugares necesitados por falta de recursos.

En lugar de quejarse de los dirigentes de la Asociación General porque no pueden responder a los muy numerosos pedidos para que envíen hombres y recursos, que los miembros de nuestra iglesia den un testimonio viviente del poder de la verdad negándose a sí mismos y dando liberalmente para el progreso de la obra. Que nuestras hermanas ahorren al rehusar decorar sus prendas de vestir con adornos caros. Que se eliminen todos los gastos innecesarios. Que cada familia lleve sus diezmos y ofrendas al Señor.

Proveedores de Dios

Los que están auténticamente convertidos se considerarán como proveedores de Dios, y aportarán, para el progreso de la obra, los medios

que él ha colocado en sus manos. Si se obedecieran las palabras de Cristo, habría recursos suficientes en su tesorería para satisfacer las necesidades de su causa. El ha confiado a hombres y mujeres recursos en abundancia para hacer avanzar su plan de misericordia y benevolencia. Ruega a los de sus recursos, que inviertan su dinero en la obra de alimentar a los hambrientos, vestir a los desnudos y predicar el Evangelio a los pobres. No es posible alcanzar la perfección del carácter sin abnegación.

Nunca hubo un tiempo más importante en la historia de nuestra obra que el presente. Recibimos el mensaje del tercer capítulo de Malaquías que destaca ante nosotros la necesidad de practicar la honradez en nuestras relaciones con el Señor y su obra. Hermanos míos, el dinero que usáis para comprar y vender y obtener ganancias será una maldición para vosotros si retenéis del Señor lo que le pertenece. Los recursos que os han sido confiados para el progreso de la obra del Señor debieran utilizarse para enviar el Evangelio a todas partes del mundo.

Somos testigos de Cristo, y no debemos permitir que intereses y planes mundanos absorban nuestro tiempo y atención. Hay en juego intereses más elevados. “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia”. (Mateo 6:33) Cristo se dio a sí mismo voluntaria y gozosamente para llevar a cabo la voluntad de Dios. Se hizo obediente hasta la muerte, y una muerte en la cruz. En vista de todo lo que ha hecho, ¿debiéramos considerar que es un sacrificio penoso negar nuestros intereses y ventajas personales? ¿Rehuiremos participar de los sufrimientos de Cristo? Su muerte debiera conmover cada fibra de nuestro ser, y hacer que estemos dispuestos a consagrar a su obra todo lo que poseemos y somos. Al pensar en todo lo que él ha hecho por nosotros, nuestros corazones debieran llenarse de gratitud y amor, y debiéramos renunciar a toda manifestación de egoísmo. ¿Qué deber podría el corazón rehusar llevar a cabo bajo la influencia compelente del amor de Cristo?

¿No debiéramos hacer mediante actos de abnegación todo lo que podamos para adelantar la empresa de misericordia de Dios? ¿Podemos

contemplar la condescendencia divina, el sufrimiento soportado por el Hijo de Dios, sin llenarnos con el deseo de que se nos permita sacrificar algo para él? ¿Acaso no es un elevado honor que se nos permita cooperar con él? El dejó su hogar celestial para buscamos. ¿No nos convertiremos, entonces, en sus subpastores, para buscar a los perdidos y extraviados? ¿No revelaremos en nuestras vidas su ternura y compasión divinas?

El Señor desea que su pueblo sea considerado y que manifieste cuidado solícito por los demás. Desea que practiquen la economía en todo. Si los obreros que trabajan en los campos misioneros pudieran tener los recursos que se gastan en costosos muebles y en adornos personales, los triunfos de la cruz de Cristo se extenderían notablemente.

No todos pueden dar ofrendas cuantiosas, no todos pueden hacer grandes y magníficas obras; pero todos pueden practicar la abnegación, y todos pueden manifestar la total ausencia de egoísmo del

Salvador. Algunos pueden llevar grandes dones a la tesorería del Señor; otros sólo pueden llevar pequeñas cantidades; pero cada don llevado con sinceridad es aceptado por el Señor.

Suplicamos por el dinero que se gasta en cosas innecesarias. Hermanos y hermanas, no malgastéis vuestro dinero comprando cosas que no necesitáis. Podéis pensar que esas pequeñas sumas no significan mucho, pero muchas cantidades pequeñas constituirán un todo importante. Eliminad todo gasto extravagante. No os permitáis adquirir ninguna cosa sólo con fines de ostentación. Vuestro dinero significa la salvación de la gente. Que todos practiquen la dadivosidad sistemática. Puede ser que algunos no puedan dar una suma cuantiosa, pero todos pueden apartar cada semana algo para el Maestro. Que los niños hagan su parte. Enseñen los padres a sus hijos a ahorrar los centavos para darlos al Señor. El ministerio evangélico debe ser sostenido mediante la abnegación y el sacrificio. Mediante el esfuerzo abnegado del pueblo de Dios otros serán puestos en contacto con la fe, y éstos a su vez ayudarán a

aumentar las ofrendas efectuadas para hacer progresar la obra del Señor.

Hay evidencias inequívocas que señalan la proximidad del fin. Hay que preparar el camino para la venida del Príncipe de Paz. Que nuestros miembros de iglesia no se quejen porque se les pide dar tantas veces. ¿Qué hace que sean necesarios esos pedidos tan frecuentes? ¿No es el rápido crecimiento de las empresas misioneras? ¿Obstaculizaremos el crecimiento de estas empresas al rehusar dar? ¿Olvidaremos que somos obreros juntamente con Dios? De cada iglesia debieran ascender oraciones hacia Dios pidiendo un aumento de dedicación y liberalidad. Hermanos y hermanas míos, no pidáis que se efectúen reducciones en la obra evangélica. Mientras haya gente que salvar, nuestro interés en la obra de salvación no debe disminuir, La iglesia no puede disminuir su tarea sin negar a su Maestro. No todos pueden ir como misioneros a países extranjeros, pero todos pueden dar de sus recursos para promover la obra en las misiones extranjeras.

Hay nuevos campos en los que debemos entrar, para lo cual necesitamos vuestra ayuda. ¿Ignoraremos la comisión que se nos ha dado perdiendo así el cumplimiento de la promesa que acompaña a la comisión? ¿Se tomará el pueblo de Dios descuidado e indiferente, y rehusará dar de sus recursos para promover su obra? ¿Pueden hacer eso sin cortar su conexión con él? Puede ser que piense de ese modo para economizar, pero es una terrible economía que los hace quedar separados de Dios.

Hermanos y hermanas, es demasiado tarde para dedicar vuestro tiempo y energía al servicio personal egoísta. Que el último día no os encuentre desposeídos del tesoro celestial. Procurad promover los triunfos de la cruz, buscad iluminar a la gente, trabajar por la salvación de vuestros semejantes, y vuestra obra soportará la prueba del fuego.

Cada obrero auténtico y abnegado de Dios está dispuesto a gastar y gastarse en el servicio por los demás. Cristo dice: “El que ama su vida, la

perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará". (Juan 12:25) Por medio de esfuerzos fervientes y bien planeados por ayudar donde se necesite ayuda, el verdadero cristiano demuestra su amor a Dios y a sus semejantes. Puede ser que pierda su vida en el servicio, pero volverá a encontrarla cuando Cristo venga a reunir sus joyas para tenerlas consigo.

Hermanos y hermanas, no gastéis grandes cantidades de tiempo y dinero en vosotros mismos, por amor a vuestra apariencia personal. Quienes lo hacen se ven obligados a dejar sin hacer muchas cosas que habrían reconfortado a otros y enviado cálidos sentimientos a sus agobiados espíritus. Todos necesitamos aprender como aprovechar fielmente las oportunidades que con tanta frecuencia nos salen al paso para llevar luz y esperanza a las vidas de otras personas. ¿Cómo podemos aprovechar estas oportunidades si nuestros pensamientos se encuentran centrados en nosotros mismos? El egoísta pierde incontables oportunidades de hacer lo que habría podido llevar bendición a sí mismo y a los demás. Es deber del

siervo de Dios, en toda circunstancia, preguntarse: ¿Qué puedo hacer para ayudar a otros? Después de haber hecho lo mejor posible, debe dejar las consecuencias con Dios.

Dios ha provisto para todos un placer del que pueden disfrutar los ricos y los pobres: el placer que se encuentra en el cultivo de la pureza de pensamiento y de la acción abnegada, el placer que se obtiene al pronunciar palabras de simpatía y al llevar a cabo acciones bondadosas. La luz de Cristo brilla de los que prestan esta clase de servicio e ilumina las vidas oscurecidas por muchas aflicciones.

Podéis sentiros tentados a invertir vuestro dinero en la adquisición de terrenos. Tal vez vuestros hijos os aconsejarán que lo hagáis. ¿Pero no podéis mostrar un procedimiento mejor? ¿No os ha sido confiado vuestro dinero para que lo invirtáis sabiamente y lo pongáis a interés, para que cuando venga el Señor encuentre duplicados los talentos? ¿No podéis comprender que él quiere que uséis vuestros recursos para ayudar a edificar casas

de culto y sanatorios?

Necesitamos ahora estimar las almas por encima del dinero. Si conocéis un trabajo más elevado en este mundo que la obra de ganar almas, una obra que produzca mejores resultados en la inversión de recursos, ¿no nos hablaríais de ella, para que justifiquemos su valor?

Temo que muchos de nuestro pueblo no comprendan la importancia de la obra de Dios. Una persona a quien escribí para solicitar dinero me contestó: “Recibí su carta en la que me pide que le preste dinero. Pero había un terreno que mis hijos consideraron aconsejable comprar, por lo que invertí mis ahorros en la adquisición de ese terreno”. Cuánto mejor habría sido para este hermano invertir su dinero en el establecimiento de sanatorios donde se diera testimonio de la verdad para este tiempo, o en escuelas que proveerán para nuestros jóvenes las mejores influencias, y en las cuales pudieran ser preparados para ser misioneros para Dios.

Hermanos y hermanas, invertid vuestros recursos en establecer misiones cristianas, desde las cuales la luz de la verdad brille y atraiga las almas hacia Dios. Un alma, totalmente convertida, que se convierta en misionera para Dios, ganará a otras almas para el Salvador.

Dios mismo organizó planes para el progreso de su obra, y ha provisto a su pueblo con abundancia de recursos, para que cuando él pida ayuda, ellos puedan responder: “Señor, tu dinero ha ganado más dinero”.

Si las personas a quienes se ha confiado el dinero de Dios fueran fieles en llevar a la tesorería del Señor los medios que les fueron prestados, su obra avanzaría con rapidez. Mucha gente sería ganada para la causa de la verdad, y el día del regreso de Cristo se apresuraría. Hombres y mujeres deben colocarse bajo la influencia de obreros fieles, fervorosos y sinceros, que trabajan por las almas como personas que deben rendir cuentas. Todos los que se bauticen y adquieran una medida del espíritu apostólico, se sentirán

constreñidos a convertirse en misioneros de Dios. Si son fieles y firmes en la fe, si no venden a su Señor por ganancias, sino que siempre reconocen la supremacía y la dirección divinas, Dios preparará el camino delante de ellos y los bendecirá abundantemente. Les ayudará a representar su bondad, amor y misericordia. Y la gloria del Señor será su recompensa. Habrá gozo en las cortes celestiales, y gozo puro y celestial llenará los corazones de las obreros. Para salvar a las almas que perecen estarán dispuestos a gastar y gastarse, y sus corazones se llenarán de amor y agradecimiento. El conocimiento de que se encuentran en la presencia de Dios purificará y ennoblecerá su experiencia, y los enriquecerá y fortalecerá. La gracia del cielo se manifestará en su obra, en las conquistas efectuadas en la ganancia de almas para Cristo.

De modo que nuestra obra en el mundo debe llevarse adelante. Los mayordomos fieles deben depositar el dinero del Señor en su tesorería, para que los obreros puedan ser enviados a todas partes en el mundo. La iglesia aquí en la tierra debe servir

a Dios con abnegación y espíritu de sacrificio. Así es como debe llevarse a cabo su obra y ganarse los triunfos más gloriosos.

El amor por las almas perdidas llevó a Cristo a la cruz del Calvario. El amor por las almas nos llevará a la abnegación y el sacrificio para salvación de los que están perdidos. Y al devolver los seguidores de Cristo al Señor lo que le pertenece, están acumulando un tesoro que será suyo cuando oigan las palabras: “Bien, buen siervo y fiel... entra en el gozo de tu Señor”, “el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra de Dios”. (Mateo 25:21; Hebreos 12:2) El gozo de ver a los que han sido salvados eternamente será la recompensa de todos los que sigan en los pasos del Redentor.

* * * * *

“El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?”. Romanos

8:32. Fue un costoso sacrificio el que realizó el Señor del cielo. La benevolencia divina fue conmovida hasta sus insondables profundidades; fue imposible para Dios dar más. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. (Juan 3:16)

¿Por qué es tan limitada nuestra gratitud? Es sólo como una onda en la superficie, comparada con la gran ola de amor que fluye hacia nosotros desde el Padre.

* * * * *

Las señales que anuncian la segunda venida de Cristo se están cumpliendo con rapidez. ¿Debiera la gente permanecer en la ignorancia del grandioso evento que está por producirse, y tener que hacerle frente a ese día sin estar preparados? El cielo ha efectuado una ofrenda completa para la salvación del mundo. ¿Debieran los que profesan amar a Dios y guardar sus mandamientos ser indiferentes a las almas humanas? ¡No, no! No pueden serlo.

Aquellos que han recibido la luz de la verdad presente debieran ir con celo incansable a llevar esta luz a los que permanecen en tinieblas. Con esfuerzos consagrados, abnegación y sacrificio, deben trabajar con la fortaleza del Dios de Israel. Este mensaje debe llevarse a países extranjeros; debe proclamarse en las ciudades y en los pueblos de nuestro propio país. Los cansados y agobiados anhelan recibir el mensaje de verdad que les proporcionará descanso y paz en Cristo. ¿Quién llevará el mensaje a los que nunca lo han escuchado? ¿Quién buscará el gozo y la gloria de Dios llevando a los pecadores a los pies de Aquel que dio su vida en sacrificio para salvar a cada alma? ¿Quién levantará al Salvador ante los hombres como “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”?

Capítulo 6

Nuestras publicaciones

La obra grandiosa y admirable del último mensaje evangélico debe continuar hoy como nunca antes. El mundo debe recibir la luz de la verdad por el ministerio evangelizador de la palabra, efectuado por nuestros libros y periódicos. Nuestras publicaciones deben demostrar que el fin de todas las cosas está próximo. Tengo orden de decir a nuestras casas editoriales: “Alzad el estandarte; alzadlo más alto. Proclamad el mensaje del tercer ángel de manera que se oiga en el mundo entero. Debe verse claramente que aquí están los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús (Apocalipsis 14:12). Que nuestras publicaciones proclamen el mensaje como testimonio para todo el mundo”.

Nuestros obreros deberían ser animados a dedicar su atención especialmente a libros que establezcan las pruebas de nuestra fe, libros que enseñen las doctrinas de la Biblia y preparen un

pueblo capaz de soportar las pruebas de los angustiosos días que nos esperan. Después de haber llevado a la gente a la luz de la verdad, por medio da instrucciones bíblicas impartidas con espíritu de oración, y mediante el uso juicioso de nuestros impresos, debemos enseñarles a ser obreros de Dios en palabra y doctrina. Debemos motivarlos a distribuir los libros que tratan temas bíblicos, libros cuyas enseñanzas preparen a un pueblo que sea capaz de permanecer firme, que esté aferrado a la verdad y tenga sus lámparas encendidas.

Hemos permanecido adormecidos en lo que atañe a la obra que podría llevarse a cabo por la difusión de publicaciones bien preparadas. Prediquemos ahora mismo la Palabra con energía resuelta, mediante el uso juicioso de periódicos y libros, para que el mundo comprenda el mensaje que Jesús dio a Juan en la isla de Patmos. Que toda persona que profesa el nombre de Cristo testifique: “El fin de todas las cosas es inminente; preparémonos para ir al encuentro de nuestro Dios”.

Nuestros impresos debieran circular en todas partes. Publíquense en muchos idiomas. El mensaje del tercer ángel debe darse por este medio tanto como en la predicación de viva voz. Despertad, vosotros que creéis en la verdad para este tiempo. Os incumbe el deber de proveer todos los medios posibles para ayudar a que los que comprenden la verdad puedan proclamarla. Parte del dinero que produce la venta de nuestras publicaciones debe usarse para aumentar nuestro equipo de trabajo, a fin de poder así producir una cantidad mayor de impresos destinados a abrir los ojos que no ven y a preparar el terreno de los corazones.

Existe el peligro de que nos dejemos invadir por un espíritu de mercantilismo y absorbernos tanto en los negocios terrenales, que las verdades de la Palabra de Dios no se manifiesten en nuestra vida. El amor a los negocios y a las ganancias se vuelve cada vez más dominante. Hermanos míos, que vuestras almas se conviertan sinceramente. Si hubo alguna vez un tiempo en que fuese necesario comprender nuestras responsabilidades, es ahora,

cuando la verdad está caída en la calle y la rectitud no puede entrar. Satanás ha descendido con gran poder, para obrar con todas las seducciones de falsedad e injusticia en aquellos que perecen; y todo lo que es susceptible de ser removido lo será; solamente subsistirán aquellas cosas que no puedan ser sacudidas.

El Señor vendrá muy pronto; estamos entrando en escenas de calamidades. Los agentes de Satanás aunque invisibles, se esfuerzan por destruir las vidas humanas. Pero si nuestra vida está escondida con Cristo en Dios, contemplaremos su gracia y su salvación. El Señor viene para establecer su reino sobre la tierra. Que nuestras lenguas sean santificadas y empleadas para su gloria. Trabajemos ahora como nunca antes. Se nos exhorta a instar “a tiempo y fuera de tiempo”. (2 Timoteo 4:2) Debemos crear oportunidades para la presentación de la verdad, y aprovechar toda ocasión que se nos presente para atraer a la gente al Salvador.

Como pueblo, debemos volver a convertimos,

para que nuestra vida santificada anuncie la verdad tal cual es en Jesús. Al mismo tiempo que repartimos nuestras publicaciones podemos, con el corazón ardiente y palpitante, hablar del amor del Salvador. Sólo Dios puede perdonar los pecados; si no comunicamos este mensaje a los inconversos, nuestra negligencia puede implicar su perdición. Nuestros periódicos contienen verdades bíblicas benditas y salvadoras, y muchas personas pueden contribuir a su venta. El Señor nos pide a todos que nos esforcemos para salvar a los que perecen. Satanás está obrando y procura seducir aun a los mismos escogidos. Ahora es el momento de trabajar con vigilancia. Debe darse publicidad a nuestros libros y periódicos; el Evangelio de la verdad presente debe ser dado sin tardanza a nuestras ciudades. ¿Cumpliremos con nuestro deber?

Si la vida y la enseñanza de Cristo son el tema de nuestra constante atención, todo lo que suceda nos servirá de tema para hacer presentaciones impresionantes. Así predicaba Cristo el Evangelio en todas partes; mientras hablaba, su pequeño

auditorio aumentaba hasta transformarse en una multitud. Los evangelistas actuales deben ser colaboradores de Cristo. Como los primeros discípulos, ellos tienen la misma segura promesa: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y doctrinad a todos los gentiles, bautizándolos en nombre del Padre y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén”. (Mateo 28:18-20)

La obra que el pueblo de Dios debe realizar está estipulada en la Palabra inspirada: “Principio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. Como está escrito en Isaías el profeta: He aquí yo envío a mi mensajero delante de tu faz, que apareje tu camino delante de ti”. (Marcos 1:2-3) He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma toma contentamiento: he puesto sobre él mi espíritu, dará juicio a las gentes... No se cansará, ni desmayará, hasta que ponga en la tierra juicio; y las islas esperarán su ley”. (Isaías 42:1, 4)

Dios invita a los hombres a escudriñar diligentemente las exigencias de su ley. Su palabra es sagrada, infinita. La causa de la verdad debe brillar y destacarse como una lámpara encendida. Un estudio concienzudo de la Palabra hará conocer la verdad. El pecado y el error no podrán permanecer, pero la ley de Dios será justificada. “Así dice Jehová Dios, Creador de los cielos, y el que los despliega; el que extiende la tierra y sus productos; el que da aliento al pueblo que mora sobre ella, y espíritu a los que por ella andan: Yo Jehová te he llamado en justicia, y te sostendré por la mano; te guardaré y te pondré por pacto al pueblo, por luz de las naciones; para que abras los ojos de los ciegos, para que saques de la cárcel a los presos, y de casas de prisión a los que moran en tinieblas”. (Isaías 42:5-7) Los cristianos deben buscar su luz en la Palabra de Dios, y luego con fe, dar esta luz a los que moran en tinieblas.

Sanatorio, California,

24 de mayo de 1908.

Capítulo 7

Hagamos circular las publicaciones

En la noche del 2 de marzo de 1907, muchas cosas me fueron reveladas en cuanto al valor de nuestras publicaciones que contienen la verdad presente, y la poca diligencia de nuestros hermanos y hermanas para asegurarles una amplia difusión.

Se me mostró en repetidas ocasiones que nuestras prensas debieran estar continuamente ocupadas en publicar la luz de la verdad. El tiempo actual es un tiempo de tinieblas espirituales para la iglesia del mundo. La ignorancia de las cosas divinas ha encubierto a Dios y la verdad de la vista de los hombres. Las fuerzas del mal se congregan y fortalecen. Satanás promete a sus asociados que hará una obra que seducirá al mundo entero. Mientras que la actividad de la iglesia es sólo limitada, Satanás y sus ejércitos están desplegando una actividad intensa. Las iglesias seudocristianas

están muy lejos de haber convertido al mundo, pues ellas mismas se han dejado corromper por el egoísmo y el orgullo; y necesitar, experimentar el poder regenerador de Dios en su seno antes de poder guiar a otros hacia un ideal más elevado y más puro.

Un incidente alentador

Pasé la tarde del día 2 de marzo con el Hno. S. N. Haskell y su esposa, hablando de la obra que se está haciendo en Oakland y de su proyecto de ir a pasar algún tiempo en South Lancaster. Después de esta visita, me sentí cansada y me fui a acostar temprano. Padecía de reumatismo en el costado izquierdo y no podía encontrar descanso. Daba vueltas en la cama, buscando una posición que me hiciese sufrir menos. Experimentaba en el corazón un dolor que no me auguraba nada bueno. Por fin pude dormir.

Hacia las 9:30 de la noche, procuré darme vuelta y comprobé que todo dolor había desaparecido. Al darme vuelta de un lado a otro y

al mover las manos, experimentaba una ligereza y libertad extraordinaxias, indescriptibles. El cuarto estaba inundado de una luz maravillosa, suave, azulada; me parecía estar en los brazos de seres celestiales.

Había ya disfrutado en el pasado de esta luz especial en momentos particularmente bendecidos; pero esta vez era más evidente, más impresionante, y sentía una paz tan perfecta y abundante que las palabras me faltan para expresarla. Me senté y me vi rodeada por una nube brillante, blanca como la nieve, cuyos bordes tenían un pronunciado color rosado. La música más arrobadora llenaba el aire y reconocí en ella el canto de ángeles. Luego una voz me dijo: “Nada temas; yo soy tu Salvador. Los santos ángeles te rodean”.

“¡Es pues, el cielo! --dije--, y ahora puedo descansar, Ya no tendré que dar ningún mensaje ni habré de soportar que éstos sean interpretados torcidamente. Todo va a ser fácil y voy a disfrutar de paz y descanso. ¡Oh, qué paz inefable llena mi alma! ¿Es esto verdaderamente el cielo? ¿Soy de

veras hija de Dios? ¿Disfrutaré para siempre de esta paz?’

La voz replicó: “Tu obra no ha terminado aún”. Volví a dormir, y cuando desperté oí la música y tuve deseos de cantar. Entonces alguien pasó cerca de mi puerta y me pregunté si habría visto la luz. La luz se disipó después de un tiempo, pero la paz permaneció.

Un poco más tarde, volví a dormir y me pareció estar en una junta en la que se estudiaba nuestra obra de publicación. Varios de los dirigentes estaban presentes, y también el Hno. Haskell y su esposa consultaban con los demás respecto a la difusión de nuestros libros, folletos y periódicos.

El Hno. Haskell presentaba poderosos argumentos para que se diese una difusión más intensa a los libros que contienen el conocimiento que fuera comunicado a la Hna. White, libros que contienen el mensaje especial que el mundo necesita hoy. Decía: “¿Por qué nuestras iglesias no aprecian más ni reparten con mayor profusión

libros que son divinamente aprobados? ¿Por qué no se presta atención especial a las obras que contienen advertencias relativas a la obra de Satanás? ¿Por qué no se da mayor circulación a los libros que muestran cómo Satanás se esfuerza por contrarrestar la obra de Dios, y que descubren sus planes y seducciones? Los males morales de esas seducciones deben ser eliminados abriendo los ojos de la gente, para que discierna la situación y los peligros actuales, y haga esfuerzos diligentes para aferrarse por fe de Cristo y su justicia".

Un mensajero celestial estaba en nuestro medio y pronunció palabras de advertencia y de instrucción. Nos hizo comprender con toda claridad que el Evangelio del reino es el mensaje por cuya falta el mundo perece, y que este mensaje, contenido en nuestras publicaciones ya existentes y en aquellas que aún han de aparecer debería hacerse circular entre la gente de cerca y lejos.

Peligro de los estudios especulativos

La luz de la verdad que Dios se propone hoy

que el mundo reciba, no es la que los eruditos procuran impartir, porque estos hombres suelen llegar a conclusiones erróneas en sus investigaciones, y en su estudio de numerosos autores se entusiasman con teorías que son de origen satánico. Satanás, disfrazado de ángel de luz, ofrece a la consideración de las mentes humanas temas que parecen sumamente interesantes y que abundan en misterio científico. En la investigación de esos temas, son inducidos a aceptar conclusiones erróneas y a unirse con espíritus seductores en la obra de proponer nuevas teorías que alejan de la verdad.

Existe el peligro de que las falsas opiniones expresadas en los libros que han estado leyendo sean entretejidas por nuestros ministros, profesores y redactores con sus argumentos, discursos y publicaciones, bajo la creencia de que son idénticos en principio a las enseñanzas del Espíritu de verdad. El libro The Living Temple [El templo viviente] es una ilustración de esta obra, cuyo autor declaró que sus enseñanzas eran iguales a las contenidas en los escritos de la Sra. White.

Tendremos que hacer frente repetidamente a la influencia de hombres que estudian ciencias de origen satánico, por medio de las cuales Satanás procura negar la existencia de Dios y Cristo.

El Padre y el Hijo tienen su personalidad individual. Cristo declaró: “Yo y el Padre uno somos”. (Juan 10:30) Pero fue el Hijo de Dios quien vino al mundo en forma humana. Poniendo de lado sus vestiduras reales y regia corona, veló su divinidad con humanidad, para que la humanidad mediante su sacrificio infinito llegara a ser participante de la naturaleza divina y escapara de la corrupción que se encuentra en el mundo a causa de la concupiscencia.

Cristo fue tentado en todo, en la misma forma como el hombre es tentado, pero en ningún momento lanzó una temible acusación contra el tentador. A cada tentación opuso la palabra del Señor. “Escrito está” fue el arma infalible que usó. Como representantes de Cristo debemos enfrentar los ataques del enemigo con la palabra del Dios viviente. Nunca debiéramos permitimos seguir la

senda de la serpiente al usar sus argumentos aparentemente científicos. Satanás no puede obtener ventaja del hijo de Dios que confía en la palabra de Dios como su defensa.

Nuestro Consejero impresionó profundamente nuestra mente con la idea de que el pueblo de Dios que observa los mandamientos debe ser santificado por la verdad, y esa verdad debe recibir siempre el lugar más destacado. No debemos olvidar que Satanás todavía vive para ejercer su poder engañador por medio de la falsa ciencia.

Cristo fue la Majestad del cielo, el Príncipe de vida; sin embargo se humilló como hombre y se sometió a todas las leyes de Dios. Recorrió el terreno que cada cristiano debe recorrer, y salió de su prueba puro y sin mancha de pecado. Fue nuestro ejemplo en todas las cosas.

La primera venida de Cristo y su vida de ministerio no se estudian como debieran. El vivió con abnegación, y en su vida manifestó todas sus nobles cualidades. Vivió para bendecir a la

humanidad por medio de sus palabras y obras de bien.

Excelencia de la obra de publicaciones

La obra de publicaciones es una obra importante y buena; pero no siempre ha ocupado la santa posición que Dios le ha reservado; eso se debe a que el yo ha sido entretejido con la obra de algunos que se han dedicado a ella. La obra de producir libros debiera ser el medio de presentar rápidamente la verdad presente al mundo. Las publicaciones que salen de nuestras prensas en la actualidad debieran ser de tal naturaleza que fortalezcan cada clavija y cada columna de nuestra fe, que fue establecida por la palabra de Dios y la revelación de su Espíritu.

La verdad que Dios ha dado a su pueblo en estos últimos días debiera mantenerlo firme cuando llegan a la iglesia personas que presentan falsas teorías. La verdad que ha permanecido firme contra los ataques del enemigo durante más de medio siglo, todavía debe ser la confianza y consuelo del

pueblo de Dios.

La evidencia que presentemos ante los incrédulos de que poseemos la verdad de la Palabra de Dios, debe consistir en una vida de estricta abnegación. No hagamos de nuestra fe un objeto de burla; mantengamos siempre ante nosotros el ejemplo de Aquel que, aunque era el Príncipe del cielo, se humilló para vivir una vida de abnegación y sacrificio a fin de vindicar la justicia de la palabra de su Padre. Que cada uno resuelva hacer todo lo posible para que la luz de sus buenas obras brille en el mundo.

Unidad en el progreso

Debe existir perfecto acuerdo en los planes trazados para la publicación de nuestros libros y periódicos, para que la luz que contienen se difunda rápidamente por todas partes a las iglesias nominales y al mundo. Debiera haberse logrado mucho más en la venta de nuestros libros de lo que hemos conseguido hasta ahora.

Nuestros ministros debieran invitar a los miembros de la iglesia a hacer resonar la trompeta de la verdad. “Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti. Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad las naciones; mas sobre ti amanecerá Jehová, y sobre ti será vista su gloria. Y andarán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento”. (Isaías 60:1-3) La unidad y el amor llevarán a cabo cosas maravillosas en favor de los creyentes. ¿No se levantarán nuestras iglesias para dar el último mensaje de amonestación al mundo?

Nuestros libros para reunir fondos

Palabras de vida del gran Maestro es un libro que habla por sí mismo y que ha realizado una buena obra. Su venta ha producido dinero que ha aliviado la deuda de nuestros colegios. Pero lo más importante es que mucha gente ha recibido beneficio de las lecciones de verdad que contiene, y muchos más serán bendecidos cuando lo lean.

El libro El ministerio de curación puede

realizar la misma obra en beneficio de nuestros sanatorios e instituciones de salud que la que Palabras de vida del gran Maestro ha efectuado por nuestros colegios. Este libro contiene la sabiduría del Gran Médico. Para mí ha sido un gran privilegio donar mi trabajo con estos libros a la causa de Dios. En el futuro debieran tomarse las medidas necesarias para aumentar su venta.

Hay que pagar las deudas

Dios desea que aprendamos lecciones de las experiencias pasadas. A él no le agrada que sus instituciones se endeuden. Ha llegado el tiempo cuando tenemos que dar un carácter distintivo a la obra al rehusar construir edificios grandes y costosos. No tenemos que repetir los errores cometidos en el pasado y hundirnos cada vez más en el pozo de las deudas. Debemos, en cambio, procurar definidamente pagar las deudas que todavía pesan sobre nuestras instituciones. Las iglesias pueden ayudar en esto si así lo desean. Los miembros a[1] quienes Dios ha concedido recursos pueden invertir su dinero en la causa, sin cobrar

intereses, o bien aplicando intereses bajos; y mediante sus ofrendas voluntarias pueden contribuir a sostener la obra. El Señor nos pide que devolvamos con gozo una parte de los bienes que nos ha prestado y que así nos convirtamos en sus benefactores.

Otro aspecto de la obra de publicaciones

Después de eso nos encontrábamos en reuniones campestres y con grandes congregaciones en nuestras iglesias, donde los ministros presentaban claramente los peligros de los tiempos en que vivimos, y la gran importancia de apresurar la circulación de nuestras publicaciones. En respuesta a estas exhortaciones, los miembros se adelantaron y compraron numerosos libros. Algunos tomaron unos pocos y otros adquirieron muchos. La mayor parte pagó por los libros adquiridos. Unos pocos hicieron arreglos para pagar más tarde.

Debido a que los libros se vendían a bajo precio, algunos puestos a precio especial para la

ocasión, eran adquiridos en grandes cantidades; algunos por personas que no eran de nuestra fe. Dijeron: “Estos libros deben contener mensajes para nosotros. Estas personas están dispuestas a realizar sacrificios a fin de que podamos tenerlos, de modo que los adquiriremos para nosotros y nuestros amigos”.

Pero algunos de nuestros miembros se mostraron descontentos. Uno de ellos dijo: “Hay que detener esto; si no, nuestro negocio se echará a perder”. Mientras un miembro se alejaba con una cantidad de libros en sus brazos, un colportor le puso una mano en el hombro y le dijo: “Hermano, ¿qué hace usted con tantos libros?” Luego escuché la voz de nuestro Consejero que decía: “No se lo prohibáis. Esta es una obra que debe realizarse. El fin está cerca. Ya se ha perdido mucho tiempo, cuando estos libros debieran haber estado circulando. Vendedlos en lugares cercanos y lejanos. Distribuidlos como las hojas en el otoño. Esta obra debe continuar sin la interferencia de nadie. Las almas perecen sin Cristo. Dejad que sean advertidas de su próxima venida en las nubes

de los cielos”.

Vi que algunos obreros estaban deprimidos. Uno lloraba mientras decía: “Estos están cometiendo una injusticia con la obra de publicaciones al comprar los libros a un precio tan bajo; además, esto nos está privando de una parte de los ingresos que debieran sostener nuestra obra”. La Voz replicó: “No estáis experimentando ninguna pérdida. Estos obreros que adquieren los libros a precio reducido no hubieran podido obtenerlos si no hubiera sido por este así llamado sacrificio. Muchos compran ahora para sus amigos y para ellos mismos, que de otro modo no hubieran pensado en comprar”.

Una advertencia

A continuación se dio instrucción al pastor Haskell, y se le dijo que en su ansiedad por proporcionar a la gente la verdad preciosa contenida en sus libros, en su deseo de que todos sintieran que los libros tenían un valor mayor que su costo, y que se animara a todos a hacerlos

circular ampliamente, estaba vendiéndolos a un precio excesivamente bajo, con lo que hacía demasiado pesada su propia carga.

Nuestro Consejero dijo: “Los libros debieran venderse de tal modo que el autor no quede desprovisto de recursos y que la casa editora obtenga un margen de ganancia apropiado a fin de contar con recursos para llevar a cabo su obra”.

Una parábola digna de considerarse

“El reino de los cielos es semejante a un hombre, padre de familia --declaró Cristo--, que salió por la mañana a contratar obreros para su viña. Y habiendo convenido con los obreros en un denario al día, los envió a su viña. Saliendo cerca de la hora tercera del día, vio a otros que estaban en la plaza desocupados; y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo. Y ellos fueron.

“Salió otra vez cerca de las horas sexta y novena, e hizo lo mismo. Y saliendo cerca de la

hora undécima, halló a otros que estaban desocupados; y les dijo: ¿Por qué estáis aquí todo el día desocupados? Le dijeron: Porque nadie nos ha contratado. El les dijo: Id también vosotros a la viña, y recibiréis lo que sea justo. Cuando llegó la noche, el señor de la viña dijo a su mayordomo: Llama a los obreros y págales el jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros. Y al venir los que habían ido cerca de la hora undécima, recibieron cada uno un denario.

“Al venir también los primeros, pensaron que habían de recibir más; pero también ellos recibieron cada uno un denario. Y al recibirlo, murmuraban contra el padre de familia, diciendo: Estos postreros han trabajado una sola hora, y los has hecho iguales a nosotros, que hemos soportado la carga y el calor del día. El, respondiendo, dijo a uno de ellos: Amigo, no te hago agravio; ¿no conviniste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo, y vete; pero quiero dar a este postrero, como a ti. ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes tú envidia, porque yo soy bueno? Así, los primeros serán postreros, y los postreros,

primeros; porque muchos son llamados, mas pocos escogidos”. (Mateo 20:1-16)

Bendita será la recompensa de la gracia para quienes han trabajado para Dios con sencillez de fe y amor. El valor del servicio a Dios se mide por el espíritu con el que se presta, antes que por la duración del tiempo pasado haciendo el trabajo.

Luz para todos

Estoy muy deseosa de que la luz contenida en mis libros llegue hasta todas las personas posibles; porque Dios ha enviado el mensaje para todos. Estos libros contienen lecciones preciosas para la experiencia cristiana. No me atrevería a prohibir que estos libros se vendan en ocasiones especiales a bajo precio, por temor a estorbar la lectura de los libros, y así retener la luz de algunas almas que podrían convertirse a la verdad. No tengo ninguna limitación para imponer sobre la circulación de nuestros libros. Que la luz se coloque sobre el candelero, para que alumbre a todos en la casa.

Una lección en los negocios

“Y entró Jesús en el templo de Dios, y echó fuera a todos los que vendían y compraban en el templo, y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas; y les dijo: Escrito está: Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Y vinieron a él en el templo ciegos y cojos, y los sanó. Pero los principales sacerdotes y los escribas, viendo las maravillas que hacía, y a los muchachos aclamando en el templo y diciendo: ¡Hosanna, Hijo de David! se indignaron, y le dijeron: ¿Oyes lo que éstos dicen? Y Jesús les dijo: Sí; ¿nunca leísteis: De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza?’ (Mateo 21:12-16)

Sanatorio, California,

4 de mayo de 1908.

* * * * *

Algo que nuestros obreros nunca debieran

olvidar es que el Señor Jesucristo es el director principal. El ha trazado un plan por el cual los colegios pueden deshacerse de sus deudas, por lo que no aprobará el proceder de los que descartan este plan por falta de confianza en el éxito. Cuando su pueblo se presente unido para ayudar a su causa en el mundo, nada de lo bueno que Dios ha prometido les será retenido.

Nota:

1. Esto se escribió en el año 1908

Capítulo 8

Una visión más amplia

Al proseguir la obra del Señor aquí y en el extranjero, los hombres que ocupan puestos de responsabilidad deben hacer planes juiciosos a fin de sacar el mejor partido de los hombres y recursos de que disponen. Las asociaciones de nuestro país son las que deben soportar una parte importante de la carga de sostener la obra en los campos extranjeros. Esas asociaciones deberían tener recursos con que contribuir a la apertura de nuevos campos, en los que las impopulares verdades del mensaje del tercer ángel todavía no han penetrado. En el transcurso de estos últimos años se han abierto puertas de par en par como por ensalmo; y se necesitan hombres y mujeres que puedan aprovechar esas puertas abiertas e iniciar con celo una obra de salvación en favor de la gente.

Nuestros colegios pueden suplir, en gran medida, los obreros que necesitan tales campos

misioneros. Deben hacerse planes juiciosos para dar mayor solidez a la obra que se hace en nuestros centros de educación. Deben estudiarse los mejores métodos para preparar a jóvenes consagrados, de ambos sexos, para llevar responsabilidades y ganar almas para Cristo. Hay que enseñarles a presentarse ante el mundo y a exponer el mensaje del tercer ángel de una manera atrayente. En lo que toca al manejo de los negocios, hay que darles lecciones que puedan serles de utilidad cuando sean enviados a campos aislados, donde deberán pasar muchas privaciones y practicar la más estricta economía.

El Señor ha instituído un plan por medio del cual un buen número de alumnos de nuestras escuelas pueden aprender lecciones prácticas, que les asegurarán el éxito en su carrera. Les da ocasión de vender libros preciosos, consagrados al adelantamiento de nuestra obra de educación y de salud. El mismo hecho de vender esos libros presentará a los jóvenes muchas incidencias que los prepararán para resolver los problemas que los esperan en las regiones lejanas. Al vender estos

libros durante su vida escolar, muchos pueden aprender a acercarse a la gente de una manera cortés y a discurrir con tacto sobre los diferentes puntos de la verdad presente. Y al tener cierto éxito financiero, algunos aprenderán a ser económicos, lo que será para ellos de la mayor importancia, cuando sean enviados a algún lugar como misioneros.

Los alumnos que emprendan la venta de libros como Palabras de vida del gran Maestro y El ministerio de curación, deberían estudiar el contenido de los mismos. Al familiarizarse con los temas tratados y al esforzarse por poner en práctica sus enseñanzas, se desarrollarán intelectual y espiritualmente. Los mensajes contenidos en esos libros son la luz que Dios me ha encomendado que comunique al mundo. Los profesores de nuestros colegios debieran animar a los alumnos a estudiar atentamente cada capítulo. Deberían enseñar esas verdades a sus alumnos y esforzarse para que la juventud aprecie y se asimile los preciosos pensamientos que Dios nos ha confiado para el mundo.

La preparación necesaria para presentar esos libros y la práctica diaria del colportaje, serán un excelente aprendizaje que, con la bendición de Dios, hará a los jóvenes aptos para servir en la viña del Maestro. Bajo la bendición de Dios, los jóvenes se harán idóneos para servir en la viña del Señor.

Los hombres que llevan responsabilidades en las iglesias de nuestras asociaciones tienen una obra especial que cumplir en favor de nuestra juventud. Cuando los miembros dirigentes de las iglesias descubran jóvenes promisorios, deseosos de prepararse para servir útilmente al Señor, pero cuyos padres no tienen los recursos necesarios para enviarlos a la escuela, es su deber buscar la manera de ayudarles y animarlos. Deben consultar con los padres y con esos jóvenes, y juntos proceder con sabiduría. Puede ser que algunos jóvenes tengan más idoneidad para la obra misionera de casa en casa. Hay un gran campo de labor en la tarea de llevar el mensaje del tercer ángel a nuestros vecinos y amigos y en la distribución de impresos. Otros jóvenes debieran ser animados a consagrarse

al colportaje y a vender nuestros libros más grandes. Algunos pueden tener cualidades que los hagan útiles en nuestras instituciones. En muchos casos, los jóvenes promisorios, debidamente animados y dirigidos, pueden ganar sus becas con la venta de Palabras de vida del gran Maestro y El ministerio de curación.

La venta de esos libros haría misioneros de esos jóvenes, porque así harían conocer al mundo una luz preciosa. Al mismo tiempo, podrían ganar el dinero necesario para ir al colegio, donde podrían continuar preparándose para ser de mayor utilidad en la causa del Señor. En el colegio serán animados por sus maestros y condiscípulos a seguir con la venta de libros; al final de sus estudios, habrán recibido la preparación práctica que los habilite para el trabajo difícil y penoso que los espera en muchos campos extranjeros, donde la obra del mensaje del tercer ángel exige mucha abnegación.

Es mucho mejor seguir el plan esbozado aquí, que dejar al alumno terminar sus estudios sin haber

conseguido una educación práctica en la obra, y salir, al fin de su curso, con la carga de una pesada deuda, y con una idea imperfecta de las dificultades que le esperan en un campo nuevo. ¡Cuán difícil le será entonces resolver los problemas financieros que se presentan al obrero que entra como fuerza de avanzada en un país extraño! ¡Y cuán pesada carga tendrá que llevar alguno hasta que estén pagadas las deudas incurridas por el alumno!

Además, ¡cuántas ventajas hay en el plan que permite que cada alumno se baste a sí mismo! Con frecuencia el alumno estaría en situación de salir del colegio sin dejar deudas, las finanzas del colegio serían mucho más prósperas, y las lecciones aprendidas por el alumno, por medio de la experiencia adquirida en su propio campo, serían para él de mucho valor en los campos del extranjero.

Hay que trazar planes juiciosos para ayudar a los alumnos que lo merezcan y deseen ganar sus becas vendiendo esos libros. Los que de este modo ganen suficiente dinero para cursar sus estudios en

alguno de nuestros colegios, habrán adquirido una experiencia práctica de mucho valor, que les ayudará para servir como obreros de avanzada en otros campos misioneros.

En nuestro mundo hay una gran obra que hacer en poco tiempo, y debemos estudiar para comprender y apreciar más de lo que hemos hecho en el pasado, la providencia de Dios al colocar en nuestras manos las preciosas obras Palabras de vida del gran Maestro, y El ministerio de curación, como medios de ayudar a que los alumnos dignos de ser ayudados puedan cubrir sus gastos, además de ser un medio para que nuestras instituciones médicas y educativas paguen sus deudas.

Si somos sabios en el uso de estas preciosas obras que nos han sido dadas para el avance de la causa de la verdad presente, recibiremos las grandes bendiciones que nos están reservadas. Y si trabajamos de acuerdo con el plan del Señor, hallaremos que muchos jóvenes consagrados recibirán la preparación necesaria para ir a lejanas regiones como misioneros prácticos. Y al mismo

tiempo, las asociaciones de nuestro propio territorio tendrán medios con los cuales contribuir liberalmente en apoyo de la obra que se establezca en los campos nuevos.

Sanatorio, California,

17 de abril de 1908.

* * * * *

Dios desea que nuestro pueblo entero reconozca que la venta de Palabras de vida del gran Maestro es su método de aliviar de sus deudas a nuestras escuelas. Es por el descuido de este plan que ahora sentimos tan agudamente nuestra falta de medios para la obra que avanza. Si las escuelas hubieran aprovechado la provisión así hecha para ellas, habría más dinero en sus tesorerías, y en las manos de los siervos de Dios, para aliviar las necesidades de otros departamentos de la causa; y lo mejor de todo, maestros y alumnos habrían recibido precisamente las lecciones que necesitaban aprender en el servicio del Maestro.

* * * * *

En las ciudades que se hallan a poca distancia de nuestros sanatorios y escuelas de preparación, se abre ante nosotros un campo misionero que apenas hemos tocado con la punta de los dedos. En algunos lugares se ha hecho un buen comienzo. Pero era el propósito de Dios que por la venta de El ministerio de curación y Palabras de vida del gran Maestro se obtuvieran muchos recursos para la obra de nuestros sanatorios y escuelas, y que por este medio, nuestro pueblo quedara más libre de contribuir con sus fondos para abrir obra en nuevos campos misioneros. Si nuestro pueblo se ocupa en la venta de estos libros, como es su deber, tendremos una cantidad mucho mayor de recursos que la actual para desarrollar la obra en la forma como el Señor dispuso que se la llevara a cabo.

Capítulo 9

Los congresos y nuestras publicaciones

En años pasados, los siervos de Dios aprovechaban las ocasiones que los congresos les ofrecían para enseñar a nuestros miembros los métodos prácticos de presentar a sus amigos y conocidos las verdades salvadoras del mensaje del tercer ángel. Muchos aprendieron así a trabajar en sus ciudades o pueblos como misioneros no retribuidos. Muchos volvieron a sus hogares para trabajar con más celo y de una manera más inteligente que en lo pasado.

Agradaría a Dios que esa clase de instrucciones prácticas se diera mucho más a menudo que en lo pasado a los miembros de nuestras iglesias que asisten a los congresos. Nuestros obreros dirigentes, así como nuestros hermanos y hermanas de cada asociación, debieran recordar que los congresos anuales tienen, entre otros propósitos, el

de divulgar los métodos prácticos de trabajo misionero personal. Esta fase de nuestros congresos ha sido bosquejada en el tomo 6 de los Testimonios para la iglesia, en la siguiente forma: “Dios nos ha confiado una obra de las más sagradas, y debemos reunimos con el objeto de recibir instrucciones que nos permitan cumplir esa obra. Debemos comprender cuál es nuestra parte individual en la causa del Señor en este mundo, para reivindicar los derechos de la santa ley de Dios y presentar a los hombres el Salvador, ‘el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo’”. (Juan 1:29) Debemos congregamos para recibir la llama divina que nos hará comprender nuestro deber en el hogar. Los padres deben saber cómo pueden enviar del santuario del hogar a sus hijos e hijas criados y educados de tal modo que puedan brillar como luces en el mundo. Debemos comprender la división del trabajo y la manera de llevar a cabo cada ramo de la obra. Cada cual debiera saber qué parte le toca en este trabajo, a fin de que la armonía de propósito y de acción se mantenga en el trabajo de todos.

Bien dirigido, el congreso es una escuela en la cual los predicadores, ancianos y diáconos pueden aprender a trabajar para el Maestro de una manera más perfecta. En esta escuela, los miembros de la iglesia, jóvenes y ancianos, deben tener ocasión de aprender a conocer mejor el camino del Señor; los creyentes deben recibir en ella una educación que los habilite para ayudar a otros.

La mejor ayuda que los predicadores pueden dar a los miembros de nuestras iglesias, no consiste en sermonearlos, sino en trazarles planes de trabajo. Dad a cada uno un trabajo que ayude al prójimo. Enseñad a todos que, por haber recibido la gracia de Cristo, tienen el deber de trabajar por él. Especialmente a las personas que hace poco aceptaron la fe, debe enseñárseles a colaborar con Dios. Si se los pone a trabajar, los abatidos se olvidarán muy pronto de su desaliento; el débil se tornará fuerte; el ignorante, inteligente; y todos aprenderán a presentar la verdad tal cual es en Jesús. Hallarán una ayuda segura en Aquel que prometió salvar a quienes se allegan a él.

En algunas de nuestras asociaciones, los dirigentes han vacilado en introducir esos métodos prácticos de instrucción. Algunos son más propensos a sermonear que a instruir. Pero con motivo de nuestros congresos, no debemos perder de vista la posibilidad que se nos brinda de enseñar a los hermanos y hermanas a hacer trabajo misionero práctico donde viven. En muchos casos, en esas asambleas, convendrá designar a ciertos hombres escogidos para la responsabilidad de impartir enseñanza en los diferentes ramos de actividad. Enseñen algunos a los miembros a dar estudios bíblicos y a dirigir reuniones familiares. Otros pueden encargarse de enseñar los principios de la salud y de la temperancia, y la manera de tratar a los enfermos. Otros aún pueden trabajar en favor de la obra con nuestros periódicos y libros. Y que obreros escogidos manifiesten interés especial en enseñar a muchos cómo distribuir Palabras de vida del gran Maestro y El ministerio de curación.

Muchos no han aprendido a vender los libros dedicados al adelanto de nuestra obra institucional. Pero tales personas no debieran excusarse.

Debieran estudiar con diligencia cómo desempeñar su parte fielmente en relación con la circulación de esos preciosos libros. Nuestras escuelas y sanatorios deben administrarse en un elevado plano de eficiencia, y sobre todos nosotros descansa la solemne responsabilidad de ayudar a colocar estas instituciones sobre un terreno ventajoso mediante el recurso de hacer circular ampliamente los libros destinados a solventar esas instituciones. Dios será glorificado por todos los que participen activamente en la obra de colocar esos libros en las manos de las multitudes necesitadas de la verdad salvadora del Evangelio.

La oportunidad que tenemos de hacer el bien al esforzarnos por llevar a cabo el plan de Dios para aliviar financieramente nuestros colegios y sanatorios, se me ha presentado repetidamente en relación con la Asociación del Sur de Califomia. Las condiciones en ese lugar son favorables para organizar la venta permanente de Palabras de vida y El ministerio de curación. Nuestros miembros del Sur de California nunca debieran cansarse de este plan destinado a reunir fondos para pagar las

deudas acumuladas. Los alumnos del Colegio de San Fernando, y las enfermeras de los tres sanatorios establecidos, no pueden perder la valiosa experiencia en la obra misionera que reciben los que distribuyen estos libros. Y la asociación no puede darse el lujo de perder los resultados espirituales y financieros que acompañarían un esfuerzo constante de esta naturaleza.

Pero han transcurrido años, y los alumnos que debieran haber obtenido una valiosa experiencia en la obra misionera real, no han sido instados a dedicarse activamente a la venta de Palabras de vida del gran Maestro. Los miembros de iglesia de numerosos lugares se han encontrado diariamente con turistas desconocidos, hombres y mujeres de recursos e influencia, y sin embargo han pasado por alto oportunidades como éstas sin aprovecharlas. Muchas personas honradas que hubieran podido ser alcanzadas por medio de un esfuerzo diligente y sincero, no recibieron la luz del mensaje del tercer ángel.

Si se hubiera seguido el plan de Dios, su

nombre habría sido glorificado, y se habrían ganado numerosas victorias espirituales. Las personas adineradas habrían estado más dispuestas a venir en la ayuda del Señor cuando él dirigía las cosas en forma extraordinaria en el establecimiento de centros médicos excelentes en la vecindad de las grandes vías de circulación. Los alumnos habrían recibido una preparación que hubiera aumentado notablemente su eficiencia como misioneros prácticos en el país y en el exterior. Las iglesias se hubieran reanimado con bendiciones espirituales. Muchos habrían sido ganados a la verdad, y éstos habrían traído a la causa su influencia y sus recursos.

En lugares tales como el sur de California, donde miles de turistas, muchos de ellos en busca de salud y vigor, van y vienen constantemente, debiera efectuarse un esfuerzo especial y continuo para difundir los brillantes rayos de la luz de la verdad. Los libros El ministerio de curación y Palabras de vida, se adaptan especialmente para ser vendidos en centros de turismo, por lo que debiera hacerse todo lo posible para dejar ejemplares de

estas obras en manos de los que disponen de tiempo libre y tienen inclinación a la lectura. Especialmente los que andan en busca de salud necesitan el libro El ministerio de curación. Hay que aprovechar toda oportunidad posible de alcanzar a esta clase de personas.

Me he llenado de gozo al enterarme del reavivamiento del plan para ayudar financieramente a las instituciones en el sur de California en los últimos meses. Algunas de las enfermeras del Hospital de Loma Linda han sido preparadas para vender El ministerio de curación; y mientras visitaban los hogares de los pueblos vecinos, recibieron abundantemente las bendiciones del cielo y realizaron impresiones favorables en favor de nuestro pueblo y su obra.

En el Colegio de San Fernando los profesores llevaron a cabo recientemente un reavivamiento del interés en la venta de Palabras de vida del gran Maestro. Grupos de alumnos, después de estudiar con oración el libro, visitaron Los Angeles en compañía de sus profesores y obtuvieron una sólida

y valiosa experiencia que estiman como de más valor que la plata y el oro. Esta clase de obra es, en efecto, uno de los medios que Dios ha establecido para darle a nuestra juventud preparación misionera; y quienes descuidan de aprovechar estas oportunidades pierden una experiencia del valor más elevado. Los alumnos, al participar con entusiasmo de esta obra, pueden aprender a hablar con tacto con hombres y mujeres de diversas profesiones, a tratar con ellos cortésmente y a inducirlos a considerar favorablemente las verdades contenidas en los libros que venden.

Nuestra preocupación principal no debiera consistir tanto en obtener dinero como en salvar almas. Por esto, debemos, por todos los medios posibles, tratar de enseñar a los alumnos cómo impartir un conocimiento del mensaje del tercer ángel. Cuando logramos salvar a la gente, los que hemos añadido a la fe emplean a su vez sus talentos para comunicar la verdad a otros. Cuando trabajemos con diligencia para la salvación de nuestros semejantes, Dios dará éxito a todos nuestros esfuerzos.

A los presidentes de las asociaciones, y a otros obreros que ocupan posiciones de responsabilidad, quiero decir: Hagamos todo lo posible para hacer comprender a los profesores relacionados con nuestras instituciones educativas, el gran valor de las bendiciones que aguardan a los que procuran con diligencia utilizar en la mejor forma posible el don de Palabras de vida del gran Maestro. Animemos a los profesores a unirse con muchos de sus alumnos en el estudio con oración de este libro, como preparación para salir con ellos a la distribución activa de esta obra. Ayudemos a los educadores a comprender su responsabilidad en este asunto. Hagamos todo lo posible para reanimar la obra de distribución de Palabras de vida del Gran Maestro, y para iniciar planes de realizar una campaña activa con El ministerio de curación.

Cuando los profesores y los alumnos se dediquen con entusiasmo a este trabajo, obtendrán una experiencia que los preparará para llevar a cabo un servicio valioso en relación con nuestras reuniones campestres de reavivamiento espiritual.

Mediante la instrucción que puedan proporcionar a los creyentes que asistan, y la venta de numerosos libros en los lugares donde se efectúen esas reuniones, los alumnos y profesores de los colegios podrán realizar su parte en alcanzar a las multitudes que necesitan recibir el mensaje del tercer ángel. Que todos acepten noblemente su parte en la tarea de mostrar a nuestros propios miembros la forma de comunicar el mensaje a sus amigos y vecinos.

Cuando seguimos los planes del Señor, colaboramos con Dios. Cualquiera que sea nuestro cargo: presidente de asociación, predicador, maestro, alumno o simplemente miembro de iglesia, el Señor nos considera responsables de cómo aprovechamos nuestras oportunidades de dar la luz a quienes necesitan la verdad presente. Uno de los mejores medios que él nos ha confiado lo constituyen las publicaciones. En nuestras escuelas y sanatorios, en nuestras iglesias y más particularmente en nuestros congresos, debemos aprender a hacer uso juicioso de este precioso medio. Allí, obreros escogidos deben enseñar con

paciencia a nuestro pueblo a acercarse de un modo amable a los que no son creyentes y colocar en sus manos las publicaciones que con poder y claridad presentan la verdad para nuestra época.

Hermanos y hermanas, no nos cansemos de hacer el bien. Cristo, durante su ministerio terrenal, viajó a pie de un lugar a otro. Fatigado, como muchas veces estaba, con su naturaleza humana sobrecargada hasta el máximo, no vaciló en sanar a todos los que se le acercaban y en enseñarles el camino hacia la vida eterna. Aunque con frecuencia se encontraba físicamente exhausto, no abandonó su obra. Había un mundo que debía salvar. Realizó todo sacrificio posible a fin de hacer brillar la luz y la verdad.

El Señor Dios de Israel desea que nos vinculemos con él en santa unión y que pongamos en ejercicio la fe viva que obra por amor y purifica el alma. El desea que formemos un cuerpo de obreros dotados de adaptabilidad para su servicio, y a los tales les promete poder para ganar una gloriosa victoria para él.

Sanatorio, California,

10 de julio de 1908.

* * * * *

Los dirigentes de cualquier parte de la solemne obra del último mensaje evangélico, deben cultivar y mantener conceptos e ideas amplios. Todos tienen el privilegio de llevar en la obra evangélica responsabilidades que los conviertan en dirigentes competentes en la escuela de Cristo. Los seguidores profesos de Cristo no deben dejarse conducir por los dictados de su voluntad personal; su mente debe ser adiestrada para pensar los pensamientos de Cristo e iluminada para comprender la voluntad y los métodos de Dios. Esta clase de creyentes practicará los métodos de trabajo utilizados por Cristo.

Nuestros hermanos no debieran olvidar que la sabiduría de Dios ha hecho provisión para nuestros colegios en una forma que acarreará bendición a

todos los que participen en la empresa. El libro Palabras de vida del Gran Maestro se donó a la obra educativa, para que los alumnos y amigos de los colegios pudieran distribuirlo a fin de reunir una parte considerable de los recursos necesarios para pagar la deuda de estas instituciones. Pero este plan no se ha presentado a nuestros colegios en la forma debida; los profesores y alumnos no han sido preparados a fin de distribuirlos animosamente en beneficio de la obra educativa.

Hace mucho que los profesores y estudiantes de nuestros colegios debieran haber aprendido a aprovechar la oportunidad de reunir dinero por medio de la venta de Palabras de vida del gran Maestro. Los alumnos prestarán un servicio a la causa de Dios con la venta de estas obras, y mientras lo hagan, por medio de la diseminación de la preciosa luz, aprenderán valiosas lecciones en la experiencia cristiana. Todos nuestros colegios debieran acudir ahora para prestar servicio, y esforzarse con entusiasmo por llevar a cabo el plan que se nos presentó para la educación de obreros, apoyo financiero a los colegios y ganancia de

almas para la causa.

Capítulo 10

Condiciones en las ciudades

El aumento constante y pertinaz de la maldad trae pronta e inevitablemente una culpabilidad casi universal sobre los habitantes de las ciudades. Predomina actualmente una “epidemia de crímenes” que espanta el corazón de los hombres sensatos y temerosos de Dios. La pluma se resiste a describir la corrupción reinante. Cada día trae nuevas revelaciones de las disensiones, el soborno y el fraude que dominan en la política; cada día trae su doloroso contingente de violencias y de infracciones a la ley, de indiferencia frente al sufrimiento humano, de brutales y diabólicos atentados contra la vida humana. Cada día es testigo del aumento de la locura, del homicidio y del suicidio.

Las ciudades modernas se están volviendo rápidamente como Sodoma y Gomorra. Los días feriados abundan; el torbellino de la agitación y del placer aleja a millares de personas de los austeros

deberes de la vida. Los deportes enervantes, el teatro, las carreras de caballos, los juegos de azar, las bebidas y la francachela, excitan todas las pasiones.

La juventud es arrastrada por la corriente popular. Los que aprenden a amar las diversiones, abren la puerta a un diluvio de tentaciones. Se entregan a los placeres sociales y a la alegría irreflexiva. Pasan de una forma de disipación a otra, hasta perder la capacidad y el deseo de vivir de una manera útil. Las aspiraciones religiosas se enfrían y la vida espiritual se debilita. Las más nobles facultades del alma, en una palabra, todo lo que liga al hombre con el mundo espiritual, es envilecido.

Bajo la influencia de los sindicatos y como resultado de las huelgas causadas por la injusticia de las compañías y los patrones, las condiciones de vida en las ciudades empeoran sin cesar.

La intensa pasión por el lucro, el amor por la ostentación, el lujo y la prodigalidad, son otras

tantas fuerzas que apartan a la mayoría de las personas del verdadero propósito de la vida, y abren la puerta a una infinidad de males. Muchos, totalmente dedicados a la búsqueda de tesoros terrenales, se vuelven insensibles a los requerimientos de Dios y a las necesidades de sus semejantes. Consideran sus riquezas como un medio para glorificarse. Añaden una casa a otra, un terreno a otro; llenan sus casas con artículos de lujo, mientras que en tomo suyo hay seres humanos que permanecen hundidos en la miseria y la delincuencia, en la enfermedad y la muerte.

Mediante toda clase de opresiones y extorsiones, hay hombres que acumulan fortunas colosales, mientras que suben a Dios los clamores de la humanidad desfalleciente. Multitudes están luchando contra la pobreza, obligadas a trabajar por unos salarios ínfimos, sin poder obtener las cosas más indispensables para la vida. La fatiga y las privaciones, sin ninguna esperanza de cosas mejores, hacen muy pesada su carga. Si a esto se añade la enfermedad y el dolor, entonces la carga se hace casi insoportable. Minados por las

preocupaciones y oprimidos, no saben dónde buscar alivio.

La Biblia describe las condiciones en que se encontrará el mundo en vísperas de la segunda venida del Señor. El apóstol Santiago traza un cuadro de la codicia y la opresión que entonces dominarán. Dice: “¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. Vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas están comidas de polilla. Vuestro oro y plata están enmohecidos; y su moho testificará contra vosotros, y devorará del todo vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado tesoros para los días postreros. He aquí, clama el jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros; y los clamores de los que habían segado han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido en deleites sobre la tierra, y sido disolutos; habéis engordado vuestros corazones como en día de matanza. Habéis condenado y dado muerte al justo, y él no os hace resistencia”. (Santiago 5:1-6)

Tal es el cuadro del estado actual de cosas: “Y el derecho se retiró y la justicia se puso lejos; porque la verdad tropezó en la plaza, y la equidad no pudo venir. Y la verdad fue detenida; y el que se apartó del mal, fue puesto en prisión: y lo vio Jehová, y desagradó en sus ojos, porque pereció el derecho”. (Isaías 59:14, 15)

La iglesia misma, que debería ser columna y sostén de la verdad, fomenta el amor egoísta a los placeres. Cuando se necesita dinero para fines religiosos, ¿a qué medios recurren muchas iglesias para obtenerlo? A ventas, a banquetes, a ferias elaboradas, a rifas y cosas parecidas. A menudo, los lugares consagrados al servicio divino son profanados por festines en que se bebe, se vende y compra, y donde la gente se divierte. De este modo desaparece en los jóvenes el respeto por la casa de Dios y su culto. Disminuye el dominio propio. El egoísmo, el apetito, el amor por la ostentación son estimulados y se fortifican con la práctica.

A través de los tiempos, el Señor hizo conocer la manera en que procede. Cada vez que sobrevino

una crisis, él se reveló e intervino para impedir la ejecución de los planes de Satanás. Muchas veces permitió que las naciones, familias e individuos llegasen a una crisis, a fin de que su intervención fuera más destacada. Entonces demostró la existencia del Dios de Israel, quien afirmará su ley y justificará a su pueblo.

En el mundo antediluviano, los hombres emplearon todos los recursos de su ingenio para anular la ley de Jehová. Rechazaban la autoridad de Dios porque los estorbaba en sus proyectos. Como en los días del diluvio, se acerca el momento en que el Señor debe revelar su omnipotencia. En este tiempo, cuando prevalece la iniquidad, debemos reconocer que la última gran crisis es inminente. Cuando el desafío a la ley de Dios sea casi universal, cuando su pueblo sea oprimido y afligido por sus semejantes, entonces el Señor intervendrá.

Satanás no duerme, sino que vela para impedir que la segura palabra profética se cumpla. Con su astucia y poder engañador, se esfuerza por

contrarrestar la voluntad de Dios revelada expresamente en su Palabra. Durante años, Satanás ha obrado para llegar a dominar las mentes por medio de sofismas con los cuales ha querido sustituir la verdad. En este tiempo de peligro, los que practican el bien en el temor de Dios glorifican su nombre repitiendo la palabra de David: “Tiempo es de actuar, oh Jehová, porque han invalidado tu ley”. (Salmos 119:126)

Los juicios de Dios sobre nuestras ciudades

Estando en Loma Linda, California, el 16 de abril de 1906, pasó delante de mí una escena asombrosa. En una visión de la noche, yo estaba sobre una altura desde donde veía las casas sacudirse como el viento sacude los juncos. Los edificios, grandes y pequeños, se derrumbaban. Los sitios de recreo, los teatros, hoteles y palacios suntuosos eran conmovidos y derribados. Muchas vidas eran destruidas y los lamentos de los heridos y aterrorizados llenaban el espacio.

Los ángeles destructores, enviados por Dios,

estaban obrando. Un simple toque, y los edificios construidos tan sólidamente que los hombres los consideraban resguardados de todo peligro quedaban reducidos a un montón de escombros. Ninguna seguridad había en parte alguna. Personalmente, no me sentía en peligro, pero no puedo describir las escenas terribles que se desarrollaron ante mi vista. Era como si la paciencia de Dios se hubiese agotado y hubiese llegado el día del juicio.

Entonces el ángel que estaba a mi lado me dijo que muy pocas personas se dan cuenta de la maldad que reina en el mundo hoy, especialmente en las grandes ciudades. Declaró que el Señor ha fijado un tiempo cuando su ira castigará a los transgresores por su persistente menoscabo de su ley.

Aunque terrible, la escena que pasó ante mis ojos no me hizo tanta impresión como las instrucciones que recibí en esa ocasión. El ángel que estaba a mi lado declaró que la soberanía de Dios, el carácter sagrado de su ley, deben ser

manifestados a los que rehúsan obstinadamente obedecer al Rey de reyes. Los que prefieran quedar infieles habrán de ser heridos por los juicios misericordiosos de Dios, a fin de que, si posible fuere, lleguen a percatarse de la culpabilidad de su conducta.

Durante el día siguiente, estuve pensando en las escenas que habían pasado ante mis ojos y en las instrucciones que las habían acompañado. Por la tarde fuimos a Glendale, cerca de Los Angeles. En el transcurso de la noche siguiente, recibí nuevas instrucciones acerca del carácter santo y obligatorio de los diez mandamientos y de la supremacía de Dios sobre todos los gobernantes terrenales.

Me parecía estar en medio de una asamblea, presentando al público los requerimientos de la ley divina. Leí el pasaje relativo a la institución del sábado en el Edén, al final de la semana de la creación, y lo referente a la promulgación de la ley en el Sinaí. Después declaré que el sábado debe observarse como señal de un “pacto perpetuo”

entre Dios y los que le pertenecen, a fin de que sepan que son santificados por Jehová, su Creador.

Luego insistí en el hecho de que el gobierno de Dios rige supremo sobre todos los gobiernos de los hombres. Su ley debe ser regla de conducta para todos. No es permitido a los hombres pervertir sus sentidos por la intemperancia, o someter su mente a las influencias satánicas, porque ello los deja en la imposibilidad de observar la ley de Dios. Aunque el divino Soberano soporte con paciencia la maldad, no puede ser engañado y no callará para siempre. Su autoridad y supremacía como Príncipe del universo deben ser reconocidas, y las justas exigencias de su ley vindicadas.

Muchas otras instrucciones acerca de la longanimidad de Dios y la necesidad de hacer comprender a los transgresores cuán peligrosa es su posición a la vista de Dios, fueron repetidas al público tal como yo las había recibido de mi instructor.

El 18 de abril, dos días después de haber tenido

la visión del derrumbamiento de los edificios, fui a la capilla de la calle Carr, en Los Angeles, donde se me esperaba. Cuando estábamos cerca de la iglesia, oímos a los vendedores de diarios que gritaban: “¡San Francisco destruido por un terremoto!” Con el corazón lleno de angustia leí las primeras noticias del terrible desastre.

Dos semanas más tarde, al volver a nuestra casa, pasamos por San Francisco, y en un coche alquilado visitamos por una hora y media la desolación de aquella gran ciudad. Edificios reputados indestructibles yacían en ruinas. Algunas casas estaban parcialmente hundidas en el suelo. La ciudad ofrecía un cuadro lamentable de la vanidad de los esfuerzos humanos para construir edificios a prueba de fuego y terremotos.

Por la boca del profeta Sofonías, el Señor habla de los juicios con que afligirá a los que hacen el mal: “Destruiré por completo todas la cosas de sobre la faz de la tierra, dice Jehová. Destruiré los hombres y las bestias; destruiré las aves del cielo y los peces del mar, y cortaré a los impíos; y raeré a

los hombres de sobre la faz de la tierra, dice Jehová...

“Y en el día del sacrificio de Jehová castigaré a los príncipes, y a los hijos del rey, y a todos los que visten vestido extranjero. Asimismo castigaré en aquel día a todos los que saltan la puerta, los que llenan las casas de sus señores de robo y de engaño.

“Y habrá en aquel día, dice Jehová, voz de clamor desde la puerta del Pescado, y aullido desde la segunda puerta, y gran quebrantamiento desde los collados. Aullad, habitantes de Mactes, porque todo el pueblo mercader es destruido; destruidos son todos los que traían dinero.

“Acontecerá en aquel tiempo que yo escudriñaré a Jerusalén con linterna, y castigaré a los hombres que reposan tranquilos como el vino asentado, los cuales dicen en su corazón: Jehová ni hará bien ni hará mal. Por tanto, serán saqueados sus bienes, y sus casas asoladas; edificarán casas, mas no las habitarán, plantarán viñas, mas no

beberán el vino de ellas.

“Cercano está el día grande de Jehová, cercano y muy próximo; es amarga la voz del día de Jehová; gritará allí el valiente. Día de ira aquel día, día de angustia y de aprieto, día de alboroto y de asolamiento, día de tiniebla y de oscuridad, día de nublado y de entenebrecimiento, día de trompeta y de algazara sobre las ciudades fortificadas, y sobre las altas torres. Y atribularé a los hombres, y andarán como ciegos, porque pecaron contra Jehová; y la sangre de ellos será derramada como polvo, y su carne como estiércol. Ni su plata ni su oro podrá librarlos en el día de la ira de Jehová, pues toda la tierra será consumida con el fuego de su celo; porque ciertamente destrucción apresurada hará de todos los habitantes de la tierra”. (Sofonías 1:2, 3, 8-18)

Dios no puede tener paciencia por mucho más tiempo. Sus juicios ya comienzan a caer en algunos lugares, y pronto su desagrado se manifestará abiertamente en otros sitios.

Habrá una serie de acontecimientos que tendrán por objeto mostrar que Dios domina la situación. La verdad será proclamada en un lenguaje claro e inequívoco. A nosotros, como pueblo, nos incumbe preparar el camino del Señor bajo la dirección de su Espíritu Santo. El Evangelio debe ser proclamado en su pureza. El raudal de aguas vivas debe profundizar y ensanchar su curso. En todos los campos, cercanos y lejanos, habrá hombres que serán llamados a dejar el arado y los negocios que ocupan de costumbre el pensamiento, para prepararse junto a hombres de experiencia. A medida que aprendan a trabajar con éxito, anunciarán la verdad con poder. Merced a las maravillosas operaciones de la Providencia divina, montañas de dificultades serán removidas y arrojadas al mar. El mensaje, que tanto significa para todos los habitantes de la tierra, será oído y comprendido. Los hombres verán dónde está la verdad. La obra progresará más y más hasta que la tierra entera sea amonestada; y entonces vendrá el fin.

Capítulo 11

Una obra para hoy

A medida que el tiempo transcurre se hace cada vez más evidente que los juicios de Dios están en el mundo. Por medio de incendios, inundaciones y terremotos, Dios anuncia la proximidad de su venida a los habitantes de la tierra. Se acerca la gran crisis de la historia de este mundo, cuando cada movimiento en el gobierno de Dios será seguido con intenso interés y una aprensión indecible. Los juicios se presentarán en rápida sucesión: incendios, inundaciones y terremotos, con guerra y derramamiento de sangre.

¡Oh, si tan sólo el mundo pudiera conocer el tiempo de su visitación! Numerosos son todavía los que no han oído la verdad que debe probarlos en este tiempo. El Espíritu de Dios contiende todavía con muchos. El tiempo de los juicios destructores divinos es tiempo de gracia para quienes no han tenido oportunidad de conocer la verdad. El Señor los mirará con amor. Su corazón compasivo se

conmueve; su brazo está todavía extendido para salvar, mientras que la puerta ya se cierra sobre aquellos que rehusaron entrar.

La misericordia de Dios se manifiesta en su paciente clemencia. Está reteniendo sus juicios para que el mensaje de amonestación llegue a todos. Si nuestro pueblo sintiera debidamente su responsabilidad con respecto a la proclamación del último mensaje, ¡qué obra maravillosa veríamos cumplirse!

¡Mirad las ciudades, y cuánto necesitan del Evangelio! Durante más de veinte años, se me ha recordado la necesidad de obreros diligentes que trabajen entre las multitudes que pueblan las grandes ciudades. ¿Quién se preocupa por ellas? Algunos, pero poca es la atención que se ha dedicado a esta obra si se piensa en las inmensas necesidades y en las innúmeras oportunidades.

En las ciudades del este

Se me ha indicado que el mensaje debiera ser

predicado con nuevo poder en las ciudades del este [de los Estados Unidos]. En muchas de esas ciudades, los mensajes del primer ángel y del segundo fueron anunciados durante el movimiento de 1844. A nosotros, como siervos de Dios, se nos ha confiado el mensaje del tercer ángel, en el cual culmina la obra de los precedentes para preparar un pueblo para la venida del Rey. Debemos realizar todos los esfuerzos que podamos para hacer conocer la verdad a aquellos que están dispuestos a oírla, y muchos la escucharán. En todas las grandes ciudades Dios tiene almas sinceras, deseosas de saber lo que es la verdad.

El tiempo es corto; el Señor desea que todo lo que se relaciona con su obra sea puesto en orden. Desea que su solemne mensaje de amonestación e invitación sea proclamado tan extensamente como puedan darlo sus mensajeros. Nada debemos tolerar en nuestros planes que pudiera impedir su marcha. “Repite el mensaje, repite el mensaje”, tales son las palabras que me fueron dirigidas en muchas ocasiones. “Di a mi pueblo que debe repetir el mensaje en aquellas localidades donde

fue anunciado al principio, y donde una iglesia tras otra se decidieron por la verdad, y el poder de Dios testificaba notablemente con respecto al mensaje".

Durante años, los primeros obreros de nuestra obra lucharon contra la pobreza, expuestos a numerosas privaciones para asegurar a la verdad presente una situación ventajosa. Con pocos recursos trabajaron sin descanso, y Dios bendijo sus humildes esfuerzos. El mensaje fue proclamado con poder en el este y de allí se expandió hacia el oeste, hasta que en muchos lugares se crearon centros de influencia. Puede ser que hoy nuestros obreros no tengan que pasar por las privaciones de los primeros tiempos; pero las condiciones más favorables no debieran inducirnos a disminuir nuestros esfuerzos.

Y ahora que el Señor nos ordena proclamar de nuevo el mensaje con poder en el este, y nos manda entrar en las ciudades del norte, sur, este y oeste, ¿no responderemos a su llamamiento como un solo hombre? ¿No haremos planes para mandar nuestros mensajeros a todos los campos y para sostenerlos

generosamente? ¿No irán los ministros de Dios a aquellas grandes urbes para amonestar a las multitudes? ¿Para qué sirven nuestras asociaciones, si no es para proseguir la obra?

Se ha comenzado a proclamar el mensaje del tercer ángel en la ciudad de Washington y en otras ciudades del sur y el este del país; pero si queremos satisfacer las expectativas del Señor, tendremos que trazar planes para hacer avanzar y extender la obra. Debemos dedicamos a esta obra con una perseverancia que no permita ninguna disminución de nuestros esfuerzos, hasta que veamos la salvación de Dios.

En Portland, Maine; en Boston y las ciudades circundantes; en Nueva York y las populosas ciudades cercanas; en Filadelfia, Baltimore y Washington, el Señor desea que proclamemos con poder el mensaje del tercer ángel. No podemos ejercer ese poder por nosotros mismos, pero podemos escoger hombres capaces e instarlos a aprovechar las oportunidades y proclamar el mensaje con el poder del Espíritu Santo. Debemos

trazar planes para enviar a esas ciudades hombres capaces que puedan presentar el mensaje del tercer ángel en una forma tan definida que lo haga penetrar hasta el corazón de la gente. No podemos danos el lujo de colocar a hombres de esta clase en un solo lugar para que hagan la obra que otros podrían hacer.

Y mientras esos obreros hablen de la verdad, la pongan en práctica y oren por su progreso, Dios conmoverá los corazones. Si trabajan con todo el poder que Dios les concede, con un corazón humilde y confiado enteramente en él, sus labores no quedarán sin fruto. Los esfuerzos resueltos hechos con el propósito de comunicar a las almas el conocimiento de la verdad para nuestra época serán secundados por los santos ángeles, y muchas almas se salvarán.

Liberalidad en la obra misionera

Los Estados del sur deben recibir la luz de la verdad presente. No digáis: “Nuestras imprentas y nuestras iglesias necesitan más ayuda. Necesitamos

todos los recursos disponibles para continuar la obra emprendida". Uno tras otro, se ha visto a los hermanos rehusar subvenciones a ciertos ramos de la actividad misionera, por temor de que fuesen consumidos los recursos que ellos destinaban a otras empresas. Hermanos míos, necesitáis una mayor medida del Espíritu de Cristo. Colocad vuestro ideal más alto; entonces los que acaban de abrazar la verdad verán que tienen una obra que hacer. Así aumentarán siempre los recursos para hacer progresar la obra.

¿Podemos esperar que los habitantes de las ciudades vengan a decirnos: "Si vienen a enseñarnos, les ayudaremos de tal modo"? ¿Qué saben ellos del mensaje? Hagamos nuestra parte en amonestar a esa gente que está a punto de perecer sin haber sido advertida ni salvada. El Señor desea que nuestra luz brille de tal manera delante de los hombres, que su Espíritu Santo pueda comunicar la verdad a los corazones sinceros que buscan a Dios.

Al hacer esta obra, veremos los recursos entrar en nuestras arcas, y tendremos suficientes fondos

para dar a nuestra obra una expansión mayor. Entonces serán traídas a la verdad personas ricas que estarán dispuestas a dar de sus recursos para el adelantamiento de la obra de Dios. Se me ha indicado que hay grandes riquezas en las ciudades donde aún no se ha trabajado. Dios tiene allí personas interesadas. Id a buscarlas; enseñadles como Cristo enseñaba; dadles la verdad. La aceptarán. Y tan seguramente como que se convertirán almas sinceras, consagrarán sus riquezas al servicio del Señor y veremos un aumento de recursos.

¡Ojalá pudiésemos ver las necesidades de esas ciudades como Dios las ve! En un tiempo como éste, cada mano debe encontrar ocupación. ¡El Señor viene; el fin se acerca; sí, se aproxima apresuradamente! Dentro de poco, no podremos trabajar tan libremente como ahora. Escenas terribles nos esperan y debemos hacer con apresuramiento lo que nos falta.

Un motivo para servir

En el transcurso de una de las últimas noches, fui despertada de mi sueño y vi los padecimientos que Cristo tuvo que soportar en favor de los hombres. Su sacrificio, las burlas y los insultos que recibió de parte de los malvados, su agonía en Getsemaní, la traición y la crucifixión: todo esto me fue mostrado vívidamente.

Vi a Cristo en medio de un gran concurso de gente. Procuraba grabar sus enseñanzas en las mentes. Pero era menospreciado y rechazado. Los hombres le abrumaban de injurias e ignominia. Este espectáculo me produjo gran angustia. Rogué así a Dios: “¿Qué le sucederá a esta congregación? ¿Será posible que en la muchedumbre nadie renuncie a la elevada opinión que tiene de sí mismo para buscar al Señor como un niño? ¿Ninguno quebrantará su corazón delante de Dios por medio del arrepentimiento y la confesión?”

Luego vi la agonía de Cristo en el huerto de Getsemaní, cuando la copa misteriosa temblaba en

la mano del Redentor. Rogó: “Padre mío, si es posible, pase de mí este vaso; empero no como yo quiero, sino como tú”. (Mateo 26:39) Mientras suplicaba a su Padre, grandes gotas de sangre rodaban por su cara y caían en el suelo. Las potestades de las tinieblas se congregaban alrededor de él para desanimarlo.

Levantándose del suelo, volvió adonde estaban sus discípulos a los que había recomendado que velasen y orasen con él, por temor a que fuesen presa de la tentación. El quería cerciorarse de si comprendían su agonía; experimentaba la necesidad de simpatía humana. Pero los halló dormidos. Por tres veces fue a ellos y cada vez los encontró durmiendo.

Por tres veces el Salvador pronunció la oración: “¡Padre mío, si es posible pase de mí este vaso!” Fue entonces cuando el destino de un mundo perdido tembló en la balanza. Si Cristo hubiese rehusado beber la copa, el resultado habría sido la ruina eterna de la humanidad. Pero un ángel del cielo fortaleció al Hijo de Dios para que aceptara y

bebiera la amarga copa.

¡Cuán pocos hay que se den cuenta de que todo eso ha sido sobrellevado para ellos personalmente! ¡Cuán pocos razonan de esta manera: “Esto fue hecho por mí, a fin de que yo pueda formar un carácter digno de la vida eterna”!

Mientras estas cosas me eran presentadas de una manera tan vivida, me decía a mí misma: “Nunca podré exponer este asunto tal como es”; y sólo os he dado una débil descripción de lo que se me permitió ver. Al pensar en la copa que tembló en la mano del Salvador; al comprender que hubiese podido negarse a beberla y dejar al mundo perecer en su pecado, hice la decisión de consagrar todas las energías de mi ser a ganar almas para él.

Cristo vino al mundo para sufrir y morir, a fin de que, por la fe en él y apropiándonos sus méritos, llegásemos a colaborar con Dios. El designio del Salvador era que una vez que él hubiese subido al cielo, para allí interceder en favor de los seres humanos, sus discípulos continuasen la obra

emprendida por él. ¿No se preocuparán los hombres por dar el mensaje a los que moran en tinieblas? Hay quienes están listos para ir hasta los extremos de la tierra, a llevar a los hombres la luz de la verdad; pero Dios quiere que toda alma que conozca la verdad se esfuerce por infundir a otros el amor a la verdad. ¿Cómo podremos ser estimados dignos de entrar en la ciudad de Dios si no estamos dispuestos a realizar verdaderos sacrificios para salvar a las almas que están por perecer?

Cada uno de nosotros tiene una obra individual que cumplir. Yo sé que son muchos los que se colocan en la debida relación con Cristo y sólo piensan en presentar al mundo el mensaje de la verdad presente. Siempre están dispuestos a ofrecer sus servicios. Pero mi corazón se entristece cuando veo a tantos que se contentan con una vida cristiana empobrecida, y que apenas requiere débiles esfuerzos de su parte. Por sus vidas declaran que para ellos Cristo murió en vano.

Si no consideráis como honroso participar de

los sufrimientos de Cristo, si vuestro corazón no se siente oprimido con el pensamiento de las almas que van a perecer, si no estáis dispuestos a realizar sacrificios con el fin de ahorrar dinero que la obra necesita, no habrá lugar para vosotros en el reino de Dios. A cada paso necesitamos participar de los sufrimientos de Cristo y de su abnegación. El espíritu de Dios debe descansar sobre nosotros y conducirnos constantemente por el camino del sacrificio.

Preparaos

"Y he aquí, yo vengo presto, --dice el Señor--, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según fuese su obra". (Apocalipsis 22:12) A su venida, él examinará cada talento, y exigirá los intereses de los capitales que nos confiara. Por su propia humillación y agonía, por su vida de trabajo y su muerte ignominiosa, Jesús pagó ya los servicios de quienquiera que lleve su nombre y profese ser su siervo. Cada uno tiene el deber solemne de emplear todas sus facultades para ganar almas para él. "No sois vuestros --dice él--. Porque

comprados sois por precio”. (1 Corintios 6:19, 20) Glorificad, pues, a Dios por una vida de servicio que hará pasar a los hombres y mujeres del pecado a la justicia. Hemos sido comprados al precio de la vida de Cristo, para que mediante un servicio fiel, devolvamos a Dios lo que le pertenece.

No tenemos tiempo ahora para dedicar nuestras energías y talentos a empresas mundanales. ¿Nos preocuparemos tanto de servir al mundo y a nosotros mismos que perdamos la vida eterna y la imperecedera felicidad de los cielos? No, no podemos consentir en ello. Empleemos todo talento en la obra de Dios. Los que reciban la verdad, mediante sus esfuerzos, deben aumentar el número de los hombres y mujeres que colaborarán con Dios. Hay que alumbrar y enseñar a la gente para que pueda servir a Dios de manera inteligente; deben crecer continuamente en el conocimiento de la justicia.

El cielo entero se interesa en la ejecución de la obra que Cristo vino a hacer en el mundo. Los agentes celestiales preparan el camino para que la

luz de la verdad brille en los lugares oscuros. Los ángeles están listos para entrar en comunicación con los que quieran emprender la obra que nos ha sido asignada desde hace años. ¿No nos dedicaremos con energía a buscar los medios de trabajar en las ciudades grandes? Muchas ocasiones se han perdido ya porque no se emprendió inmediatamente esta obra y no se supo avanzar con fe. El Señor dice: “Si hubieseis creído los mensajes que os dirigí, no habría tanta falta de obreros y de medios para sostenerlos”.

La venida de Cristo se acerca apresuradamente. El tiempo que nos queda para trabajar es corto, y hay hombres y mujeres que perecen. Dijo el ángel: “¿No debieran los hombres que han recibido tanta luz cooperar con Aquel que envió a su Hijo al mundo para dar a los hombres la luz y la salvación?” ¿Acaso los hombres que recibieron el conocimiento de la verdad, renglón tras renglón, precepto tras precepto, un poco aquí y otro poco allá, tendrán en poca estima a Aquel que vino a la tierra para hacer a todo creyente partícipe de su divino poder? Así es como la divinidad de Cristo

debía hacerse efectiva en la salvación de la familia humana y dar eficacia ala intercesión de nuestro Sumo Sacerdote ante el trono de Dios. En el cielo es donde el plan fue ideado. ¿No sabrán apreciar una bendición tan grande los que fueron comprados a tan alto precio?

El Señor no puede aprobar a un pueblo que, aunque hace profesión de piedad y declara creer en su próxima venida, deja sin advertir a las ciudades de que pronto van a caer juicios sobre la tierra. Los que obran así deberán dar cuenta de su negligencia. Cristo dio su preciosa vida para salvar a la gente que perece en sus pecados. ¿Nos negaremos a cumplir la obra que se nos asignó, y a cooperar con Dios y con los agentes celestiales? Millares de personas obran de este modo porque no se identifican con Cristo ni manifiestan en su vida su gran sacrificio, por medio de obras de justicia que sean frutos de la gracia salvadora. Sin embargo, ésta es en realidad la obra dada a los hombres por el sacrificio del Hijo de Dios. Sabiendo esto, podemos quedar indiferentes? Hermanos míos, os invito a despertar. Las facultades espirituales que

no se ejerciten en ganar almas para Cristo se debilitarán y acabarán por morir. ¿Cómo podremos justificamos si descuidamos la grande y bella obra para cuya realización Cristo dio su vida?

No podemos dedicar acosas vanas e insignificantes los pocos días que nos quedan aquí en la tierra. Debemos humillar nuestra alma delante de Dios de manera que cada cual pueda recibir la verdad y permitirle que realice en su vida una reforma que convenza al mundo de que esa verdad es realmente de Dios. Permanezca nuestra vida oculta con Cristo en Dios. Cuando busquemos al Señor como niñitos; cuando dejemos de encontrar defectos en nuestros hermanos y hermanas y en los que se esfuerzan por llevar fielmente las responsabilidades de la obra; cuando procuremos poner nuestros propios corazones en regla con Dios; entonces, y sólo entonces, podrá él usarnos para gloria de su nombre.

Si queremos que Dios se agrade de nuestro trabajo, debemos asumir delante de él una actitud de sacrificio personal. Recordemos que la simple

profesión nada es, a menos que la verdad esté en el corazón. Es necesario que el poder convertidor de Dios tome posesión de nosotros, para que podamos comprender las necesidades de un mundo que perece. El mensaje que estoy encargada de anunciaros es éste: Preparaos, preparaos para el encuentro con el Señor. Aderezad vuestras lámparas y que la luz de la verdad brille hasta en los lugares más apartados. Hay un mundo entero que espera que se le anuncie la proximidad del fin de todas las cosas.

Hermanos y hermanas, buscad al Señor mientras puede ser hallado. Se aproxima el tiempo cuando los que habrán despilfarrado su tiempo y sus oportunidades se lamentarán de no haber buscado a Dios. El os dio la facultad de raciocinio, y desea que la uséis para vosotros mismos y para su obra. Quiere que trabajéis con celo para él en las iglesias. Quiere que organicéis reuniones para la gente de afuera, para que ella aprenda a conocer las verdades de este último mensaje de amonestación. Habrá lugares donde seréis recibidos con gozo, donde las almas os agradecerán de haber ido en su

ayuda. Quiera Dios ayudaros a entregaros a esta obra como jamás lo habéis hecho.

Empecemos a trabajar con aquellos que todavía no tienen la luz. “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra --dice el Señor, y agrega--: He aquí, yo estoy con vosotros todos los días”. (Mateo 28:18, 20) Lo que necesitamos es una fe viva que nos haga proclamar sobre el abierto sepulcro de José de Arimatea que tenemos un Salvador vivo, que irá delante de nosotros y obrará con nosotros. Dios hará la obra si le damos los instrumentos. Debe manifestarse entre nosotros mucha más oración y mucho menos espíritu de duda. Debemos colocar el ideal muy alto, siempre más alto ante el mundo. Debemos recordar que Cristo está siempre a nuestra derecha cuando anunciamos la libertad a los cautivos y damos el pan de vida a las almas hambrientas. Cuando recordemos constantemente la urgencia e importancia de nuestra obra, la salvación de Dios se revelará en forma notable.

Dios nos ayude a vestir la armadura y a obrar con fervor como quienes reconocen que las almas

merecen salvarse. Procuremos una nueva conversión. Necesitamos la presencia del Santo Espíritu de Dios para enternecer nuestros corazones y evitar el espíritu de aspereza en nuestro trabajo. Ruego a Dios que su Santo Espíritu tome plena posesión de nuestros corazones. Procedamos como hijos de Dios, que buscan sus consejos y están listos para seguir sus planes dondequiera que les sean presentados. Dios será glorificado por un pueblo tal y los testigos de nuestro celo dirán: Amén, amén.

“Despierta, despierta, vístete tu fortaleza, oh Jerusalén, ciudad santa... ¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que publica la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salud, del que dice a Sion: Tu Dios reina! ¡Voz de tus atalayas! Alzarán la voz, juntamente darán voces de júbilo; porque ojo a ojo verán que Jehová vuelve a traer a Sion. Cantad alabanzas, alegraos juntamente, soledades de Jerusalén: porque Jehová ha consolado su pueblo, a Jerusalén ha redimido. Jehová desnudó el brazo de su santidad ante los ojos de todas las gentes; y

todos los términos de la tierra verán la salud del Dios nuestro”. (Isaías 52:1, 7-10)

Capítulo 12

Métodos de trabajo

En relación con la proclamación del mensaje en las ciudades populosas, hay diversas clases de obras que pueden llevar a cabo obreros con diversos dones. Algunos de ellos deben trabajar de un modo, y otros de una manera diferente. El Señor desea que se trabaje en las ciudades mediante los esfuerzos unidos de obreros de diversas capacidades. Todos deben volverse hacia Jesús en busca de instrucciones, y no depender de la sabiduría humana porque podrían descarriarse. Como colaboradores con Dios, deben procurar mantenerse en armonía mutua. Debieran consultarse con frecuencia y colaborar con entusiasmo y sinceridad. Pero todos debieran contemplar a Jesús en busca de sabiduría y no depender únicamente de la dirección humana.

El Señor ha dotado a ciertos ministros de la capacidad de atraer y retener grandes congregaciones, lo cual requiere el ejercicio de

tacto y habilidad. En las ciudades actuales, con tantas actividades que atraen y agradan, no es posible interesar a la gente mediante presentaciones y actividades comunes. Los ministros designados por Dios encontrarán que es necesario llevar a cabo esfuerzos extraordinarios para captar la atención de las multitudes. Y cuando logren reunir una vasta congregación, deben presentar mensajes de un carácter tan extraordinario que logren interesar y amonestar a los asistentes. Deben utilizar todos los recursos que sea posible idear para lograr que la verdad se destaque con claridad y definición. El mensaje de prueba para este tiempo debe presentarse con una claridad y decisión que alarme a los oyentes y los induzca a desear estudiar las Escrituras.

Los que llevan a cabo la obra del Señor en las ciudades deben realizar un esfuerzo calmado, constante y dedicado para instruir a la gente. Mientras deben trabajar decididamente para interesar a los oyentes y retener su interés, al mismo tiempo deben cuidarse de no incurrir en actividades sensacionalistas. En esta época

dominada por la extravagancia y la ostentación, cuando se piensa que es necesario hacer un despliegue de actividades extravagantes para obtener éxito, los mensajeros designados por Dios deben exponer la inutilidad de gastar innecesariamente recursos con el fin de producir efectos teatrales. Cuando trabajen con sencillez, humildad y dignidad, evitando todo lo que sea de naturaleza teatral, su obra realizará una impresión duradera para el bien.

Es verdad que existe la necesidad de gastar dinero juiciosamente para anunciar las reuniones y hacer avanzar la obra con solidez. Pero el poder de cada obrero no se encuentra en el uso de recursos exteriores, sino en la confiada dependencia de Dios, en la oración ferviente en busca de ayuda y en la obediencia a su palabra. Hay que introducir en la obra de Dios más oración, más semejanza con Cristo y más conformidad con la voluntad de Dios. Las manifestaciones exteriores y el gasto extravagante de recursos no llevarán a cabo la obra que se debe realizar.

La obra de Dios se debe efectuar con poder. Necesitamos el bautismo del Espíritu Santo. Tenemos que comprender que Dios añadirá a las filas de su pueblo, personas de habilidad e influencia que desempeñarán su parte en la tarea de advertir al mundo. No todos los habitantes del mundo viven en la ilegalidad y el pecado. Dios tiene muchos miles que no se han inclinado ante Baal. Hay hombres y mujeres temerosos de Dios en las iglesias caídas. Si no fuera así, no se nos habría encargado proclamar este mensaje: “Ha caído, ha caído la gran Babilonia... Salid de ella, pueblo mío”. (Apocalipsis 18:2-4) Muchas personas sinceras anhelan respirar el aire fresco del cielo. Reconocerán el Evangelio cuando alguien lo presente en la hermosura y sencillez con que lo presenta la Palabra de Dios.

Necesidad de trabajar de casa en casa

La obra de trabajar de casa en casa con la gente tiene la misma importancia que las campañas de evangelismo. En las ciudades populosas hay ciertas

clases sociales que no es posible alcanzar por medio de reuniones públicas. Los miembros de estas clases deben buscarse así como el pastor busca a la oveja perdida. Hay que buscarlos con esfuerzo diligente y personal. Cuando se descuida la obra personal, se pierden numerosas oportunidades preciosas, las cuales, si se aprovecharan, harían progresar definidamente la obra.

Como resultado de la presentación de la verdad en las grandes congregaciones se despierta un espíritu de investigación, y es especialmente importante que ese interés se atienda por medio del trabajo personal. Quienes desean investigar la verdad, necesitan que se les enseñe a estudiar con diligencia la Palabra de Dios. Alguien debe ayudarles a construir sobre firme fundamento. En este momento crítico de su experiencia religiosa, es muy importante que obreros bíblicos dirigidos con sabiduría les ayuden a comprender los tesoros de la Palabra de Dios.

La misión en la ciudad: una escuela de preparación

Una obra bien equilibrada se puede efectuar mejor cuando se mantiene un seminario de capacitación para obreros. Paralelamente con las reuniones públicas, el seminario debe contar con la colaboración de obreros experimentados con profunda comprensión espiritual, que puedan instruir diariamente a los obreros bíblicos y unirse de todo corazón a la obra de predicación del Evangelio al público. Y a medida que se conviertan hombres y mujeres a la verdad, los dirigentes de la campaña de evangelismo debieran, con mucha oración, mostrar a estos nuevos conversos la forma de experimentar el poder de la verdad en sus vidas. Este esfuerzo de parte de todos los obreros será como un clavo fijado en un lugar firme.

Enseñanza de los principios de la reforma pro salud

Como pueblo, se nos ha encomendado la obra de dar a conocer los principios de la reforma pro

salud. Hay quienes piensan que el asunto del régimen de alimentación no tiene suficiente importancia para incluirlo en sus campañas de evangelismo. Pero cometen un grave error. La Palabra de Dios declara: “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios”. (1 Corintios 10:31) El tema de la temperancia, con sus abarcantes implicaciones, tiene un lugar importante en la obra de salvación.

En los lugares donde se efectúan campañas de evangelismo en las ciudades, debiera haber salas adecuadas para reunir a las personas que han manifestado interés en la verdad, a fin de instruirlas. Esta obra necesaria no debe hacerse en forma mezquina, para no causar una impresión desfavorable en la gente. Todo lo que se haga debiera revelar en forma favorable al Autor de la verdad y representar debidamente la santidad e importancia de las verdades del mensaje del tercer ángel.

Hay que ofrecer al público clases de cocina para enseñar a la gente a preparar alimentos sanos.

Es necesario explicar la necesidad de no usar alimentos perjudiciales para la salud. Pero nunca debiéramos proponer dietas que desnutran a la gente. Es posible tener una dieta sana y nutritiva sin usar té, café ni carne. La obra de enseñar a la gente a preparar comida sana y apetitosa, es de la más grande importancia.

La obra de la reforma pro salud es el medio que Dios tiene para aliviar el sufrimiento que hay en el mundo y para purificar a su iglesia. Enseñad a la gente que puede obrar como las manos ayudadoras de Dios al colaborar con el Maestro en la restauración de la salud física y espiritual. Esta obra lleva la firma del cielo y abrirá puertas para la entrada de otras preciosas verdades. Hay lugar para que trabajen todos los que deseen ocuparse de esta obra con inteligencia.

Se me ha encomendado que presente este mensaje: Mantened en alto la obra de la reforma pro salud. Mostrad con gran claridad su valor para que se sienta una amplia necesidad de practicarla. La abstinencia de todo alimento y bebida

perjudiciales es el fruto de la verdadera religión. El que está cabalmente convertido abandonará todo hábito y apetencia perjudiciales. Mediante la abstinencia total vencerá su deseo de consumir productos destructores de la salud.

Se me ha instruido que diga a los que se ocupan de la reforma pro salud: Seguid adelante. La obra necesita toda la influencia que podáis ejercer para rechazar la ola de los males morales. Que los que enseñan el mensaje del tercer ángel se mantengan fieles a su cometido. “Así que hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”. (Romanos 12:1-2) Que a los que trabajan con la palabra y la doctrina, Dios los arme con los mensajes de verdad más claros. Si sus obreros presentan estos mensajes con sencillez, seguridad y autoridad, el Señor trabajará con ellos.

No hay que descuidar a las clases acomodadas

Los siervos de Cristo debieran trabajar fielmente por la gente rica de nuestras ciudades, lo mismo que por los pobres y los humildes. Hay muchas personas ricas, susceptibles a las influencias e impresiones del mensaje evangélico, que serán inducidas por el Espíritu de Dios a abrir puertas para el progreso del Evangelio, cuando se les presente la Biblia y solamente la Biblia como expositora de la fe y la práctica cristianas. Manifestarán una fe viva en la Palabra de Dios y emplearán los recursos a ellos confiados para preparar el camino del Señor y enderezar camino en el desierto para nuestro Dios.

Durante años hemos tenido que hacer frente a esta situación angustiosa: ¿Cómo podremos reunir fondos en cantidad adecuada para sostener las misiones que el Señor ha abierto ante nosotros? Leemos los claros mandamientos del Evangelio; y las misiones, tanto en los Estados Unidos como en los países extranjeros, presentan sus necesidades. Las recomendaciones, sí, las revelaciones positivas

de la Providencia, se unen para instamos a llevar a cabo rápidamente la obra que está esperando que alguien la haga. El Señor desea que se conviertan personas ricas para que actúen como sus manos ayudadoras en la obra de alcanzar a la gente. Desea que los que pueden ayudar en la obra de reforma y restauración, vean la preciosa luz de la verdad y sean transformados en su carácter y sean guiados para que empleen el capital que se les ha confiado en el servicio de Dios. El desea que inviertan los recursos que les ha confiado en hacer el bien, en abrir el camino para que el Evangelio se predique a todas las clases sociales cerca y lejos.

¿No será apreciado el cielo por los hombres sabios del mundo? Oh, sí; entonces encontrarán reposo y paz de todo afán, ambición y acciones egoístas. Instadlos a que busquen la paz, la felicidad y el gozo que Cristo anhela derramar sobre ellos. Instadlos a que se esfuercen por asegurarse el don más precioso que pueda concederse a un mortal: el vestido de la justicia de Cristo. Cristo les ofrece una vida que se mide con la vida de Dios, y “un excelente y eterno peso de

gloria”. Si aceptan a Cristo tendrán el honor más elevado, honor que el mundo no puede dar ni quitar. Descubrirán que en la obediencia a los mandamientos de Dios existe una valiosa recompensa.

El compasivo Redentor pide a sus servidores que presenten a ricos y pobres la invitación a la cena. Salid a los lugares concurridos y a los lugares despoblados, y por medio de vuestros esfuerzos perseverantes y determinados, instadlos a entrar. Que los ministros del Evangelio hagan contacto con esas personas adineradas del mundo y las traigan al banquete de la verdad que Cristo ha preparado para ellas. Aquel que dio su vida preciosa por ellos dice: “Traedlos y sentadlos a mi mesa, y yo les serviré”.

Ministros de Cristo, relacionaos con esta clase de personas. No las paséis por alto por considerarlas sin esperanza. Trabajad con toda la persuasión posible, y como fruto de vuestros fieles esfuerzos veréis en el reino de los cielos a hombres y mujeres que serán coronados como vencedores y

cantarán el himno triunfante del conquistador. “Y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas”. (Apocalipsis 3:4)

Hasta ahora se han realizado escasos esfuerzos en favor de personas que ocupan posiciones de responsabilidad en el mundo. Muchas de ellas poseen calificaciones superiores; tienen recursos e influencia. Estos son dones valiosos que el Señor les ha confiado para que los aumenten y empleen para el bien de otros.

Procurad salvar a personas adineradas. Instadlas a devolver al Señor los tesoros que les ha confiado, para que en Nueva York y otras grandes ciudades puedan establecerse centros de influencia de los cuales salgan las verdades bíblicas en su sencillez para que la gente las reciba. Persuadidlas a que pongan sus tesoros junto al trono de Dios al devolver al Señor su substancia y permitir a sus obreros hacer el bien y promover su gloria.

Planes para aumentar el número de obreros

El poder de un ejército se mide mayormente mediante la eficacia de sus soldados. Un general sabio instruye a sus oficiales a que entrenen a cada soldado para el servicio activo, porque desea desarrollar la mayor eficacia posible en todos ellos. Si tuviera que depender únicamente de sus oficiales, no podría esperar llevar a cabo una campaña de éxito. Cuenta con el servicio leal e incansable de todos los hombres que componen su ejército. La responsabilidad descansa mayormente sobre los hombres que integran las filas.

Lo mismo sucede en el ejército del Príncipe Emanuel. Nuestro General, quien jamás ha perdido una batalla, espera un servicio fiel y voluntario de todos los que se han alistado bajo su estandarte. En el conflicto final que actualmente se libra entre las fuerzas del bien y las huestes del malo, él espera que todos, laicos y ministros, hagan su parte. Todos los que se han alistado como sus soldados deben prestarle servicio fiel, con un agudo sentido de su responsabilidad individual.

Los que tienen a su cargo la responsabilidad de velar por la salud espiritual de la iglesia, debieran inventar medios y recursos a fin de dar a cada miembro de la iglesia la oportunidad de realizar una parte en la obra de Dios. No se ha hecho esto en el pasado con mucha frecuencia. No se han trazado planes definidos para utilizar en el servicio activo los talentos de todos. Hay tan sólo pocas personas que comprenden cuánto se ha perdido a causa de esto.

Los dirigentes de la causa de Dios, como sabios generales, deben trazar planes para llevar a cabo acciones de avanzada a lo largo de toda la línea. En sus planes deben tomar en cuenta especialmente la obra que los laicos pueden llevar a cabo en beneficio de sus amigos y vecinos. La obra de Dios en este mundo no podrá terminarse hasta que los hombres y las mujeres que componen la feligresía de nuestra iglesia se interesen en la obra y unan sus esfuerzos con los de los ministros y dirigentes de la iglesia.

La salvación de los pecadores requiere trabajo personal decidido. Tenemos que presentarles la palabra de vida sin esperar que ellos vengan a nosotros. ¡Quisiera poder hablar a hombres y mujeres palabras que los despierten a la acción diligente! Los momentos que ahora se nos han concedido son escasos. Nos encontramos en el umbral mismo del mundo eterno. No tenemos tiempo que perder. Cada momento es de oro y demasiado valioso para dedicarlo únicamente a nuestro servicio personal. ¿Quiénes buscarán fervientemente a Dios para obtener de él poder y gracia para ser sus obreros fieles en el campo misionero?

El desarrollo de talentos en la iglesia

En toda iglesia hay talentos, los cuales, con el trabajo adecuado, pueden desarrollarse a fin de convertirlos en gran ayuda para la obra. Lo que ahora se necesita para la edificación de nuestras iglesias es la excelente obra de los sabios obreros que puedan discernir y desarrollar talentos en la iglesia, talentos que puedan entrenarse para que el

Maestro pueda usarlos. Debiera haber planes bien organizados para emplear obreros que vayan a todas las iglesias, grandes y pequeñas, para enseñar a los miembros a trabajar para la edificación de la iglesia y también por los incrédulos. Lo que se necesita es educación y formación. Los que trabajan en la visitación de las iglesias debieran enseñar a los hermanos y hermanas métodos prácticos para llevar a cabo la obra misionera.

Toda la predicación del mundo no logrará que los miembros sientan profundamente la necesidad de las almas que perecen a su alrededor. Nada despertará más en los miembros un celo que los mueva a obrar con sacrificio, que enviarlos a los nuevos campos para que trabajen por los que viven en las tinieblas. Preparad obreros para que vayan a los lugares populosos y a los lugares donde hay menos gente. Necesitamos agrónomos sabios que puedan trasplantar árboles a nuevas localidades y les den los cuidados necesarios para que puedan crecer. El pueblo de Dios tiene el deber positivo de ir a lugares alejados. Enviad fuerzas a preparar nuevos lugares y establecer nuevos centros de

influencia dondequiera encuentren una oportunidad. Reunid obreros con auténtico celo misionero y enviadlos a difundir luz y conocimiento lejos y cerca. Instadlos a llevar los principios vivientes de la reforma pro salud a las comunidades que ignoran en gran medida estos principios.

Hay que animar a personas humildes a que trabajen en la obra de Dios. Obtendrán una valiosa experiencia a medida que trabajen. Hay escasez de obreros y no podemos privarnos ni de uno solo. En lugar de desanimar a los que tratan de servir al Maestro, debiéramos animar a más obreros a que entren en el campo.

Un servicio gozoso

Todos los que se mantienen en comunión con Dios encontrarán abundancia de trabajo para él. Los que obran con el espíritu del Maestro, y tratan de alcanzar a las almas con la verdad, no encontrarán aburrida ni pesada la obra de conducir a las almas hacia Cristo. Se les ha encomendado

una obra como mayordomos de Dios, y obtendrán cada vez mayor vitalidad a medida que se den por entero al servicio de Dios. Abrir las Escrituras para que otros las conozcan es una obra que llena de gozo.

Educad a hombres y mujeres jóvenes para que se conviertan en obreros en sus propios vecindarios y en otros lugares. Que todos determinen adquirir habilidad para llevar a cabo la obra para este tiempo, y que se preparen para hacer el trabajo al que mejor se adapten.

Muchos jóvenes que han recibido la educación debida en sus hogares deben ser preparados para el servicio y animados a elevar el estandarte de la verdad en nuevos lugares por medio de un trabajo bien planeado y fielmente realizado. Al relacionarse con nuestros ministros y obreros experimentados en el trabajo en la ciudad, obtendrán un entrenamiento apropiado. Actuando bajo la dirección divina y sostenidos por las oraciones de sus compañeros en la obra de más experiencia, pueden llevar acabo un trabajo

satisfactorio y bendecido. Al unir sus esfuerzos con el de los obreros de más edad, y al utilizar sus energías juveniles en forma provechosa, tendrán el compañerismo de los ángeles celestiales; y como colaboradores de Dios, tienen el privilegio de cantar, orar, creer y trabajar con valor y libertad. La confianza que los seres celestiales les infundirán a ellos y a sus colaboradores, los inducirá a la oración y la alabanza, y a la sencillez de la fe auténtica.

No debieran demorarse los planes para preparar a los miembros de la iglesia. Elegid para que trabajen en las grandes ciudades a personas que sean totalmente consagradas y que comprendan el carácter sagrado y la importancia de la obra. No enviéis a los que no estén calificados en este sentido. Se necesitan personas que promuevan los triunfos de la cruz, que perseveren bajo el desánimo y las privaciones, que tengan el valor, el celo, la determinación y la fe que son indispensables en el campo misionero. Y a los que no trabajen personalmente, quisiera decirles: No pongáis trabas a los que están dispuestos a trabajar,

sino dadles ánimo y prestadles apoyo.

Toda esta obra de preparación debiera ir acompañada por una ferviente búsqueda del Señor para recibir su Espíritu Santo. Destacad esto ante los que están dispuestos a dedicarse al servicio del Maestro. El mundo observa nuestro comportamiento. Cada acto es escudriñado y observado. Hay que cultivar con diligencia las gracias cristianas, para que los que profesan la verdad puedan enseñarla a otros tal como es en Jesús, para que ellos mismos sean ejemplos y nuestros enemigos no puedan decir nada malo de ellos. Dios pide que haya mayor piedad, santidad de vida y pureza de comportamiento, de acuerdo con los principios elevadores y santificadores que profesamos. Las vidas de los obreros de Cristo debieran ser de tal naturaleza que los incrédulos, al ver su santo comportamiento y conversación circunspecta, puedan ser encantados por la fe que produce tales resultados.

El esfuerzo personal en relación con los congresos

La obra que se efectúa en nuestros congresos debiera llevarse a cabo siguiendo las enseñanzas de Jesús y no según los métodos humanos. Hay que conseguir que los miembros de iglesia trabajen. Los ángeles de Dios dirigirán en la apertura de campos cercanos y lejanos, para que la obra de amonestar al mundo se complete con rapidez. Dios llama a los creyentes a que obtengan experiencia en la obra misionera al ir a nuevos territorios y trabajar con inteligencia por la gente. Los que hagan esto encontrarán abundantes oportunidades de trabajo.

En el proceso de atender a las personas que manifestaron interés durante un congreso, se requieren auxiliares en diversas líneas, y estas oportunidades debieran considerarse como escuelas de capacitación para los obreros. Que los jóvenes trabajen con obreros experimentados, quienes orarán con ellos y los instruirán pacientemente. Mujeres consagradas debieran dedicarse a dar

estudios bíblicos de casa en casa. Algunos obreros debieran dedicarse al colportaje para vender nuestras publicaciones y darlas juiciosamente a quienes no puedan comprarlas.

Los que están cabalmente convertidos deben capacitarse cada vez más en su comprensión de las Escrituras, para poder hablar palabras de luz y salvación a quienes están en las tinieblas y perecen en sus pecados. Como obreros juntamente con Dios, podemos esperar bendiciones especiales y resultados definidos mientras nos esforzamos por salvar almas de las trampas de Satanás para que se conviertan en hijos de luz.

Centros de turismo y centros comerciales

Aquellos que se han dedicado al servicio del Maestro en respuesta al llamamiento del momento, bien podrían estudiar sus métodos de trabajo. El Salvador, durante su ministerio terrenal, aprovechó las oportunidades para trabajar en los lugares por donde transitaban los viajeros. Jesús moraba en Capernaum mientras viajaba de un lugar a otro, y

esta ciudad llegó a conocerse como “su ciudad”. Esta ciudad estaba bien situada para ser el centro de la obra del Salvador. Por encontrarse en la ruta de Damasco a Jerusalén, y a Egipto y el mar Mediterráneo, pasaban por ella o bien descansaban allí, numerosos viajeros de diversos países. Ahí podía Jesús encontrar a gente de todas las naciones y condiciones sociales, el rico, el importante, como también el pobre y el humilde; y sus lecciones serían llevadas a otros países y a muchos hogares. Así la gente se interesaría en investigar las profecías y dirigiría su atención hacia el Salvador, y su misión se llevaría ante el mundo.

En estos días de viajes, las oportunidades para ponerse en contacto con hombres y mujeres de todas las clases sociales y de muchas nacionalidades, son mayores que en los días de los israelitas. Las rutas de viaje se han multiplicado mil veces. Dios ha preparado admirablemente el camino. Tenemos a nuestra disposición los beneficios de la imprenta. Tenemos Biblias y publicaciones en diversos idiomas que explican la verdad para este tiempo, que pueden llevarse con

rapidez a todos los países del mundo.

Los cristianos que viven en los grandes centros comerciales y turísticos tienen oportunidades especiales. Los creyentes que moran en estas ciudades pueden trabajar para Dios en el vecindario de sus hogares.

En los centros de salud más famosos y en los centros de turismo, atestados con miles de buscadores de salud y placer, debieran haber ministros y colportores capaces de atraer la atención de las multitudes. Que estos obreros busquen la oportunidad de presentar el mensaje para esta hora y que lleven a cabo reuniones cuando puedan. Que aprovechen sin pérdida de tiempo las ocasiones de hablar a la gente. Acompañados por el poder del Espíritu Santo, que se relacionen con la gente con el mensaje presentado por Juan el Bautista: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado”. Mateo 3:2. La palabra de Dios debe presentarse con claridad y poder, para que oigan la verdad los que tienen oídos para oír. En esta forma el

Evangelio de la verdad presente se colocará en el camino de quienes no lo conocen, y será aceptado por muchas personas y llevado a sus hogares en todas partes del mundo.

Con celo incansable

Debemos presentar la última advertencia de Dios a los seres humanos, con ferviente estudio de la Biblia y activa difusión de la luz. Que cada alma que ha recibido la iluminación divina trate de impartirla a otros. Que los obreros vayan de casa en casa y abran la Biblia ante la gente, que hagan circular las publicaciones, que comuniquen a otros la luz que ha bendecido sus propias almas. Que las publicaciones se distribuyan juiciosamente, en los trenes, en la calle, en los grandes barcos que surcan los mares y por correo.

Hay que llevar a cabo una gran obra, y los que conocen la verdad debieran ayudar con entusiasmo. El amor de Cristo debe llenar sus corazones. El Espíritu de Cristo debe derramarse sobre ellos, y deben prepararse para el juicio. Al consagrarse a

Dios, un poder convincente apoyará sus esfuerzos por presentar la verdad a otras personas. No debemos continuar durmiendo en el terreno encantado de Satanás, sino que debiéramos poner en acción todos nuestros recursos, y aprovechar toda facilidad provista por la Providencia. La última advertencia debe ser proclamada ante “muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes” (Apocalipsis 10:11); y se les ha dado esta promesa: “He aquí estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. (Mateo 28:20)

Se me ha instruido que llame la atención de los ministros a las ciudades en las que no hemos trabajado, y que los urja por todos los medios posibles a abrir el camino para la presentación de la verdad. En algunas de las ciudades en que se presentó por primera vez el mensaje de la segunda venida del Señor, nos sentimos compelidos a llevar a cabo la obra como si se tratara de un nuevo campo. ¿Durante cuánto tiempo más pasaremos por alto estos campos improductivos, estas ciudades en las que no hemos entrado? La siembra de la semilla debe comenzar sin pérdida de tiempo en muchos

lugares.

El Señor exige que sus servidores manifiesten un espíritu que capte con rapidez el valor de las almas, que discierna prontamente los deberes que deben llevarse a cabo y que cumpla rápidamente las obligaciones que el Señor les ha impuesto. Debe existir una dedicación que no contemple ningún interés terrenal de suficiente valor como para tomar el lugar de la obra que debe realizarse en ganar almas para el conocimiento de la verdad.

Ministros, predicad las verdades que conducirán hacia el trabajo personal por los que viven sin Cristo. Animad el esfuerzo personal en toda forma posible. Recordad que el trabajo de un ministro no consiste solamente en predicar. Debe visitar a las familias en sus hogares, orar y estudiar la Biblia con ellas. El que trabaja fielmente fuera del púlpito logrará diez veces más que el que no lo hace. Que nuestros ministros lleven su carga de responsabilidad con temor y temblor, que se vuelvan al Señor en busca de sabiduría y que pidan constantemente su gracia. Que conviertan a Jesús

en su modelo, y que estudien con diligencia su vida para introducir en sus prácticas cotidianas los principios que lo motivaron en su servicio cuando vivió en el mundo.

* * * * *

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”. Esta es una receta para la curación de todos los males mentales, físicos y espirituales. Es el don de Cristo para quienes lo buscan con sinceridad y en verdad. El es el Gran Sanador. Luego viene otra invitación: “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga”. (Mateo 11:28-30) Al llevar el yugo de Cristo y al aprender de él la lección de la humildad, encontramos reposo en la fe y confianza. Descubrimos que el yugo de Cristo es fácil, y ligera su carga.

Capítulo 13

Llamamiento a los miembros de la Iglesia

Cuando obreros de experiencia inician una campaña de evangelización en una comunidad donde hay miembros de nuestra iglesia, es deber solemne de los creyentes que viven en ese lugar hacer cuanto esté a su alcance para preparar el camino para que el Señor trabaje. Deben escudriñar su corazón con oración y quitar de él todo pecado que les impida cooperar con Dios y con sus hermanos.

No siempre esto ha sido bien comprendido. A menudo creó Satanás una atmósfera que impidió que los miembros de la iglesia discernieran las oportunidades de servir. Muchas veces hubo creyentes que permitieron a Satanás servirse de ellos en el momento mismo en que hubiesen debido consagrarse enteramente a Dios y al adelanto de su obra. Inconscientemente, se

extraviaron lejos del camino de la justicia. Al cultivar un espíritu de crítica y de maledicencia, de piedad farisaica y orgullosa, contristaron al Espíritu de Dios y demoraron considerablemente la obra de los mensajeros del Señor.

Este mal ha sido señalado en repetidas ocasiones y en diversos lugares. En ocasiones, los que se habían dejado llevar por un espíritu de censura y condenación, se arrepintieron y convirtieron. Entonces Dios pudo usarlos para su honra y gloria.

Vivimos en una época especial de la historia de este mundo; debe hacerse una gran obra en muy poco tiempo, y cada creyente debe contribuir personalmente a sostenerla. Dios está pidiendo gente dispuesta a consagrarse a la obra de salvar almas. Cuando comencemos a comprender el sacrificio que Cristo realizó para salvar al mundo condenado a perecer, lucharemos poderosamente para rescatar a la gente. ¡Ojalá que todas las iglesias pudieran ver y comprender el sacrificio infinito de Cristo!

Un movimiento de reforma

En visiones de la noche pasó delante de mí un gran movimiento de reforma en el seno del pueblo de Dios. Los enfermos eran sanados y se efectuaban otros milagros. Se advertía un espíritu de oración como lo hubo antes del gran día de Pentecostés. Veíase a centenares y miles de personas visitando las familias y explicándoles la Palabra de Dios. Los corazones eran convencidos por el poder del Espíritu Santo, y se manifestaba un espíritu de sincera conversión. En todas partes las puertas se abrían de par en par para la proclamación de la verdad. El mundo parecía iluminado por la influencia divina. Los verdaderos y sinceros hijos de Dios recibían grandes bendiciones. Oí las alabanzas y las acciones de gracias: parecía una reforma análoga a la del año 1844.

Sin embargo, algunos rehusaban convertirse; no estaban dispuestos a andar en las sendas de Dios, y cuando se hacía un pedido de ofrendas

voluntarias para el adelanto de la obra de Dios, se aferraban egoístamente a sus bienes terrenales. Esas personas avarientas se separaron de la compañía de los creyentes.

Trabajando mientras dura el tiempo de gracia

Los juicios de Dios están en la tierra; bajo la influencia del Espíritu Santo debemos proclamar el mensaje de amonestación que se nos ha confiado. Debemos dar este mensaje sin demora, renglón tras renglón, precepto tras precepto. La gente se verá pronto obligada a tomar decisiones importantes y debemos cuidar de que tenga ocasión de comprender la verdad, de manera que pueda decidirse inteligentemente por el lado del bien. El Señor llama a su pueblo a trabajar con fervor e inteligencia, mientras se prolonga el tiempo de gracia.

La importancia del trabajo personal

Los miembros de nuestras iglesias deben hacer

más trabajo de casa en casa, dando estudios bíblicos y repartiendo impresos. El carácter cristiano sólo puede formarse de manera simétrica y completa si el hombre considera como un gozo trabajar en forma desinteresada en la proclamación de la verdad y sosteniendo la causa de Dios con sus recursos. Debemos sembrar junto a todas las aguas, mantener nuestras almas en el amor de Dios, trabajar mientras es de día y dedicar los recursos que Dios nos ha dado a cumplir cualquier deber que nos toque.

Todo lo que venga a nuestra mano para hacer, debemos hacerlo con fidelidad; cualquiera que sea el sacrificio que seamos llamados a hacer, debemos realizarlo con alegría. Al sembrar junto a todas las aguas comprenderemos que “el que siembra generosamente, generosamente también segará”. (2 Corintios 9:6)

Una obra progresiva

El ejemplo de Cristo debe ser seguido por los que dicen ser sus hijos. Socorred a los necesitados;

su agradecimiento derribará las barreras y os permitirá alcanzar su corazón. Estudiad este asunto con el cuidado que merece. Como iglesias, habéis tenido oportunidades de trabajar en cooperación con Dios. Si hubieseis obedecido a la Palabra de Dios, habríais abogado por un plan de restauración y de salvación, no según un molde rígido, sino progresivo, yendo de gracia en gracia y de fuerza en fuerza.

El Señor me ha presentado la obra que debe realizarse en las ciudades. Los creyentes que se encuentran en ellas deben trabajar para Dios en el vecindario de sus moradas. Deben trabajar calmadamente y con humildad, llevando consigo doquiera vayan una atmósfera celestial. Si evitan que su propio yo se ponga en evidencia y señalan constantemente a Jesús, se hará sentir el poder de su influencia.

No entra en los planes de Dios que la tarea de sembrar la semilla de la verdad se deje principalmente a los predicadores. Personas que no han sido llamadas al ministerio deben trabajar para

su Maestro según sus distintas capacidades. Un obrero que se entrega sin reserva al servicio del Señor, adquiere una experiencia que le asegura éxito creciente en la obra que efectúa para su Maestro. La influencia que le atrajo a Jesús le ayuda a llevar a otros hasta él. Aunque no sea llamado a hablar en público, es no obstante siervo de Dios y su obra atestigua que es hijo de Dios.

Las mujeres, tanto como los hombres, pueden sembrar la verdad donde pueda obrar y hacerse manifiesta. Pueden ocupar su puesto en esta crisis, y el Señor obrará por su intermedio. Si las compenetra el sentimiento de su deber y si trabajan bajo la influencia del Espíritu Santo, tendrán el dominio propio que este tiempo demanda. El Señor hará brillar la luz de su rostro sobre esas mujeres animadas por el espíritu de sacrificio, y les dará un poder superior al de los hombres. Pueden realizar en las familias una obra que los hombres no pueden hacer, una obra que penetra hasta la vida íntima. Pueden acercarse a los corazones de personas a las cuales los hombres no pueden alcanzar. Su cooperación es necesaria. Las mujeres discretas y

humildes pueden hacer una buena obra al explicar la verdad en los hogares. Así explicada, la Palabra de Dios obrará como levadura, y familias enteras se convertirán por su influencia.

Hermanos y hermanas, estudiad vuestros planes; aprovechad toda ocasión que se presente para hablar a vuestros vecinos y a las personas con las cuales os relacionéis; leedles pasajes de los libros que contienen la verdad presente. Mostrad que dais una importancia primordial a la salvación de las almas por las que Cristo hizo un sacrificio tan grande.

En esta obra junto a las almas que perecen, tendréis la compañía de los ángeles. Miríadas y miríadas de ángeles están listos para colaborar con los miembros de nuestras iglesias para comunicar la luz que Dios impartió generosamente para preparar a un pueblo para la venida de Jesús. “He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación”. (2 Corintios 6:2) Ruegue con fervor al Señor cada familia que él le dé fuerzas para cumplir su obra.

No descuidéis las cosas pequeñas esperando una obra más importante. Puede ser que seáis capaces de cumplir con éxito una obra limitada mientras que fracasaríais completamente en una obra más grande, cayendo además en el desaliento. Haced todo lo que os venga a mano. Ya seáis ricos o pobres, grandes o pequeños, Dios os llama a servirle activamente. Al hacer voluntariamente lo que os venga a mano, vuestros talentos y aptitudes se desarrollarán para la obra. Y es al descuidar las oportunidades diarias como os volvéis inútiles. Por esta causa hay en el huerto del Señor tantos árboles que no llevan fruto.

En el círculo de la familia, en el hogar de vuestro vecino, a la cabecera del enfermo, podéis con serenidad leer las Escrituras y decir una palabra en favor de Jesús y de la verdad. Así será sembrada la preciosa semilla que con el tiempo brotará y dará fruto.

Debe hacerse obra misionera en muchos lugares que aparentemente prometen poco

resultado. El espíritu misionero debe posesionarse de nuestras almas e impulsamos a alcanzar ciertas clases de personas en las que no habíamos pensado, y a trabajar en lugares y con recursos que no hubiésemos imaginado siquiera. El Señor tiene su plan para esparcir la semilla del Evangelio. Sembrando según su voluntad, multiplicaremos la semilla en tales proporciones que su Palabra podrá alcanzar a millones de personas que aún no han oído la verdad.

En todas partes se presentan ocasiones. Apresuraos a entrar en cada camino que la Providencia os abra. Nuestros ojos necesitan la unción celestial para discernir tales ocasiones. Dios quiere ahora misioneros activos y clarividentes. Se nos presentarán caminos abiertos y entonces deberemos comprender las intenciones de la Providencia.

Los mensajeros de Dios han recibido la orden de emprender la misma obra que Cristo realizó cuando estaba en la tierra. Deben dedicarse a los mismos ramos de actividad a los que él se

consagró. Con fervor y sinceridad, deben hablar a los hombres de las riquezas inagotables y del tesoro imperecedero de los cielos. Deben estar llenos del Espíritu Santo. Deben repetir los ofrecimientos de paz y perdón que el Cielo les dirige. Deben señalar las puertas de la ciudad de Dios, diciendo: “Bienaventurados los que lavan sus ropas [guardan sus mandamientos], para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad”. (Apocalipsis 22:14)

Cultivad el espíritu de abnegación

Cada miembro de la iglesia debe cultivar el espíritu de sacrificio. En todo hogar, deben enseñarse lecciones de abnegación. Padres y madres, enseñad a vuestros hijos a economizar. Animadles a ahorrar sus centavos para la obra misionera. Jesús es nuestro ejemplo. Por amor de nosotros se hizo pobre, para que por su pobreza fuésemos enriquecidos. Enseñó que todos deben unirse en amor para trabajar como él trabajó, para sacrificarse como él se sacrificó, para amar como hijos de Dios.

Hermanos y hermanas, debéis estar dispuestos a ser convertidos, para poder practicar la abnegación de Cristo. Vestíos con sencillez, pero decentemente. Gastad lo menos posible para vosotros mismos. Tened en vuestra casa una alcancía de abnegación, en la cual podréis poner el dinero ahorrado merced a vuestros pequeños sacrificios. Procurad obtener, cada día, una comprensión más clara de la Palabra de Dios y aprovechad toda ocasión para impartir a otros el conocimiento adquirido. No os canséis de hacer bien, puesto que Dios os imparte constantemente la gran bendición de su Don hecho a la humanidad. Cooperad con el Señor Jesús, y él os enseñará las preciosas lecciones de su amor. El tiempo es corto; en el momento oportuno, cuando el tiempo ya no será más, recibiréis vuestra recompensa. Estoy encargada de decir a los que aman a Dios sinceramente y que tienen recursos propios: Ahora es el tiempo cuando debéis invertir vuestros bienes en el sostén de la obra de Dios. Ahora es el tiempo de sostener a los predicadores en sus esfuerzos desinteresados para salvar las almas que perecen.

¿No tendréis una gloriosa recompensa cuando, en los atrios celestiales, os encontréis con las personas que habréis contribuido a salvar?

Nadie guarde sus monedas; y regocíjense los que tienen mucho porque pueden hacerse en el cielo un tesoro que nunca se agotará. El dinero que rehusemos colocar en la obra del Señor, perecerá y no producirá ningún interés en el banco del cielo.

Al hablar de los que rehusan a Dios lo que le pertenece, el apóstol Pablo dice: “Porque los que quieren enriquecerse, caen en tentación y lazo, y en muchas codicias locas y dañosas, que hunden a los hombres en perdición y muerte. Porque el amor al dinero es la raíz de todos los males: el cual codiciando algunos, se descaminaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores”. (1 Timoteo 6:9-10)

No es pequeña tarea la de sembrar junto a todas las aguas. Requiere un caudal continuo de dones y ofrendas. Al mayordomo fiel, Dios le concederá lo necesario para que tenga suficientemente de todo y

que pueda abundar en toda buena obra. “Como está escrito: Repartió, dio a los pobres; su justicia permanece para siempre. Y el que da semilla al que siembra, y pan al que come, proveerá y multiplicará vuestra sementera, y aumentará los frutos de vuestra justicia”. (2 Corintios 9:9-10) El Señor cuida de la semilla sembrada con mano liberal. Aquel que provee la semilla al sembrador le dará también lo necesario para que pueda cooperar con el Dador de la semilla.

El Señor llama hoy a los adventistas del séptimo día, en todo lugar, para que se consagren enteramente a él, y que hagan todo lo que esté a su alcance para promover su obra, según las circunstancias en que se encuentren. El desea verles mostrar, por medio de dones y ofrendas generosas, cuánto aprecian sus bendiciones y cuánta gratitud sienten por su misericordia.

Amados hermanos y hermanas, todo el dinero que tenemos pertenece al Señor. Os invito ahora, en el nombre del Señor, a uniros todos para terminar con éxito las empresas que se han iniciado

de acuerdo con los consejos de Dios. Que la creación de capillas, para testificar por Dios en los diversos lugares, no sea dificultada por haberse retenido los fondos necesarios para ello. Que aquellos que luchan para desarrollar obras importantes, grandes y pequeñas, no sean desanimados por nuestra tardanza en unimos para poner a esas empresas en condiciones de poder hacer un trabajo útil. Que todos nuestros hermanos y hermanas consideren lo que pueden hacer. Demuestren que entre los adventistas del séptimo día hay unión y fuerza.

Condiciones para un servicio aceptable

Como pueblo, debemos entrar en santa comunión con Dios. Es necesario que la luz del cielo brille en nuestros corazones y en nuestras mentes; necesitamos la sabiduría que sólo Dios puede impartir, si queremos proclamar con éxito el mensaje a las ciudades. Entren en las filas nuestras iglesias en todo lugar.

Que ninguno de los que por el bautismo se han

comprometido a vivir para el servicio y la gloria de Dios, niegue su compromiso. Es necesario salvar al mundo y este pensamiento debe inducirnos a hacer mayores sacrificios y un trabajo más intenso en favor de los que están fuera del buen camino.

Cuando andéis conforme a los principios contenidos en la Palabra de Dios, vuestra influencia será valiosa para cualquier iglesia y organización. Debéis acudir en ayuda de Jehová, contra los poderosos. Todas las palabras frívolas, toda liviandad y trivialidad son otras tantas seducciones del enemigo para privaros de fuerza espiritual. Fortaleceos contra este mal, en el nombre del Dios de Israel. Si os humilláis delante de Dios, él os dará un mensaje para aquellos que en comarcas lejanas necesitan vuestra ayuda. Preparad vuestras lámparas y tenedlas encendidas; para que en todas partes donde andéis podáis derramar preciosos rayos de luz por medio de vuestras palabras y acciones.

Si nos consagramos al servicio del Señor, él nos mostrará lo que debemos hacer. Si entramos en

relaciones más estrechas con Dios, él obrará con nosotros. No nos dejemos dominar por el yo y por nuestros intereses hasta el punto de olvidarnos de aquellos que suben la escalera de la experiencia cristiana y que necesitan nuestra ayuda. Debemos estar listos para emplear en la obra del Señor las capacidades que nos ha dado y para decir, a tiempo y fuera de tiempo, palabras que ayuden y hagan bien.

Hermanos y hermanas, ¿estamos considerando las necesidades de las grandes ciudades del Este [de los Estados Unidos]? ¿Acaso no sabemos que tienen que ser amonestadas acerca de la próxima venida de Cristo? La obra que tenemos que hacer es admirablemente grandiosa. Hay un mundo que salvar; hay almas por las cuales trabajar en las ciudades del Este, en los Estados en los que el mensaje de la venida de nuestro Señor se predicó por primera vez. ¿Quiénes se dedicarán a llevar a cabo este ramo de la obra misionera? Se cuentan por centenares los miembros que debieran estar en el campo y que nada o muy poco hacen para el adelantamiento del mensaje. Las almas que nunca

han oído el último mensaje evangélico constituyen una pesada responsabilidad para los que han tenido todas las ventajas que significa conocer la verdad, que han sido instruidos renglón tras renglón, precepto tras precepto, un poco aquí y otro poco allá.

Si en este tiempo favorable los creyentes se presentan con humildad delante de Dios, quitan de su corazón todo lo malo y le consultan a cada paso, él se manifestará a ellos y los alentará. Y mientras los miembros de la iglesia hagan su parte fielmente, el Señor conducirá y dirigirá a sus instrumentos escogidos y los fortalecerá para su importante obra. Unidos todos, sostengamos sus brazos por medio de muchas oraciones y atraigamos los brillantes rayos del santuario celestial.

El fin se acerca; avanza sigilosa, imperceptible y silenciosamente, como el ladrón en la noche. Concédanos el Señor la gracia de no dormir por más tiempo, como otros lo hacen; sino que seamos sobrios y velemos. La verdad está apunto de

triunfar gloriosamente, y todos los que decidan ahora colaborar con Dios triunfarán con ella. El tiempo es corto; la noche se acerca cuando nadie podrá trabajar. Que los que se gozan en la verdad presente se apresuren ahora a impartirla a otros. El Señor pregunta: “¿A quién enviaré?” Los que están dispuestos a hacer sacrificios por la verdad, deben responder ahora: “Heme aquí, envíame a mí”. (Isaías 6:8)

* * * * *

Los que tienen responsabilidades deben recordar que el Espíritu Santo es el que amolda a las personas. El Señor es quien controla. No debemos tratar de amoldar, siguiendo nuestras ideas personales, a quienes trabajan con nosotros. Debemos dejar que Cristo los amolde. El no sigue ninguna pauta humana. Obra según su propia mente y Espíritu. La obra del hombre consiste en revelar al mundo lo que Cristo ha puesto en su corazón; por medio de su gracia el ser humano se convierte en participante de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que existe en

el mundo a causa de la concupiscencia. Las facultades más elevadas de aquel que recibe a Cristo se fortalecen y ennoblecen, y la persona queda capacitada para servir a Dios.

Muchos de los eruditos del mundo han recibido una educación tan elevada que no pueden tocar a la gente común. Su conocimiento es intrincado. Se eleva mucho, pero no descansa en ninguna parte. Los hombres de negocios más inteligentes anhelan la verdad sencilla, como la que Cristo dio a la gente cuando estuvo en el mundo; la verdad que él dijo que era espíritu y vida. Sus palabras son como las hojas del árbol de la vida. Lo que el mundo necesita en la actualidad es la luz del ejemplo de Cristo, reflejada desde las vidas de hombres y mujeres semejantes al Salvador. El intelecto más poderoso en favor de la verdad es el intelecto controlado por Cristo, ennoblecido y purificado por la santificación del Espíritu Santo.

* * * * *

Cristo ha dado su comisión: “Id por todo el

mundo”. Marcos 16:15. Todos deben escuchar el mensaje de advertencia. Un premio de valor incalculable espera a los que corren la carrera cristiana. Los que corren con paciencia recibirán una corona de vida cuyo brillo jamás se empañará.

* * * * *

Cultivad la calma y encomendad la protección de vuestras almas a Dios como fiel Creador. El guardará lo que se encomienda a su cuidado. A él no le agrada que cubramos su altar con nuestras lágrimas y quejas. Ya tenemos suficientes motivos para alabar a Dios, aunque no veamos otra alma convertirse. Pero la buena obra continuará si proseguimos hacia adelante sin tratar de ajustarlo todo a nuestras propias ideas. Que la paz de Dios reine en nuestros corazones, y mostrémonos agradecidos. Demos lugar para que Dios trabaje. No obstruyamos su camino. El puede trabajar, y lo hará si se lo permitimos.

* * * * *

Aunque hay que trazar planes extensos, también hay que tener mucho cuidado de que la obra en cada ramo de la causa se mantenga armoniosamente unida con la de los demás departamentos, para así constituir un todo perfecto.

Capítulo 14

Consejos para los ministros

Sanatorio, California, 3 de noviembre de 1901.

A un obrero de mucha experiencia, radicado en Nueva York.

Después de considerar la situación de la obra en Nueva York experimenté una intensa preocupación. Durante la noche se me presentó lo siguiente: Se trabajará en Nueva York; se iniciará la obra en sectores de la ciudad donde no hay iglesias, en los que la verdad se afianzará. Hay gran cantidad de trabajo que se debe realizar en la proclamación de la verdad para este tiempo a la gente que se encuentra muerta en la desobediencia y el pecado. Hombres designados por Dios presentarán mensajes impactantes, mensajes de tal naturaleza que despertarán y amonestarán al público. Algunos se resentirán a causa de la amonestación y resistirán la luz y la evidencia presentadas, pero eso significa que estamos

predicando el mensaje probatorio para este tiempo.

Se presentarán mensajes extraordinarios. Los juicios de Dios ya están en la tierra. Aunque hay que establecer misiones en las ciudades, donde los colportores, obreros bíblicos y obreros médicos misioneros prácticos puedan ser entrenados para presentar la verdad a ciertas clases sociales, también debemos tener en nuestras ciudades evangelistas consagrados, capaces de dar mensajes tan definidos y pertinentes, que impacten a los oyentes.

“Sacad al pueblo ciego que tiene ojos, y a los sordos que tienen oídos. Congréguense a una todas las naciones, y júntense todos los pueblos. ¿Quién de ellos hay que nos dé nuevas de esto, y que nos haga oír las cosas primeras? Presenten sus testigos, y justifíquense; oigan, y digan: Verdad es. Vosotros sois mis testigos, dice Jehová, y mi siervo que yo escogí, para que me conozcáis y creáis, y entendáis que yo mismo soy; antes de mí no fue formado dios, ni lo será después de mí. Yo, yo Jehová, y fuera de mí no hay quien salve. Yo

anuncié, y salvé, e hice oír, y no hubo entre vosotros Dios ajeno. Vosotros, pues, sois mis testigos, dice Jehová, que yo soy Dios. Aun antes que hubiera día, yo era; y no hay quien de mi mano libre. Lo que hago yo, ¿quién lo estorbará?" (Isaías 43:8-13)

"Y guiaré a los ciegos por camino que no sabían, les haré andar por sendas que no habían conocido; delante de ellos cambiaré las tinieblas en luz, y lo escabroso en llanura. Estas cosas les haré, y no los desampararé. Serán vueltos atrás y en extremo confundidos los que confían en ídolos, y dicen a las imágenes de fundición: Vosotros sois nuestros dioses. Sordos, oíd, y vosotros, ciegos, mirad para ver. ¿Quién es ciego, sino mi siervo? ¿Quién es sordo, como mi mensajero que envié? ¿Quién es ciego como mi escogido, y ciego como el siervo de Jehová, que ve muchas cosas y no advierte, que abre los oídos y no oye? Jehová se complació por amor de su justicia en magnificar la ley y engrandecerla". (Isaías 42:16-21)

La obra delineada en estos pasajes es la que

nosotros debemos llevar a cabo. Las expresiones “Mi siervo”, “Israel”, “el siervo de Jehová”, se refieren a cualquiera que el Señor elija y designe para realizar cierto trabajo. Los convierte en ministros de su voluntad, aunque algunos que son elegidos sean tan ignorantes de su voluntad como lo era el rey Nabucodonosor.

Dios trabajará por los miembros de su pueblo que se sometan a la obra del Espíritu Santo. Promete su gloria para el éxito del Mesías y de su reino. “Así dice Jehová Dios, Creador de los cielos, y el que los despliega; el que extiende la tierra y sus productos; el que da aliento al pueblo que mora sobre ella, y espíritu a los que por ella andan: Yo Jehová te he llamado en justicia, y te sostendré por la mano; te guardaré y te pondré por pacto al pueblo; por luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, para que saques de la cárcel a los presos, y de casas de prisión a los que moran en tinieblas...

‘’¿Quién de vosotros oirá esto? ¿Quién atenderá y escuchará respecto al porvenir?’ (Isaías

42:5-7, 23)

El pueblo de Dios que ha tenido luz y conocimiento, no ha llevado a cabo los elevados y santos propósitos de Dios. No ha progresado de victoria en victoria, añadiendo nuevo territorio, elevando el estandarte en las ciudades y en los suburbios. Los que han recibido gran luz de parte del Señor han demostrado poseer gran ceguera espiritual, porque no han andado en la luz para progresar cada vez más en ella. Los miembros de la iglesia no han sido instados a utilizar nervio y músculo espirituales en la tarea de progresar. Hay que hacerles comprender que los ministros no pueden obtener su salvación si permanecen inactivos. Así es como se convierten en personas débiles en vez de ser fuertes.

En cada iglesia hay que elegir a hombres y mujeres jóvenes para que lleven responsabilidades. Dejad que hagan todo esfuerzo necesario para capacitarse a fin de ayudar a los que conocen la verdad. Dios necesita obreros fervientes y firmes. Los humildes y contritos aprenderán por

experiencia personal que no existe salvador fuera de él.

La verdad bíblica debe ser predicada y practicada. Cada rayo de luz recibido debe hacerse brillar en forma clara y evidente. La verdad debe destacarse como una lámpara de poderosa luz. Hay cientos de siervos de Dios que deben responder a este llamamiento y salir al campo como obreros fervorosos dispuestos a ganar almas, que acuden en ayuda del Señor para combatir a los poderosos. Dios llama a hombres vivos, que estén llenos de la influencia vivificadora de su Espíritu, hombres que consideren a Dios como Legislador Supremo y reciban de él abundante prueba del cumplimiento de sus promesas, hombres que no sean tibios, sino entusiastas y fervorosos con su amor.

Si la influencia que se ha ejercido sobre las iglesias durante los veinte años pasados volviera a ejercerse sobre ellas, fracasaría, tal como fracasó en el pasado, y no convertiría a los miembros en seguidores de Cristo abnegados y capaces de llevar su cruz. Muchos han sido sobrealimentados con

alimento espiritual, mientras en el mundo hay miles que perecen sin el pan de vida. Los miembros de la iglesia deben trabajar; deben educarse a sí mismos para alcanzar la elevada norma que se ha puesto ante ellos. El Señor les ayudará a conseguirlo, si colaboran con él. Si guardan sus propias almas en el amor de la verdad, no impedirán que los ministros presenten la verdad en nuevos campos.

Las grandes ciudades debieran haber sido trabajadas poco después que las iglesias recibieron la luz, pero muchos no han experimentado ninguna preocupación por las almas, y Satanás, al encontrarlos susceptibles a sus tentaciones, ha echado a perder su experiencia. Dios pide a su pueblo que se arrepienta, que se convierta y que vuelva a su primer amor, que perdieron porque no lograron seguir los pasos de su abnegado Redentor.

Con valor y sencillez

Ha llegado el tiempo de realizar decididos esfuerzos en lugares donde la verdad no ha sido

todavía proclamada. ¿En qué forma debe hacerse la obra del Señor? Hay que poner un sólido fundamento en todo lugar donde se penetra, con el fin de establecer obra permanente. Hay que poner en práctica los métodos del Señor. No debéis dejaros intimidar por las apariencias exteriores, por muy amenazadoras que parezcan. Debéis llevar adelante la obra tal como el Señor dijo que debía realizarse. Predicad la palabra y el Señor y el Espíritu Santo llevarán convicción a las mentes de los oyentes. La palabra es: “Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían”. (Marcos 16:20)

Muchos obreros deben hacer su parte y dar estudios bíblicos de casa en casa a las familias. Deben demostrar su crecimiento en la gracia al someterse a la voluntad de Cristo. Así obtendrán una valiosa experiencia. A medida que reciban, crean y obedezcan la palabra de Cristo con fe, la eficacia del Espíritu Santo se observará en la obra de su vida. Se verá un esfuerzo intenso y ferviente. Manifestarán una fe que obra por amor y purifica el

alma. Los frutos del Espíritu se advertirán en su vida.

Cristo es la Luz del mundo. Los que le siguen no andan en tinieblas, sino que poseen la luz de la vida. Juan declara de Cristo: “A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”. Juan 1:12. Contemplad a Cristo. Su contemplación hace que el corazón, la mente y el carácter estén en armonía con la voluntad de Dios.

Hay necesidad de toda la instrucción que nuestras misiones puedan impartir. Continuad en vuestra obra con el mismo Espíritu que condujo a su establecimiento. Al abrir las Escrituras, al orar, al ejercer fe, educad al pueblo en los caminos del Señor; así se edificará una iglesia fundada sobre la Roca, Cristo Jesús.

Hay que llevar a cabo la obra en la sencillez de la verdad. Dios dice: “Tengo palabras de ánimo para vosotros”. El Señor tiene en las grandes ciudades muchas almas preciosas que no se han

inclinado ante Baal, y también tiene a los que han adorado a Baal por falta de conocimiento. La luz de la verdad debe brillar sobre ellos, para que contemplen a Cristo como el camino, la luz y la vida.

Realizad vuestra obra con humildad. Nunca os pongáis por encima de la sencillez del Evangelio de Cristo. Encontraréis el éxito en la ganancia de almas al destacar a Cristo, el Redentor que perdona los pecados, y no en el arte de los efectos teatrales. A medida que trabajéis por Dios con humildad y mansedumbre, él se manifestará a vosotros.

El ministro puede destacar la verdad con claridad y fuerza mediante el uso de ilustraciones, símbolos y representaciones de diversas clases. Estos recursos son una ayuda y están en armonía con las instrucciones de Dios. Pero cuando el obrero gasta tanto dinero en sus campañas, que otros obreros no pueden obtener de la tesorería recursos suficientes para sostenerlos en el campo de labor, no está trabajando en armonía con el plan de Dios. La obra en las grandes ciudades debe

efectuarse de acuerdo con los métodos de Cristo y no siguiendo el arte de las representaciones teatrales. No es la representación teatral lo que glorifica a Dios, sino la exposición de la verdad en el amor de Cristo.

No despojéis la verdad de su dignidad y capacidad de impresionar, al llevar a cabo actos preliminares que se rigen más por el arte del mundo que por las instrucciones del Cielo. Haced comprender a los oyentes que vuestras reuniones no tienen el propósito de encantar sus sentidos con música y otros recursos, sino de predicar la verdad en toda su solemnidad para que la reciban como una advertencia y los despierte de su sueño mortal de la complacencia de sí mismos. La verdad desnuda es lo que corta en dos sentidos como una espada de dos filos. Eso es lo que despertará a los que están muertos en sus pecados.

Aquel que dio su vida para salvar a los hombres y las mujeres de la idolatría y la complacencia de sí mismos, dejó un ejemplo que debe ser seguido por todos los que se dedican a la obra de presentar el

Evangelio a la gente. Los siervos de Dios han recibido las verdades más solemnes para que las proclamen, y sus acciones, métodos y planes deben adecuarse a la importancia de su mensaje. Si presentáis la palabra siguiendo los métodos de Cristo, vuestro auditorio quedará profundamente impresionado con las verdades que enseñáis. Recibirán la convicción de que se trata de la palabra del Dios viviente.

Formalismo en el culto de adoración

En su empeño por impresionar a la gente con la verdad, los mensajeros del Señor no deben seguir los métodos del mundo. Para despertar el interés en sus reuniones, no deben depender de cantantes mundanos ni representaciones teatrales. ¿Cómo podrían los que no tienen interés en la Palabra de Dios, que nunca la han leído con el deseo sincero de comprender sus verdades, cantar con el espíritu y el entendimiento? ¿Cómo podrían sus corazones estar en armonía con las palabras de los himnos sagrados? ¿Cómo podría el coro celestial unirse a una música que sólo tiene forma de piedad?

No hay palabras suficientemente fuertes para describir el mal del culto formalista, pero tampoco hay expresiones adecuadas para presentar la profunda bendición del culto genuino. Cuando los seres humanos cantan con el espíritu y el entendimiento, los músicos celestiales se unen en el canto de acción de gracias. Aquel que ha derramado sobre nosotros los dones que nos permiten ser obreros juntamente con Dios, espera que sus servidores cultiven sus voces para poder hablar y cantar en una forma que todos puedan comprender. No es necesario cantar con voz fuerte, sino con clara entonación y pronunciación correcta. Que todos dediquen tiempo al cultivo de la voz, para que la alabanza a Dios pueda ser cantada con tonos claros y suaves, sin voz destemplada que ofende los oídos. La habilidad de cantar es un don de Dios que debe ser usado para su gloria.

En las reuniones elegid a varias personas para que participen en el canto, acompañados por instrumentos musicales bien interpretados. No debemos oponernos al uso de música instrumental

en nuestro trabajo. Esta parte del servicio debe conducirse con habilidad, porque es alabanza a Dios mediante el canto.

No siempre unas pocas personas deben hacerse cargo del canto. Tan a menudo como sea posible hay que hacer participar a toda la congregación.

Unidad en la diversidad

En nuestros esfuerzos en favor de las multitudes que moran en las ciudades, debemos tratar de realizar un servicio cabal. La obra en un centro urbano populoso es más grande que lo que un solo hombre puede hacer con buen éxito. Dios tiene diversas formas de trabajar, y tiene diferentes obreros a quienes ha confiado diversidad de dones.

Un obrero puede ser un excelente orador; otro un buen escritor; otro puede tener el don de la oración sincera y ferviente; otro puede poseer el don del canto; otro puede tener capacidad especial para explicar claramente la Palabra de Dios. Y cada don debe convertirse en poder para Dios, porque él

trabaja con el obrero. A uno Dios concede palabra de sabiduría, a otro conocimiento, a otro fe; pero todos deben trabajar bajo la misma Cabeza. La diversidad de dones conduce a una diversidad de operaciones, “pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo”. (1 Corintios 12:6)

Dios desea que sus siervos escogidos aprendan a unirse en un esfuerzo armonioso. Puede parecer a algunos que el contraste entre sus dones y los dones de un obrero colaborador es demasiado grande para permitirles unirse en un esfuerzo armonioso; pero cuando recuerdan que hay diversas clases de mentes que deben alcanzarse con el mensaje, y que algunos rechazarán la verdad en la forma como la presenta el obrero, pero abrirán su corazón a la verdad de Dios como es presentada en forma diferente por otro obrero, tal vez tratarán de trabajar juntos en unidad. Sus talentos, aunque sean diferentes, pueden mantenerse bajo el control del mismo Espíritu. En cada palabra y acción se manifestará bondad y amor; y cuando cada obrero ocupe fielmente el lugar que se le ha asignado, quedará contestada la oración de Cristo por la

unidad de sus seguidores, y el mundo sabrá que éstos son sus discípulos.

Los obreros de Dios deben unirse unos con otros en amante simpatía. El que dice o hace cualquier cosa que tienda a separar a los miembros de la iglesia de Cristo, está obrando contra el propósito del Señor. Los malos entendimientos y las disensiones en la iglesia, la estimulación de la sospecha y la incredulidad, están deshonrando a Cristo. Dios desea que sus siervos cultiven el afecto cristiano mutuo. La verdadera religión une los corazones no solo con Cristo, sino también unos con otros con vínculos muy tiernos. Cuando sepamos lo que significa estar así unidos con Cristo y nuestros hermanos, una fragante influencia emanará de nuestro trabajo dondequiera que vayamos.

Los obreros que trabajan en las grandes ciudades deben desempeñar sus diversas partes y hacer todo lo posible para producir los mejores resultados. Deben hablar con fe y actuar de tal modo que impacten a la gente. No deben estrechar

la obra de acuerdo con sus ideas personales. En el pasado hemos actuado excesivamente de este modo como pueblo, lo que ha estorbado el éxito de la obra. Recordemos que el Señor tiene diversos modos de trabajar y diferentes obreros a quienes concede diversos dones. Debemos ver su propósito al enviar a ciertos hombres a determinados lugares.

La voz de la misericordia se escuchará durante un tiempo más; por un tiempo más se oirá la bondadosa invitación: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba”. Juan 7:37. Dios envía sus mensajes de amonestación a las ciudades en todas partes. Que los mensajeros que él envía trabajen con tanta armonía que todos vean que han aprendido de Jesús.

Con la humildad de Cristo

Ningún ser humano debe procurar vincular a otros seres humanos consigo mismo con la intención de controlarlos, para decirles lo que deben hacer y lo que no deben hacer, ordenando, dictando y actuando como un oficial sobre una

compañía de soldados. Así es como actuaron los sacerdotes y dirigentes en los días de Cristo, pero no es la forma correcta de actuar. Después que la verdad ha impresionado los corazones, y hombres y mujeres han aceptado sus enseñanzas, deben ser tratados como propiedad de Cristo, y no como propiedad del hombre. Al unir las mentes a vosotros mismos, las conducís a desconectarse de la fuente de su sabiduría y suficiencia. Su dependencia debe ser totalmente de Dios; sólo así podrán crecer en la gracia.

Por mucho que una persona pretenda tener conocimiento y sabiduría, a menos que actúe bajo la dirección del Espíritu Santo, será muy ignorante de las cosas espirituales. Necesita comprender el peligro de su insuficiencia y depender totalmente de Aquel que puede mantener las almas comprometidas con su verdad, capaz de llenarlos con su Espíritu y con amor sin egoísmo, capacitándolos así para dar testimonio de que Dios ha enviado a su Hijo al mundo para salvar a los pecadores. Los que se han convertido auténticamente, trabajarán juntos con unidad

cristiana. Que no haya división en la iglesia de Dios, que no se ejerza autoridad indebida sobre los que aceptan la verdad. La mansedumbre de Cristo debe aparecer en todo lo que se diga y se haga.

Cristo es el fundamento de cada iglesia verdadera. Tenemos su promesa inalterable de que su presencia y protección será dada a sus fieles que anden en su consejo. Cristo debe ser el primero hasta el fin del tiempo. El es la fuente de vida y poder, de justicia y santidad. Es todo esto para los que llevan su yugo y aprenden de él a ser mansos y humildes.

El deber y deleite de todo servicio es elevar a Cristo delante de la gente. Esta es la finalidad de todo trabajo genuino. Dejad que aparezca Cristo; dejad que el yo se oculte detrás de él. Esta es una abnegación digna que Dios acepta. “Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los

quebrantados”. (Isaías 57:15)

Haciendo frente a la oposición

Con frecuencia surgirán manifestaciones de oposición cuando procuréis presentar la verdad; pero si tratáis de hacer frente a la oposición con argumentos, tan sólo la intensificaréis y no podéis daros el lujo de hacer tal cosa. Mantened una actitud afirmativa. Los ángeles de Dios os observan, y ellos saben cómo impresionar a las personas cuya oposición rehusáis hacer frente con argumentos. No insistáis en los puntos negativos de los asuntos que surgen, sino traed a vuestra mente verdades afirmativas y fijadlas en ella por medio de estudio, ferviente oración y consagración de corazón. Mantened vuestras lámparas aprovisionadas y encendidas, y dejad que emitan brillantes rayos para que la gente, al contemplar vuestras buenas obras, sea inducida a glorificar a vuestro Padre que está en los cielos.

Si Cristo no se hubiera aferrado de lo afirmativo en el desierto de la tentación, habría

perdido todo lo que deseaba ganar. El método de Cristo es el mejor para hacer frente a nuestros opositores. Fortalecemos sus argumentos cuando repetimos lo que dicen. Mantened siempre una actitud afirmativa. Podría suceder que la misma persona que se opone estime vuestras palabras y se convierta a la verdad que ha llegado a su entendimiento.

He dicho con frecuencia a nuestros hermanos: “Vuestros opositores harán declaraciones falsas acerca de vuestra obra. No repitáis esas declaraciones, sino que aferraos a vuestras aseveraciones acerca de la verdad viviente, y los ángeles de Dios abrirán el camino ante vosotros. Tenemos una importante obra que debemos realizar, y debemos llevarla a cabo con sensatez. No nos pongamos nerviosos ni abriguemos sentimientos malignos. Cristo no lo hizo, y él es nuestro ejemplo en todas las cosas. Para llevar a cabo la obra que se nos ha encomendado necesitamos una provisión mayor de sabiduría celestial humilde y santificada, y menos del yo. Necesitamos aferrarnos firmemente del poder

divino”.

Los que se han alejado de nuestra fe volverán a nuestras congregaciones para apartar nuestra atención de la obra que Dios desea que hagamos. No podéis permitiros apartar vuestros oídos de la verdad para escuchar fábulas. No tratéis de convertir a la persona que pronuncia palabras de condenación contra vuestra obra; en cambio, haced ver que estáis inspirados por el Espíritu de Jesucristo, y los ángeles de Dios pondrán en vuestros labios palabras que llegarán hasta el corazón de los opositores. Si esas personas insisten en sus acusaciones, los miembros de la congregación que tienen mayor sensatez comprenderán que vuestras normas son las más elevadas. Hablad de tal manera que resulte evidente que Jesús está hablando a través de vosotros.

Es necesario trabajar de todo corazón

Si nuestros ministros comprendieran cuán pronto los habitantes delmundo tendrán que

comparecer ante el tribunal del juicio de Dios, para dar cuenta de las obras realizadas en el cuerpo, ¡con cuánto fervor trabajarían juntamente con Dios para presentar la verdad! Cuán incansablemente trabajarían para hacer avanzar la causa de Dios en el mundo y proclamarían con sus palabras y acciones: “Mas el fin de todas las cosas se acerca”. (1 Pedro 4:7)

“Preparaos para encontraros con vuestro Dios”, es el mensaje que debemos proclamar en todas partes. La trompeta debe emitir un sonido certero. Hay que hacer resonar la advertencia clara y distintamente: “Ha caído, ha caído la gran Babilonia... Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas”. (Apocalipsis 18:2-4) Las palabras de este pasaje se cumplirán. Pronto la gran prueba vendrá sobre todos los habitantes del mundo. En ese tiempo se realizarán decisiones rápidas. Los que han sido convencidos por la presentación de la palabra se alinearán bajo el estandarte ensangrentado del Príncipe Emanuel. Verán y comprenderán como nunca antes que han perdido

numerosas oportunidades para hacer el bien que debieran haber hecho. Comprenderán que no han trabajado con tanto celo como debieran haberlo hecho para buscar y salvar a los perdidos, para arrancarlos, por decirlo así, del fuego.

Los siervos de Dios deben ser “en lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor”. (Romanos 12:11) La dejación y la falta de eficiencia no son piedad. Cuando comprendamos que estamos trabajando para Dios tendremos un sentido más elevado que nunca antes del carácter sagrado del servicio espiritual. Esta comprensión introducirá vida, vigilancia y perseverancia en el cumplimiento de todo deber.

La religión pura y sin contaminación es intensamente práctica. En la salvación de las almas, lo único que produce resultado es el trabajo ferviente y de todo corazón. Debemos convertir nuestros deberes diarios en actos de devoción que aumenten constantemente en utilidad, porque vemos nuestra obra a la luz de la eternidad.

Nuestro Padre celestial nos ha encomendado la obra que debemos hacer. Tenemos que tomar nuestras Biblias y salir a advertir al mundo. Debemos ser las manos ayudadoras de Dios en la salvación de las almas; canales a través de los cuales su amor fluya día a día hacia los que perecen. El acto de llevar a cabo la gran obra en la que tenemos el privilegio de participar, ennoblece y santifica al verdadero obrero. Está lleno de la fe que obra por amor y purifica el alma. Nada es aburrido para el que se somete a la voluntad de Dios. “Como para el Señor” es un pensamiento que llena de encanto cualquier trabajo que Dios nos pide que hagamos.

Llevad a cabo toda vuestra obra sobre principios estrictamente religiosos. Que vuestra ferviente pregunta sea: “¿Qué puedo hacer para agradar al Maestro?” Visitad lugares en los que los creyentes necesiten ánimo y ayuda. Preguntaos a cada paso: “¿Es éste el camino del Señor? ¿Estoy en armonía con su voluntad en espíritu, en palabra y en acción?” Si trabajáis para Dios pensando

únicamente en darle gloria, vuestra obra llevará el molde divino, y estaréis llevando a cabo los propósitos del Señor.

En vuestro estudio de la Palabra de Dios, penetrad cada vez más profundamente. Aferraos del poder divino por la fe, y buscad la profundidad de la inspiración. Llevad a vuestro ministerio el poder de Dios y recordad que tenéis su respaldo. Dejad que su amor brille a través de todo lo que hacéis y decís. Dejad que la preciosa y sencilla verdad de la Palabra de Dios brille plenamente. Humillaos delante de Dios. Cristo será vuestra eficiencia. El os ha designado como mayordomos sobre su casa, para que deis alimento a su debido tiempo. Los obreros de Cristo están muy cerca de su corazón. El desea perfeccionar su casa mediante la perfección de sus ministros.

* * * * *

Cristo es el Redentor amante y compasivo. Los hombres y las mujeres se fortalecen en su poder sustentador para resistir el mal. Cuando el pecador

convencido de su culpa considera el pecado, lo ve extremadamente pecaminoso. Se pregunta por qué no acudió antes a Cristo. Comprende que tiene que vencer sus faltas, y que sus apetitos y pasiones deben ser sometidos a la voluntad de Dios, a fin de ser participante de la naturaleza divina, habiendo vencido la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia. Habiéndose arrepentido de su transgresión de la ley de Dios, se esfuerza con fervor para vencer el pecado. Procura revelar el poder de la gracia de Cristo y se pone en contacto personal con el Salvador. Mantiene a Cristo constantemente ante él. Orando, creyendo y recibiendo las bendiciones que necesita, se acerca cada vez más a la norma que Dios le ha fijado. En su carácter se revelan nuevas virtudes a medida que niega el yo y eleva la cruz, siguiendo hacia donde Cristo guía. Ama al Señor Jesús de todo corazón, y Cristo se convierte en su sabiduría, su justicia, su santificación y su redención.

Cristo es nuestro ejemplo, nuestra inspiración y nuestra valiosa recompensa. “Nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de

Dios, edificio de Dios”. (1 Corintios 3:9) Dios es el Constructor principal, pero el hombre tiene una parte a su cargo. Debe cooperar con Dios. “Somos colaboradores de Dios”. Nunca lo olvidéis. “Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”. (Filipenses 2:12-13) El poder milagroso de la gracia de Cristo se manifiesta en la creación en el hombre de un nuevo corazón, de una vida más elevada, de un entusiasmo santo. Dios dice: “Os daré corazón nuevo”. (Ezequiel 36:26) ¿No es esto, la renovación del hombre, el mayor milagro que pueda realizarse? ¿Hay algo que el agente humano no pueda hacer cuando por la fe se aferra del poder divino?

* * * * *

Recordad que vuestro poder y vuestra victoria se encuentran en trabajar con Cristo como vuestro Salvador personal. Esta es la parte que todos debemos llevar a cabo. Cristo es el camino, la verdad y la vida. El declara: “Separados de mí nada

podéis hacer”. (Juan 15:5) Y el alma arrepentida y creyente responde: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”. (Filipenses 4:13) Los que hacen esto reciben esta seguridad: “A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”. (Juan 1:12)

Capítulo 15

La fidelidad en la práctica de reforma pro salud[1]

Estoy encargada de dar a nuestra iglesia entera un mensaje tocante a la reforma pro salud, porque muchos han dejado de ser fieles a sus principios.

El propósito de Dios para con sus hijos es que éstos crezcan hasta alcanzar la medida de la estatura de los hombres y mujeres perfectos en Cristo Jesús. Para ello, deben hacer uso conveniente de todas las facultades de la mente, el alma y el cuerpo. No pueden derrochar ninguna de sus energías mentales o físicas.

El tema de la conservación de la salud tiene una importancia capital. Al estudiarlo en el temor de Dios, aprenderemos que lo mejor para nuestro progreso físico y espiritual, es atenernos a un régimen alimenticio sencillo. Estudiemos con paciencia este asunto. Para obrar atinadamente en

este sentido, necesitamos conocimientos y discernimiento. Las leyes de la naturaleza existen, no para ser resistidas, sino acatadas.

Los que hayan recibido instrucciones acerca de los peligros del consumo de carne, té, café y alimentos demasiado condimentados o malsanos, y quieran hacer un pacto de sacrificio con Dios, no continuarán satisfaciendo sus apetitos con alimentos que saben que son malsanos. Dios pide que los apetitos se purifiquen y que se practique la abnegación en relación con las cosas que no son buenas.

Esta obra debe ser hecha antes que su pueblo pueda estar delante de él como un pueblo perfecto.

La responsabilidad personal

El pueblo remanente de Dios debe estar convertido. La presentación de este mensaje debe convertir y santificar las almas. El poder del Espíritu de Dios debe hacerse sentir en este movimiento. Poseemos un mensaje maravilloso y

definido; tiene importancia capital para quien lo recibe. Debe ser proclamado con fuerte voz, y debemos creer con fe firme y permanente que irá cobrando siempre mayor importancia hasta la consumación de los tiempos.

Algunos profesos cristianos aceptan ciertas porciones de los Testimonios como un mensaje de Dios, pero rechazan las que condenan sus costumbres favoritas. Tales personas trabajan en contra de su propio bienestar y el de la iglesia. Es de todo punto esencial que andemos en la luz mientras la tenemos. Los que diciendo creer en la reforma niegan sus principios en la vida diaria, perjudican su alma y producen una impresión desfavorable en la mente de creyentes y no creyentes.

Fortalecidos por la obediencia

Una solemne responsabilidad descansa sobre los que tienen conocimiento de la verdad: la de velar para que sus obras correspondan a su fe, que su vida sea refinada y santificada y que sean

preparados para la obra que debe cumplirse rápidamente en el curso de estos últimos días del mensaje. No tienen ni tiempo ni fuerzas que gastar en la satisfacción de sus apetitos. Estas palabras debieran repercutir con fuerza ahora en nuestros oídos: “Arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; pues que vendrán los tiempos del refrigerio de la presencia del Señor”. (Hechos 3:19) A muchos de los nuestros les falta espiritualidad y se perderán a menos que se conviertan completamente. ¿Queréis arriesgaros a ello?

Muchos se privan de las ricas bendiciones de Dios por su orgullo y falta de fe. A menos que humillen sus corazones ante el Señor, muchos serán sorprendidos y chasqueados cuando resuene el grito: “He aquí, el esposo viene”. (Mateo 25:6) Conocen la teoría de la verdad, mas no tienen aceite en sus vasos para sus lámparas. En este tiempo, nuestra fe no debe limitarse a un simple sentimiento, a una simple adhesión al mensaje del tercer ángel. Necesitamos el aceite de la gracia de Cristo para alimentar nuestras lámparas, hacer

brillar la luz de la vida e indicar el camino a los que están en tinieblas.

Si no queremos tener una vida religiosa enfermiza, debemos, sin tardanza y con celo, trabajar para nuestra salvación con temor y temblor. Muchos no son en manera alguna fieles a sus votos bautismales. Su celo se ha enfriado por el formalismo, los deseos mundanales, el orgullo y el egoísmo. Algunas veces están emocionados; pero no caen sobre la Roca, Cristo Jesús. No vienen a Dios con corazones quebrantados por el arrepentimiento y la confesión. Aquellos en quienes se produce una verdadera conversión manifestarán los frutos del Espíritu en su vida. Pluguiese a Dios que aquellos que tienen tan poca vida espiritual comprendieran que la vida eterna no puede otorgarse sino a quienes han llegado a ser participantes de la naturaleza divina, y han huido de la corrupción que reina en el mundo por la concupiscencia.

Sólo el poder de Cristo puede obrar, en el corazón y la mente, la transformación que deben

experimentar todos los que quieran participar con él de la nueva vida, en el reino de los cielos. “El que no naciere otra vez --dice el Salvador--, no puede ver el reino de Dios”. (Juan 3:3) La religión proveniente de Dios es la única que nos puede conducir a él. Para servirle convenientemente, es necesario haber nacido del Espíritu divino. Entonces seremos inducidos a velar. Nuestros corazones serán purificados, nuestras mentes renovadas, y recibiremos nuevas aptitudes para conocer y amar a Dios. Obedeceremos espontáneamente a todos sus requerimientos. En eso consiste el culto verdadero.

Dios exige que su pueblo progrese constantemente. Debemos aprender que la satisfacción de nuestros apetitos es el mayor obstáculo que se oponga a nuestro progreso intelectual y a la santificación del alma. No obstante todo lo que profesamos en lo que concierne a la reforma pro salud, algunos de entre nosotros se alimentan mal. El halago de los apetitos es la causa principal de la debilidad física y mental, del agotamiento y de las muertes prematuras. Toda

persona que busca la pureza de la mente debe recordar que en Cristo hay un poder capaz de dominar los apetitos.

Los alimentos a base de carne

Si pudiese beneficiarnos el satisfacer nuestro deseo de comer carne, no os dirigiría esta súplica; pero sé que ello es imposible. Los alimentos preparados a base de carne perjudican la salud física, y debemos aprender a vivir sin ellos. Los que están en situación de poder seguir un régimen vegetariano, pero prefieren seguir sus propias inclinaciones en este asunto, comiendo y bebiendo como quieren, irán descuidando gradualmente la instrucción que el Señor ha dado tocante a otras fases de la verdad presente, perderán su percepción de lo que es verdad y segarán con toda seguridad lo que hayan sembrado.

Se me ha mostrado que no debe servirse a los alumnos de nuestros colegios carne ni otros productos reconocidos como dañinos para la salud. Ninguna cosa que pudiera despertar el apetito por

lo estimulante debe ser colocada sobre la mesa. Al decirlo, me dirijo tanto a los jóvenes como a los adultos y a los ancianos. Absteneos de las cosas que puedan dañaros. Servid al Señor con sacrificio.

Los niños deben participar con inteligencia en esta obra. Todos somos miembros de la familia del Señor; y él quiere que sus hijos ancianos y jóvenes resuelvan sacrificar sus apetitos y economizar el dinero necesario para construir capillas y sostener a los misioneros.

Estoy comisionada para decir a los padres: Colocaos enteramente, alma y espíritu, del lado del Señor en este asunto. Debemos recordar en estos días de prueba que estamos en juicio delante del Señor del universo. ¿No renunciaréis a las costumbres que causan daño? Las palabras valen poco; mostrad por vuestros actos de abnegación que queréis obedecer las órdenes que el Señor da a su pueblo peculiar. Luego colocad en la tesorería una parte del dinero economizado por medio de vuestro renunciamiento, y habrá recursos para proseguir la obra de Dios.

Algunos piensan que no pueden vivir sin comer carne; pero si quisieran ponerse de parte del Señor, decididos a andar resueltamente en la senda en que él nos ha guiado, recibirían fuerza y sabiduría como Daniel y sus compañeros. Dios les daría entendimiento sano. Muchos se sorprenderían al ver cuánto podrían economizar para la causa de Dios mediante actos de renunciamiento. Las pequeñas sumas ahorradas por actos de sacrificio contribuirán más para edificar la causa de Dios que las donaciones cuantiosas que no son el fruto de la abnegación.

Los adventistas del séptimo día transmiten verdades trascendentales. Hace más de cuarenta años que el Señor nos dio luz especial sobre la reforma pro salud; pero, ¿cómo seguimos en esa luz? ¡Cuántos hay que han rehusado poner su vida en armonía con los consejos de Dios! Como pueblo, debiéramos realizar progresos proporcionales a la luz que hemos recibido. Es deber nuestro comprender y respetar los principios de la reforma pro salud. En el asunto de la

temperancia, deberíamos dejar muy atrás a todos los demás; sin embargo, hay en nuestras iglesias miembros a quienes las instrucciones no han faltado, y hasta predicadores, que demuestran poco respeto por la luz que Dios nos ha dado tocante a este asunto. Comen según sus gustos y trabajan como mejor les parece.

Colóquense los maestros y directores de nuestra obra firmemente sobre el terreno bíblico en lo que se refiere a la reforma pro salud, y den un testimonio definido a los que creen que vivimos en los últimos tiempos de la historia de este mundo. Debe haber una línea de separación entre los que sirven a Dios y los que se complacen a sí mismos.

Se me ha mostrado que los principios que nos fueron dados en los primeros días de este mensaje no han perdido su importancia y debemos tenerlos en cuenta tan concienzudamente como entonces. Hay algunos que jamás han seguido la luz dada en cuanto al régimen. Ya es tiempo de sacar la luz de debajo del almud para que resplandezca con toda su fuerza.

Los principios del sano vivir tienen gran importancia para nosotros como individuos y como pueblo. Cuando me llegó el mensaje de la reforma pro salud, yo era débil y predispuesta a frecuentes desmayos. Suplicaba al Señor que me ayudara, y él me presentó el vasto plan de la reforma pro salud.

Me mostró que los que guardan sus mandamientos deben entrar en una relación sagrada con él y, por la temperancia en el comer y el beber, guardar su mente y su cuerpo en las condiciones más favorables para servirle. Esta luz fue una gran bendición para mí. Me decidí en favor de la reforma pro salud sabiendo que el Señor me fortificaría. Actualmente, no obstante mi edad, gozo de mejor salud que cuando era joven.

Algunos aseveran que no he seguido los principios de la reforma pro salud conforme los ha preconizado mi pluma; pero puedo afirmar que he practicado fielmente dicha reforma. Los miembros de mi familia saben que esto es verdad.

“Todo a gloria de Dios”

No prescribimos un régimen definido, pero decimos que en los países donde abundan las frutas, los cereales y las nueces, la carne no es el alimento adecuado para el pueblo de Dios. Se me ha indicado que la carne propende a animalizar la naturaleza, a despojar a los hombres y mujeres del amor y la simpatía que debieran sentir por cada cual, y hace predominar las pasiones bajas sobre las facultades más elevadas del ser. Si el comer carne fue alguna vez saludable, no lo es ahora. Los cánceres y tumores, y las enfermedades pulmonares se deben mayormente a la costumbre de comer carne.

No hacemos del consumo de la carne una condición para la admisión de los miembros; pero debiéramos considerar la influencia que ejercen sobre otros los creyentes profesos que usan carne. Como mensajeros de Dios, ¿no diremos al pueblo: “Si pues coméis, o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios?’ (1 Corintios 10:31) ¿No daremos un testimonio decidido contra la

complacencia del apetito pervertido? ¿Quiere cualquiera de los que son ministros del Evangelio y que proclaman la verdad más solemne que haya sido dada a los mortales, dar el ejemplo de volver a las ollas de Egipto? ¿Quieren los que son sostenidos por el diezmo de la tesorería de Dios permitir que la gula envenene la corriente vital que fluye por sus venas? ¿Harán caso omiso de la luz y las amonestaciones que Dios les ha dado? La salud del cuerpo debe considerarse como esencial para el crecimiento en la gracia y la adquisición de un carácter templado. Si no se cuida debidamente el estómago, será estorbada la formación de un carácter moral íntegro. El cerebro y los nervios están en relación íntima con el estómago. De los errores practicados en el comer y beber resultan pensamientos y hechos erróneos.

Todos somos probados en este tiempo. Hemos sido bautizados en Cristo; y si estamos dispuestos a separarnos de todo aquello que tienda a degradarnos y a hacernos lo que no debemos ser, recibiremos fuerza para crecer en Cristo, nuestra cabeza viviente, y veremos la salvación de Dios.

Sólo cuando demostremos ser inteligentes en lo que concierne a los principios de una vida sana, podremos discernir los males que resultan de un régimen alimentario impropio. Aquellos que, habiéndose impuesto de sus errores, tengan el valor de modificar sus costumbres, encontrarán que la reforma exige luchas y mucha perseverancia. Pero una vez que hayan adquirido gustos sanos, verán que el consumo de la carne, en el que antes no veían mal alguno, preparaba lenta pero seguramente la dispepsia y otras enfermedades.

Padres y madres, orad y velad. Guardaos mucho de la intemperancia en cualesquiera de sus formas. Enseñad a vuestros hijos los principios de una verdadera reforma pro salud. Enseñadles lo que deben evitar para conservar la salud. La ira de Dios ha comenzado ya a caer sobre los rebeldes. ¡Cuántos crímenes, cuántos pecados y prácticas inicuas se manifiestan por todas partes! Como denominación, debemos preservar con cuidado a nuestros hijos de toda compañía depravada.

Enseñemos los principios de la salud

Deben hacerse más esfuerzos para enseñar a la gente los principios de la reforma pro salud. Deberían instituirse clases culinarias para dar a las familias instrucciones tocante al arte de preparar los alimentos sanos. Las personas jóvenes y las de edad adulta deberían aprender a cocinar con más sencillez. En todo lugar donde la verdad sea presentada, debe enseñarse a la gente a preparar alimentos de un modo sencillo a la vez que apetitoso. Debe demostrársele que se puede gozar de un régimen nutritivo sin hacer uso de la carne.

Enseñad a la gente que más vale prevenir que curar. Nuestros médicos, como sabios educadores, deberían prevenir a cada uno contra la satisfacción de apetitos desordenados y mostrar que el único medio de evitar la ruina del cuerpo y de la mente consiste en abstenerse de las cosas que Dios prohibió.

Se requiere mucho tacto y juicio para ordenar un régimen nutritivo destinado a reemplazar el que

seguían antes las personas que aprenden a seguir la reforma pro salud. Se necesita fe en Dios, una voluntad firme y el deseo de ser útiles. Un régimen deficiente arroja descrédito sobre la reforma pro salud. Somos mortales, y debemos proveer a nuestros cuerpos una alimentación fortificante.

Los extremismos en la alimentación

Algunos de nuestros miembros se abstienen concienzudamente de alimentos que no son adecuados, pero no suministran a su organismo los elementos que necesita para sustentarse. Los que llevan al extremo la reforma pro salud corren el riesgo de preparar alimentos insípidos y que no satisfagan. Los alimentos deben ser preparados de modo que sean apetitosos y nutritivos. No debe despojárselos de lo que nuestro organismo necesita. Yo hago uso de un poco de sal y siempre lo he hecho, porque la sal, lejos de ser nociva, es indispensable para la sangre. Las legumbres debieran hacerse más agradables aderezándolas con un poco de leche o crema, o su equivalente.

Si bien se han dado advertencias con relación a los peligros de enfermedad que derivan de la mantequilla y al mal que ocasiona el uso copioso de huevos por parte de los niños pequeños, no debe considerarse como violación de nuestros principios el consumo de huevos provenientes de gallinas bien cuidadas y convenientemente alimentadas. Los huevos contienen ciertas propiedades que obran eficazmente contra determinados venenos.

Algunos, al abstenerse de leche, huevos y mantequilla, no proveyeron a su cuerpo una alimentación adecuada y como consecuencia se han debilitado e incapacitado para el trabajo. De esta manera, la reforma pro salud ha sido desacreditada. La obra que nos hemos esforzado por levantar sólidamente se confunde con las extravagancias que Dios no ha ordenado, y las energías de la iglesia se ven estorbadas. Pero Dios intervendrá para contrarrestar los resultados de ideas tan extremistas. El propósito del Evangelio es reconciliar a la raza pecaminosa. Debe llevar a pobres y ricos a los pies de Jesús.

Llegará el tiempo cuando tal vez tengamos que dejar algunos de los alimentos que usamos ahora, como la leche, la crema y los huevos; pero no necesitamos crearnos dificultades por restricciones prematuras y exageradas. Esperemos que las circunstancias lo exijan y que el Señor prepare el camino.

Los que quieran proclamar con éxito los principios de la reforma pro salud deben tomar la Palabra de Dios como su guía y consejera. Sólo procediendo así podrán ocupar una posición ventajosa. No contrarrestemos la reforma pro salud al no reemplazar por manjares sanos y agradables los alimentos nocivos que hemos abandonado. En manera alguna debe fomentarse el uso de estimulantes. Comamos solamente alimentos sencillos y sanos, y demos gracias a Dios constantemente por los principios de la reforma pro salud. Seamos fieles e íntegros en todas las cosas y alcanzaremos preciosas victorias.

Diferentes regímenes en diferentes países

Mientras combatimos la glotonería y la intemperancia, debemos tener en cuenta las condiciones a las que la familia humana está sujeta. Dios ha suplido las necesidades de los que viven en las diferentes partes del mundo. Los que quieran colaborar con Dios deben reflexionar con cuidado antes de especificar qué alimentos deben consumirse o dejarse a un lado. Es necesario tratar con las poblaciones. Si la reforma pro salud se enseñara en su forma extremada a los que no pueden adoptarla por las circunstancias especiales en que se encuentran, de ello resultaría más mal que bien. Se me ha encargado que mientras predico el Evangelio a los pobres les aconseje que coman lo que es más nutritivo. No puedo decirles: “No debéis comer huevos ni leche ni crema, no debéis usar mantequilla al preparar vuestros alimentos”. El Evangelio debe ser predicado a los pobres, pero todavía no ha llegado el momento de prescribir el régimen más estricto.

Una palabra a los vacilantes

Los predicadores que se sienten libres para satisfacer sus apetitos están lejos del ideal. Dios quiere que practiquen la reforma pro salud. Quiere que adapten su vida a la luz que nos dio a este respecto. Me entristece ver que aquellos que debieran ser celosos por los principios de la salud no han aceptado todavía la manera correcta de vivir. Ruego a Dios que les haga comprender que están sufriendo una gran pérdida. Si las cosas fuesen lo que debieran ser entre las familias que componen la iglesia, podríamos duplicar nuestro trabajo en favor del Señor.

Condiciones para la respuesta a las oraciones

Para obtener y conservar la pureza, los adventistas del séptimo día deben tener el Espíritu Santo en sus corazones y en sus familias. El Señor me ha mostrado que cuando el Israel de hoy se humille delante de él y quite toda inmundicia del templo de su alma, Dios escuchará sus oraciones en

favor de los enfermos y dará eficacia a los remedios empleados contra la enfermedad. Cuando el agente humano haga con fe cuanto pueda para combatir la enfermedad por los sencillos métodos de tratamiento que Dios indicó, el Señor bendecirá estos esfuerzos.

Si después de haberle sido dada tanta luz, el pueblo de Dios continúa fomentando sus malas costumbres y sigue complaciendo sus apetitos en oposición a la reforma, sufrirá las consecuencias inevitables de la transgresión. Dios no salvará milagrosamente de las consecuencias de sus faltas a aquellos que están resueltos a satisfacer a toda costa su apetito pervertido. Les advirtió: “En dolor seréis sepultados”. (Isaías 50:11)

Los presuntuosos que dicen: “El Señor me ha sanado; no tengo necesidad de restringir mi alimentación; puedo comer y beber según me plazca”, necesitarán muy pronto, en su cuerpo y en su alma, el poder sanador de Dios. El hecho de que el Señor os haya curado misericordiosamente no es una razón para pensar que podéis seguir las

prácticas del mundo. Obedeced la orden que Cristo daba después de sus curaciones: “Vete, y no peques más”. (Juan 8:11) El apetito no debe ser vuestro dios.

El Señor prometió al antiguo Israel que lo preservaría de todas las enfermedades con que había afligido a los egipcios, si tan sólo quería permanecer en él y hacer todo lo que le exigiera; pero su promesa tenía la obediencia por condición. Si los israelitas hubiesen seguido las instrucciones dadas y sacado provecho de sus ventajas, hubiesen llegado a ser una lección objetiva para el mundo, por su salud y su prosperidad. Los israelitas no realizaron el propósito divino y perdieron así las bendiciones que les eran reservadas. Sin embargo, en José y en Daniel, en Moisés y en Elías, como en otros muchos casos, tenemos nobles ejemplos de los resultados que pueden obtenerse viviendo conforme a las verdaderas normas. La misma fidelidad producirá hoy día los mismos resultados. A nosotros se aplican estas palabras: “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, gente santa, pueblo adquirido, para que anunciéis las virtudes

de aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable”. (1 Pedro 2:9)

Renunciamiento y descanso

¡Cuán numerosos son los que se privan de las ricas bendiciones que Dios les reservaba en lo que se refiere a la salud y los dones espirituales! Muchas almas hay que luchan por alcanzar grandes victorias y bendiciones especiales para poder cumplir grandes hechos. Para alcanzar su propósito, creen que es necesario agotarse en oraciones y lágrimas. Cuando esas personas escudriñen las Escrituras con oración para conocer la expresa voluntad de Dios, y luego la cumplan de todo corazón y sin ninguna reserva o complacencia propia, entonces hallarán descanso. Sus angustias, sus lágrimas y sus luchas no les procurarán el descanso que anhelan. Ellas deben hacer la entrega completa de su personalidad. Deben hacer lo que les venga a mano, apropiándose la abundante gracia que Dios promete a los que oran con fe.

“Si alguno quiere venir en pos de mí --dijo

Jesús--, niéguese a sí mismo, y tome su cruz cada día, y sígame". Lucas 9:23. Sigamos al Salvador en su sencillez y abnegación. Exaltemos al Hombre del Calvario por la palabra y por una vida santa. El Señor se allega muy cerca de aquellos que se consagran a él. Si hubo tiempo cuando fue necesario que el Espíritu de Dios obrase en nuestro corazón y en nuestra vida, es ahora. Aferrémonos a esta divina potencia para vivir una vida de santidad y abnegación.

* * * * *

La Palabra de Dios debe ser nuestro libro de texto. El Señor es nuestro ayudador y nuestro Dios. Esperemos que él abra el camino para que podamos llevar a cabo nuestro plan.

Nota:

1. Manuscrito leído ante los delegados del Congreso de la Asociación General, Washington, D.C., 31 de mayo de 1909.

Capítulo 16

Llamado a proveer evangelistas médicos misioneros[1]

Vivimos en los últimos tiempos. El fin de todas las cosas se acerca. Las señales predichas por Cristo se están cumpliendo rápidamente. Nos esperan tiempos tormentosos; no obstante, no pronunciemos ninguna palabra de desaliento o de duda.

El que comprende las necesidades de la situación dispone las cosas de tal manera que los obreros colocados en los diferentes lugares puedan disfrutar de ventajas que les permitan despertar la atención del público con más eficacia El conoce las necesidades de los más débiles miembros de su rebaño, y envía su mensaje por los caminos así como por los senderos. El nos ama con amor eterno. Recordemos que anunciamos un mensaje de curación a un mundo lleno de almas enfermas de

pecado. ¡El Señor nos ayude a aumentar nuestra fe y nos haga comprender que él quiere que todos conozcamos su ministerio de sanidad y su obra propiciatoria! Desea que la luz de su gracia resplandezca desde muchos lugares.

Los sanatorios, centros de evangelización

En muchos lugares hay almas que aún no han oído el mensaje. Por consiguiente, la obra médica misionera debe ser proseguida con más celo que nunca antes. Esta obra es la puerta por la cual la verdad debe entrar en las grandes ciudades, y se deben establecer sanatorios en diferentes lugares.

La obra que realizan los sanatorios es uno de los medios más eficaces para alcanzar a todas las clases sociales. Nuestros sanatorios son el brazo derecho del Evangelio; abren los caminos por los cuales la buena nueva de la sanidad mediante Cristo puede alcanzar a la humanidad doliente. En esas instituciones, los enfermos pueden aprender a encomendar sus casos al gran Médico, el cual cooperará en sus fervientes esfuerzos para

recuperar la salud, trayéndoles la curación del alma así como la del cuerpo.

Cristo ya no está personalmente en la tierra, para ir por nuestras ciudades y aldeas con el fin de sanar a los enfermos; pero nos ha encomendado que continuemos la obra médica misionera que él empezara. Debemos hacer todo lo que está a nuestro alcance en este sentido. Deben establecerse instituciones donde los enfermos, hombres y mujeres, puedan confiarse a los cuidados de médicos y enfermeros temerosos de Dios, y ser atendidos sin el empleo de drogas.

Se me ha indicado que la obra que debe hacerse en relación con la reforma pro salud no debe demorarse. Por medio de esta obra alcanzaremos almas así en los caminos como en los senderos. Se me mostró muy especialmente que, por medio de nuestros sanatorios, muchas almas recibirán la verdad presente y la practicarán. En esas instituciones se ha de enseñar a los hombres y mujeres a cuidar sus cuerpos y a afirmarse en la fe. Debe enseñárseles lo que significa comer la carne y

beber la sangre del Hijo de Dios. Cristo dijo: “Las palabras que yo os he hablado, son espíritu, y son vida”. (Juan 6:63)

Nuestros sanatorios deben ser escuelas donde se dé enseñanza en los ramos médico-misioneros. Deben dar a las almas heridas por el pecado las hojas del árbol de vida, las cuales les devolverán la paz, la esperanza y la fe en Jesucristo.

¡Siga adelante la obra del Señor y progresen la obra médica misionera y la obra de educación! Estoy cierta de que lo que más necesitamos son obreros celosos, abnegados, inteligentes y capaces. La verdadera obra médica misionera debe estar representada en cada ciudad importante. Pregunten ahora muchos: “Señor, ¿qué quieres que haga?”. (Hechos 9:6) Es propósito del Señor que su método de curar sin drogas se destaque en todas las grandes ciudades por medio de nuestras instituciones médicas. Dios reviste de santa dignidad a los que, avanzando siempre más, van a todo lugar donde puedan entrar. Satanás dificultará la obra en todo lo que pueda; pero la potencia divina acompañará a

todos los obreros fieles. Sigamos adelante, guiados por la mano de nuestro Padre celestial, aprovechando todas las ocasiones para extender la obra de Dios.

El Señor habla a todos los misioneros médicos, diciéndoles: Id hoy a mi viña para ganar almas. Dios oye las oraciones de todos aquellos que le buscan sinceramente. El posee el poder que todos necesitamos y llena los corazones de gozo, paz y santidad. Poco a poco, los caracteres se van formando. No podemos perder nuestro tiempo trabajando contra los planes de Dios.

Algunos médicos, por haber estado relacionados con nuestros sanatorios, encuentran ventajoso establecerse en la proximidad de nuestras instituciones; cierran los ojos para no ver el vasto campo descuidado, inculto, donde un trabajo desinteresado reportaría bendiciones a muchos. Los misioneros médicos pueden ejercer una influencia ennoblecedora y santificadora. Los que no lo hacen así, abusan de sus facultades; el Señor repudia su trabajo.

La preparación de obreros

Así como el Señor ha hablado por mi intermedio, también lo hace ahora cuando digo que los obreros que se dedican a los ramos de la educación, la predicación o el trabajo médico-misionero, deben estar unidos como un solo hombre, trabajando todos juntos bajo la dirección de Dios, ayudándose y beneficiándose mutuamente.

Los que estén relacionados con nuestras escuelas y sanatorios deben trabajar con gran entusiasmo. La obra cumplida bajo el ministerio del Espíritu Santo y por amor a Dios y a la humanidad, recibirá el sello divino y hará impresión en la mente de los hombres.

El Señor invita a nuestros jóvenes a ingresar en nuestras escuelas, y a prepararse rápidamente para servirle. Deben establecerse escuelas en diferentes lugares, fuera de las ciudades, donde nuestra juventud pueda recibir una educación que la

prepare para la evangelización y la obra médica misionera.

Debe darse al Señor ocasión de mostrar a los hombres su deber y de obrar en sus mentes. Nadie debiera comprometerse a trabajar, durante un determinado número de años, bajo la dirección de un grupo de hombres o en algún ramo especial de la obra del Maestro; porque el, Señor mismo llamará a los hombres, como llamó antaño a los humildes pescadores, y les indicará él mismo su campo de labor y los métodos que deben seguir. Llamará a hombres que dejarán el arado y otras ocupaciones para dar la última nota de advertencia a las almas que perecen. Muchas maneras hay de trabajar para el Maestro; el gran Instructor despertará la inteligencia de esos hombres y les hará ver en su Palabra cosas maravillosas.

Enfermeros evangelistas

Nuestro ejemplo es Jesucristo, el gran Médico misionero. De él se dice: “Y rodeó toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando

el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo". (Mateo 4:23) El sanaba a los enfermos y predicaba el Evangelio. En su obra, la curación y la enseñanza se unían estrechamente. Estas dos cosas no deben ser separadas hoy.

Los enfermeros formados en nuestras instituciones deben ser preparados para trabajar como misioneros médicos evangelistas, uniendo el ministerio de la palabra al de la curación física.

Nuestra luz debe brillar en medio de las tinieblas morales. Muchos de los que están hoy en las tinieblas verán que hay una esperanza de salvación para ellos, cuando perciban un destello de la luz del mundo. Tal vez que vuestra luz sea pequeña; pero recordad que es Dios quien os la ha dado, y que él os tiene por responsables de hacerla brillar. Es posible que alguien encienda su antorcha en la vuestra, y que su luz sea el medio de sacar a otras personas de las tinieblas.

En todo nuestro derredor se abren puertas para

servir. Debemos llegar a conocer a nuestros vecinos y esforzarnos por atraerlos a Cristo. Cuando obremos así, tendremos la aprobación y colaboración de él.

Debemos seguir el ejemplo de Cristo

A menudo, los moradores de una ciudad en la cual Cristo había trabajado, expresaban el deseo de verle establecerse en su medio y continuar su obra. Pero él les decía que su deber era ir a otras ciudades que no habían oído las verdades que debía presentar. Después de haber dado la verdad a los habitantes de una localidad, dejaba al cuidado de ellos el continuar lo que él había empezado, y se iba a otro lugar. Sus métodos de trabajo deben ser seguidos hoy por aquellos a quienes él confió su obra. Debemos ir de un lugar a otro, proclamando el mensaje. Tan pronto como la verdad ha sido anunciada en un lugar, debemos ir a amonestar otras localidades.

Debemos organizar grupos e instruir a sus miembros muy cabalmente para que lleguen a ser

enfermeros, evangelistas, predicadores, colportores y estudiantes bíblicos, que vayan adquiriendo un carácter semejante al carácter divino. Nuestro blanco actual debe ser prepararnos para recibir la educación superior de la escuela celestial.

Por las instrucciones que el Señor me ha dado repetidas veces, sé que algunos obreros debieran hacer en las ciudades y las aldeas giras de obra médica misionera. Los que emprendan esta obra obtendrán una abundante cosecha de almas, tanto de las clases superiores de la sociedad como de las inferiores. Y para preparar el terreno para una obra tal, nada iguala a los esfuerzos de un fiel colportor.

Muchos serán llamados a trabajar de casa en casa dando estudios bíblicos y orando con las personas interesadas.

Nuestros predicadores que tienen experiencia en la predicación de la Palabra deben aprender a dar tratamientos sencillos, y luego deben ponerse a trabajar de una manera inteligente como evangelistas médico-misioneros.

Actualmente se necesitan evangelistas médico-misioneros. No podéis consagrar muchos años a vuestra preparación. Muy pronto, las puertas abiertas hoy se cerrarán para siempre. Proclamad el mensaje ahora. No esperéis que el enemigo haya tenido ocasión de tomar posesión de los campos que se abren ahora delante de vosotros. Grupos pequeños deben ir a cumplir la obra que Cristo asignó a sus discípulos. Trabajen como evangelistas, repartiendo nuestros impresos, hablando de la verdad a las personas que encuentren. Oren por los enfermos, esforzándose por aliviarlos, no con drogas, sino con remedios naturales, enseñándoles a recuperar la salud y evitar la enfermedad.

Nota:

1. Manuscrito leído en presencia de los delegados al Congreso de la Asociación General, en Washington, D.C., el 1 de junio de 1909.

Capítulo 17

La escuela de médicos evangelistas de Loma Linda[1]

Mientras asistía al Congreso General celebrado en Washington, D.C., en 1905, recibí de J. A. Burden una carta en la que describía una propiedad que él había visto a cosa de seis kilómetros de Redlands. Al leer esa carta, tuve la impresión de que se trataba de uno de los lugares que había visto en visiones, y le telegrafié inmediatamente que sin tardanza comprase la propiedad. Cuando, más tarde, visité dicha propiedad, pude reconocer en ella uno de los lugares que yo había visto en sueños casi dos años antes. ¡Cuán agradecida estoy hacia nuestro Dios porque nos hizo obtener ese lugar!

Una de las principales ventajas de Loma Linda es la agradable variedad de paisajes encantadores que la rodean. Se disfruta de una extensa y magnífica perspectiva sobre los valles y montañas circundantes. Y lo que importa aún más que la

magnificencia del paisaje o los hermosos edificios y los extensos terrenos, es la situación de esta institución, en las cercanías de un distrito muy poblado que da ocasión de comunicar el mensaje del tercer ángel a un número muy grande de personas. Necesitamos mucho discernimiento espiritual para reconocer las dispensaciones de la Providencia mientras abren el camino delante de nosotros para que el mundo sea alumbrado.

La adquisición de esta propiedad trae sobre nosotros la pesada responsabilidad de dar un carácter especial a la obra de la institución, haciendo de Loma Linda no solamente un sanatorio, sino también un centro de educación. Debe establecerse allí una escuela para la formación de evangelistas médico-misioneros. Esta obra tiene gran alcance y es indispensable principiarla bien. El Señor tiene el próposito de hacer una obra especial en este campo. Me ha encargado que invite al pastor Haskell y a su esposa a que nos ayuden a emprender una obra análoga a la que ellos realizaron en Avondale. Obreros experimentados han consentido en unirse

al personal de Loma Linda para desarrollar la escuela. A medida que avancen con fe, el Señor irá delante de ellos preparando eficazmente el camino.

En lo que atañe a la escuela diré: Dedíquese especialmente a la educación de enfermeros y médicos. Muchos obreros deben adquirir la ciencia médica en nuestras escuelas para médicos misioneros. El Señor ha declarado que esta preparación está en armonía con los principios que forman la base de una verdadera educación superior. Mucho se habla de educación superior. La educación más elevada consiste en andar en las pisadas de Cristo, imitando el ejemplo que él nos dejó cuando estuvo en la tierra. No podemos aspirar a una educación superior a ésa; es una educación que hará de los hombres colaboradores de Dios.

¿Qué clase de educación se debe ofrecer?

Poseer educación superior es estar en comunión viva con Cristo. El Salvador llamó a pescadores ignorantes y, sacándolos de sus barcos y sus redes,

los asoció consigo mientras viajaba de un lugar a otro, enseñando al pueblo y aliviando sus miserias. Sentado sobre una roca o alguna prominencia del terreno, juntaba a sus discípulos en su derredor y los instruía. Al poco tiempo, centenares de personas escuchaban sus palabras. Muchos piensan saber todo lo que se puede saber, cuando en realidad tienen gran necesidad de sentarse humildemente a los pies de Jesús y recibir instrucción de Aquel que dio su vida en rescate por un mundo perdido. Todos necesitamos al Cristo que abandonó los atrios celestiales, su vestidura real, su corona y su majestad celestial, para revestirse de nuestra humanidad. El Hijo de Dios vino como un niñito, para poder conocer lo que experimenta la humanidad y saber cómo obrar en todo ello. El conoce las necesidades de los niños. En los días de su ministerio, no quería que se les prohibiese su acceso. “Dejad a los niños venir a mí --dijo a los discípulos--, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos”. (Mateo 19:14)

Haya siempre sencillez en la obra de la escuela. Ningún argumento es más poderoso que el éxito

basado en la sencillez. Podéis tener éxito en la formación de médicos misioneros sin tener una escuela acreditada para producir médicos capacitados para rivalizar con los del mundo. Los estudiantes deben recibir enseñanzas prácticas. Cuanto menos contéis con los métodos del mundo, mejor será para los estudiantes. Debiera cultivarse principalmente el arte de cuidar a los enfermos sin hacer uso de medicamentos tóxicos y de acuerdo a la luz que Dios ha dado. No es necesario hacer uso de medicamentos para tratar a los enfermos. Los estudiantes deberían salir de la escuela sin haber sacrificado los principios de la reforma pro salud ni su amor hacia Dios y la justicia.

Los que desean proseguir con éxito la obra médica misionera en relación con la obra del mensaje del tercer ángel deben estimar cada vez menos la enseñanza según el ideal del mundo. Debe enseñárseles a obedecer a la conciencia y cuando sigan concienzuda y fielmente los buenos métodos en el tratamiento de las enfermedades, esos métodos terminarán por ser reconocidos como preferibles a los que están en boga y que implican

el uso de drogas tóxicas.

No debemos tratar de rivalizar con las escuelas de medicina del mundo. Si lo hiciéramos, nuestras perspectivas de éxito serían muy pocas. No estamos en situación de crear grandes facultades de medicina. Por otra parte, si seguimos los métodos de práctica médica según el uso del mundo, exigiendo honorarios elevados como lo hacen los médicos en general, nos alejaremos de los planes según los cuales Cristo quiere que ejerzamos nuestro, ministerio en favor de los enfermos.

Debería haber en nuestros sanatorios hombres y mujeres inteligentes, capaces de enseñar los métodos de Cristo. Bajo la dirección de maestros competentes y consagrados, los jóvenes pueden ser hechos participantes de la naturaleza divina y aprenderán a huir de la corrupción que reina en el mundo por la concupiscencia. Se me ha mostrado que deberíamos tener un número mayor de mujeres capaces de tratar especialmente las enfermedades de su sexo, y muchas enfermeras que puedan cuidar a los enfermos de un modo sencillo, sin usar

drogas.

No está de acuerdo con las instrucciones dadas en el Sinaí que los médicos varones deban cumplir el oficio de parteras. La Biblia nos muestra a las parturientas atendidas por otras mujeres, y así debiera ser siempre. Debiera instruirse a mujeres y prepararlas de manera que puedan desempeñar con éxito el cargo de parteras y de médicas junto a las personas de su sexo. Tal es el plan de Dios. Enseñemos de manera inteligente a las señoras a cuidar las enfermedades de su sexo. Deberíamos tener una escuela donde las mujeres fuesen instruidas por médicas misioneras para el tratamiento de las enfermedades de señoras de la manera más eficaz. En nuestra denominación, la obra médica debiera alcanzar su máximo nivel.

La preparación de misioneros

Estamos bien situados en Loma Linda con respecto a llevar adelante nuestras diferentes empresas misioneras. Es evidente que fuimos puestos en posesión de este sanatorio por la

providencia de Dios. Debemos considerar a Loma Linda como un lugar que el Señor había juzgado por anticipado como necesario a nuestra obra, una posesión que él nos ha dado. Una obra muy bendecida debe ser hecha en relación con los intereses del sanatorio y de la escuela de Loma Linda, y ella se realizará cuando todos trabajemos en este sentido, avanzando a la orden del Señor.

En Loma Linda, muchos pueden prepararse para trabajar como misioneros en la causa de la salud y de la temperancia. Deben prepararse maestros para muchos ramos de actividad. Deben establecerse escuelas en los lugares donde nada se ha hecho aún. Deben ir misioneros a los estados en los que se ha hecho poco hasta ahora. Debemos cumplir la obra que tiene por objeto propagar los principios de la reforma pro salud. ¡Dios nos ayude a ser un pueblo sabio!

Deseo muy especialmente que las necesidades de nuestras instituciones de Loma Linda reciban el estudio necesario y que se tomen medidas correctas. Para la prosecución de la obra en ese

lugar, necesitamos hombres bien dotados y de firme espiritualidad. En la obra de enseñanza debemos emplear los mejores maestros, hombres y mujeres prudentes, que dependan enteramente de Dios. Veremos desarrollarse una buena obra si los profesores que pertenecen al ramo médico ocupan su puesto en el temor de Dios. Teniendo a Cristo como educador, podemos llegar a grandes alturas en el conocimiento de la verdadera ciencia de curar.

Escuelas preparatorias y sanatorios

Lo que importa más que todo es que los estudiantes aprendan a representar correctamente los principios de la reforma pro salud. Enseñadles a seguir fielmente este ramo de estudio combinado con otros ramos esenciales. La gracia de Jesucristo inspirará sabiduría a todos los que siguen los planes del Señor en lo que concierne a la verdadera educación. Sigan los estudiantes con fidelidad el ejemplo de Aquel que pagó por el rescate de la familia humana el inestimable precio de su vida. Diríjanse al Salvador y confíen en él como en

Aquel que sana todas las enfermedades. El Señor quiere que los obreros hagan esfuerzos especiales para dirigir a los enfermos y dolientes al gran Médico que formó el cuerpo humano.

Sería conveniente que nuestras escuelas de evangelistas fueran establecidas en la proximidad de nuestras instituciones de salud, de manera que los alumnos pudieran familiarizarse con los principios de una vida sana. Tienen gran valor las instituciones que producen obreros capaces de dar razón de su fe y que estén animados por una fe que obra por la caridad y purifica el alma. He recibido claras instrucciones en el sentido de que, doquiera se pueda, deben establecerse escuelas cerca de los sanatorios, de modo que esas instituciones puedan ayudarse mutuamente. El que creó al hombre se interesa por los que sufren. Ha dirigido el establecimiento de nuestros sanatorios y la creación de nuestras escuelas cerca de ellos, a fin de que esas instituciones sean medios eficaces para formar hombres y mujeres para la obra que tiene por objeto aliviar los padecimientos de la humanidad.

Los adventistas del séptimo día que trabajan en la obra médica deben recordar que el Señor Dios omnipotente reina. Cristo es el médico más grande que alguna vez haya pisado el suelo de este planeta maldito por el pecado. El Señor quiere que su pueblo se allegue a él en busca de su poder sanador. El bautizará a los suyos con el Espíritu Santo y los hará idóneos para servirle de modo que sean una bendición en la obra de devolver la salud espiritual y física a los que la necesiten.

Nota:

1. Manuscrito leído en presencia de los delegados al Congreso de la Asociación General, en Washington, D.C., el 1 de junio de 1909.

Capítulo 18

La unión entre diferentes nacionalidades

“Si alguno tiene sed, venga a mí y beba”. “Mas el que bebiere del agua que yo le daré, para siempre no tendrá sed: mas el agua que yo le daré, será en él una fuente de agua que salte para vida eterna”. (Juan 7:37; 4:14)

Si, no obstante estas promesas que se nos hacen, preferimos permanecer marchitos y agotados por falta de agua viva, la culpa será nuestra solamente. Si fuéramos a Cristo con la sencillez de un niño que dirige a sus padres terrenales, para pedirle las cosas que nos ha prometido, creyendo que las recibiremos, las obtendríamos. Si todos hubiéramos ejercitado la fe como debiéramos haberlo hecho, habríamos recibido en nuestras asambleas una mayor medida del Espíritu de Dios. Me alegro de que aún nos quedan algunos días antes de finalizar estas

reuniones. Ahora debemos preguntarnos: ¿Acudiremos a beber a la fuente? ¿Darán ejemplo los que enseñan la verdad? Dios hará grandes cosas por nosotros si con fe aceptamos su palabra al pie de la letra. ¡Ojalá viéramos aquí a todos los corazones humillándose delante de Dios!

Desde el principio de estas reuniones se me ha instado a espaciarme mucho en el amor y la fe. Ello se debe a que necesitáis este testimonio. Algunos de los que han entrado en estos campos misioneros han dicho: “No comprendéis al pueblo francés; no comprendéis a los alemanes. Hay que tratarlos de esta o aquella manera”.

Pero pregunto: ¿Acaso Dios no los entiende? ¿No es él quien da a sus siervos un mensaje para la gente? El sabe exactamente lo que cada cual necesita; y si el mensaje viene directamente de él, por intermedio de sus siervos, cumplirá la obra que motiva su envío; todos serán unificados en Cristo. Aun cuando algunos sean categóricamente franceses, otros decididamente alemanes y otros profundamente americanos, todos llegarán a ser tan

categóricamente semejantes a Cristo.

El templo judío fue construído con piedras labradas que se sacaron de las montañas. Y cada piedra era preparada para su lugar en el templo, labrada a escuadra, pulida y probada antes de ser transportada a Jerusalén. Cuando todas esas piedras se encontraron sobre el terreno, la edificación se hizo sin que se oyera el ruido de un hacha o de un martillo. Esta edificación representa el templo espiritual de Dios, compuesto de materiales traídos de todas las naciones, lenguas, pueblos y clases sociales, grandes y pequeños, ricos y pobres, sabios e ignorantes. No se trata de substancias inertes, que deban ser trabajadas por medio del martillo o el cincel. Son piedras vivas, sacadas de la cantera del mundo por medio de la verdad; y el gran Arquitecto, el Señor del templo, está ahora labrándolas y puliéndolas, preparándolas para su lugar respectivo en el templo espiritual. Ese templo, una vez terminado, será perfecto en todas sus partes y causará la admiración de los ángeles y de los hombres; porque Dios es su arquitecto y constructor.

Nadie piense que no tiene necesidad de golpe alguno. No hay persona ni nación que sea perfecta en todas sus costumbres y maneras de pensar. Una debe aprender de otra. Por esto, Dios quiere que las diferentes nacionalidades se asocien para llegar a ser un solo pueblo en sus maneras de ver y en sus propósitos. Así verá cumplida la unión que es en Cristo.

Vine a este país con cierta aprensión, por lo mucho que había oído de las peculiaridades de las diferentes naciones europeas, y de los medios que debían usarse para alcanzarlas. Pero la sabiduría divina se les promete a los que sienten su necesidad de ella y la piden. Dios es quien puede traer a la gente al punto en que quiera recibir la verdad. Dejad que el Señor tome posesión de las mentes para modelarlas como el alfarero modela la arcilla, y las diferencias desaparecerán. Hermanos, mirad a Cristo; imitad sus modales y su espíritu; luego no os será difícil alcanzar a las diferentes clases de personas. No tenemos seis modelos para imitar, ni tampoco cinco, sino uno solo: Cristo Jesús. Si los

hermanos italianos, franceses y alemanes se esfuerzan en parecérsele, colocarán sus pies sobre el mismo fundamento, el de la verdad; el mismo espíritu que anima el uno animará también al otro: Cristo en ellos, esperanza de gloria. Quiero exhortaros, hermanos y hermanas, a no levantar un muro de separación entre las diferentes nacionalidades. Esforzaos, por el contrario, en derribarlo en todas partes donde exista. Deberíamos esforzarnos por llevar a todo el mundo a la armonía que hay en Jesús y trabajar con un solo fin: la salvación de nuestros semejantes.

Hermanos míos en este ministerio, ¿aceptaréis las ricas promesas de Dios? ¿Ocultaréis al yo para dejar aparecer a Jesús? El yo debe morir antes que Dios pueda obrar por nuestro medio. Siento alarma cuando veo asomar el yo aquí y allá, en uno y en otro. En el nombre de Jesús de Nazaret, os declaro que vuestra voluntad debe morir; debe identificarse con la voluntad de Dios. El desea fundiros y purificaros de toda mácula. Una gran obra debe ser hecha por vosotros antes que podáis ser henchidos del poder de Dios. Os suplico que os acerquéis a él

a fin de poder recibir sus ricas bendiciones antes de terminar estas reuniones.

Hay aquí algunos sobre quienes la luz resplandeció con brillo por medio de advertencias y reprensiones. Cuando quiera que se den reprensiones, el enemigo procura crear en los que son reprendidos un deseo de simpatía humana. Quisiera, por lo tanto, amonestaros a tener cuidado, no sea que al apelar a la simpatía ajena y repasar vuestras pruebas pasadas, repitáis el mismo error: el de exaltaros a vosotros mismos. El Señor hace recorrer vez tras vez el mismo terreno a sus hijos extraviados; pero si continuamente se niegan a escuchar las advertencias de su Espíritu, y no enmiendan todos sus errores, él terminará por abandonarlos a su debilidad.

Hermanos, os exhorto a acudir a Cristo y a beber en abundancia de las aguas de salud. No apeléis a vuestros propios sentimientos. No confundáis el sentimentalismo con la religión. Dejad todo apoyo humano y confiad por completo en Cristo. Necesitáis recibir una nueva preparación

antes de poder trabajar en la salvación de las almas. Vuestras palabras y vuestras acciones ejercen influencia sobre otros, y en el día de Dios deberéis dar cuenta de esa influencia. Jesús dice: “He dado una puerta abierta delante de ti, la cual ninguno puede cerrar”. (Apocalipsis 3:8) De esa puerta brota luz, y si queremos podemos recibirla. Miremos hacia esa puerta abierta, y procuremos recibir todo lo que Cristo quiere otorgarnos. Cada cual tendrá que sostener un violento combate para triunfar del pecado en su propio corazón. Por momentos, es una obra muy penosa y desalentadora; pues al mirar los defectos de nuestro carácter, nos detenemos a considerarlos, cuando en realidad deberíamos mirar a Jesús y revestir el manto de su justicia. Quien quiera que entre en la ciudad de Dios por las puertas de perla, entrará como vencedor, y su victoria más grande será la que habrá obtenido sobre sí mismo.

“Por esta causa doblo mis rodillas al Padre de nuestro Señor Jesucristo, del cual es nombrada toda la parentela en los cielos y en la tierra, que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser

corroborados con potencia en el hombre interior por su Espíritu. Que habite Cristo por la fe en vuestros corazones; para que, arraigados y fundados en amor, podáis bien comprender con todos los santos cuál sea la anchura y la longura y la profundidad y la altura, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios". (Efesios 3:14-19)

Hermanos y hermanas, como colaboradores de Dios, apoyaos con firmeza en el brazo del Todopoderoso. Trabajad para alcanzar la unión y el amor, y seréis una potencia en el mundo.

Capítulo 19

La unidad en Jesucristo

Mientras asistía a la sesión de la junta de la Asociación General, realizada en septiembre de 1904, me sentí sumamente preocupada por lo que concierne a la unidad que debe reinar en nuestra obra. No me fue posible asistir a todas las reuniones, pero durante la noche una escena tras otra pasaban delante de mí, y tuve la impresión de que debía transmitir un mensaje a nuestros hermanos de muchos lugares.

Mi corazón se conduele al comprobar que, mientras tenemos tantos motivos que nos invitan a llevar nuestras aptitudes al más alto grado de desarrollo, nos contentamos con ser enanos en la obra de Cristo. Dios desea que todos sus obreros crezcan hasta alcanzar la estatura perfecta de hombres y mujeres en Cristo. Donde hay vitalidad, hay crecimiento; este último atestigua la presencia de la primera. Las palabras y las acciones dan testimonio de lo que el cristianismo realiza en

favor de los discípulos de Cristo.

Cuando cumpláis la tarea que os es asignada, sin reñir y sin criticar a los demás, vuestro trabajo será acompañado de una libertad, de una luz y potencia tales que ello dará un carácter peculiar y una poderosa influencia a las empresas e instituciones con las cuales estéis relacionados.

Recordad que no estáis en una posición ventajosa cuando estáis de mal humor y cuando pensáis que es vuestra obligación llamar al orden a todos los que se os acercan. Si cedéis a la tentación de criticar a los demás, señalarles sus faltas y demoler lo que ellos hacen, podéis estar seguros de que no haréis vuestra parte noblemente y como corresponde.

En un tiempo como éste, todo hombre que ocupa un puesto de responsabilidad y todo miembro de la iglesia debe procurar que todo rasgo de su obra esté en perfecto acuerdo con las enseñanzas de la Palabra de Dios. Por una vigilancia incansable, oraciones fervientes y

palabras y acciones cristianas, debemos mostrar al mundo lo que Dios quiere que su iglesia sea.

Desde su elevada posición, Cristo, el Rey de gloria, la Majestad de los cielos, vio la condición de los hombres. Tuvo compasión de los seres humanos, débiles y pecadores, y vino a la tierra para mostrar lo que Dios es para el hombre. Dejando su corte real, revistiendo su divinidad con los velos de la humanidad, vino personalmente al mundo para labrar en nuestro favor un carácter perfecto. No eligió morada entre los ricos de la tierra. Nació en la pobreza, de padres humildes, y vivió en el despreciado pueblo de Nazaret. En cuanto tuvo edad suficiente para poder manejar las herramientas, contribuyó con su parte al sostén de la familia.

Cristo se humilló para encabezar a la humanidad, para afrontar las tentaciones y sobrellevar las pruebas que los hombres deben arrastrar de parte del enemigo caído, a fin de saber cómo socorrer a los que son tentados.

Y Cristo ha sido hecho nuestro Juez. No es el Padre el Juez. Tampoco lo son los ángeles. Nos juzgará Aquél que se revistió de nuestra humanidad y vivió una vida perfecta en este mundo. El solo puede ser nuestro Juez. ¿Os acordaréis de ello, hermanos y hermanas? ¿Lo recordaréis también, vosotros los predicadores? ¿Y vosotros también, padres y madres? Cristo se revistió de nuestra humanidad para poder ser nuestro Juez. Ninguno de vosotros ha sido designado para juzgar a otros. Todo lo que podéis hacer es corregiros a vosotros mismos. Os exhorto, en el nombre de Cristo, a obedecer la orden que os da, de no sentaros jamás en el sitial del juez. Día tras día, este mensaje ha repercutido en mis oídos: “Bajad del estrado del tribunal. Bajad de él con humildad”.

Nunca antes ha sido tan necesario como ahora que renunciemos a nosotros mismos y carguemos cada día con la cruz. ¿Hasta qué extremo estamos nosotros dispuestos a dar pruebas de abnegación?

Una vida de gracia y de paz

En el primer capítulo de la segunda epístola de Pedro, hallaréis esta recomendación: “Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, mostrad en vuestra fe virtud, y en la virtud ciencia; y en la ciencia templanza, y en la templanza paciencia, y en la paciencia temor de Dios; y en el temor de Dios, amor fraternal, y en el amor fraternal caridad”. (2 Pedro 1:5-7) Estas virtudes son tesoros admirables. Hacen al hombre “más precioso que el oro fino”. (Isaías 13:12)

“Porque si en vosotros hay estas cosas, y abundan, no os dejarán estar ociosos, ni estériles en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo”. (2 Pedro 1:8)

¿No nos esforzaremos por aprovechar lo mejor que podamos el poco tiempo que aún nos queda en esta vida, para añadir una gracia a otra, y una potencia a otra, mostrando que tenemos acceso, en los lugares celestiales, a una fuente de poder? Cristo dijo: “Toda potestad me es dada en el cielo y

en la tierra”. (Mateo 28:18) ¿Para quién le es dada esta potestad? Para nosotros. El quiere que comprendamos que volvió al cielo como nuestro Hermano mayor, y que el poder inconmensurable que se le dio está a nuestra disposición.

Recibirán el poder de lo alto aquellos que en su vida pongan en práctica las instrucciones dadas a la iglesia por el apóstol Pedro. Debemos adoptar el plan de adición, consagrándonos a afirmar nuestra vocación y elección. En todo lo que hacemos y decimos, debemos representar a Cristo. Debemos vivir su vida. Los principios en que se inspiraba deben dirigir nuestra conducta hacia las personas con quienes colaboramos.

Cuando estamos anclados firmemente en Cristo poseemos un poder que ningún ser humano puede quitarnos. ¿Y por qué? Porque participamos de la naturaleza divina al huir de la corrupción que reina en el mundo por la concupiscencia, participamos de la naturaleza de Aquel que vino a la tierra revestido de humanidad, para que pudiese encabezar la familia humana y para desarrollar un

carácter inmaculado e irreprensible.

¿Por qué son tantos entre nosotros los débiles e incapaces? Es porque miramos a nosotros mismos, estudiamos nuestro temperamento y nos preguntamos cómo podremos hacernos un sitio a nosotros mismos, a nuestra individualidad, a nuestras ideas particulares, en lugar de estudiar a Cristo y su carácter.

Hay hermanos que podrían trabajar juntos en armonía si quisieran aprender de Cristo y olvidar que son americanos o europeos, alemanes, franceses, suecos, dinamarqueses o noruegos; pero parecen pensar que si se unieran con los de otras nacionalidades, perderían algo de lo que caracteriza a su país y su nación, y que ese algo sería reemplazado por otra cosa.

Hermanos, desechemos todo esto. No tenemos derecho a fijar nuestra atención en nosotros mismos, ni en nuestras preferencias y fantasías. No debemos tratar de conservar una identidad particular, una personalidad y una individualidad

que nos mantendrían alejados de nuestros colaboradores. Hay un carácter que debemos mantener, pero es el de Cristo. Si tenemos el carácter de Cristo, podemos trabajar juntos en su obra. El Cristo que esté en nosotros responderá al Cristo que esté en nuestros hermanos, y el Espíritu Santo consagrará esa unión de sentimientos y de acción que atestigua al mundo que somos hijos de Dios. Que el Señor nos dé poder para crucificar el yo y nacer de nuevo, a fin de que Cristo pueda vivir en nosotros como principio vivo, activo, capaz de mantenemos en la santidad.

Trabajad con ardor en favor de la unión. Orad, trabajad para obtenerla. EU a os traerá salud espiritual, pensamientos elevados, nobleza de carácter, el ánimo celestial, y os permitirá vencer el egoísmo y las suspicacias, y ser más que vencedores por Aquel que os amó, y se dio a sí mismo por vosotros. Crucificad el yo, considerad a los demás como más excelentes que vosotros mismos; y así realizaréis la unión con Cristo. Ante el universo celestial, ante la iglesia y el mundo, daréis la prueba indiscutible de que sois hijos de

Dios. Dios será glorificado por el ejemplo que déis.

Lo que el mundo necesita es ver este milagro: los corazones de los hijos de Dios ligados unos a otros por el amor cristiano. Necesita verlos sentados juntos, en Cristo, en las alturas celestiales. ¿No queréis mostrar por vuestra vida lo que puede la verdad divina en quienes aman y sirven al Señor? El conoce lo que podéis llegar a ser y sabe cuánto puede hacer su gracia en vuestro favor, si queréis llegar a ser participantes de la naturaleza divina.

Capítulo 20

La obra de publicaciones en College View

Loma Linda, California, 24 de agosto de 1905.

Apruebo los esfuerzos que se han realizado para establecer nuestra obra de publicaciones en alemán y en los idiomas escandinavos en College View. Espero que se hagan planes para animar y fortalecer esta obra.

No hay que dejar sobre nuestros hermanos extranjeros todo el peso de la obra. Tampoco debieran nuestros hermanos en todo el campo dejar una carga demasiado pesada sobre las asociaciones alrededor de College View. Los miembros de estas asociaciones debieran tomar la iniciativa y hacer lo mejor que puedan, y todos debieran acudir en su ayuda. La verdad debe proclamarse a todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos.

Nuestros hermanos alemanes, daneses y suecos no tienen una buena razón para no actuar en armonía en la obra de publicaciones. Los que creen la verdad debieran recordar que son los hijos de Dios y que él los está entrenando. Que se muestren agradecidos hacia Dios por sus numerosas manifestaciones de misericordia y que sean agradecidos unos con otros. Tienen un Dios y un Salvador; y un Espíritu, el Espíritu de Cristo, debe producir unidad en sus filas.

Cristo ascendió al cielo después de su resurrección, y hoy presenta nuestras necesidades al Padre. El dice: “He aquí que en las palmas de las manos te tengo esculpida”. (Isaías 49:16) Costó algo esculpirlas en ellas. Costó agonía indecible. Si nos humilláramos delante de Dios, si fuéramos bondadosos, corteses, compasivos y piadosos, habría cien conversiones a la verdad donde ahora hay una sola. Pero aunque profesamos estar convertidos, llevamos con nosotros un atado de egoísmo que consideramos demasiado precioso para desecharlo. Es nuestro privilegio depositar esta carga a los pies de Cristo y tomar en su lugar

el carácter y la semejanza de Cristo. El Salvador está esperando que lo hagamos.

Cristo puso de lado su ropaje real, su corona regia y su elevada autoridad, y descendió hasta las mayores profundidades de la humillación. Habiendo tomado sobre sí la naturaleza humana, hizo frente a todas las tentaciones de la humanidad y derrotó en nuestro beneficio al enemigo en todo sentido.

Hizo todo esto para poner a disposición de los seres humanos poder que les permitiera ser vencedores. “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra”. (Mateo 28:18) Esto da a todos los que están dispuestos a seguirle. Pueden demostrar ante el mundo el poder que hay en la religión de Cristo para conquistar el yo.

Cristo dijo: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas”. (Mateo 11:29) ¿Por qué no aprendemos diariamente del Salvador? ¿Por qué no vivimos en constante comunión con él, para que en

nuestro trato unos con otros podamos hablar y actuar bondadosa y cortésmente? ¿Por qué no honramos al Señor manifestando ternura y amor unos por otros? Si hablamos y obramos en armonía con los principios del cielo, los incrédulos serán atraídos hacia Cristo mediante su asociación con nosotros.

Cristo y las nacionalidades

Cristo no reconocía distinción de nacionalidad, jerarquía o credo. Los escribas y fariseos querían acaparar todos los dones del cielo en favor de su nación, con exclusión del resto de la familia de Dios en el mundo entero. Pero Jesús vino para derribar toda barrera de separación. Vino a mostrar que el maravilloso don de su misericordia y de su amor, como el aire, la luz o la lluvia que refresca el suelo, no reconoce límites.

Por su vida, Cristo estableció una religión sin casta, merced a la cual judíos y paganos, libres y esclavos quedan unidos por un vínculo fraternal de igualdad delante de Dios. Ningún exclusivismo

influía en sus actos. No hacía ninguna diferencia entre prójimos y extraños, amigos o enemigos. Su corazón era atraído hacia toda alma que tuviese sed del agua de la vida.

No menospreciaba a ser humano alguno, y procuraba aplicar a toda alma la virtud sanadora. En cualquier sociedad que estuviese, presentaba una lección apropiada al tiempo y a las circunstancias. Todo desprecio y todo ultraje que los hombres infligían a sus semejantes no hacían sino hacerle sentir tanto más hondamente la necesidad en que se hallaban de su simpatía divino-humana. Procuraba hacer nacer la esperanza en el más rústico de los hombres y en aquel que menos esperanza daba, asegurándoles que podían tomarse irreprensibles e inofensivos, y adquirir un carácter que les hiciera hijos de Dios.

Un seguro fundamento

“Por lo cual, hermanos --dice Pedro--, procurad tanto más de hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis

jamás. Porque de esta manera os será abundantemente administrada la entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo". (2 Pedro 1:10, 11)

Cuando los creyentes que esperaban el próximo regreso del Señor eran sólo un puñado, hace muchos años ya, los observadores del sábado de Topsham, Estado de Maine, se reunían para el culto en la amplia cocina del Hno. Stockbridge Howland. Un sábado de mañana, el Hno. Howland estaba ausente. Esto nos sorprendió, porque era siempre puntual. Muy pronto le vimos llegar con el rostro iluminado por la gloria de Dios. "Hermanos --dijo--, he hallado algo, y es esto: podemos adoptar una conducta que nos garantice la promesa de la Palabra divina: 'No caeréis jamás'. Voy a deciros de qué se trata".

Entonces contó que había notado que un hermano, que era un pobre pescador, pensaba no ser estimado en lo que merecía, y que el Hno. Howland y otros se creían superiores a él. Estaba equivocado; pero ese sentimiento había impedido a

ese hermano asistir a las reuniones desde hacía algunas semanas. Así que el Hno. Howland fue a su casa, y poniéndose de rodillas delante de él, le dijo:

- Perdóname, hermano; ¿qué daño te he hecho? El hombre lo tomó del brazo y quiso hacer que se levantara.
- No --dijo el Hno. Howland--, ¿qué tienes contra mí?
- No tengo nada contra ti.
- Pero algo debes tener --insistió el Hno. Howland--, porque antes conversábamos juntos, mientras que ahora no me hablas más; quiero saber lo que pasa.
- Levántate, Hno. Howland --repitió el hombre.
- No, hermano, no me levantaré.
- Entonces me toca a mí ponerme de rodillas --dijo; y cayendo de rodillas, el pescador le confesó cuán niño había sido y a cuántos malos pensamientos se había entregado--. Ahora --añadió--, voy a apartar de mí todo esto.

Al contar esta historia, el Hno. Howland tenía

el rostro iluminado por la gloria de Dios. Apenas había terminado su relato cuando el pescador llegó con su familia, y tuvimos una excelente reunión.

Supongamos ahora que algunos de entre nosotros siguiesen el ejemplo dado por el Hno. Howland. Si, cuando nuestros hermanos albergan malas sospechas, fuésemos a decirles: “Perdonadme el mal que os pude hacer”, se quebrantaría el hechizo de Satanás y nuestros hermanos quedarían libres de sus tentaciones. No dejéis que nada se interponga entre vosotros y vuestros hermanos. Si hay algo que podáis hacer para disipar las sospechas, aun al precio de un sacrificio, no vaciléis en hacerlo. Dios quiere que nos amemos unos a otros como hermanos. El quiere que seamos compasivos y amables. Quiere que cada uno se habitúe a pensar que sus hermanos le aman y que Jesús le ama. El amor engendra amor.

Alberguemos el amor de Cristo

¿Esperamos ver a nuestros hermanos en el

cielo? Si podemos vivir con ellos aquí en paz y armonía, entonces podremos hacerlo también allá arriba. Pero ¿cómo habríamos de vivir con ellos en el cielo, si no podemos hacerlo aquí sin rencillas y disputas continuas? Los que siguen una conducta que tiende a separarlos de sus hermanos y provocan discordia y disensiones, necesitan una conversión radical. Es necesario que nuestros corazones sean enternecidos y subyugados por el amor de Cristo. Debemos cultivar el amor que él manifestara al morir en la cruz del Calvario. Debemos allegarnos siempre más al Salvador. Debemos orar más y aprender a ejercitar nuestra fe. Necesitamos más benignidad, compasión y bondad. Pasamos sólo una vez por este mundo. ¿No nos esforzaremos por dejar impreso el sello de Jesús sobre las personas con quienes vivimos?

Nuestros duros corazones deben ser quebrantados. Debemos alcanzar una unidad perfecta y comprender que hemos sido rescatados por la sangre de Jesús de Nazaret. Diga cada cual para sí: “El dio su vida por mí y quiere que, mientras paso por el mundo, yo revele el amor que

él manifestó al entregarse por mí". Cristo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz, para que Dios, permaneciendo justo, pudiese ser el que justifica a los que creen en él. La vida eterna está reservada para cuantos se entregan al Salvador.

Yo deseo ver al Rey en su hermosura. Deseo ver su belleza sin par. Y deseo que vosotros también podáis contemplarlo. Cristo llevará a sus redimidos a lo largo del río de la vida y les explicará todo lo que les fuera motivo de perplejidad en este mundo. Los misterios de la gracia se descubrirán ante su mirada. Allí donde sus mentes finitas sólo discernían confusión y desorden, percibirán la más perfecta y hermosa armonía.

Sirvamos al Señor con toda nuestra capacidad, con toda nuestra inteligencia. Esta se desarrollará a medida que hagamos uso de ella. Nuestra experiencia religiosa se afirmará a medida que vayamos poniendo más religión en nuestra vida diaria. Así iremos ascendiendo poco a poco por la escalera que lleva al cielo, hasta que podamos

desde la cima de la misma, poner el pie en el reino de Dios. Seamos cristianos en este mundo; tendremos la vida eterna en el reino de gloria.

* * * * *

Cuando hay unidad entre los discípulos de Cristo, ella constituye una evidencia de que el Padre envió a su Hijo para salvar a los pecadores. Atestigua su poder; porque sólo el poder milagroso de Dios puede poner armonía en las acciones de seres humanos que difieren por sus temperamentos, e inspirarles a todos el deseo de decir la verdad con amor.

Las advertencias y los consejos de Dios son claros y positivos. Cuando, al leer las Escrituras, vemos el bien que resulta de la unión y el mal que produce la desunión, ¿cómo podemos negarnos a recibir la Palabra de Dios en nuestros corazones? La suspicacia y la desconfianza son mala levadura. La unidad atestigua la potencia de la verdad.

Capítulo 21

Asociaciones Alemanas y Escandinavas

Loma Linda, California, 1 de septiembre de 1905.

Estimados hermanos,

Algunos de nuestros ministros me han escrito para preguntarme si la obra entre los alemanes y los escandinavos no debiera llevarse a cabo bajo organizaciones separadas. Este asunto se me ha presentado varias veces. Cuando me encontraba en College View, el Señor me dio un testimonio directo, y desde entonces este asunto se me ha presentado nuevamente.

En una ocasión me parecía encontrarme en una reunión de junta donde se consideraba este asunto. Una Persona de autoridad se encontraba en medio de los asistentes y presentó principios que debían

seguirse en la obra de Dios. Según la instrucción impartida, si se adoptaba el criterio de la separación, no tendería a hacer progresar los intereses de la obra entre las diversas nacionalidades. No conduciría hacia el desarrollo espiritual óptimo. Se levantarían murallas que tendrían que derribarse en el futuro cercano.

Según la luz que he recibido de Dios, las organizaciones separadas crearán discordia en vez de producir unidad. Si nuestros hermanos buscan juntos al Señor con humildad de mente, los que ahora piensan que es necesario organizar asociaciones alemanas y escandinavas separadas, verían que el Señor desea que trabajen juntos como hermanos.

Si los que tratan de desintegrar la obra de Dios llevaran a cabo su propósito, algunos se atribuirían mayor importancia y tratarían de hacer una obra que no debiera llevarse a cabo. La adopción de estas medidas retardaría mucho la causa de Dios. Si queremos hacer la obra con éxito, los talentos que se encuentran entre los ingleses y norteamericanos

debieran unirse con los talentos que existen entre los de otras nacionalidades. Y cada nacionalidad debiera trabajar fervientemente por los que pertenecen a las demás nacionalidades. Hay un solo Señor, una sola fe. Debiéramos tratar de contestar la oración de Cristo por sus discípulos, para que sean una sola cosa.

“Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo. Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad... Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste”. (Juan 17:17-21)

Debiera entenderse que la unidad perfecta entre los obreros es necesaria para llevar a cabo con éxito la obra de Dios. Con el fin de preservar la paz, todos debieran procurar recibir sabiduría del Gran Maestro. Que todos ejerzan cuidado para no

introducir proposiciones ambiciosas que crearían disensión.

Debemos sometemos unos a otros. Ninguna persona, en sí misma, es un todo completo. Por medio del sometimiento de la mente y la voluntad al Espíritu Santo, debemos continuar aprendiendo del Gran Maestro.

Estudiad el segundo capítulo de los Hechos. En la iglesia primitiva, el Espíritu de Dios obró poderosamente por medio de los que se encontraban unidos en armonía. En el día del Pentecostés todos estaban de común acuerdo en un mismo lugar.

Debemos demostrar al mundo que personas de diversas nacionalidades pueden estar unidas en Cristo Jesús. Entonces, eliminemos toda barrera y dediquémonos en unidad al servicio del Maestro.

En el levantamiento de barreras nacionales presentáis al mundo un plan de invención humana que Dios no puede aprobar. A los que desean hacer

eso, el apóstol Pablo les dice: “Porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres? Porque diciendo el uno: Yo ciertamente soy de Pablo; y el otro: Yo soy de Apolos, ¿no sois carnales? ¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según lo que a cada uno concedió el Señor. Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios. Así que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento. Y el que planta y el que riega son una misma cosa; aunque cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor. Porque nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios”. (1 Corintios 3:3-9)

Un ejemplo de bondad fraternal

Cuando nuestros hermanos de Escandinavia se vieron frente a una crisis financiera, se dio un testimonio según el cual no debíamos permitir que nuestros hermanos aparecieran en bancarrota ante

el mundo. Eso hubiera deshonrado a Dios. Y la respuesta rápida y liberal de nuestros hermanos norteamericanos fue un reconocimiento de que la diferencia de nacionalidad no podía eximirlos de su deber de ayudarse mutuamente en la obra de Dios. “Todos vosotros sois hermanos”. (Mateo 23:8) Somos uno en la unidad de la verdad.

Ahora, por medio de esfuerzo diligente y abnegado, debemos tratar de andar en el amor de Cristo, en la unidad del Espíritu, por medio de la santificación producida por la verdad. No bastará una obra hecha a medias para cumplir el anhelo manifestado en la oración de Cristo. Debemos practicar los principios del cielo aquí en la tierra. El cielo es un magnífico lugar de reunión.

Debo escribir claramente con respecto al levantamiento de paredes divisorias en la obra de Dios. Esta acción se me ha revelado como una falacia de invención humana. No es el plan del Señor para su pueblo que se dividan en grupos separados debido a diferencias de nacionalidad e idioma, Si lo hicieran, se estrecharían sus ideas y

su influencia disminuiría notablemente. Dios pide que haya una mezcla armoniosa de una variedad de talentos.

Vuelvo a repetir las palabras de Cristo. Quisiera grabarlas profundamente en vuestras mentes. “Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado”.

Cristo ha protegido a su pueblo del mundo, pero los que procuran introducir separación entre las nacionalidades, harán una obra que Dios no aprueba.

Hermanos, uníos; acercaos unos a otros y

desechad toda invención humana y seguid de cerca los pasos de Jesús, vuestro gran Ejemplo.

Capítulo 22

Un llamamiento para obreros de color

Es necesario efectuar los esfuerzos más decididos para educar y preparar a hombres y mujeres afroamericanos para que trabajen como misioneros en los estados del sur de los Estados Unidos. Alumnos afroamericanos cristianos debieran estar preparándose para presentar la verdad a los de su propia raza. Los que convierten el temor del Señor en el comienzo de su sabiduría y escuchan el consejo de hombres de experiencia, pueden ser una gran bendición para la población negra, al llevar a su propio pueblo la luz de la verdad presente. Cada obrero que trabaje con humildad y en armonía con sus hermanos, se convertirá en un canal de luz para muchos que ahora viven en las tinieblas de la ignorancia y la superstición.

En lugar de preguntarse si están capacitados

para trabajar entre gente blanca, que nuestros hermanos afroamericanos se dediquen al trabajo misionero entre los de su raza. Hay mucho lugar para que los afroamericanos trabajen entre su propio pueblo. En el campo del sur del país queda abundante trabajo por realizar. Es necesario hacer esfuerzos especiales en las ciudades populosas. En cada una de estas ciudades hay miles de personas de la raza negra a quienes hay que predicar el último mensaje de advertencia y misericordia. Despertemos el espíritu misionero en los corazones de nuestros miembros de iglesia afroamericanos. Instémoslos a realizar una obra fervorosa en favor de los que todavía no conocen la verdad.

Quisiera decir a todos mis hermanos y hermanas afroamericanos: considerad la situación tal como es. Preguntaos: “En vista de las oportunidades y ventajas que se me han concedido, ¿cuánto le debo a mi Señor? ¿Cómo puedo glorificarlo mejor y promover los intereses de mi pueblo? ¿Cómo puedo utilizar con mayor ventaja el conocimiento que Dios se ha complacido en darme? ¿No debiera acaso abrir mi Biblia y

enseñar la verdad a mi pueblo? ¿Acaso no hay miles que perecen por falta de conocimiento, a quienes puedo ayudar si me entrego a Dios para que él me utilice como instrumento suyo? ¿Es que no tengo una obra que realizar en beneficio de mis hermanos oprimidos y desanimados?”

El campo del sur está sufriendo por falta de obreros. ¿Pasaréis por alto a vuestro pueblo, sin realizar esfuerzo alguno para ayudarle, o bien, trabajaréis con humilde corazón para salvar a los que perecen? Hay una obra que podéis hacer si os humilláis delante de Dios. Si confiáis en él encontraréis paz y consuelo, pero si seguís vuestro propio sistema y voluntad, encontraréis espinas y cardos, y perderéis la recompensa.

Queda poco tiempo, y lo que tenéis que hacer, debéis hacerlo con prontitud. Decidid que debéis redimir el tiempo. No busquéis vuestro placer personal. ¡Levantaos! Acometed la obra con una nueva resolución. El Señor abrirá el camino ante vosotros. Realizad todo esfuerzo posible para trabajar siguiendo el método de Cristo, con

humildad y mansedumbre, confiando en él para recibir poder. Comprended la obra que el Señor os ha encargado, y al confiar en Dios quedaréis capacitados para avanzar con fortaleza y gracia crecientes. Quedaréis capacitados para trabajar con diligencia y perseverancia por vuestro pueblo mientras dura el día; porque la noche viene cuando nadie podrá trabajar.

En el campo del sur existe necesidad urgente de toda clase de trabajo misionero. Hay que preparar obreros urgentemente para este campo. Nuestro pueblo debiera proveer un fondo para la educación de hombres y mujeres de los estados del sur, quienes, por estar habituados al clima, pueden trabajar en ese lugar sin arriesgar su salud.

Jóvenes y señoritas prometedores debieran educarse para trabajar como profesores. Debieran contar con las mejores ventajas. Es necesario que se construyan escuelas y salones de reuniones en diferentes lugares y que se empleen profesores.

Las personas que han estado trabajando durante

años para ayudar a los afroamericanos, están bien calificadas para asesorar acerca de la apertura de tales escuelas. Hasta donde sea posible, estas escuelas debieran establecerse fuera de las ciudades. Pero en las ciudades hay numerosos niños que no podrían asistir a instituciones educacionales que no funcionan dentro de sus límites; para beneficio de ellos, hay que establecer escuelas en las ciudades tanto como en el campo.

Los niños y adolescentes que asistan a estas escuelas deberán aprender más que solamente a leer. Hay que enseñarles, además, diversas habilidades industriales. Los alumnos deben tener acceso a instalaciones donde puedan aprender oficios que les permitan sostenerse a sí mismos.

Nuestras iglesias del norte, como también las del sur, debieran hacer todo lo posible para ayudar a sostener la obra educativa para los niños de raza negra. Las escuelas que ya están establecidas debieran ser mantenidas fielmente. La fundación de nuevas escuelas requerirá fondos adicionales. Que todos nuestros miembros hagan su parte con

sinceridad para colocar estas escuelas en terreno ventajoso.

Además de dedicarse a esta clase de trabajo escolar, nuestros hermanos afroamericanos podrían realizar una excelente obra al establecer escuelas dominicales misioneras y escuelas sabáticas entre su propio pueblo; escuelas en las que los jóvenes puedan ser instruidos por profesores que rebosen de amor por las almas.

Nuevas oportunidades se presentan continuamente en los estados del sur del país, y muchos afroamericanos inteligentes y cristianos serán llamados a la obra. Pero por diversas razones, los hombres blancos deben ser elegidos como dirigentes. Todos somos miembros del mismo cuerpo y estamos completos únicamente en Cristo Jesús, quien elevará a sus hijos del bajo nivel al que el pecado los ha degradado y los colocara en el lugar donde se los reconocerá en las cortes celestiales como obreros juntamente con Dios.

Hay trabajo que debe realizarse en muchos lugares difíciles, y de estas escuelas surgirán obreros talentosos. Que la obra sea dirigida de tal manera que los obreros negros se eduquen para trabajar por su propia raza. Entre ellos hay muchos que tienen talento y habilidad. Busquemos a estos hombres y mujeres y enseñémosles a dedicarse a la obra de salvar almas. Dios cooperará con ellos y les dará la victoria.

“Obreros juntamente con Dios”

El Señor escucha los lamentos de los que se ocupan en su servicio. Ha prometido: “Sobre ti fijaré mis ojos”. (Salmos 32:8) Andad humildemente con Dios y pedidle que os muestre claramente la senda del deber. Cuando hable a sus representantes y les pida que sean obreros juntamente con él, éstos harán la misma clase de trabajo que Jesús anunció como su obra cuando se paró a leer las Escrituras en la sinagoga de Nazaret. Abrió el libro del profeta Isaías y leyó: “El Espíritu de Jehová el Señor será sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a

los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel". (Isaías 61:1)

La verdad se encuentra actualmente oscurecida en el mundo por las nubes del error que prevalecen. El que puede influir aun sobre los más humildes y ganarlos para Cristo, está colaborando con las agencias divinas en su esfuerzo por salvar a los perdidos. Al presentar a los pecadores un Salvador personal y perdonador, extendemos una mano de simpatía y amor como el de Cristo para tomar la mano del que ha caído, y asiéndonos por fe de la mano de Cristo, formamos un eslabón de unión entre el pecador y el Salvador.

El fin está cerca, y cada alma debe andar con cuidado, con humildad y mansedumbre, con Cristo Jesús. Nuestro precioso Salvador, que refleja todos los rayos de verdad hacia el mundo, no quiere que coloquemos nuestra confianza en los príncipes ni en el hijo del hombre, en quienes no hay ayuda; sino que nos apoyemos plenamente en él. Dice: "Separados de mí nada podéis hacer". (Juan 15:5)

Necesitamos contemplar constantemente a Jesús a fin de que imprima sobre nosotros su hermosa imagen. Debemos contemplar al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Entonces revelaremos a Cristo ante nuestros semejantes.

Capítulo 23

La proclamación de la verdad allí donde hay antagonismo racial

Siento aflicción de ánimo, mucha congoja, por la obra entre los afroamericanos. Hay que predicar el Evangelio a los de la oprimida raza negra. Pero será necesario ejercer mucha precaución en los esfuerzos realizados para la elevación de este pueblo. Los blancos, en muchos lugares, manifiestan un fuerte prejuicio contra la raza negra. Tal vez deseamos ignorarlo, pero no podemos. Si actuáramos como si ese prejuicio no existiera, no podríamos hacer brillar la luz ante la gente blanca. Debemos hacer frente a la situación tal como es y manejarla con sabiduría e inteligencia.

Durante muchos años he sentido aflicción de ánimo por la raza negra. He experimentado pesadumbre al ver que los sentimientos negativos contra esta raza aumentan continuamente, y al ver

que muchos adventistas parecen ser incapaces de comprender la necesidad de actuar con energía y prontitud. Los días van pasando a la eternidad, pero no se ha hecho mucho para ayudar a quienes hasta hace poco eran una raza de esclavos.

Una de las dificultades que encuentra la obra es que muchas de las personas de raza blanca que viven en lugares con abundante población negra, no quieren que se realicen esfuerzos especiales para elevar su condición. Cuando ven que se establecen escuelas para ellos, cuando ven que se les enseña a autoabastecerse, a aprender oficios, a adquirir hogares cómodos en vez de continuar viviendo en cobertizos y chozas, ven la posibilidad de que eso interfiera con sus planes egoístas; piensan que ya no podrán pagarles salarios miserables, lo cual despierta su enemistad. Se sienten perjudicados y ultrajados. Algunos actúan como si la esclavitud no hubiera sido abolida. Este espíritu se está fortaleciendo a medida que el Espíritu de Dios se está retirando del mundo, y en algunos lugares ahora resulta imposible hacer la obra que hubiera podido realizarse por los

afroamericanos en años pasados.

Los habitantes de los Estados Unidos habrían podido realizar mucho si el gobierno y las iglesias cristianas hubieran hecho esfuerzos adecuados en favor de los esclavos liberados, inmediatamente después de la emancipación. Debieran haber invertido dinero abundante para ayudarlos y educarlos en un momento cuando necesitaban tanta asistencia. Pero el gobierno, después de realizar un pequeño esfuerzo, dejó que los negros lucharan sin ayuda con sus apremiantes dificultades. Algunas de las poderosas iglesias cristianas comenzaron una buena obra, pero lamentablemente alcanzaron sólo a un número reducido de ellos; y la Iglesia Adventista del Séptimo Día no ha hecho su parte. Algunas personas y sociedades han realizado esfuerzos perseverantes para elevar a los afroamericanos, y se ha llevado a cabo una obra noble. ¡Pero cuán pocos han tenido parte en esta obra que debiera haber contado con la simpatía y el apoyo de todos!

Algunos adventistas han realizado nobles

esfuerzos para realizar la obra que había que hacer en favor de los afroamericanos. Si los que estaban dedicados a esta obra hubieran recibido la colaboración de todos sus ministros, el resultado de su trabajo hubiera sido muy diferente de lo que es ahora. Pero la gran mayoría de nuestros ministros no colaboró en la forma como debiera haberlo hecho, con los pocos que se esforzaban para llevar adelante una obra muy necesaria en un campo difícil.

A medida que pasa el tiempo y se fortalece la oposición, las circunstancias nos advierten que la prudencia es la mejor parte del valor. Si se han llevado a cabo acciones imprudentes en favor de la población negra, no se debe a que no se hayan dado advertencias. Desde Australia, a través de las anchas aguas del Pacífico, envié mensajes de prevención diciendo que cada movimiento debía hacerse con cautela, que los obreros no debían pronunciar discursos políticos y que por ninguna razón debía estimularse la mezcla de blancos y negros.

En una reunión de un concilio realizado en 1895 en Armadale, un suburbio de Melboume, hablé de estos asuntos en respuesta a las preguntas de mis hermanos, y destaqué la necesidad de ser cautelosos. Dije que se acercaban tiempos peligrosos, y que los sentimientos que entonces podían expresarse con respecto a lo que debía hacerse desde el punto de vista misionero por la gente de raza negra, no podrían expresarse en el futuro sin poner en peligro algunas vidas. Dije claramente que la obra realizada por los negros tendría que llevarse a cabo en forma diferente de lo que se había hecho en algunos sectores del país en años anteriores.

Debe hablarse lo menos posible del problema racial, y debe dejarse que los afroamericanos trabajen mayormente por los de su propia raza.

Con respecto a la adoración de blancos y negros en el mismo edificio, esto no puede adoptarse como una práctica generalizada con provecho para unos y otros, especialmente en la región del sur. Lo mejor que se puede hacer es

proveer para los negros que acepten la verdad, lugares de culto exclusivos, donde puedan llevar a cabo sus servicios entre ellos. Esto es especialmente necesario en el sur, a fin de que la obra en favor de la gente blanca se lleve a cabo sin estorbos.

Que los creyentes de raza negra tengan casas de culto limpias, ordenadas y de buen gusto. Es necesario hacerles comprender que esto no se hace para excluirlos de los cultos de adoración con los blancos, porque ellos son negros, sino con el fin de promover el progreso de la verdad. Que ellos comprendan que este plan debe adoptarse hasta que el Señor nos revele un método mejor.

Los miembros de raza negra que posean habilidad y experiencia debieran ser animados a dirigir los servicios para su propio pueblo; y sus voces deben oírse en las asambleas representativas de la iglesia.

Entre ellos hay muchos que pueden trabajar con ventaja para su propio pueblo; obreros a quienes el

Señor ha dado luz y conocimiento y que poseen valiosas capacidades. Estos han de trabajar con perseverancia y en toda forma eficaz. Deben utilizar nuestras publicaciones y llevar a cabo reuniones bajo carpa y en salones. Y en ocasiones (donde sea permitido) los pastores de raza blanca debieran ayudarles. Es necesario llevar a cabo esfuerzos especiales para aumentar el plantel de obreros negros. Hay que educar y preparar cabalmente a hombres de la raza negra para que den estudios bíblicos y realicen reuniones espirituales bajo carpa para su propio pueblo. Hay muchas personas capaces que debieran prepararse para esta obra.

Debiéramos interesarnos definidamente en el establecimiento de escuelas para la gente de raza negra. Y no debemos descuidar la importancia de exponer la verdad presente a los profesores y alumnos de los colegios más grandes para alumnos de raza negra que han sido establecidos por gente que no pertenece a nuestra denominación.

Hay que establecer escuelas y sanatorios para

gente de color, para que los mejores profesores que se pueda conseguir enseñen y preparen a los jóvenes afroamericanos para el servicio.

Los ministros de raza negra debieran realizar todo esfuerzo posible para ayudar a su propio pueblo a comprender la verdad para este tiempo. Al avanzar el tiempo y aumentar los prejuicios raciales, en muchos lugares será casi imposible que obreros de raza blanca puedan trabajar por la gente de raza negra. A veces los blancos que no simpatizan con nuestra obra se unirán con gente de raza negra para oponerse a ella, bajo la pretensión de que nuestras enseñanzas constituyen un esfuerzo para desbaratar las iglesias y causar dificultades por la cuestión del sábado. Habrá ministros blancos y ministros negros que harán declaraciones falsas que despertarán en las mentes sentimientos de antagonismo tan intensos, que quienes los alberguen estarán dispuestos a destruir y matar.

Las potencias infernales están trabajando con todo su ingenio para impedir la proclamación del postrer mensaje de misericordia entre la gente de

raza negra. Satanás está obrando para hacer muy difícil que los ministros del Evangelio y los creyentes consigan ignorar el prejuicio que existe entre los blancos y los negros.

Obremos con prudencia. No hagamos nada que origine oposición innecesaria; nada que estorbe la proclamación del mensaje evangélico. En los lugares en que la costumbre lo exija y donde con ello se obtenga mayor eficiencia, que los creyentes blancos y los creyentes negros se reúnan en lugares de culto separados. Cultivemos la humildad de Cristo. El era la Majestad del cielo, el Hijo unigénito de Dios. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. (Juan 3:16)

Si para salvar a un mundo destinado a perecer, Dios condescendió a entregar a su Hijo a una muerte dolorosa e ignominiosa, ¿no debieran sus misioneros estar dispuestos a realizar todo esfuerzo de que sean capaces para ganar y ayudar a los que se encuentran en las profundidades del pecado, y

para hacer brillar la luz sobre los que están en tinieblas en lo que concierne a la verdad? Cristo cubrió su divinidad con humanidad, para poder venir al mundo a elevar a los seres humanos caídos. ¿No debieran sus seguidores, por amor a él estar dispuestos a someterse a muchas cosas injustas y aflictivas de soportar, para ayudar precisamente a los que necesitan ayuda? Que la obra se haga de tal forma que no despierte el prejuicio que cerraría las puertas que ahora están abiertas para que entre la verdad.

Los hombres de talento que hay entre los creyentes de raza negra deben ser obreros juntamente con Dios en beneficio de su propio pueblo. Habrá ocasiones cuando tendrán oportunidad para dar testimonios en reuniones bajo carpa con numerosa asistencia, los que alcanzarán a multitud de personas. Estas oportunidades se presentarán a medida que se trabaje en el campo del sur del país y se proclame el mensaje en alta voz. Cuando se derrame el Espíritu Santo, se producirá el triunfo de la humanidad sobre el prejuicio en la búsqueda de la salvación de los

seres humanos. Dios controlará las mentes. Los corazones humanos amarán como Cristo amó. Y muchos considerarán el tema racial en forma muy diferente de como es considerado ahora. Amar como Cristo ama, eleva la mente hacia una atmósfera pura, celestial y carente de egoísmo.

El que se encuentra relacionado estrechamente con Cristo es elevado por encima del prejuicio del color de la piel o las castas. Su fe se aferra de las realidades eternas. El Autor divino de la verdad debe ser ensalzado. Nuestros corazones deben estar llenos con la fe que obra por amor y purifica el alma. La obra del buen samaritano es el ejemplo que debemos imitar.

No debemos agitar la cuestión racial, para no despertar el prejuicio y producir una situación crítica. La luz del mensaje del tercer ángel debe presentarse a los que necesitan luz. Debemos trabajar con calma, calladamente y con fidelidad, confiando en nuestro Hermano mayor. No debemos apresurarnos a definir el derrotero exacto que deberá seguirse en el futuro con respecto a la

relación que deberá mantenerse entre los blancos y los negros. La verdad para este tiempo debe proclamarse a las multitudes que viven en los estados del sur. Hay que despejar el camino de todo obstáculo, hasta donde sea posible. Que el mensaje evangélico sea presentado a la gente. Que se trabaje por los de raza blanca y raza negra en forma separada con características propias, y dejemos que el Señor se ocupe del resto. Hay que presentar la verdad a los hombres y mujeres blancos de los estados sureños. Entonces se hará una obra entre sus familias que conducirá a la salvación de muchas almas.

“En toda sabiduría e inteligencia”

Mientras los hombres tratan de resolver el problema racial, el tiempo sigue transcurriendo, y las gentes van a la tumba sin amonestar y sin salvación. Que este estado de cosas no continue por más tiempo. Que los hombres y las mujeres vayan a trabajar, y que trabajen en la forma como el Espíritu de Dios impresione su mente. Necesitamos la totalidad del talento de los creyentes negros en

esta obra. Que los obreros afroamericanos trabajen por su propio pueblo, ayudados por los obreros blancos cuando la ocasión lo exija. Necesitarán con frecuencia consejo y asesoramiento. Que los creyentes negros tengan su lugar de culto y que los creyentes blancos también lo tengan. Que cada grupo trabaje con celo y dedicación en la obra misionera genuina por los de su propia raza, donde puedan y cuando puedan hacerlo.

Cuando se haya presentado la verdad en cierto lugar, y haya gente de raza blanca que haya oído, creído y aceptado la verdad, a veces surgirán oportunidades para que obreros blancos realicen esfuerzos en forma tranquila y discreta en favor de la gente de raza negra. No hay que pasar por alto esas oportunidades.

Pero no debemos despertar innecesariamente el prejuicio que cerrará el camino a la proclamación del mensaje del tercer ángel a los blancos. Necesitan este mensaje, porque hay un tiempo de dificultades ante nosotros, como no lo ha habido desde que hubo una nación.

Debe ejercerse gran cuidado para no decir ni hacer nada que pudiera inflamar los sentimientos de la población negra contra los blancos. No agravemos las dificultades que ya existen. Por muy prudentemente que trabajen los obreros, tendrán que hacer frente a la oposición, aunque no creen agitación sobre la cuestión racial. Limpiemos de obstáculos el camino del Rey. Demos a Dios la oportunidad de trabajar, y que los hombres se aparten de su camino. El hará planes y dirigirá mejor de lo que pueden hacerlo los seres humanos. Recordemos que nuestra obra más importante es predicar la palabra de Dios y presentar las advertencias de la Biblia.

Dios invita a todos a dedicarse a la obra con humildad de espíritu. No todos los ministros han sido santificados por la verdad. El Señor llama a todos a que abandonen sus controversias. Que los hombres tengan cuidado de no hacer lo que eliminaría nuestra última esperanza de entrar en campos difíciles donde existen prejuicio racial y antagonismo.

Como un recurso para vencer el prejuicio y tener acceso a las mentes, la obra médica misionera debe llevarse a cabo, no en uno o dos lugares solamente, sino en muchos lugares donde la verdad todavía no ha sido proclamada. Debemos trabajar como médicos evangélicos misioneros, para sanar a la gente enferma por el pecado al darles el mensaje de salvación. Esta obra destruirá el prejuicio mejor que ninguna otra cosa.

El sábado

La verdad del sábado requerirá gran cuidado y sabiduría en su presentación. Se necesitará una gran medida de la gracia y el poder de Dios para derribar el ídolo que se ha erigido con la forma de un falso día de reposo. Elevad el estandarte, elevadlo cada vez más alto. Llamad la atención de la gente al capítulo veinte de Éxodo, que contiene la ley de Dios. Los primeros cuatro de los Diez Mandamientos delinean nuestro deber hacia nuestro Creador. El que obra con falsedad en su relación con Dios, no puede obrar con verdad en su

relación con su prójimo. El que ama a Dios supremamente, amará a su prójimo como a sí mismo. El orgullo se transforma en vanidad y conduce al agente humano a hacer un dios de sí mismo. El Evangelio de Cristo santifica el alma y expele el amor a sí mismo.

“Acuérdate del día de reposo para santificarlo”. (Éxodo 20:8) El sábado fue instituido en el Edén, después que Dios creó el mundo. “Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos. Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación”. (Génesis 2:1-3)

“Habló además Jehová a Moisés, diciendo: Tú hablarás a los hijos de Israel diciendo: En verdad vosotros guardaréis mis días de reposo; porque es señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico. Así que guardaréis el día de reposo, porque santo es a vosotros; el que lo profanare, de cierto morirá; porque cualquiera que

hiciere obra alguna en él, aquella persona será cortada de en medio de su pueblo. Seis días se trabajará, mas el día séptimo es día de reposo consagrado a Jehová; cualquiera que trabaje en el día de reposo, ciertamente morirá. Guardarán, pues, el día de reposo los hijos de Israel, celebrándolo por sus generaciones por pacto perpetuo. Señal es para siempre entre mí y los hijos de Israel; porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra y en el séptimo día cesó y reposó". (Éxodo 31:12-16)

19 de octubre de 1908.

Capítulo 24

La cuestión racial

Tengo algunas cosas que decir acerca de la gente de raza negra que vive en los estados sureños de los Estados Unidos, y de la relación que debiéramos mantener con ellos. Estuvieron tanto tiempo bajo la maldición de la esclavitud que resulta difícil saber cómo debiera tratárselos.

Cuando los obreros de Dios permitan que su Espíritu obre sobre sus mentes, se logrará notable progreso en lo referente a la salvación de las almas. El Señor es nuestro ayudador y nos guiará en todo lo que emprendamos, si se lo permitimos. Una cosa es cierta: debemos tener fe en Dios, fe en que él arreglará las cosas en una forma que nos permitirá trabajar con éxito. Nadie ha confiado en Dios en vano. Jamás frustrará a los que colocan su confianza en él.

Debemos evitar entrar en contenciones acerca de la cuestión racial. Si se agita demasiado este

asunto, surgirán dificultades cuya solución consumirá una cantidad excesiva de nuestro valioso tiempo. No podemos trazar una dirección definida que podamos seguir en lo que concierne al asunto que nos ocupa. En diferentes lugares y circunstancias será necesario tratar el asunto como convenga a cada caso. En el sur, donde existe un fuerte prejuicio racial, no podríamos hacer nada para presentar la verdad, si tuviéramos que tratar con la cuestión racial en la forma como la tratamos en otros lugares en el norte del país. Los obreros blancos del sur tendrán que actuar en su trato con los negros, en una forma que también les permita obtener acceso a la gente de raza blanca.

Es el plan de Satanás inducir a las mentes a preocuparse del problema racial. Si se toman en cuenta sus sugerencias, habrá diversidad de opiniones y gran confusión. Nadie es capaz de definir claramente cuál es la posición debida de la gente de color. Algunos podrán proponer teorías, pero os aseguro que no servirá de nada que vayamos en pos de teorías humanas. Hay que dejar en paz la cuestión racial, hasta donde sea posible.

Las ciudades del sur del país deben trabajarse, y hay que conseguir sin demora a las personas más talentosas para que lleven a cabo dicha obra. Que los obreros blancos trabajen por la gente de raza blanca y proclamen el mensaje de la verdad presente en toda su sencillez. Encontrarán oportunidades para llegar hasta las clases más elevadas. Hay que aprovechar toda ocasión que se presente para llegar hasta estas clases.

Que los obreros de raza negra hagan todo lo que puedan para continuar trabajando activamente por su pueblo. Agradezco a Dios porque entre los creyentes afroamericanos hay personas de talento que pueden trabajar eficazmente por sus congéneres y presentar la verdad con toda claridad. Muchas personas de raza negra con talentos valiosos se convertirán a la verdad, si nuestros ministros negros actúan sabiamente para encontrar el modo de preparar maestros para las escuelas, y a otros obreros para que trabajen en el sur del país.

La gente de raza negra no debiera exigir que se

la coloque en igualdad de condiciones con la gente de raza blanca. La relación entre ambas razas ha sido un asunto difícil de tratar, y me temo que continúe siendo un problema intrincado. Hasta donde sea posible hay que evitar todo lo que pudiera agitar el prejuicio racial de los blancos. Existe el peligro de cerrar la puerta que permite trabajar a nuestros obreros blancos en algunos lugares del sur del país, donde predomina la población negra.

Sé que si intentamos satisfacer las ideas y preferencias de algunas personas de raza negra, encontraremos totalmente bloqueado nuestro camino. La obra de proclamar la verdad para este tiempo no debe ser estorbada por un esfuerzo por ajustar la posición de la raza negra. Si intentamos hacerlo, encontraremos que se erigirán barreras como montañas para estorbar la obra que Dios desea que se haga. Si avanzamos sosegada y juiciosamente y trabajamos en la forma establecida por Dios, tanto los blancos como los negros se beneficiarán con nuestro trabajo.

No ha llegado aún el tiempo de trabajar como si no existiera prejuicio. Cristo dijo; “Sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas”. (Mateo 10:16) Si veis que al hacer ciertas cosas que tenéis perfecto derecho de hacer, estorbáis el progreso de la obra de Dios, absteneos de hacerlas. No hagáis nada que cierre la mente de otros a la verdad. Hay un mundo que salvar, y no ganaremos nada con apartarnos de la gente a quien tratamos de ayudar. Todas las cosas pueden ser lícitas, pero no todas convienen.

El proceder sabio es el mejor. Como obreros juntamente con Dios, debemos trabajar en la forma que nos permita realizar lo más posible por él. Que nadie incurra en extremismos. Necesitamos sabiduría de arriba, porque tenemos que resolver un problema difícil. Si ahora se efectúan movimientos apresurados, se causará mucho mal. Hay que presentar el asunto en tal forma que la gente de raza negra verdaderamente convertida se aferre a la verdad por amor de Cristo, y rehúse desechar un solo principio de sólida doctrina bíblica por pensar que no se está siguiendo el

procedimiento más adecuado en relación con la raza negra.

Debemos sentarnos a los pies de Cristo para aprender, para que él nos enseñe la voluntad de Dios y que sepamos cómo trabajar por blancos y negros en el campo del sur. Debemos seguir los dictados del Espíritu del Señor, y agitar lo menos posible el problema racial. Debemos utilizar toda la energía necesaria para presentar el mensaje evangélico final a todas las clases sociales del sur. Al ser dirigidos y controlados por el Espíritu de Dios, encontraremos que este asunto se ajustará en forma adecuada en las mentes de nuestro pueblo.

Busquemos al Señor individualmente. Que aquellos cuya experiencia religiosa pasada ha sido sólo superficial, se acerquen a Dios. Arrepentíos y convertíos, para que vuestros pecados sean borrados.

Cuando estemos preparados para llevar a cabo la obra con todo fervor, estaremos en mejores condiciones que ahora para tratar con los asuntos

comprendidos en esta obra. Que cada creyente haga lo mejor posible con el fin de preparar el camino para la obra misionera evangélica que debe llevarse a cabo. Pero que nadie se envuelva en controversias. Es el propósito de Satanás mantener a los cristianos ocupados en disensiones entre ellos. Sabe que si no están velando, el día del Señor vendrá sobre ellos como ladrón en la noche. No tenemos tiempo para ceder al espíritu del enemigo y acariciar prejuicios que confunden la razón y nos apartan de Cristo.

Para cumplir la obra necesaria entre la gente de raza negra, necesitamos dinero y esfuerzo sincero y perseverante. Cada uno necesita ahora levantarse donde está para confesar sus pecados y abandonarlos, y trabajar en armonía con sus hermanos. Los obreros de Dios deben mantener unidad de pensamiento y propósito, orar por el impartimiento del Espíritu y creer que Dios cumplirá lo que ha prometido.

Una lección derivada de la obra de Cristo

En cierta ocasión, cuando Cristo estaba ocupado en su obra de enseñar y sanar, alguien que se encontraba entre la multitud dijo: “Di a mi hermano que parta conmigo la herencia”. (Lucas 12:13)

Este hombre había presenciado la obra maravillosa de Cristo. La claridad de su comprensión, la excelencia de su juicio y la justicia con que consideraba los casos que la gente le llevaba, le habían causado asombro. Oyó sus conmovedoras exhortaciones y sus solemnes denuncias contra los escribas y los fariseos. Pensó que si fuera posible que Jesús hablara a su hermano palabras tan cargadas de autoridad, éste no rehusaría darle la parte que le correspondía. “Di a mi hermano --le dijo-- que parta conmigo la herencia”.

El Espíritu Santo instaba a este hombre a que se convirtiera en heredero de la herencia que es incorruptible, incontaminada, e imperecedera.

Había visto evidencias del poder de Cristo. Ahora tenía la oportunidad de hablar al Gran Maestro, de expresarle los anhelos más profundos de su corazón. Pero lo mismo que el hombre con el rastrillo en la alegoría de Bunyan, tenía los ojos fijos en la tierra. No veía la corona sobre su cabeza. Como Simón el Mago, valoraba el don de Dios como medio de obtener ganancias mundanas.

La misión del Salvador en el mundo se aproximaba rápidamente a su final. Sólo faltaban pocos meses para que completara lo que había venido a hacer para establecer el reino de su gracia. Sin embargo, la codicia humana quería apartarlo de su obra para que se ocupara de la disputa por un pedazo de terreno. Pero Jesús no se dejó apartar de su misión. Su respuesta fue: “Hombre, ¿quién me ha puesto sobre vosotros como juez o partidor?” (Lucas 12:14)

Cristo le dijo claramente que ése no era su trabajo. Estaba empeñado en salvar almas. No debía ser distraído de su tarea sagrada para ocuparse de los deberes de un magistrado civil.

¡Con cuánta frecuencia en la actualidad se imponen sobre la iglesia tareas que nunca debieran formar parte de la obra del ministerio evangélico!

En numerosas ocasiones se había pedido a Cristo que interviniera en cuestiones legales y políticas. Pero él siempre rehusó inmiscuirse en los asuntos temporales. Sabía que en el mundo político existían procedimientos inicuos y gran tiranía. Pero lo único que hacía para exponerlos era la proclamación de la verdad bíblica. A las grandes multitudes que se agolpaban a su alrededor, les presentaba los principios puros y santos de la ley de Dios, y les hablaba de las bendiciones que se encuentran al obedecer estos principios. Con autoridad de lo alto insistía en la importancia de la justicia y la misericordia. Pero él rehusó inmiscuirse en disputas personales.

Cristo permaneció en nuestro mundo como Cabeza del gran reino espiritual que había venido a establecer, el reino de la justicia. Su enseñanza destacaba los principios ennoblecedores y

santificadores que gobiernan este reino. Mostraba que la justicia, la misericordia y el amor son las potencias controladoras en el reino de Jehová.

Un tiempo de preparación

Estamos viviendo en el gran día de la expiación, cuyo prototipo es el día de la expiación de (Levítico 23). Debemos buscar a Dios en forma individual. Esta es una obra personal. Acerquémonos a Dios, y no permitamos que ninguna cosa interfiera con nuestros esfuerzos y distorsione la verdad para este tiempo. Que cada cual confiese sus propios pecados y no los de su prójimo. Que humille su corazón delante de Dios y que sea tan lleno con el Espíritu Santo que su vida demuestre que ha nacido de nuevo. Leemos: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”. (Juan 1:12)

Hay que vivir y practicar el evangelio de Cristo en la vida diaria. Los siervos de Dios tienen que limpiarse de toda frialdad y egoísmo. La sencillez,

la humildad y la mansedumbre son los grandes valores que deben ponerse en evidencia en la obra de Dios. Procurad unir a los obreros con vínculos de confianza y amor. Si no podéis conseguir esto, sed rectos vosotros mismos y dejad el resto a cargo de Dios. Trabajad con fe y oración. Elegid a jóvenes cristianos y preparadlos para que no sean obreros con corazón de hierro, sino obreros dispuestos a actuar en armonía con los demás. Oro para que el Señor cambie los corazones de aquellos que, a menos que reciban más gracia, caerán en la tentación. Oro para que él suavice y subyugue todo corazón. Necesitamos vivir en estrecha comunión con Dios, para amarnos unos a otros así como Cristo nos amó. Por este medio el mundo ha de conocer que somos sus discípulos. Que no haya exaltación de sí mismo. Si los obreros humillan sus corazones delante de Dios, vendrá la bendición. Mientras tanto recibirán nuevas ideas y se producirá un admirable reavivamiento de la obra médica evangélica y misionera.

La gran obra que tenemos por delante, como cristianos, consiste en extender el reino de Cristo

tan rápidamente como sea posible, de acuerdo con la comisión divina. El Evangelio debe avanzar de conquista en conquista, y de victoria en victoria. La grandeza del reino bajo todo el cielo se dará a los santos del Altísimo y ellos recibirán el reino y lo poseerán eternamente.

La lucha que tenemos por delante

Los siervos de Dios deben colocarse todas las piezas de la armadura cristiana. No luchamos simplemente con enemigos humanos. Dios pide que cada cristiano participe en la batalla y luche bajo su liderazgo, dependiendo de la gracia y ayuda del Cielo para tener éxito.

Debemos avanzar con el poder del Todopoderoso. Jamás debiéramos ceder ante los ataques satánicos. Como guerreros cristianos, ¿por qué no podríamos hacer frente a los principados y potestades, a las potencias tenebrosas de este mundo? Dios nos pide que avancemos utilizando los dones que se nos ha confiado. Satanás procurará vencernos usando estratagemas. Pero

debemos permanecer firmes como una roca a los principios, mediante el poder de Dios.

No hay tregua en esta lucha. Los agentes satánicos nunca descansan en su obra de destrucción. Los servidores de Cristo deben vigilar cada puesto de avanzada. Nuestro objetivo es salvar de la ruina a las almas que perecen. Se trata de una obra de grandeza infinita, y el hombre no puede esperar tener éxito en esto a menos que se una con el Obrero divino.

Cristo ha sido el Redentor del hombre desde la eternidad. Desde la caída misma del ser humano, se ha dado este mensaje a los que se han unido a él: “Y vosotros hermanos, no os canséis de hacer bien”. “Estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano”. (1 Corintios 15:58)

El cristiano es animado a que manifieste paciente perseverancia en llevar a cabo la obra del ministerio evangélico en relación con la obra

médica misionera. A medida que obtiene experiencia en la religión genuina, va logrando el conocimiento espiritual que forma el carácter.

La vida de un cristiano auténtico consiste en una serie ininterrumpida de actos de servicio. “Somos colaboradores de Dios”. (1 Corintios 3:9) Cada día lleva al que se encuentra al servicio de Dios deberes proporcionados a sus facultades. Su utilidad aumenta a medida que, bajo la dirección del Poder supremo, desempeña esos deberes. El cumplimiento de un deber nos prepara mejor para comenzar otro. Los que sepan con exactitud lo que debe hacerse, se colocarán bajo la luz directa de la palabra de Dios, en sintonía con sus demás fuerzas de trabajo. Cada día el obrero saldrá a la batalla vestido con toda la armadura. Trabajará con oración, vigilancia y perseverancia, decidido a que la conclusión de la obra de su vida no lo encuentre sin preparación, sin que haya hecho todo lo posible por la salvación de las almas que perecen.

Si los cristianos obraran concertadamente, si avanzaran como un solo hombre, bajo la dirección

de un Poder, para la realización de un objetivo, moverían el mundo.

* * * * *

Los principios que debieran motivarnos como obreros en la causa de Dios han sido expresados por el apóstol Pablo: “Somos colaboradores de Dios”. (1 Corintios 3:9) “Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres”. (Colosenses 3:23) Y Pedro exhorta a los creyentes: “Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios. Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo”. (1 Pedro 4:10-11)

* * * * *

Existen leyes admirables que gobiernan el mundo de la naturaleza, y las cosas espirituales están controladas por principios igualmente ciertos.

Hay que emplear los medios necesarios para obtener un fin si es que deseamos alcanzar los resultados deseados. Dios ha dado a cada persona su obra en conformidad con sus habilidades. Por medio de la educación y la práctica las personas quedarán calificadas para satisfacer cualquier emergencia que pudiera presentarse; y se necesita una planificación adecuada para colocar a cada uno en el lugar debido, para que pueda obtener la experiencia que lo capacitará para llevar responsabilidades.

Dios desea que nos ayudemos mutuamente mediante la manifestación de simpatía y amor sin egoísmo. Hay quienes han heredado rasgos, temperamentos y disposiciones anímicas peculiares. Puede resultar difícil tratar con ellos; ¿pero estamos nosotros sin falta? No hay que desanimarlos. Sus errores no deben ser convertidos en propiedad de todos. Cristo se compadece y ayuda a los que yerran en el juicio. El sufrió la muerte por cada ser humano, y debido a esto manifiesta un interés conmovedor y profundo en cada uno.

Una persona puede estar tratando de servir a Dios, pero puede ser que se vea asaltada por tentaciones internas y externas. Satanás y sus ángeles lo instan y tientan para que cometa transgresiones. Tal vez caiga presa de sus tentaciones. ¿Cómo lo tratan sus hermanos? ¿Le hablan con aspereza y descomedimiento alejándolo así más aún del Salvador? ¡Qué espectáculo triste para ser presenciado por Cristo y sus ángeles!

Recordemos que estamos luchando y cayendo, fallando en palabra y acción en representar a Cristo, fallando en levantarnos nuevamente, desalentándonos y esperando. Cuidemos de no actuar duramente hacia quienes, lo mismo que nosotros, son objeto de tentación y que, como nosotros, son el objeto del amor infalible de Cristo.

* * * * *

Dios trata con los hombres como seres responsables. Obrará mediante su Espíritu por medio de la mente con que ha dotado a los seres

humanos, si éstos le dan la oportunidad de trabajar y reconocen sus esfuerzos. Desea que cada uno emplee su mente y conciencia por sí mismo. No es su intención que un hombre se convierta en la sombra de otro ni que exprese solamente los sentimientos de otra persona.

Capítulo 25

Consideración con los obreros de color

La religión de la Biblia no reconoce casta ni color. Ignora el rango, la riqueza y el honor mundano. Dios estima a los hombres en su calidad de hombres. El carácter es lo que define su valor. Y debemos reconocer el Espíritu de Cristo en cualquier persona en que se manifieste. Nadie debe sentirse avergonzado de hablar con una persona negra honrada en cualquier lugar o de darle la mano. El que vive en la atmósfera en la que Cristo vive, será enseñado por Dios y aprenderá a estimar la gente.

Nuestros ministros negros deben ser tratados con consideración. No siempre se ha hecho así. Estos obreros tienen que ser animados a obtener un conocimiento cabal de la verdad. Deben aprender a ser eficientes en la tarea de enseñar la verdad a otros. Y cuando trabajen fielmente deben recibir su

salario. Recordad que necesitan comer.

El Señor desea que su pueblo que vive en el norte del país mantenga una actitud bondadosa hacia sus hermanos y hermanas negros. No debemos apresurarnos a criticarlos. No podemos esperar que sean en todo sentido como los que han tenido mejores ventajas. Debemos recordar las desventajas bajo las cuales ha vivido la gente de raza negra. Su ambiente ha sido muy diferente del ambiente de la gente de raza blanca. Los habitantes del norte han vivido en una atmósfera moral más limpia y pura que la gente de raza negra del sur. No podemos esperar que, en todas las cosas, sean tan firmes y limpios en sus ideas de moralidad. Si Cristo estuviera en el mundo en la actualidad, enseñaría a los de raza negra en una forma que nos sorprendería. Nos invita a recordar que aun quienes han gozado de grandes ventajas en muchas cosas, con frecuencia se sienten ofendidos cuando se les señalan sus errores en forma indebida, y cuando los consejos y amonestaciones son pronunciados sin simpatía.

Cuando ocurren situaciones objetables entre la gente de raza negra, recordad que el Señor desea que actuéis con la sabiduría de un fiel pastor. Recordad que la bondad conseguirá más que la censura. Que los hermanos y hermanas negros comprendan que sus hermanos desean que alcancen la norma más elevada y que están dispuestos a ayudarles. Y si fallan en alguna cosa, no os apresuréis a condenarlos y separarlos de la obra.

Hay que tratar a la raza negra con justicia e imparcialidad. Cristo exige de sus siervos tierna compasión por los que sufren, simpatía por los infortunados y generosa consideración por los que tienen mala conducta.

* * * * *

Los pobres no están excluidos del privilegio de dar. Ellos, lo mismo que los ricos, pueden participar en la obra. La lección que Cristo dio acerca de las dos moneditas de la viuda nos muestra que hasta las ofrendas voluntarias más

pequeñas de los pobres, cuando son presentadas con amor y de todo corazón, son tan aceptables como las cuantiosas donaciones de los ricos. En las balanzas del santuario, los dones de los pobres, hechos con amor a Cristo, no se estiman por la cantidad dada, sino por el amor que motiva el sacrificio.

Capítulo 26

Las necesidades de un campo misionero

Durante muchos años el Señor ha estado manteniendo ante su pueblo las necesidades de la obra entre la gente de raza negra en el sur de los Estados Unidos de América. Las tinieblas morales de este campo son, en sí mismas, un poderoso ruego en favor de ejercer liberalidad. En el pasado, algunos han hecho lo que podían para apoyar esta rama de nuestra obra, y su liberalidad ha producido frutos en términos de la conversión de muchas almas.

Aunque aún queda mucho por hacer en favor de la gente de raza negra, tenemos razones para regocijarnos por el buen comienzo que se ha realizado. En un número reciente de la revista The Gospel Herald [El Heraldo del Evangelio --1907], se informa que “hace quince años no había más de veinte adventistas negros al sur de la línea Mason-

Dixon; pero en la actualidad hay setecientos. Hace doce años había una sola iglesia adventista negra; actualmente hay cincuenta, sin contar las que hay en Africa y las Indias Occidentales... El diezmo de los negros el año pasado en los Estados Unidos sumó cinco mil dólares; hace quince años no llegaba a cincuenta dólares".

¡Agradezcamos a Dios, queridos hermanos y hermanas, y animémosnos! Dios está desnudando su brazo para realizar una obra poderosa en este campo misionero situado dentro de nuestro propio país. Ahora está dando a su pueblo oportunidades sin parangón para extender el mensaje con rapidez en el sur. Debiéramos manifestar especialmente un espíritu de dadivosidad cuando se recoja la ofrenda anual para apoyar la obra entre la población de color. Dios ha depositado su confianza en nosotros al hacernos mayordomos de recursos económicos y de su abundante gracia; y ahora dirige nuestra atención hacia los pobres, los que sufren y los oprimidos, hacia las almas atadas por las cadenas de la superstición y el error, y nos asegura que si hacemos el bien con ellos, él aceptará nuestras

obras como si las hubiéramos hecho directamente para él. “En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis”. (Mateo 25:40)

Miles de personas de raza negra en el sur podrían ahora ser elevadas y convertirse en instrumentos humanos para ayudar a los de su propia raza, si es que recibieran la ayuda que Dios nos está invitando a darles. Multitudes de hombres y mujeres en este campo sienten su profunda pobreza y su necesidad de elevación. Y cuando lleguen fieles maestros para abrir la Biblia y enseñarles la verdad en su pureza original, desaparecerán las tinieblas. Brillantes rayos de luz inundarán el alma que busca la verdad. Y entre los que han disfrutado de ventajas, habrá una estrecha e inteligente investigación de los temas de la verdad revelados en las Escrituras. Muchos serán enseñados por Dios. Aprenderán correctamente del Gran Maestro mismo, y aceptarán con gozo las verdades que los santificarán y elevarán. La imagen moral de Dios será restaurada en el alma y muchos serán salvados eternamente.

Apreciados hermanos y hermanas, Cristo está diciéndoos ahora: “Levantad vuestra vista y contemplad el campo del sur; porque necesita obreros, sembradores y cosechadores de la verdad. Necesita vuestros recursos para el mantenimiento de estos obreros”. La gracia de Cristo es ilimitada, es el don gratuito de Dios. Entonces, ¿por qué no podrían llevarse a la vida de esta gente descuidada la esperanza, el valor y la fe? Hay luz del sol en el corazón para todos los que acepten a Cristo.

Septiembre de 1907.

Capítulo 27

Nos espera un tiempo de prueba

Un tiempo de grandes pruebas nos espera. Ahora es cuando nos corresponde emplear todas nuestras capacidades, todos nuestros dones, para el adelantamiento de la obra de Dios. Las facultades que Dios nos ha dado deben servir, no para destruir, sino para edificar. Aquellos que están engañados por su ignorancia no deben permanecer en esta condición. El Señor dice a sus mensajeros: Id a ellos y decidles que yo os he mandado, sea que quieran o no quieran escuchar.

Cercano está el tiempo cuando los que proclaman la verdad serán perseguidos. La perspectiva no es halagüeña; pero no deben cesar nuestros esfuerzos en favor de los que van a perecer, y por cuyo rescate dio su preciosa vida el Príncipe del cielo. Cuando un medio fracasa, probemos con otro. Pongamos vida en nuestros

esfuerzos. Trabajemos por Dios entretanto la vida nos es concedida. En todas la épocas de la historia, los mensajeros de Dios han estado expuestos al oprobio y a las persecuciones por causa de la verdad. Pero dondequiera que los hijos de Dios estén obligados a ir, aun si son desterrados a las islas desiertas, como lo estuvo el discípulo amado, Cristo sabrá donde están; él los confirmará y los bendecirá; los llenará de paz y de alegría.

Muy pronto el mundo entero estará atribulado. Cada cual debe tratar de conocer a Dios. No tenemos tiempo que perder. Con celo y fervor debemos anunciar este mensaje: “A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid comprad, y comed. Venid, comprad, sin dinero y sin precio, vino y leche”. (Isaías 55:1) “Así dijo Jehová: Guardad derecho, y haced justicia: porque cercana está mi salud para venir, y mi justicia para manifestarse. Bienaventurado el hombre que esto hiciere, y el hijo del hombre que esto abrazare; que guarda el sábado de profanarlo, y que guarda su mano de todo mal”. (Isaías 56:1-2)

Dios ama a su iglesia con un amor infinito. Nunca deja de velar sobre su heredad. Sólo permite las aflicciones que su iglesia necesita para su purificación, para su bien presente y eterno. Purificará su iglesia así como purificó el templo en el principio y al fin de su ministerio terrenal. Todas las pruebas que inflige a la iglesia tienen por objeto dar a su pueblo una piedad más profunda y una fuerza mayor para hacer triunfar la cruz en todas partes del mundo. El tiene una obra para cada uno. Debe haber un ensanchamiento y progreso constantes. La obra debe extenderse de una ciudad a otra, de país a país y de una nación a otra, prosiguiendo sin cesar su marcha ascendente y hacia adelante, cada vez más estable y más firme.

* * * * *

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad”. (Juan 1:14) Mas aquellos que Cristo vino a salvar no quisieron aceptarle. “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron”. (Vers. 11) Cediendo a la influencia de Satanás, rechazaron al Mesías y buscaron ocasión

de matarlo.

Satanás y sus ángeles decidieron hacer la muerte de Jesús tan humillante como fuese posible. Llenaron los corazones de los gobernantes judíos con un odio violento contra el Salvador. Dominados por el enemigo, los sacerdotes y dirigentes incitaron a la multitud a declararse contra el Hijo de Dios. Al afirmar su inocencia, Pilato fue el único que dijo una palabra en su favor. Pero el mismo Pilato, aunque sabía que Jesús era inocente, lo entregó a los ultrajes de hombres dominados por Satanás.

Hechos similares volverán a producirse en un porvenir cercano. Los hombres dictarán y aplicarán con severidad leyes directamente opuestas a la ley divina. Aunque celosos de sus propios mandamientos, esos hombres se apartarán de un claro “así dice Jehová”. Por ensalzar un falso día de descanso querrán obligar a los hombres a deshonrar la ley de Dios, esa ley que es la expresión del carácter divino. Aunque inocentes de toda culpa, los siervos de Dios serán entregados a

las humillaciones y escarnios de hombres inspirados por Satanás, llenos de envidia y fanatismo religioso.

El asunto del sábado

Mientras profesen estar aliados con el Cielo y pretendan tener carácter de cordero, los poderes religiosos mostrarán por sus hechos que tienen corazón de dragón y que son inspirados y dominados por Satanás. Se acerca el tiempo cuando el pueblo de Dios será perseguido porque santifica el séptimo día. Satanás hizo cambiar el día de reposo con la esperanza de ejecutar su propósito de derrotar los designios de Dios. Procura que los mandamientos de Dios tengan menos poder en el mundo que las leyes humanas. El hombre de pecado, que pensó cambiar los tiempos y la ley, y que siempre oprimió al pueblo de Dios, hará promulgar leyes que obliguen a observar el primer día de la semana. Pero el pueblo de Dios debe permanecer firme por él. Y el Señor obrará en su favor, mostrando claramente que es Dios de dioses.

Dijo: “Vosotros guardaréis mis sábados: porque es señal entre mí y vosotros por vuestras edades”. (Éxodo 31:13) Nadie debe desobedecer a su mandamiento para huir de la persecución. Pero todos deben considerar las palabras de Cristo: “Mas cuando os persiguieren en esta ciudad, huid a la otra”. (Mateo 10:23) Si podéis evitarlo, no os entreguéis en manos de hombres impulsados por el espíritu del anticristo. Debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para salvar de la opresión y la crueldad a los que están listos para sufrir por amor de la verdad.

Cristo es nuestro modelo. La resolución del anticristo de llevar adelante la rebelión empezada por él en el cielo continuará animando a los hijos de desobediencia. La envidia y el odio que sienten hacia los que obedecen el cuarto mandamiento irán sin cesar en aumento. Pero los hijos de Dios no deben esconder su estandarte. No deben desconocer los mandamientos de Dios, ni hacer el mal con la multitud por asegurarse una vida fácil.

El Señor alienta a todos los que le buscan de

todo corazón. Les otorga su Santo Espíritu, manifestación de su presencia y de su favor. Pero abandonará a los que por salvarse la vida, le abandonen a él. Al procurar salvar esta vida renunciando a la verdad, perderán la vida eterna.

La noche de la prueba va llegando a su fin. Satanás recurre a toda su potencia porque sabe que le queda poco tiempo. Dios castiga al mundo para invitar a todos los que conocen la verdad a esconderse en la Roca y a contemplar la gloria de Dios. No es el momento de encubrir la verdad. Deben hacerse declaraciones positivas. La verdad debe ser expuesta como caen las hojas de los árboles en el otoño.

* * * * *

La iglesia remanente será puesta en grandes pruebas y dificultades. Los que obedecen los mandamientos de Dios y tienen la fe de Jesús experimentarán la ira del dragón y de sus huestes. Satanás considera que los habitantes del mundo son súbditos suyos y ha obtenido control sobre las

iglesias apóstatas; pero hay un grupo pequeño que resiste su supremacía. Si pudiera borrarlos de la faz de la tierra, su triunfo sería completo. Así como influyó sobre las naciones paganas para que destruyeran a Israel, así también en el futuro cercano instará a los poderes malvados del mundo a que destruyan al pueblo de Dios. Se requerirá de todos que obedezcan los edictos humanos en violación de la ley divina. Los que permanezcan fieles a Dios y al deber serán amenazados, denunciados y proscritos. Serán traicionados y "entregados aun por vuestros padres, hermanos, y parientes, y amigos". (Lucas 21:16)[1]

* * * * *

"Oídme los que conocéis justicia, pueblo en cuyo corazón está mi ley. No temáis afrenta de hombre, ni desmayéis por sus ultrajes. Porque como a vestidura los comerá polilla, como a lana los comerá gusano; pero mi salvación será para siempre, mi justicia no perecerá". (Isaías 51:7, 8, 6)

Nota:

1. Testimonios para la Iglesia 5:447-448.

Capítulo 28

Frente a la ley dominical

Sanatorio, California, 17 de agosto de 1902.

Estimado hermano,

Voy a tratar de contestar a su pregunta sobre lo que deberá hacer en caso de que las leyes dominicales sean aplicadas. Hablaré conforme a la luz que me dio el Señor en una época cuando temíamos una crisis tal como la que parece confrontaros ahora. Cuando el mundo, impulsado por una fuerza infernal, quiera hacer obligatoria la observancia del domingo, los adventistas del séptimo día deberán dar prueba de sabiduría, absteniéndose de hacer trabajos comunes en domingo y dedicando ese día al trabajo misionero.

Desafiar las leyes dominicales no haría más que fortalecer el espíritu perseguidor de los fanáticos que se esfuerzan por hacerlas ejecutar. No les déis ocasión de llamaros violadores de las leyes. Si no

les dejáis otra tarea que la de refrenar a hombres que no temen a Dios ni al hombre, dicha tarea no tardará en perder su novedad para ellos, y verán que no les resulta lógico ni conveniente ser estrictos en lo que concierne a la observancia del domingo. Proseguid vuestro trabajo misionero, con la Biblia en la mano, y el enemigo caerá en la cuenta de que derrotó su propia causa. No se recibe la marca de la bestia por manifestar prudencia al conservar la paz absteniéndose del trabajo que ofende y consagrándose a una obra de las más importantes.

Consagrar el domingo al trabajo misionero es arrancar el látigo de las manos de los fanáticos arbitrarios, cuyo placer sería humillar a los adventistas del séptimo día. Cuando vean que dedicamos los domingos a visitar a la gente y explicarles las Escrituras, comprenderán que es inútil querer detener nuestra obra por medio de leyes dominicales.

El domingo puede dedicarse a diversas actividades que lograrán mucho resultado para

Dios. Pueden celebrarse reuniones al aire libre y en las casas particulares. Puede trabajarse de casa en casa. Los que escriben pueden, en aquel día, redactar artículos para los periódicos. Cuando sea posible, celébrense reuniones religiosas, y hágaselas intensamente interesantes. Hablad con fuerza y seguridad del amor del Salvador, y cantad verdaderos himnos de despertamiento religioso. Hablad de la temperancia y de la vida religiosa genuina. Aprenderéis así el arte de trabajar y alcanzaréis a muchas almas.

Consagren los maestros de nuestras escuelas el domingo al trabajo misionero. Se me ha mostrado que así podrán desbaratar los planes del enemigo. Celebren los maestros, en compañía de sus alumnos, reuniones para quienes no conocen la verdad. Lograrán más así que de cualquier otro modo.

Dios nos ha dado instrucciones muy claras en cuanto a nuestra obra. Debemos proclamar la verdad con respecto al sábado de Jehová, y reparar la brecha que fue abierta en la ley. Debemos hacer

cuanto podamos para ilustrar a los ignorantes; pero jamás debemos asociarnos a hombres del mundo para recibir ayuda financiera.

Acerca de los hijos de Israel leemos: “Saquelos pues de la tierra de Egipto, y trájelos al desierto; y diles mis ordenanzas, y declaréles mis derechos, los cuales el hombre que los hiciere, vivirá con ellos. Y diles también mis sábados, que fuesen por señal entre mí y ellos, para que supiesen que yo soy Jehová que los santifico. Mas rebeláronse contra mí la casa de Israel en el desierto; no anduvieron en mis ordenanzas, y desecharon mis derechos, los cuales el hombre que los hiciere, vivirá en ellos; y mis sábados profanaron en gran manera; dije, por tanto, que había de derramar sobre ellos mi ira en el desierto para consumirlos.

“Pero en atención a mi nombre hice porque no se infamase a la vista de las gentes, delante de cuyos ojos los saqué. Y también yo les alcé mi mano en el desierto, que no los metería en la tierra que les dí, que fluye leche y miel, la cual es la más hermosa de todas las tierras; porque desecharon

mis derechos y no anduvieron en mis ordenanzas, y mis sábados profanaron: porque tras sus ídolos iba su corazón. Con todo los perdonó mi ojo, no matándolos, ni los consumí en el desierto; antes dije en el desierto a sus hijos: No andéis en las ordenanzas de vuestros padres, ni guardéis sus leyes, ni os contaminéis en sus ídolos. Yo soy Jehová vuestro Dios; andad en mis ordenanzas, y guardad mis derechos, y ponedlos por obra: y santificad mis sábados, y sean por señal entre mí y vosotros, para que sepáis que yo soy Jehová vuestro Dios". (Ezequiel 20:10-20)

La prueba del señor

El sábado es la piedra de toque de Jehová, y ningún hombre aunque sea rey, sacerdote o gobernante, tiene derecho a colocarse entre Dios y el hombre. Los que quieren ponerse por conciencia de sus semejantes, se colocan por encima de Dios. Los que se encuentran bajo la influencia de una falsa religión y observan un falso día de reposo descartarán las pruebas más evidentes concernientes al sábado. Procurarán compeler a los

hombres a obedecer las leyes inventadas por ellos en oposición directa a la ley de Dios. La ira de Dios alcanzará a aquellos que se obstinen en ese camino. No podrán escapar al castigo a menos que cambien de conducta.

La ley relativa a la observancia del primer día de la semana proviene de una cristiandad apóstata. El domingo es una hechura del papado, exaltada por el mundo cristiano por encima del santo día de reposo de Jehová. En ningún caso deben rendirle homenaje los hijos de Dios. Pero quiero que entiendan que no es hacer la voluntad de Dios desafiar la oposición cuando él desea que la evitemos. Así crean prejuicios tan acérrimos que imposibilitan la proclamación de la verdad. No hagáis en domingo demostración alguna que desafíe las leyes. Si ello sucede en un lugar y sois humillados, la misma cosa sucederá en otra parte. Podemos emplear el domingo para realizar una obra que favorecerá el lado de Cristo. Hagamos lo mejor que podamos trabajando con toda humildad y mansedumbre.

Perspectivas de persecución

Cristo anunció a sus discípulos lo que les esperaba en su trabajo de evangelización. Sabía cuáles serían sus sufrimientos, y cuáles las pruebas y tribulaciones que tendrían que sobrellevar. No quiso ocultarles lo que iba a sucederles, no fuese que las dificultades, al sobrevenir repentinamente, hiciesen vacilar su fe. “Y ahora os lo he dicho antes que suceda,--dice él--, para que cuando suceda, creáis”. (Juan 14:29) La prueba, en vez de minar su fe, debía afirmarla. Unos a otros debían repetirse: “Nos había dicho que esto vendría y cómo hacerle frente”.

“He aquí, dijo Jesús, yo os envío como ovejas en medio de lobos: sed pues prudentes como serpientes, y sencillos como palomas”. “Y seréis aborrecidos de todos por mi nombre; mas el que soportare hasta el fin, éste será salvo”. (Mateo 10:16, 22)

Cristo fue aborrecido sin causa. ¿Causará sorpresa que sean aborrecidos los que llevan su

señal y le están sirviendo? Son considerados como las escorias del mundo. “Mas cuando os persiguieren en esta ciudad, huid a otra”. Dios no quiere que vuestra vida sea sacrificada inconsideradamente. “De cierto os digo, que no acabaréis de recorrer todas las ciudades de Israel, antes que venga el Hijo del hombre”. (Mateo 10:23)

Debe darse al mundo la verdad, una verdad clara, nítida, positiva. Pero debe ser presentada en el espíritu de Cristo. Debemos ser como ovejas en medio de lobos. Perderán preciosas ocasiones de trabajar por el Maestro los que no estén dispuestos, por el amor de Cristo, a conformarse a las reglas de prudencia que El nos recomendó, y a permanecer pacientes, dueños de sí mismos. El Señor no ha encargado a su pueblo que injurie a los que traspasan su ley. Nunca debe atacarse a las demás iglesias. Recordemos que como pueblo al que se confió una verdad sagrada, hemos sido negligentes y positivamente infieles. La obra ha quedado restringida a unos pocos centros, cuyos habitantes han acabado por endurecerse contra el Evangelio.

Es difícil hacer impresión en los que han oído tanta presentación de la verdad y que, no obstante, la han rechazado...

De ello sufrimos las consecuencias ahora. La obra estaría mucho más adelantada hoy si hubiésemos hecho esfuerzos enérgicos para alcanzar a las personas que, una vez convertidas, habrían demostrado fielmente lo que la verdad presente puede hacer para los seres humanos. No es justo que unos pocos centros disfruten de todas las ventajas mientras que otros quedan descuidados.

Lo sucedido en Avondale

En nuestra escuela de Avondale, cerca de Cooranbong, en Australia, hubo que tomar una decisión en cuanto al trabajo en domingo. Parecía que la red se estaba cerrando sobre nosotros hasta el punto de que pronto no podríamos trabajar en dicho día. Nuestra escuela estaba situada en el interior de los bosques, lejos de todo pueblo o estación de ferrocarril. Nadie vivía tan cerca de nosotros que fuese molestado por lo que

pudiéramos hacer. Sin embargo, se nos vigilaba. Se instaba a las autoridades a inspeccionar nuestra propiedad, y ellas vinieron. Habrían podido observar muchas cosas si hubiesen tenido la intención de perseguirnos; pero parecía que no hacían caso de los que trabajaban. Tenían una confianza tal en nuestra denominación, un respeto tan grande por nosotros y por lo que habíamos realizado en la región, que pensaron poder usar de confianza con nosotros.

Muchos reconocían el hecho de que toda la población circunvecina había sido enteramente transformada desde nuestra llegada. Una mujer que no guardaba el sábado me dijo: “Ud. no me creería si yo le dijese cuánto ha cambiado la gente de aquí desde que ustedes vinieron a establecer una escuela y a celebrar esas pequeñas reuniones”.

Así que, cuando nuestros hermanos fueron amenazados por la persecución y puestos en perplejidad para saber qué conducta debían seguir, les fue dado el mismo consejo que les fuera dado con anterioridad en cuanto a los juegos. Dije:

“Dedicad el domingo a hacer trabajo misionero para Dios. Maestros, acompañad a vuestros alumnos. Llevadlos a la selva [designamos así las regiones boscosas donde las viviendas están a veces distantes de dos a tres kilómetros una de otra], y visitad a la gente en sus hogares. Mostradle que os interesáis en su salvación”. Así obraron y el resultado fue que hicieron mucho bien, a sí mismos y a otros. La bendición divina reposó sobre ellos mientras escudriñaban las Escrituras con diligencia para aprender a presentar las verdades de la Palabra de manera que fuesen recibidas favorablemente.

* * * * *

Debemos hacer todo lo que podemos para eliminar el prejuicio que existe en muchas mentes contra nuestra obra y contra el día de reposo bíblico.

* * * * *

Enseñemos a nuestro pueblo a conformar su conducta en todas las cosas a las leyes de su estado,

siempre que puedan hacerlo sin oponerse a la ley de Dios.

* * * * *

A veces el corazón de los perseguidores es susceptible de recibir impresiones divinas, como lo era el corazón de Pablo antes de su conversión.

Capítulo 29

Palabras de advertencia

Cristo dijo a sus discípulos: “He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas”. (Mateo 10:16)

Los ataques de Satanás contra los defensores de la verdad se tomarán más encarnizados y decididos hasta el mismo fin del tiempo. Así como en los días de Cristo los jefes de los sacerdotes y los dirigentes instigaron a la gente contra él, así también hoy los dirigentes religiosos despertarán rencor y prejuicio contra la verdad para este tiempo. La gente será inducida a cometer actos de violencia y oposición, en los cuales nunca habría pensado si no hubiera sido empapada con la animosidad que supuestos cristianos sentirán contra la verdad.

¿Qué curso deberán seguir los proponentes de la verdad? Tienen la palabra inmutable y eterna de Dios, y debieran manifestar el hecho de que poseen

la verdad como está en Jesús. Sus palabras no debieran ser ásperas ni hirientes. En su presentación de la verdad deben manifestar el amor, la humildad y la dulzura de Cristo. Dejad que la verdad corte; la palabra de Dios es una aguda espada de doble filo que cortará y se abrirá paso hasta el corazón. Los que saben que tienen la verdad, no debieran emplear expresiones severas e hirientes, para no dar a Satanás la oportunidad de que su espíritu sea mal interpretado.

Como pueblo, debemos permanecer como lo hizo el Redentor del mundo. Cuando Cristo tuvo un rudo encuentro con Satanás sobre el cuerpo de Moisés, Cristo no quiso lanzarle una acusación hiriente. Había sido provocado en toda forma para que lo hiciera, pero Satanás quedó frustrado porque no pudo despertar en Cristo un espíritu de represalia. Satanás estaba listo para tergiversar todo lo que Jesús hacía; pero el Salvador no le daba ocasión ni la sombra de una excusa. No quiso apartarse del camino recto de la verdad para seguir los extravíos, los embustes, los rodeos y las prevaricaciones de Satán.

Leemos en la profecía de Zacarías que cuando Satán con toda su sinagoga se disponía a resistir las oraciones de Josué, el sumo sacerdote, y a resistir a Cristo, que estaba por favorecer a Josué, “dijo Jehová a Satanás: Jehová te reprenda, oh Satanás; Jehová que ha escogido a Jerusalén te reprenda. ¿No es éste un tizón arrancado del incendio?” (Zacarías 3:2) El proceder de Cristo al tratar aun con el mismo adversario de las almas, debiera ser un ejemplo para nosotros en nuestro trato con los demás, para que nunca lancemos una acusación hiriente contra nadie; mucho menos debiéramos tratar con dureza o severidad a los que podrían estar tan ansiosos de conocer el camino correcto como lo estamos nosotros mismos.

Los que han sido educados en la verdad por precepto y ejemplo, debieran ser muy indulgentes con otros que no conocen las Escrituras, excepto por las interpretaciones que les han dado los ministros y miembros de iglesia, y que han recibido tradiciones y fábulas como si fueran la verdad bíblica. Quedan sorprendidos cuando alguien les

presenta la verdad como realmente es; es una nueva revelación para ellos, y no pueden soportar que de buenas a primeras les sea presentada toda, en su asombroso esplendor. Todo es nuevo y extraño, y muy diferente de lo que habían oído de sus ministros y que los había inclinado a creer lo que éstos les habían dicho: que los adventistas son infieles y no creen en la Biblia. Presentemos la verdad como está en Jesús: línea sobre línea, precepto sobre precepto, un poquito aquí y un poquito allá.

Que los que escriben para nuestras revistas se abstengan de hacer declaraciones y alusiones hirientes que causarán perjuicio y se convertirán en estorbos y escollos para cumplir la obra que debiéramos hacer para alcanzar a todas las clases, incluyendo a los católicos. Nuestra obra consiste en decir la verdad con amor, sin mezclar con ella los elementos no santificados del corazón natural y sin hablar cosas que tienen el mismo sabor del espíritu poseído por nuestros enemigos. Todas las estocadas hirientes volveremos a recibirlas en doble medida cuando el poder pase a las manos de

quienes puedan ejercerlo para producir daño. En repetidas ocasiones se me ha dado el mensaje según el cual no debemos decir ni una palabra, ni publicar una sola frase, especialmente contra las personalidades--a menos que sea positivamente indispensable para vindicar la verdad--, que excite a nuestros enemigos contra nosotros y despierte y exacerbe sus pasiones hasta el rojo vivo. Nuestra obra concluirá en breve, y pronto sobrevendrá sobre nosotros un tiempo de angustia como nunca se ha visto y del que apenas tenemos idea.

El Señor quiere que sus obreros lo representen a él, que es el gran Obrero Misionero. Las manifestaciones de imprudencia siempre causan daño. Las cualidades indispensables para la vida cristiana deben aprenderse diariamente en la escuela de Cristo. El que es descuidado en sus palabras habladas o escritas que serán oídas y leídas por el público, y propaga expresiones que jamás podrán recogerse, se está descalificando como obrero a quien se le puede confiar la obra sagrada que ha sido dada a los modernos seguidores de Cristo. Los que acostumbran a dar

estocadas hirientes, están formando hábitos que se fortalecerán con la repetición, y de los cuales tendrán que arrepentirse.

Debiéramos examinar cuidadosamente nuestros procedimientos y nuestro espíritu, para ver la manera como estamos haciendo la obra que Dios nos ha confíado y que afecta el destino de las almas. Sobre nosotros descansan las obligaciones más elevadas. Satanás está preparado y arde en celo para inspirar a toda la confederación de agentes satánicos, para inducirlos a unirse con hombres malos a fin de ocasionar a los creyentes de la verdad sufrimiento rápido e intenso. Cada palabra imprudente pronunciada por nuestros hermanos será aprovechada por el príncipe de las tinieblas.

Quisiera preguntar: ¿Cómo se atreven los seres humanos de inteligencia finita a hablar descuidadamente y pronunciar a la ventura palabras ofensivas que agitarán a las potencias infernales contra los santos de Dios, cuando ni el arcángel Miguel se atrevió a insultar a Satanás,

sino que se limitó a decirle: “El Señor te reprenda”? (Judas 9)

Será imposible para nosotros evitar dificultades y sufrimientos. Jesús dijo: “¡Ay del mundo por los tropiezos! porque es necesario que vengan tropiezos, pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo!” (Mateo 18:7) Pero debido a que se producirán tropiezos, debiéramos tener cuidado de no excitar el temperamento natural de quienes no aman la verdad, pronunciando palabras imprudentes y manifestando un espíritu hiriente.

La inestimable verdad debe presentarse con su fuerza natural. Los errores engañosos que están muy difundidos, y que están llevanPalabras do cautivo al mundo, tienen que ser expuestos. Se está efectuando todo esfuerzo posible para entrampar a las almas con razonamientos sutiles, para apartarlas de la verdad para que crean en fábulas y prepararlas con el fin de que acepten poderosos engaños. Pero mientras estas almas engañadas se apartan de la verdad para creer en el error, no les digáis una sola palabra de censura. Procurad

mostrar a esas pobres almas engañadas el peligro que corren y manifestarles cuán ofensivo es su comportamiento hacia Jesucristo; pero hágase todo con piadosa ternura. Por medio de un trabajo adecuado, algunas de las almas que han sido entrampadas por Satanás podrán rescatarse de su poder. Pero no las culpéis ni las condenéis. Ridiculizar la posición adoptada por quienes se encuentran en el error no abrirá sus ojos enceguecidos ni los atraerá hacia la verdad.

Cuando los seres humanos pierden de vista el ejemplo de Cristo y no imitan su método de enseñanza, se tornan autosuficientes y salen a enfrentarse con Satanás con sus propias armas. El enemigo sabe muy bien cómo volver las armas contra quienes las utilizan. Jesús pronunció únicamente palabras de absoluta verdad y justicia.

Si hubo alguna vez un pueblo que necesitara andar con humildad delante de Dios, es su iglesia, sus elegidos en esta generación. Todos necesitamos deplorar la torpeza de nuestras facultades intelectuales, el no haber apreciado debidamente

nuestros privilegios y oportunidades. No tenemos nada de qué vanagloriarnos. Afligimos a nuestro Señor Jesús por nuestra aspereza y actuación que en nada se parece a la de Cristo. Debemos llegar a ser completos en él.

Es verdad que se nos ha ordenado: “Clama a voz en cuello, no te detengas; alza tu voz como trompeta, y anuncia a mi pueblo su rebelión, y a la casa de Jacob su pecado”. (Isaías 58:1) Es necesario proclamar este mensaje; pero eso no significa que tengamos que herir, mortificar y condenar a quienes no tienen la luz que nosotros poseemos. No debiéramos ensañarnos en fustigar a los católicos. Entre los católicos hay cristianos concienzudos que andan en la luz que brilla sobre ellos, y Dios obrará en su favor. Los que han gozado de grandes privilegios y oportunidades, y que han fracasado en mejorar sus facultades físicas, mentales y morales, que han vivido para satisfacerse a sí mismos y que han rehusado cumplir sus responsabilidades, se encuentran en grave peligro y en mayor condenación delante de Dios que los que están en el error en cuestiones

doctrinales, pero que procuran vivir para hacer bien a sus semejantes. No censuréis a los demás ni los condenéis.

Si permitimos que las consideraciones egoístas, los razonamientos falsos y las excusas erróneas induzcan en nosotros un estado mental y emocional pervertido, de manera que no distingamos el camino ni la voluntad de Dios, seremos mucho más culpables que el pecador que peca abiertamente. Debemos ser muy precavidos a fin de no condenar a aquellos que, delante de Dios, son menos culpables que nosotros mismos.

* * * * *

Que todos recuerden que por ningún motivo debemos invitar la persecución. No debemos utilizar palabras duras y descomedidas. Mantenedlas fuera de todo artículo escrito, eliminadlas de todo discurso presentado. Que la palabra de Dios sea la que corte y reprenda; que los hombres finitos se oculten y moren en Jesucristo. Permitamos que se manifieste el espíritu de Cristo.

Que todos manifiesten cuidado en sus palabras, para no inducir acerba oposición en los que no son de nuestra fe y para no dar a Satanás la oportunidad de utilizar las palabras imprudentes para colocar barreras en nuestro camino.

* * * * *

Habrá un tiempo de tribulación como no ha existido desde que ha habido nación. Tenemos la responsabilidad de eliminar de todas nuestras presentaciones cualquier cosa que tenga sabor a desquite y a desafío, y que ataque iglesias o individuos, porque esto no es el camino ni el método de Cristo.

* * * * *

El hecho de que el pueblo de Dios, que conoce la verdad, haya fracasado en el cumplimiento de su deber en conformidad con la luz presentada en la palabra de Dios, hace necesario que seamos sumamente precavidos, no sea que ofendamos a los que no son creyentes antes de haber oído las

razones de nuestra fe con respecto al sábado y el domingo.

Capítulo 30

La mayordomía fiel[1]

Cristo nos ha comprado por el precio de su propia sangre. Pagó el precio de compra por nuestra redención, y si nos aferramos del tesoro, éste será nuestro por el don gratuito de Dios.

“¿Cuánto debes a mi amo?” (Lucas 16:5) Resulta imposible decirlo. Todo lo que tenemos proviene de Dios. Él pone su mano sobre nuestras posesiones y dice: “Yo soy el dueño legítimo de todo el universo; éstos son mis bienes. Consagradme los diezmos y las ofrendas. Al traer estos recursos especificados como señal de vuestra lealtad y sumisión a mi soberanía, mi bendición aumentará vuestros bienes y tendréis abundancia”.

Dios prueba a cada persona que afirma creer en él. A todos se les confían talentos. El Señor ha dado a los hombres sus recursos para que negocien con ellos. Los ha convertido en sus mayordomos, y ha colocado en su posesión dinero, casas y tierras.

Todo esto debe considerarse como los bienes del Señor y usarse para promover su obra, para edificar su reino en el mundo. Al negociar con los bienes del Señor debemos pedirle sabiduría para no usar su legado sagrado a fin de glorificamos a nosotros mismos o para complacer nuestros impulsos egoístas. La cantidad confiada varía, pero los que tienen los dones más pequeños no deben sentir que debido a que su talento de recursos es demasiado pequeño, no pueden hacer nada con él.

Todo cristiano es un mayordomo de Dios que ha recibido sus recursos. Recordad las palabras: “Ahora bien, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel”. (1 Corintios 4:2) Asegurémonos de que no estamos robando a Dios ni siquiera en lo mínimo, porque este asunto es muy abarcante.

Todas las cosas pertenecen a Dios. Los hombres pueden ignorar sus derechos. Mientras él derrama abundantemente sus bendiciones sobre ellos, pueden utilizar sus dones para su propia gratificación egoísta; pero serán llamados a rendir

cuentas de su mayordomía.

Un mayordomo se identifica con su señor. Acepta las responsabilidades de un mayordomo y debe actuar en lugar de su señor y hacer lo que haría su señor si estuviera a cargo de la situación. Los intereses de su señor se convierten en los suyos. La posición de un mayordomo está revestida de dignidad porque su señor confía en él. Si en alguna cosa actúa egoístamente y se aprovecha de las ventajas obtenidas al negociar con los recursos de su señor, ha pervertido la confianza con que se lo ha investido.

El sostén del evangelio

El Señor ha hecho depender la proclamación del Evangelio de la obra y los dones voluntarios de todo su pueblo. El que anuncia el mensaje de misericordia a los hombres caídos también tiene otra obra: presentar al pueblo el deber de sostener con sus recursos la obra de Dios. Debe enseñarles que una parte de sus entradas pertenece a Dios y debe dedicarse a su obra como algo sagrado.

Debiera presentar esta lección mediante la palabra y el ejemplo; debiera cuidar de no debilitar la fuerza de su enseñanza a causa de su propio comportamiento.

Lo que ha sido separado de acuerdo con las Escrituras porque pertenece al Señor constituye la ganancia del Evangelio, de modo que ya no nos pertenece. La persona que toma de la tesorería de Dios con el fin de servirse a sí mismo o para servir a otros en sus negocios seculares, comete un sacrilegio. Algunos han cometido la falta de desviar del altar de Dios lo que le había sido dedicado en forma especial. Todos debieran considerar este asunto en la debida luz. Que nadie, cuando se encuentra en necesidad, tome dinero que ha sido dedicado a un propósito religioso, para usarlo con fines personales, ni tranquilice su conciencia diciéndose que lo pagará en el futuro. Es mejor que disminuya sus gastos hasta emparejarlos con sus entradas, que restrinja sus necesidades y viva dentro de sus recursos, que emplear el dinero del Señor en propósitos seculares.

El uso del diezmo

Dios ha dado instrucciones especiales para el uso del diezmo. No quiere que su obra se vea estorbada por la falta de recursos. Para evitar que la obra se haga en forma descuidada y se cometan errores, ha presentado claramente cuál es nuestro deber en relación con estos puntos. La porción que Dios se ha reservado no debe desviarse para ningún otro propósito que no sea el que él ha especificado. Que nadie se sienta con derecho a retener el diezmo para usarlo de acuerdo con su propio juicio. No deben usarlo con fines personales en caso de una emergencia, ni dedicarlo a un fin específico, aun en lo que consideren que es la obra del Señor.

El ministro, por medio de la palabra y el ejemplo, debe enseñar a la gente a considerar el diezmo como algo sagrado. No debe pensar que, por ser ministro, puede retener el diezmo y usarlo siguiendo los dictados de su juicio personal. No le pertenece. No puede tomarse la libertad de dedicar para sí mismo lo que piensa que le corresponde. No

debe apoyar ningún plan para desviar de su uso legítimo el uso de los diezmos y las ofrendas que han sido dedicados a Dios. Deben colocarse en su tesorería y destinarse para su servicio, tal como él lo ha establecido.

Dios desea que sus mayordomos sigan con exactitud las disposiciones divinas. No deben desvirtuar los planes de Dios efectuando alguna obra de caridad, haciendo una donación o dando una ofrenda cuando ellos, los agentes humanos, lo vean conveniente. Es un procedimiento muy pobre intentar mejorar los planes de Dios e inventar un substituto, y luego promediar las donaciones hechas como resultado de buenos impulsos ocasionales y compararlas con los requerimientos del Señor. Dios pide que todos respeten sus disposiciones. Ha dado a conocer su plan, y todos los que colaboran con él deben promover ese plan en lugar de atreverse a tratar de mejorarlo.

El Señor instruyó a Moisés: “Y mandarás a los hijos de Israel que te traigan aceite puro de olivas machacadas, para el alumbrado, para hacer arder

continuamente las lámparas". (Éxodo 27:20) Esta debía ser una ofrenda continua, para que la casa de Dios estuviera debidamente provista con lo que se necesitaba para su servicio. Su pueblo de la actualidad debe recordar que la casa de culto es propiedad del Señor y que se debe cuidar escrupulosamente. Pero los fondos para este fin no deben proceder del diezmo.

Se me ha dado un mensaje muy claro y definido para nuestro pueblo. Se me ha pedido que les diga que están cometiendo un error al aplicar el diezmo a diversos objetivos que, aunque son buenos en sí mismos, no son los objetivos a los cuales el Señor ha dicho que debe dedicarse el diezmo. Quienes dedican el diezmo a esos fines, se están apartando de las disposiciones de Dios. El Señor juzgará esas cosas.

Alguien puede pensar que el diezmo se puede aplicar al sostenimiento de una escuela de iglesia. Otros pueden decir que los colportores debieran sostenerse con el diezmo. Pero se comete un grave error cuando se desvía el diezmo del objetivo para

el cual se ha establecido, que es el sostén de los ministros. Debiera haber en la actualidad en el campo cien obreros bien capacitados donde ahora hay uno solo.

Una obligación solemne

El diezmo es sagrado y ha sido reservado por Dios para sí mismo. Hay que traerlo a su tesorería para que se use en el sostén de los obreros evangélicos. Se ha robado al Señor durante mucho tiempo, porque hay quienes no comprenden que el diezmo es la porción que Dios se ha reservado.

Algunos no han estado satisfechos y han dicho: “No seguiré pagando el diezmo, porque no tengo confianza en la forma como se administran las cosas en el corazón de la obra. ¿Pero robaréis a Dios porque pensáis que la dirección de la obra no es adecuada? Presentad vuestras quejas claramente y con franqueza, con el espíritu debido y a las personas responsables. Pedid que se hagan los ajustes necesarios; pero no retengáis lo que le corresponde a la obra de Dios, y no seáis infieles,

porque otras personas no están obrando correctamente.

Leed con atención el tercer capítulo de Malaquías y ved lo que Dios dice acerca del diezmo. Si nuestras iglesias se afirman en la palabra de Dios y devuelven fielmente el diezmo a su tesorería, más obreros se sentirán animados a dedicarse a las labores ministeriales. Más hombres se ocuparían en la obra ministerial si no se les dijera que no hay fondos en la tesorería. Debiera haber abundante provisión en la tesorería del Señor, y la habría si los corazones y manos egoístas no hubieran retenido los diezmos o si no los hubieran utilizado para financiar otros trabajos que ellos favorecían.

Los recursos que se han reservado para Dios no deben utilizarse en forma descuidada. El diezmo le pertenece a Dios, y los que se entremeten con él serán castigados con la pérdida de su tesoro celestial, a menos que se arrepientan. Que la obra no siga limitándose debido a que el diezmo ha sido desviado hacia otras empresas que no son la que

Dios ha establecido. Hay que hacer provisión para esos otros proyectos de la obra. Tienen que ser sostenidos, pero no con el dinero del diezmo. Dios no ha cambiado; el diezmo todavía debe utilizarse para el sostenimiento del ministerio. La iniciación de la obra en nuevos campos requiere mayor servicio ministerial del que ahora tenemos, por lo que debe haber recursos en la tesorería.

Los que trabajan como ministros tienen una solemne responsabilidad que es extrañamente descuidada. A algunos les agrada predicar, pero no dedican trabajo personal a las iglesias. Existe una gran necesidad de instrucción con respecto a las obligaciones y deberes hacia Dios, especialmente en lo que concierne al pago honrado del diezmo. Nuestros ministros se sentirían muy agraviados si no se les pagara a tiempo por su trabajo. ¿Pero considerarán ellos que debe haber recursos en la tesorería de Dios para sostener a los obreros? Si dejan de cumplir su deber de educar a la gente para que devuelvan fielmente lo que le pertenece a Dios, se producirá escasez de recursos en la tesorería para hacer avanzar la obra del Señor.

El responsable del rebaño de Dios debiera cumplir fielmente su deber. Si adopta la posición de que no cumplirá el deber porque éste no le resulta agradable, y que por lo tanto lo dejará para que otro lo haga, no es un obrero fiel. Que lea en Malaquías las palabras del Señor que culpan de robar a Dios a la gente que retiene el diezmo. El Dios poderoso declara: “Malditos sois con maldición”. (Malaquías 3:9) Cuando el que ministra en palabra y doctrina ve que los miembros siguen un comportamiento que les acarreará esta maldición, ¿cómo puede descuidar su deber de instruirlos y amonestarlos? Cada miembro de iglesia debiera ser enseñado a ser fiel en la devolución honrada del diezmo.

“Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendiciones hasta que sobreabunde”. (Vers. 10)

* * * * *

Oro para que mis hermanos comprendan que el mensaje del tercer ángel significa mucho para nosotros y que la observancia del verdadero día de reposo ha de ser la señal que distingue a los que sirven a Dios de los que no le sirven. Que despierten los que se han tomado soñolientos e indiferentes. Se nos ha llamado a ser santos, por lo que debiéramos evitar cuidadosamente dar la impresión de que tiene poca importancia el retener o no las características especiales de nuestra fe. Sobre nosotros pesa la dorada obligación de adoptar una posición más definida por la verdad y la justicia de la que hemos tenido en el pasado. La línea de demarcación entre los que guardan los mandamientos de Dios y los que no los observan, debe manifestarse con claridad inequívoca. Debemos honrar a Dios conscientemente, y usar con diligencia todo recurso para mantenernos dentro del pacto con él, para que recibamos sus bendiciones, tan esenciales para un pueblo que será probado severamente. Dar la impresión de que nuestra fe, nuestra religión, no constituye un poder dominante en nuestras vidas, es deshonrar a Dios.

Así nos apartamos de sus mandamientos, que son nuestra vida, y negamos que él es nuestro Dios y nosotros su pueblo.

“Conoce, pues, que Jehová tu Dios es Dios. Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones; y que da el pago en persona al que le aborrece, destruyéndole; y no se demora con el que le odia, en persona le dará el pago”. (Deuteronomio 7:9, 10)

¿Adónde nos encontraremos antes de que concluyan las mil generaciones mencionadas en este pasaje? Nuestro destino habrá sido sellado para la eternidad. Se nos habrá considerado dignos de un hogar en el reino eterno de Dios, o bien habremos recibido la sentencia que nos condenará a muerte eterna. Los que han sido fieles y leales al pacto con Dios; los que, recordando el Calvario, se han mantenido firmes de parte de la verdad, esforzándose constantemente para honrar a Dios, oirán estas palabras de encomio: “Bien hecho, buen siervo fiel”. Pero los que han dado a Dios sólo un

servicio a medias, que han permitido que sus vidas sean conformadas por las costumbres y prácticas del mundo, oirán estas tristes palabras: “Apartaos de mí, porque no os conozco”.

Nota:

1. Manuscrito leído ante los delegados de la Asociación del Estado de California, San José, enero de 1907.

Capítulo 31

La beneficencia

“Honra a Jehová de tu substancia, y de las primicias de todos tus frutos; y serán llenas tus trojes con abundancia, y tus lagares rebosarán de mosto”. (Proverbios 3:9, 10)

“Hay quienes reparten, y les es añadido más: y hay quienes son escasos, más de lo que es justo, mas vienen a pobreza. El alma liberal será engordada: y el que saciare, él también será saciado”. (Proverbios 11:24, 25)

“Mas el generoso piensa en cosas generosas, y él por cosas generosas será hecho estable”. (Isaías 32:8, VM)

En el plan de salvación, la sabiduría divina estableció la ley de la acción y de la reacción; por eso, la obra de beneficencia, en todos sus ramos, es doblemente bendecida. El que ayuda a los menesterosos es una bendición para ellos y él

mismo recibe esa bendición mayor aún.

La gloria del evangelio

Para que el hombre no perdiese los preciosos frutos de la práctica de la beneficencia, nuestro Redentor concibió el plan de hacerle su colaborador. Dios habría podido salvar a los pecadores sin la colaboración del hombre; pero sabía que el hombre no podría ser feliz sin desempeñar una parte en esta gran obra. Por un encadenamiento de circunstancias que invitan a practicar la caridad, otorga al hombre los mejores medios de cultivar la beneficencia y observar la costumbre de dar, ya sea a los pobres o para el adelantamiento de la causa de Dios. Las apremiantes necesidades de un mundo arruinado nos obligan a emplear en su favor nuestros talentos, dinero e influencia, para hacer conocer la verdad a los hombres y mujeres que sin ella perecerían. Al responder a sus pedidos con nuestros actos de beneficencia y nuestras labores, somos transformados a la imagen de Aquel que se hizo pobre para enriquecemos. Al dispensar a otros, los

bendecimos; así es como atesoramos riquezas verdaderas.

La gloria del Evangelio consiste en que se funda en la noción de que se ha de restaurar la imagen divina en nuestra raza caída por medio de una constante manifestación de benevolencia. Esta obra comenzó en los atrios celestiales, cuando Dios dio a los humanos una prueba deslumbradora del amor con que los amaba. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. (Juan 3:16) El don de Cristo revela el corazón del Padre. Nos asegura que, habiendo emprendido nuestra redención, él no escatimará ninguna cosa necesaria para terminar su obra, por más que pueda costarle.

La generosidad es el espíritu del cielo. El abnegado amor de Cristo se reveló en la cruz. El dio todo lo que poseía y se dio a sí mismo para que el hombre pudiese salvarse. La cruz de Cristo es un llamamiento a la generosidad para todo discípulo del Salvador. El principio que proclama es de dar,

dar siempre. Su realización por la benevolencia y las buenas obras es el verdadero fruto de la vida cristiana. El principio de la gente del mundo es ganar siempre; y así se imagina alcanzar la felicidad; pero cuando este principio ha dado todos sus frutos, se ve que sólo engendra la miseria y la muerte.

La luz del Evangelio que irradia de la cruz de Cristo condena el egoísmo y estimula la generosidad y la benevolencia. No debería ser causa de quejas el hecho de que se nos dirigen cada vez más invitaciones a dar. En su divina providencia Dios llama a su pueblo a salir de su limitada esfera de acción para emprender cosas mayores. Se nos exige un esfuerzo ilimitado en un tiempo como éste, cuando las tinieblas morales cubren el mundo. Muchos de los hijos de Dios están en peligro de dejarse prender en la trampa de la mundanalidad y avaricia. Deberían comprender que es la misericordia divina la que multiplica las solicitudes de recursos. Deben serles presentados blancos que despierten su benevolencia, o no podrán imitar el carácter del gran modelo.

Las bendiciones de la mayordomía

Al dar a sus discípulos la orden de ir por “todo el mundo” y predicar “el evangelio a toda criatura”, Cristo asignó a los hombres una tarea: la de sembrar el conocimiento de su gracia. Pero mientras algunos salen al campo a predicar, otros le obedecen sosteniendo su obra en la tierra por medio de sus ofrendas. El ha puesto recursos en las manos de los hombres, para que sus dones fluyan por canales humanos al cumplir la obra que nos ha asignado en lo que se refiere a salvar a nuestros semejantes. Este es uno de los medios por los cuales Dios eleva al hombre. Es exactamente la obra que conviene a éste; porque despierta en su corazón las simpatías más profundas y le mueve a ejercitar las más altas facultades de la mente.

Todas las cosas buenas de la tierra fueron colocadas aquí por la mano generosa de Dios, y son la expresión de su amor para con el hombre. Los pobres le pertenecen y la causa de la religión es suya. El oro y la plata pertenecen al Señor; él

podría, si quisiera, hacerlos llover del cielo. Pero ha preferido hacer del hombre su mayordomo, confiándole bienes, no para que los vaya acumulando, sino para que los emplee haciendo bien a otros. Hace así del hombre su intermediario para distribuir sus bendiciones en la tierra. Dios ha establecido el sistema de la beneficencia para que el hombre pueda llega a ser semejante a su Creador, de carácter generoso y desinteresado y para que al fin pueda participar con Cristo de una eterna y gloriosa recompensa.

Encuentro junto a la cruz

El amor que tuvo su expresión en el Calvario debiera ser reanimado, fortalecido y difundido en nuestras iglesias. ¿No haremos todo lo que está a nuestro alcance para fortalecer los principios que Cristo comunicó a este mundo? ¿No nos esforzaremos por establecer y desarrollar las empresas de beneficencia que necesitamos sin más demora? Al contemplar al Príncipe del cielo muriendo en la cruz por vosotros, ¿podéis cerrar vuestro corazón, diciendo: “No, nada tengo para

dar”?

Los que creen en Cristo deben perpetuar su amor. Este amor debe atraerlos y reunirlos en derredor de la cruz. Debe despojarlos de todo egoísmo y unirlos a Dios y entre sí.

Juntaos alrededor de la cruz del Calvario, dominados por un espíritu de sacrificio y de completa abnegación. Dios os bendecirá si hacéis lo mejor que podéis. Al acercaros al trono de la gracia y al veros ligados a él por la cadena de oro que baja del cielo a la tierra para sacar a los hombres del abismo del pecado, vuestro corazón rebosará de amor hacia vuestros hermanos que están todavía sin Dios y sin esperanza en el mundo.

Capítulo 32

El espíritu de independencia[1]

Antes de salir de Australia, y desde que vine a este país, se me ha indicado que hay una gran obra que hacer en Estados Unidos. Los que participaron en los comienzos de la obra van desapareciendo. Quedan entre nosotros solamente unos pocos de los primeros obreros de la causa. Muchas de las pesadas cargas que antes llevaban hombres de larga experiencia, están recayendo sobre hombres más jóvenes.

Esta transferencia de las responsabilidades a obreros cuya experiencia es en cierto modo limitada, va acompañada de algunos peligros contra los cuales necesitamos precavernos. En el mundo imperan las contiendas por la supremacía. El espíritu de desorganización, que impulsa a los hombres a apartarse de sus colaboradores, está en el mismo aire que respiramos. Algunos consideran que todos los esfuerzos hechos para hacer reinar el orden son peligrosos, y los tienen por restricción de

la libertad personal, algo que debe ser temido como el papismo. Estas almas engañadas consideran que es una virtud jactarse de su libertad de pensar y de actuar independientemente. Declaran que nada aceptarán porque lo diga algún hombre; y que a nadie están sujetos. Se me ha indicado que Satanás hace un esfuerzo especial para inducir a los hombres a sentir que agradan a Dios al seguir su propia conducta, con independencia del consejo de sus hermanos.

En esto estriba un grave peligro para la prosperidad de nuestra obra. Debemos obrar discreta y sensatamente, en armonía con el juicio de consejeros temerosos de Dios; porque es la única conducta que nos garantiza seguridad y fortaleza. Si seguimos otra, Dios no podrá obrar con nosotros, ni por nuestro medio o en favor nuestro.

¡Oh, cómo se regocijaría Satanás si lograse tener éxito en sus esfuerzos para penetrar entre este pueblo y desorganizar la obra en un tiempo en que la organización esmerada es esencial y constituirá

el mayor poder para evitar los movimientos espurios, y refutar los asertos que no son apoyados por la Palabra de Dios! Necesitamos sostener en forma pareja las riendas, a fin de que no se quebrante el sistema de organización y orden que fue edificado por una labor sobria y cuidadosa.

No se debe dar licencia a los elementos desordenados que desean controlar la obra en este tiempo.

Algunos han sostenido que a medida que nos acercamos al fin del tiempo, cada hijo de Dios actuará independientemente de cualquier organización religiosa. Pero el Señor me ha indicado que en esta obra no es posible que cada hombre sea independiente. Las estrellas del cielo están todas bajo el imperio de la ley. Cada una influye sobre la otra para que haga la voluntad de Dios y el conjunto presta su obediencia común a la ley que controla su acción. Así también, para que la obra del Señor progrese en forma segura, sus hijos deben trabajar unidos.

Los movimientos espasmódicos y nerviosos de algunos que aseveran ser cristianos pueden compararse al trabajo de caballos fuertes, pero no amaestrados. Cuando el uno tia hacia adelante, el otro se echa hacia atrás; y a la voz del amo, uno se precipita hacia adelante y el otro permanece inconmovible. Si los hombres no quieren obrar en concierto en la magna y grandiosa obra para este tiempo, habrá confusión. No es buena señal cuando los hombres se niegan a unirse con sus hermanos y prefieren actuar solos. Que los obreros hagan confidentes suyos a los hombres que se sienten libres para señalar toda desviación de los principios correctos. Los que llevan el yugo de Cristo no pueden tirar por separado, sino que obrarán con Cristo.

Algunos obreros tiran con toda la fuerza que Dios les ha dado, pero no han aprendido todavía que no deben tirar solos. En vez de aislarse, tiren en armonía con sus colaboradores. A menos que lo hagan así, su actividad se producirá en el momento inoportuno y en forma errónea. Con frecuencia contrarrestarán aquello que Dios quisiera que se

hiciese, y así su trabajo se habrá malgastado.

Unidad en la diversidad

Por otro lado, los dirigentes del pueblo de Dios deben precaverse contra el peligro de condenar los métodos de los obreros que sean inducidos individualmente por el Señor a hacer una obra especial que muy pocos están preparados para hacer. Sean los hermanos que llevan responsabilidad lentos para criticar cualquier actuación que no armonice perfectamente con sus métodos de labor. Nunca deben suponer que todo plan debe reflejar su propia personalidad. No teman confiar en los métodos de otro; porque al privar de su confianza a un colaborador que, con humildad y celo consagrado, está haciendo una obra especial de la manera señalada por Dios, retardan el progreso de la causa del Señor.

Dios puede emplear a los que no han recibido educación cabal en las escuelas de los hombres, y los empleará. Dudar de su poder para hacer esto, es manifestar incredulidad; es limitar el poder

omnipotente de Aquel para quien nada es imposible. ¡Ojalá que se vea menos de esta cautela desconfiada e inoportuna! Deja sin uso muchas fuerzas de la iglesia; cierra el camino de modo que el Espíritu Santo no puede emplear a los hombres; mantiene en la ociosidad a los que anhelan dedicarse a las actividades de Cristo, disuade de entrar en la obra a muchos que llegarían a ser obreros eficientes con Dios si se les diese una oportunidad justa.

Para el profeta, las ruedas que había dentro de otras ruedas y la apariencia de los seres vivos que estaban relacionados con ellas, eran cosas intrincadas e inexplicables. Pero se ve la mano de la Sabiduría Infinita entre las ruedas y un orden perfecto es el resultado de su obra. Cada rueda, dirigida por la mano de Dios, obra en perfecta armonía con toda otra rueda. Se me ha mostrado que los instrumentos humanos propenden a procurar demasiado poder y a tratar de controlar ellos mismos la obra. Excluyen demasiado de sus métodos y sus planes al Señor Dios, el poderoso Artífice, y no le confían todo lo relativo al progreso

de la obra. Nadie debe imaginarse por un momento siquiera que puede manejar las cosas que pertenecen al gran YO SOY. En su providencia Dios está preparando un camino para que la obra pueda ser hecha por los agentes humanos. Por lo tanto, esté cada uno en su puesto del deber, para desempeñar su parte en este momento, sabiendo que Dios es su instructor.

La Asociación General

Se me ha indicado muchas veces que ningún hombre debe renunciar a su juicio para ser dominado por el de cualquier otro hombre. Nunca debe considerarse que la mente de un hombre o la de unos pocos hombres se basta en sabiduría y poder para controlar la obra y decir qué planes deben seguirse. Pero cuando en una sesión de la Asociación General se expresa el juicio de los hermanos congregados de todas partes del campo, la independencia y el juicio particulares no deben sostenerse con terquedad, sino entregarse. Nunca debe un obrero tener por virtud el persistir en una actitud independiente contra la decisión del cuerpo

general.

A veces, cuando un pequeño grupo de hombres encargados del manejo general de la obra procuró ejecutar en nombre de la Asociación General planes imprudentes y restringir la obra de Dios, he dicho que ya no podía considerar voz de Dios la de la Asociación General representada por estos pocos individuos. Pero esto no es decir que no deben respetarse las decisiones de un congreso de la Asociación General compuesto de una asamblea de personas debidamente nombradas por representantes de todas partes del campo. Dios ordenó que tengan autoridad los representantes de su iglesia de todas partes de la tierra, cuando están reunidos en el congreso de la Asociación General. El error que algunos se hallan en peligro de cometer estriba en dar a la mente y al juicio de un solo hombre o de un pequeño grupo de hombres, la plena medida de autoridad e influencia que Dios ha conferido a su iglesia, en el juicio y la voz de la Asociación General congregada para planear la prosperidad y el progreso de su obra.

Cuando este poder con que Dios invistió a la iglesia se concede totalmente a un individuo, y él asume la autoridad de ser juicio para otras mentes, entonces se trastroca el verdadero orden bíblico. Los esfuerzos que haría Satanás para influir sobre la mente de un hombre tal serían muy sutiles y a veces casi abrumadores, porque el enemigo alentaría la esperanza de poder afectar a muchos otros por su intermedio. Demos a la más alta autoridad organizada de la iglesia aquello que nos inclinamos a dar a un individuo o a un grupo reducido de personas.

Nota:

1. Manuscrito leído ante los delegados de la Asociación General en Washington, D.C, 30 de mayo de 1909.

Capítulo 33

La distribución de responsabilidades[1]

Dios quiere que su pueblo sea inteligente. Ha dispuesto las cosas de tal manera que hombres escogidos sean enviados como delegados a nuestros congresos. Esos hombres deben ser probados, gente digna de confianza. La elección de delegados para asistir a nuestros congresos es un asunto importante. Ellos son los que deben hacer planes que serán adoptados para el adelanto de la obra; por consiguiente deben ser inteligentes, capaces de razonar de causa a efecto.

“Aconteció que al día siguiente se sentó Moisés a juzgar al pueblo; y el pueblo estuvo delante de Moisés desde la mañana hasta la tarde. Viendo el suegro de Moisés todo lo que él hacía con el pueblo, dijo: ¿Qué es esto que haces tú con el pueblo? ¿Por qué te sientas tú solo, y todo el pueblo está delante de ti desde la mañana hasta la

tarde? Y Moisés respondió a su suegro: Porque el pueblo viene a mí para consultar a Dios. Cuando tienen asuntos, vienen a mí; y yo juzgo entre el uno y el otro, y declaro las ordenanzas de Dios y sus leyes. Entonces el suegro de Moisés le dijo: No está bien lo que haces. Desfallecerás del todo, tú, y también este pueblo que está contigo; porque el trabajo es demasiado pesado para ti; no podrás hacerlo tú solo. Oye ahora mi voz; yo te aconsejaré, y Dios estará contigo. Está tú por el pueblo delante de Dios, y somete tú los asuntos a Dios. Y enseña a ellos las ordenanzas y las leyes, y muéstrales el camino por donde deben andar, y lo que han de hacer. Además escoge tú de entre todo el pueblo varones de virtud, temerosos de Dios, varones de verdad, que aborrezcan la avaricia; y ponlos sobre el pueblo por jefes de millares, de centenas, de cincuenta y de diez. Ellos juzgarán al pueblo en todo tiempo, y todo asunto grave lo traerán a ti, y ellos juzgarán todo asunto pequeño. Así aliviarás la carga de sobre ti, y la llevarán ellos contigo. Si esto hicieres, y Dios te lo mandare, tú podrás sostenerte y también todo este pueblo irá en paz a su lugar.” Y oyó Moisés la voz de su suegro,

e hizo todo lo que dijo. Escogió Moisés varones de virtud de entre todo Israel, y los puso por jefes sobre el pueblo, sobre mil, sobre ciento, sobre cincuenta, y sobre diez. Y juzgaban al pueblo en todo tiempo. El asunto difícil lo traían a Moisés, y ellos juzgaban todo asunto pequeño". (Éxodo 18:13-26)

En el primer capítulo de los Hechos, se nos dan igualmente instrucciones en cuanto a la elección de los obreros que deben llevar responsabilidades en la iglesia. La traición de Judas había dejado una vacante en las filas de los apóstoles, y era necesario elegir un reemplazante. Pedro se expresó de esta manera:

"Es necesario, pues, que de estos hombres que han estado juntos con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros, comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que de entre nosotros fue recibido arriba, uno sea hecho testigo con nosotros, de su resurrección. Y señalaron a dos: a José, llamado Barsabás, que tenía por sobrenombre Justo, y a Matías. Y orando,

dijeron: Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muestra cuál de estos dos has escogido, para que tome la parte de este ministerio y apostolado, de que cayó Judas por transgresión, para irse a su propio lugar. Y les echaron suertes, y la suerte cayó sobre Matías; y fue contado con los once apóstoles". (Hechos 1:21-26)

Estos pasajes nos enseñan que el Señor destina a ciertos hombres para ocupar puestos determinados. Enseñará a su pueblo a usar de circunspección y a elegir juiciosamente a hombres que no traicionarán los cometidos sagrados. Si en los días de Cristo era necesario que los creyentes usasen de prudencia para la elección de los hombres que habían de asumir las responsabilidades, cuánto mayor será en este tiempo nuestra necesidad de obrar con gran discreción. Debemos presentar a Dios cada caso, y en oración ferviente pedir al Señor que elija por nosotros.

El Dios del cielo ha escogido a hombres de experiencia para llevar las responsabilidades de su

causa. Esos hombres han de ejercer una influencia especial. Si se concede a todos el poder dado a esos hombres escogidos, habrá que hacer un alto. Los que son elegidos para llevar cargas en la causa de Dios no deben mostrarse imprudentes, ni llenos de confianza en sí mismos, ni tampoco egoístas. Nunca deben su influencia y su ejemplo estimular el mal. El Señor no permitió jamás a nadie, sea hombre o mujer, que presente ideas que quiten a la obra su carácter sagrado e introduzcan en ella un sentimiento de vulgaridad. La obra de Dios debe volverse más y más sagrada a la vista de su pueblo. Por todos los medios posibles, los que han sido puestos como sobreveedores de la obra de Dios en nuestras instituciones deben dar siempre preeminencia a la voluntad y el camino de Dios. La salud de la obra en general depende de la fidelidad de los hombres designados para hacer cumplir la voluntad divina en las iglesias.

Deben confiarse los cargos a individuos que quieran adquirir una experiencia más vasta, no en lo que concierne a lo suyo, sino en lo referente a las cosas de Dios, un conocimiento más amplio del

carácter de Cristo. Cuanto mejor conozcan a Cristo, más fielmente le representarán en el mundo. Deben escuchar su voz y prestar atención a sus palabras.

Una amonestación

"Entonces comenzó a reconvenir a las ciudades en las cuales había hecho muchos de sus milagros, porque no se habían arrepentido, diciendo: ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo ha que se hubieran arrepentido en cilicio y en ceniza. Por tanto os digo, que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para Tiro y para Sidón, que para vosotras.

"Y tú, Capernaúm, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida; porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy. Por tanto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma, que para ti.

“En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó. Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre; ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar.

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga”. (Mateo 11:20-30)

Siempre hay seguridad en ser manso, humilde y compasivo; pero a la vez se debe ser firme como la roca en lo que concierne a las enseñanzas de Cristo. Hay que sujetarse estrictamente a sus enseñanzas. No hay que perder de vista una sola de sus palabras. La verdad permanece para siempre. No debemos confiar en mentira o simulación alguna. Los que lo hagan hallarán que ello cuesta la

vida eterna. Debemos hacer sendas rectas para nuestros pies, no sea que el cojo se extravíe. Cuando los cojos se alejan del camino seguro, ¿a quién hay que culpar sino a aquellos que los han engañado? Anularon el consejo de Aquel cuyas palabras son vida eterna, para seguir las obras engañosas que tienen por autor al padre de la mentira.

Tengo algo que decir a todos los que creen poder educarse en Battle Creek. El Señor aniquiló las dos mayores de nuestras instituciones establecidas en Battle Creek [el sanatorio y la casa editora Review and Herald], y nos ha enviado una amonestación tras otra, así como antaño Cristo amonestó a Betsaida y Capernaúm. Conviene prestar la mayor atención a cada palabra que sale de la boca de Dios. No se puede, sin pecado, apartarse de las Palabras de Cristo. El Salvador insta a los extraviados a que se arrepientan. Los que humillen su corazón y confiesen sus pecados, recibirán el perdón. Sus transgresiones serán perdonadas. Pero el hombre que piensa que es una debilidad de su parte confesar sus pecados, no

obtendrá el perdón ni verá a Cristo como su Redentor, pues perseverará en la transgresión y cometerá una tras otra y añadirá pecado tras pecado. ¿Qué hará el tal hombre cuando los libros sean abiertos y cada uno sea juzgado según lo que estuviere escrito en ellos?

El quinto capítulo de Apocalipsis debe estudiarse detenidamente. Es de la mayor importancia para los que han de desempeñar una parte en la obra de Dios en estos últimos días. Algunos están engañados. No se percatan de lo que está por suceder en la tierra. Son víctimas de un error fatal los que se han dejado confundir en lo que concierne a la naturaleza del pecado. A menos que hagan un cambio decisivo, serán hallados faltos cuando Dios pronuncie sus sentencias sobre los hijos de los hombres. Habiendo transgredido la ley y quebrantado el pacto eterno, recibirán un galardón correspondiente a sus obras.

Hay sólo dos clases

“Miré cuando abrió el sexto sello, y he aquí

hubo un gran terremoto; y el sol se puso negro como tela de cilicio, y la luna se volvió toda como sangre; y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento. Y el cielo se desvaneció como un pergamino que se enrolla; y todo monte y toda isla se removió de su lugar. Y los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?' (Apocalipsis 6:12-17)

"Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual ninguno podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado

sobre el trono, y al Cordero... Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado en el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos. Ya no tendrán hambre, ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos". (Apocalipsis 7:9-17)

En estos pasajes se nos presentan dos categorías de personas. Unas se han dejado seducir y han tomado posición con los enemigos del Señor. Interpretaron erróneamente los mensajes que les fueran dirigidos y se revistieron de su propia justicia. A sus ojos, el pecado no era pecaminoso. Enseñaron mentiras en vez de la verdad y extraviaron a muchas almas.

Ahora debemos vigilarnos a nosotros mismos. Se nos han dirigido advertencias. ¿No podemos ver

el cumplimiento de las predicciones de Cristo contenidas en el capítulo 21 de Lucas? ¿Cuántos son los que estudian las palabras del Señor? ¿Cuántos hay que se engañan a sí mismos y se privan de las bendiciones reservadas a los que creen y obedecen? El tiempo de gracia se prolonga todavía, y se nos ofrece la posibilidad de apropiarnos de la esperanza que el Evangelio nos presenta. Arrepintámonos, convirtámonos y abandonemos nuestros pecados, para que sean borrados. “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez, y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra. Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del hombre”. (Lucas 21:33-36)

¿No prestaremos atención a las advertencias de Cristo? ¿No nos arrepentiremos sinceramente

mientras que la dulce voz de la misericordia se deja oír todavía?

“Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor. Pero sabed esto, que si el padre de la familia supiese a qué hora el ladrón habría de venir, velaría, y no dejaría minar su casa. Por tanto, también vosotros estad preparados; porque el Hijo del hombre vendrá a la hora que no pensáis. ¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su casa para que les dé el alimento a tiempo? Bienaventurado aquel siervo, al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así. De cierto os digo que sobre todos sus bienes le pondrá. Pero si aquel siervo malo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir; y comenzare a golpear a sus consiervos, y aun a comer y a beber con los borrachos; vendrá el señor de aquel siervo en día que éste no espera, y a la hora que no sabe, y lo castigará duramente, y pondrá su parte con los hipócritas; allí será el lloro y el crujir de dientes”. (Mateo 24:42-51)

Nota:

1. Manuscrito leído ante los delegados de la Asociación General, Washington, D.C., el 30 de mayo de 1909.

Capítulo 34

En humildad y fe[1]

Me han sido dadas instrucciones especiales para el pueblo de Dios; porque nos esperan tiempos peligrosos. El espíritu de destrucción y de violencia aumenta en el mundo. Y en la iglesia, el poder humano se vuelve predominante; aquellos a quienes se han confiado posiciones de confianza piensan que tienen derecho a dominar.

Los hombres a quienes el Señor llama para ocupar cargos importantes en su obra deben cultivar un sentimiento de humilde dependencia de él. No deben tratar de abarcar demasiada autoridad; porque Dios no los ha llamado a dominar, sino a hacer planes en cooperación con sus compañeros de labor. Todo obrero debe considerarse sujeto a los requerimientos y las instrucciones de Dios.

Consejeros sabios

En vista de la importancia que tiene la obra en

el sur de California y la incertidumbre que origina, debiera elegirse por lo menos a cinco hombres dotados de sabiduría y experiencia para consultar con los presidentes de las asociaciones locales y de las uniones en cuanto a planes y métodos. El Señor no aprueba la tendencia manifestada por algunos, de querer regentar a los que tienen una experiencia mayor que la suya propia. Por esta manera de proceder, algunos han demostrado que no son aptos para ocupar el puesto importante en que están. Todo ser humano que procura asumir atribuciones desmedidas y dominar a sus semejantes demuestra que sería peligroso confiarle responsabilidades religiosas.

Nadie se aferre a la idea de que no debiera emprenderse actividad alguna que exija recursos a menos de tener disponible el dinero necesario. Si en lo pasado hubiésemos seguido siempre este método, a menudo habríamos perdido ventajas considerables, tales como las obtenidas al comprar la propiedad de la escuela de San Fernando, o las de los sanatorios de Paradise Valley, de Glendale y de Loma Linda.

Hay que ir adelante

No siempre es lo más juicioso negarse a emprender algo que demande grandes gastos porque no se dispone del dinero necesario para terminar el negocio. En la edificación de su obra, el Señor no siempre allana el camino delante de sus siervos. A veces prueba la confianza de su pueblo haciéndole avanzar por fe. A menudo lo pone en situaciones difíciles y críticas, y le ordena avanzar cuando ya sus pies parecen tocar las aguas del mar Rojo. Es en ocasiones semejantes, mientras sus siervos elevan oraciones a él con fervor y fe, cuando él abre la vía delante de ellos y los conduce a lugares espaciosos.

El Señor quiere que su pueblo actual esté convencido de que hará por él cosas tan grandes como las que hizo en favor de los hijos de Israel durante su viaje de Egipto a Canaán. Debemos tener una fe bien fundada, que no vacile en seguir los mandatos del Señor en los momentos difíciles. “¡Adelante!” Tal es la orden que Dios da a su

pueblo.

La ejecución de los planes del Señor exige fe y gozosa obediencia. Cuando él señala la necesidad de establecer la obra en lugares donde podrá ejercer influencia, se debe andar y obrar por la fe. Por su conducta piadosa, su humildad, sus oraciones y esfuerzos fervientes, los hermanos deben luchar por inducir a la gente a apreciar la buena obra que el Señor ha establecido en su medio. Era propósito del Señor que el sanatorio de Loma Linda pasase a ser propiedad de nuestro pueblo; y lo realizó en un momento cuando los torrentes de las dificultades desbordaban de su cauce.

Cuando se trata de atender a los intereses personales, los hombres pueden seguir su propio juicio. Pero el adelanto de la obra del Señor en la tierra es algo muy distinto. Cuando él indica que la compra de una propiedad determinada es necesaria para el progreso de su causa y la edificación de su obra, ya se trate de un sanatorio, de una escuela o de cualquier otra institución, él hará su adquisición

posible si los que tienen experiencia muestran su fe y su confianza en sus planes, y obran con prontitud para aprovechar las ventajas cuando ellas se nos ofrecen, a fin de poder hacer planes para la edificación de la obra. Después de esto debemos dedicar todas nuestras energías a obtener del pueblo de Dios ofrendas voluntarias para sostener esas nuevas instalaciones.

A menudo, el Señor ve a sus siervos en la incertidumbre con respecto a lo que deben hacer. En tales momentos, les revelará su voluntad si ponen en él su confianza. De aquí en adelante, la obra de Dios debe avanzar rápidamente; y si su pueblo quiere responder a su llamamiento, él hará que las personas pudientes den voluntariamente de sus recursos, a fin de facilitar la terminación de su obra en la tierra. “Es pues la fe la substancia de las cosas que se esperan, la demostración de las cosas que no se ven”. (Hebreos 11:1) Si su pueblo confía en su Palabra, Dios lo pondrá en posesión de propiedades que le permitirán trabajar en las grandes ciudades que están esperando el mensaje de la verdad.

La frialdad, el formalismo y la incredulidad con que algunos obreros hacen su trabajo constituye una grave ofensa contra el Espíritu de Dios. El apóstol Pablo dice: “Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin culpa en medio de la nación maligna y perversa, entre los cuales resplandecéis como luminares en el mundo; reteniendo la palabra de vida para que yo pueda gloriarme en el día de Cristo, que no he corrido en vano, ni trabajado en vano. Y aun si soy derramado en libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, me gozo y congratulo por todos vosotros”. (Filipenses 2:14-17)

Debemos animarnos mutuamente en esa fe viva que Cristo ha hecho accesible a todo creyente. La obra debe hacerse a medida que el Señor prepara el camino. Cuando conduce a los suyos por lugares difíciles, tienen la ventaja de poder reunirse para orar, recordando que todas la cosas vienen de Dios. Aquellos a quienes no les ha tocado todavía su parte en las vicisitudes que acompañan a la obra en

estos últimos días, pronto tendrán que pasar por escenas que probarán fuertemente su confianza en Dios. Cuando su pueblo no percibe ninguna salida, y tiene delante de sí el Mar Rojo y a sus espaldas un ejército que lo persigue, el Señor le dice: "¡Adelante!" Obra así para probar su fe. Cuando os confronten tales circunstancias, id adelante, confiando en Jesús. Andad paso a paso en el camino que os señala. Os sobrevendrán pruebas, pero id adelante. Adquiriréis así una experiencia que confirmará vuestra fe en Dios y os hará idóneos para servirle más fielmente.

El ejemplo de Cristo

El pueblo de Dios debe adquirir una experiencia más profunda y más vasta en las cosas religiosas. Jesús es nuestro ejemplo. Si, mediante una fe viva y una santificada obediencia a la Palabra de Dios, manifestamos el amor y la gracia de Cristo, si mostramos que tenemos un concepto correcto de las dispensaciones providenciales por cuyo medio Dios dirige su obra, manifestaremos al mundo un poder convincente. No es un puesto

destacado lo que nos da valor a los ojos de Dios. El hombre se mide por su consagración y fidelidad en el cumplimiento de la voluntad divina. Si el pueblo remanente de Dios quiere andar en humildad y fe, Dios ejecutará por medio de él su plan eterno, haciéndole capaz de trabajar en armonía, para dar al mundo la verdad tal cual es en Jesús. El se valdrá de todos--hombres, mujeres y niños--para hacer brillar la luz sobre el mundo y sacar de su medio un pueblo fiel a sus mandamientos. Por medio de la fe que su pueblo deposita en él, Dios mostrará al mundo que él es el Dios verdadero, el Dios de Israel.

"Solamente que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo--nos exhorta el apóstol Pablo--; para que o sea que vaya a veros, o que esté ausente, oiga de vosotros que estáis firmes en un mismo espíritu, combatiendo unánimes por la fe del evangelio, y en nada intimidados por los que se oponen, que para ellos ciertamente es indicio de perdición, mas para vosotros de salvación; y esto de Dios; porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino también

que padezcáis por él...”

Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo; si algún consuelo de amor; si alguna comunión del Espíritu; si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros.

“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre; para que en el nombre de Jesús

se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre. Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad". (Filipenses 1:27-29; 2:1-13)

Se me ha encargado que dirija estas palabras a nuestros hermanos y hermanas del sur de California. Son necesarias en todo lugar donde haya una iglesia establecida, porque un espíritu extraño se ha introducido en nuestro medio.

Tiempo es de que los hombres humillen su corazón delante de Dios y aprendan a trabajar según los métodos de él. Los que han procurado dominar a sus compañeros de labor deben darse cuenta de qué espíritu están animados. Con el alma humillada, deberían buscar al Señor con ayuno y oración.

En el curso de su vida terrenal, Cristo dio un ejemplo que cada uno puede seguir con toda seguridad. El ama a su rebaño y no quiere que señoree sobre él poder alguno que restrinja su libertad en el servicio que le rinde. Nunca comisionó él a nadie para dominar su heredad. La verdadera religión bíblica da por fruto el dominio propio y no el dominio de uno por el otro. Como pueblo, necesitamos una medida mayor del Espíritu Santo, a fin de que podamos, sin orgullo, anunciar el mensaje solemne que Dios nos ha confiado.

Hermanos, reservad para vosotros mismos vuestras palabras de censura. Enseñad al rebaño de Dios a mirar a Cristo, y no al hombre falible. Toda alma que llega a enseñar la verdad debe llevar en su propia vida los frutos de la santidad. Al mirar a Jesús y al seguirle, presentará a las almas que le son confiadas un ejemplo de lo que debe ser un cristiano verdadero, dispuesto a aprender. Dejad a Dios enseñaros sus caminos. Inquirid de él cada día para conocer su voluntad. El dará consejos infalibles a cuantos le busquen con corazón

sincero. Andad de una manera digna de la vocación a la que habéis sido llamados, alabando a Dios, tanto por vuestra conducta diaria, como por vuestras oraciones. De esta manera, enalteciendo la Palabra de vida, constreñiréis a otras almas a seguir a Cristo.

Nota:

1. Mensaje leído en el congreso espiritual llevado a cabo en Los Ángeles, California, del 15 al 31 de agosto de 1907, y posteriormente publicado en el folleto titulado Jehová es nuestro Rey.

Capítulo 35

Una dirección bien equilibrada[1]

Esta mañana no hallo reposo. Estoy inquieta con respecto a la situación que existe en el sur de California. Dios ha asignado a cada uno su tarea; pero hay quienes no consideran con oración su responsabilidad individual.

Cuando un obrero es elegido para un puesto, ese puesto de por sí no le confiere las capacidades que antes no poseía. Un puesto eminente no basta para impartir al carácter las virtudes cristianas. El que se imagina poder por si solo trazar los planes para todos los ramos de la obra, demuestra gran falta de sabiduría. Ninguna mente humana es capaz de desempeñar las numerosas y variadas responsabilidades de una asociación que incluye a miles de miembros y muchos ramos de actividad.

Pero se me ha señalado un peligro aún mayor, a

saber una idea que se ha ido difundiendo entre nuestros obreros, según la cual los predicadores y otros empleados de la causa deben dejar a algunos jefes el cuidado de definir sus deberes. No deben considerarse la inteligencia y el juicio de un hombre como suficientes para dirigir y modelar una asociación. Tanto el individuo como la iglesia tienen cada cual sus obligaciones. Dios ha dado a cada uno el uso de uno o varios talentos. Al hacer uso de esos talentos, uno se vuelve más útil para servir. Dios ha dado entendimiento a cada individuo, y quiere que sus obreros empleen y desarrollen ese don. El presidente de una asociación no debe pensar que su juicio personal ha de regir el de los demás.

En ninguna asociación deben introducirse precipitadamente proposiciones sin dejar a los hermanos el tiempo de examinar atentamente cada uno de los aspectos del asunto. Se ha pensado algunas veces que por haber sugerido el presidente algunos planes, no había lugar para consultar al Señor al respecto. De este modo, se aceptaron proposiciones que no eran para el bien espiritual de

los creyentes, y entrañaban consecuencias de mayor alcance que el aparente en el primer examen. Tales maniobras no son conforme al orden divino. Se han presentado y votado muchísimos asuntos que implicaban mucho más de lo que se anticipaba y de lo que los votantes hubiesen concedido si se hubiesen tomado el tiempo de examinar el asunto desde todos los puntos de vista.

En este tiempo, no podemos ser descuidados o negligentes en la obra de Dios. Cada día debemos buscar al Señor con fervor, si queremos prepararnos para las pruebas que nos esperan. Nuestros corazones deben ser limpiados de todo sentimiento de superioridad, y los principios vivos de la verdad deben ser implantados en el alma. Los jóvenes y los ancianos, así como las personas de edad madura, deben practicar ahora las virtudes del carácter de Cristo. Cada día deben desarrollarse espiritualmente para llegar a ser vasos de honra en el servicio del Maestro.

“Y aconteció que estaba Jesús orando en un lugar, y cuando terminó, uno de sus discípulos le

dijo: Señor, enséñanos a orar como también Juan enseñó a sus discípulos". (Lucas 11:1) La oración que Jesús pronunció en respuesta a este pedido no es ampulosa, sino que expresa con sencillez las necesidades del alma. Es corta, y se refiere directamente a las necesidades cotidianas.

Cada alma tiene el privilegio de presentar al Señor sus necesidades particulares y de ofrecer sus acciones de gracias personales por los beneficios que recibe cada día. Pero las numerosas oraciones largas, sin vida y sin fe que se ofrecen a Dios, en vez de ser un gozo para él le son una carga. ¡Oh, cuánto necesitamos corazones puros, corazones convertidos! Necesitamos que nuestra fe se fortalezca. "Pedid, y se os dará", tal es la promesa del Salvador. "Buscad y hallaréis; llamad, y se os abrirá". (Mateo 7:7) Debemos acostumbramos a confiar en su Palabra y a añadir a todas nuestras obras la luz y la gracia de Cristo. Debemos asirnos de Cristo y aferrarnos a él hasta que el poder transformador de su gracia sea manifestado en nosotros. Necesitamos tener fe en Cristo si queremos reflejar el carácter divino.

Cristo revistió su divinidad con nuestra humanidad, y llevó una vida de oración y abnegación, sosteniendo cada día una lucha contra la tentación, a fin de poder socorrer a los que hoy son tentados. El es nuestra eficacia y poder. Quiere que la humanidad, al apropiarse su gracia, participe de su naturaleza divina, y así huya de la corrupción que reina en el mundo por la concupiscencia. La palabra de Dios contenida en el Antiguo Testamento y el Nuevo, estudiada con fidelidad y recibida en la vida, comunicará sabiduría y vida espirituales. Debe amársela con un amor sagrado. La fe en la Palabra de Dios, y el poder transformador de Cristo, capacitan al creyente para realizar sus obras y para vivir gozosamente en el Señor.

Repetidas veces se me ha encargado que diga a nuestro pueblo: Poned en Dios vuestra confianza y vuestra fe. No dejéis a ningún hombre falible el cuidado de definir vuestro deber. Podéis hacer vuestras las palabras del salmista: “Anunciaré tu nombre a mis hermanos: en medio de la

congregación te alabaré. Los que teméis a Jehová, alabadle; glorificadle, simiente toda de Jacob; y temed de él, vosotros, simiente toda de Israel. Porque no menospreció ni abominó la aflicción del pobre, ni de él escondió su rostro; sino que cuando clamó a él, oyóle. De ti será mi alabanza en la grande congregación; mis votos pagaré delante de los que le temen. Comerán los pobres, y serán saciados: alabarán a Jehová los que le buscan: vivirá vuestro corazón para siempre". (Salmos 22:22-26)

Estos pasajes vienen bien al caso. Cada miembro de la iglesia debiera comprender que es únicamente de Dios de quien debe esperarse la comprensión del deber individual. Es bueno que los hermanos se consulten; pero cuando ciertos hombres prescriben exactamente a sus hermanos lo que deben hacer, éstos deben contestarles que han elegido al Señor por consejero. Su gracia bastará a los que le busquen con humildad. Pero cuando una persona permite que otra se interponga entre ella y el deber que Dios le asignó, confiando en el hombre y tomándole por guía, entonces se coloca

en un terreno peligroso. En vez de crecer y desarrollarse, perderá su espiritualidad.

Nadie tiene poder para remediar sus propios defectos de carácter. Debemos esperar y confiar en Uno que es superior al hombre. Recordemos siempre que nuestro auxilio se halla en Aquel que es poderoso. El Señor pone a disposición de cada alma que quiere aceptarla, la ayuda que necesita.

Sanatorio, California, 3 de octubre de 1907.

Nota:

1. Publicado originalmente en Special Testimonies, serie B, n 10, titulado “Jehová es nuestro Rey”.

Capítulo 36

“Soy joven”[1]

En el principio de su reinado, Salomón oró así: “Jehová Dios mío, tú me has puesto a mí tu siervo por rey en lugar de David mi padre: y yo soy joven, y no se cómo entrar ni salir”. (1 Reyes 3:7)

Salomón había sucedido a David su padre en el trono de Israel. Dios le honró muchísimo, y sabemos que Salomón llegó a ser más tarde el mayor, el más rico y el más sabio de los reyes que se hayan sentado sobre un trono terrenal. En el principio de su reinado, por influencia del Espíritu Santo, Salomón comprendió la solemnidad de sus responsabilidades, y aunque rico en talentos y capacidades, admitió que sin el auxilio divino era tan incapaz frente a su tarea como un “joven” sin experiencia. Jamás fue Salomón más rico o más sabio o más grande que cuando hizo a Dios esta confesión: “Yo soy joven, y no sé cómo entrar ni salir”.

El Señor se le apareció en un sueño, y le dijo: “Pide lo que quieras que yo te dé”. En esa circunstancia, Salomón expresó su incapacidad y pidió la ayuda divina. Continuó diciendo: “Tu siervo está en medio de tu pueblo al cual tú escogiste; un pueblo grande, que no se puede contar ni numerar por su multitud. Da, pues, a tu siervo corazón entendido para juzgar a tu pueblo, y para discernir entre lo bueno y lo malo; porque ¿quién podrá gobernar este tu pueblo tan grande?”

“Y agradó delante del Señor que Salomón pidiese esto. Y le dijo Dios: Porque has demandado esto, y no pediste para ti muchos días, ni pediste para ti riquezas, ni pediste la vida de tus enemigos, sino que demandaste para ti inteligencia para oír juicio, he aquí lo he hecho conforme a tus palabras; he aquí que te he dado corazón sabio y entendido, tanto que no ha habido antes de ti otro como tú, ni después de ti se levantará otro como tú. Y aun también te he dado las cosas que no pediste, riquezas y gloria, de tal manera que entre los reyes ninguno haya como tú en todos tus días”. Ahora, he aquí las condiciones: “Y si anduvieres en mis

caminos, guardando mis estatutos y mis mandamientos, como anduvo David tu padre, yo alargaré tus días.

“Cuando Salomón despertó, vio que era sueño; y vino a Jerusalén, y se presentó delante del arca del pacto de Jehová, y sacrificó holocaustos y ofreció sacrificios de paz, e hizo también banquete a todos sus siervos”. (1 Reyes 3:8-15)

Todos los que ocupan puestos de responsabilidad necesitan aprender la lección que encierra la humilde oración de Salomón. Deben recordar siempre que un cargo no cambia el carácter del que lo desempeña, ni lo hace infalible. Cuanto más alto esté colocado un individuo, tanto mayores serán sus responsabilidades y más vasta su influencia; tanto más necesitará comprender lo mucho que depende de la fuerza y sabiduría divinas y lo mucho que necesita cultivar un carácter santo y perfecto. Los que aceptan puestos de responsabilidad en la obra de Dios deberían recordar siempre que al llamarlos a esta obra el Señor los ha llamado también a andar con

prudencia delante de él y delante de los hombres. En vez de creerse llamados a regentar, a dictar y mandar, deberían darse cuenta de que ellos mismos necesitan aprender. Si un obrero de responsabilidad no aprende esta lección, cuanto antes se le releve de su cargo, tanto mejor será para él mismo y para la obra de Dios. Jamás imparte un cargo santidad y excelencia de carácter. Quien honra a Dios y guarda sus mandamientos recibe él mismo honores.

Cada uno debería formularse con humildad la siguiente pregunta: “¿Soy yo apto para ocupar este cargo? ¿He aprendido a practicar la justicia y el juicio según los caminos del Señor?” El ejemplo terrenal del Salvador nos fue dado para que no andemos en nuestra propia fuerza, sino que cada cual se considere “joven”, como dijo Salomón.

“Imitadores de Dios como hijos amados”

Toda alma verdaderamente convertida puede decir: “Soy joven, pero soy hijo de Dios”. Costó un precio infinito el hacer posible que la filiación divina le fuese devuelta a la familia humana. En el

principio, Dios hizo al hombre a su semejanza. Nuestros primeros padres escucharon la voz del tentador y se entregaron a su poder. Pero no fueron abandonados a las consecuencias del mal que habían escogido. Les fue prometido un Libertador. Dios dijo a la serpiente: “Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar”. (Génesis 3:15) Antes de oír hablar de espinas y cardos, de las penas y dolores que habían de ser su suerte, o del polvo al cual debían tornar, nuestros primeros padres oyeron palabras que no podían sino infundirles esperanza. Todo lo que habían perdido cediendo a Satanás, podía recuperarse por medio de Cristo.

El Hijo de Dios fue dado para redimir a la familia humana. Mediante sufrimientos infinitos, sobrellevados por el inocente en lugar del culpable, se pagó el precio que iba a redimir a la familia humana del poder del destructor y restaurar en ella la imagen divina. Los que aceptan la salvación que Cristo les trae, se humillarán ante Dios como niñitos.

Dios quiere que sus hijos le pidan las cosas que le permitirán a él revelar su gracia al mundo mediante ellos. Quiere que busquen su consejo y reconozcan su poder. Con amor, Cristo reivindica sus derechos sobre aquellos por quienes dio su vida; si éstos quieren compartir las alegrías reservadas a los que reflejan su carácter aquí, deben acatar su voluntad. Es bueno que sintamos nuestra debilidad; porque entonces buscaremos la fuerza y la sabiduría que el Padre se complace en dispensar a sus hijos para las luchas de cada día contra las potestades del mal.

* * * * *

Aun cuando la instrucción, la preparación y los consejos de hombres de experiencia sean esenciales, debe enseñarse a los obreros a no confiar exclusivamente en el juicio de hombre alguno. Como agentes libres de Dios, todos deben pedirle a él su sabiduría. Cuando el que está aprendiendo depende enteramente de los pensamientos de otro y sin ir más lejos acepta sus

planes, sólo ve por los ojos de ese hombre y llega a ser, en este sentido, tan sólo su eco.

Nota:

1. Publicado originalmente en Testimonios Especiales, serie B, n 10, titulado “Jehová es nuestro Rey”.

Capítulo 37

La recompensa del esfuerzo ferviente

“Si permaneciere la obra de alguno... recibirá recompensa”. (1 Corintios 3:14) Gloriosa será la recompensa concedida cuando los fieles obreros se reúnan en derredor del trono de Dios y del Cordero. Cuando, en su estado mortal, Juan contempló la gloria de Dios, cayó como muerto; no pudo soportar la visión. Pero cuando los hijos de Dios hayan recibido la inmortalidad, le verán “como él es”. (1 Juan 3:2) Estarán delante del trono, aceptos en el Amado. Todos sus pecados habrán sido borrados, todas sus transgresiones expiadas. Entonces podrán mirar sin velo la gloria del trono de Dios. Habrán participado con Cristo en sus sufrimientos, habrán trabajado con él en el plan de la salvación, y participarán con él del gozo de ver las almas salvadas en el reino de Dios, para alabar allí a Dios durante toda la eternidad.

Mi hermano, mi hermana, os ruego que os preparéis para la venida de Cristo en las nubes de los cielos. Día tras día, desechad de vuestro corazón el amor al mundo. Comprended por experiencia lo que significa tener comunión con Cristo. Preparaos para el juicio, para que cuando Cristo venga para ser admirado por todos los que creen, podáis estar entre aquellos que le recibirán en paz. En aquel día los redimidos resplandecerán en la gloria del Padre y del Hijo. Tocando sus arpas de oro, los ángeles darán la bienvenida al Rey y a los trofeos de su victoria: los que fueron lavados y emblanquecidos en la sangre del Cordero. Se elevará un canto de triunfo que llenará todo el cielo. Cristo habrá vencido. Entrará en los atrios celestiales acompañado por sus redimidos, testimonios de que su misión de sufrimiento y sacrificio no fue en vano.

La resurrección y la ascensión de nuestro Señor constituyen una evidencia segura del triunfo de los santos de Dios sobre la muerte y el sepulcro, y una garantía de que el cielo está abierto para quienes lavan las vestiduras de su carácter y las

emblanquecen en la sangre del Cordero. Jesús ascendió al Padre como representante de la familia humana, y allí llevará Dios a los que reflejan su imagen para que contemplen su gloria y participen de ella con él.

Hay mansiones para los peregrinos de la tierra. Hay vestiduras, coronas de gloria y palmas de victoria para los justos. Todo lo que nos dejó perplejos en las providencias de Dios quedará aclarado en el mundo venidero. Las cosas difíciles de entender hallarán entonces su explicación. Los misterios de la gracia nos serán revelados. Donde nuestras mentes finitas discernían solamente confusión y promesas quebrantadas, veremos la más perfecta y hermosa armonía. Sabremos que el amor infinito ordenó los incidentes que nos parecieron más penosos. A medida que comprendamos el tierno cuidado de Aquel que hace que todas las cosas obren conjuntamente para nuestro bien, nos regocijaremos con gozo inefable y rebosante de gloria.

No puede haber dolor en la atmósfera del cielo.

En el hogar de los redimidos no habrá lágrimas, ni cortejos fúnebres, ni indicios de luto. “No dirá el morador: Estoy enfermo: el pueblo que morare en ella será absuelto de pecado”. (Isaías 33:24) Nos invadirá una grandiosa ola de felicidad que irá ahondándose a medida que transcurra la eternidad.

Nos hallamos todavía en medio de las sombras y el torbellino de las actividades terrenales. Consideremos con sumo fervor el bienaventurado más allá. Que nuestra fe penetre a través de toda nube de tinieblas, y contemplemos a Aquel que murió por los pecados del mundo. Abrió las puertas del paraíso para todos los que le reciban y crean en él. Les da la potestad de llegar a ser hijos e hijas de Dios. Permitamos que las aflicciones que tanto nos apenan y agravian sean lecciones instructivas, que nos enseñen a avanzar hacia el blanco del premio de nuestra alta vocación en Cristo. Sintámonos alentados por el pensamiento de que el Señor vendrá pronto. Alegre nuestro corazón esta esperanza. “Aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará”. (Hebreos 10:37) Bienaventurados son aquellos siervos que, cuando

venga su Señor, sean hallados velando.

Vamos hacia la patria. El que nos amó al punto de morir por nosotros, nos ha edificado una ciudad. La nueva Jerusalén es nuestro lugar de descanso. No habrá tristeza en la ciudad de Dios. Nunca más se oirá el llanto ni la endecha de las esperanzas destrozadas y de los afectos tronchados. Pronto las vestiduras de pesar se trocarán por el manto de bodas. Pronto presenciaremos la coronación de nuestro Rey. Los creyentes cuya vida quedó escondida con Cristo, los que en esta tierra pelearon la buena batalla de la fe, resplandecerán con la gloria del Redentor en el reino de Dios.

No transcurrirá mucho tiempo antes que veamos a Aquel en quien ciframos nuestras esperanzas de vida eterna. Y en su presencia todas las pruebas y los sufrimientos de esta vida serán como nada. “No perdáis pues vuestra confianza que tiene grande remuneración de galardón: porque la paciencia os es necesaria; para que, habiendo hecho la voluntad de Dios obtengáis la promesa. Porque aun un poquito, y el que ha de venir vendrá,

y no tardará”. (Hebreos 10:35-37) Alzad los ojos, sí, alzad los ojos, y permitid que vuestra fe aumente de continuo. Dejad que esta fe os guíe a lo largo de la senda estrecha que, pasando por las puertas de la ciudad de Dios, nos lleva al gran más allá, al amplio e ilimitado futuro de gloria destinado a los redimidos. “Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía. Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca”. (Santiago 5:7-8)